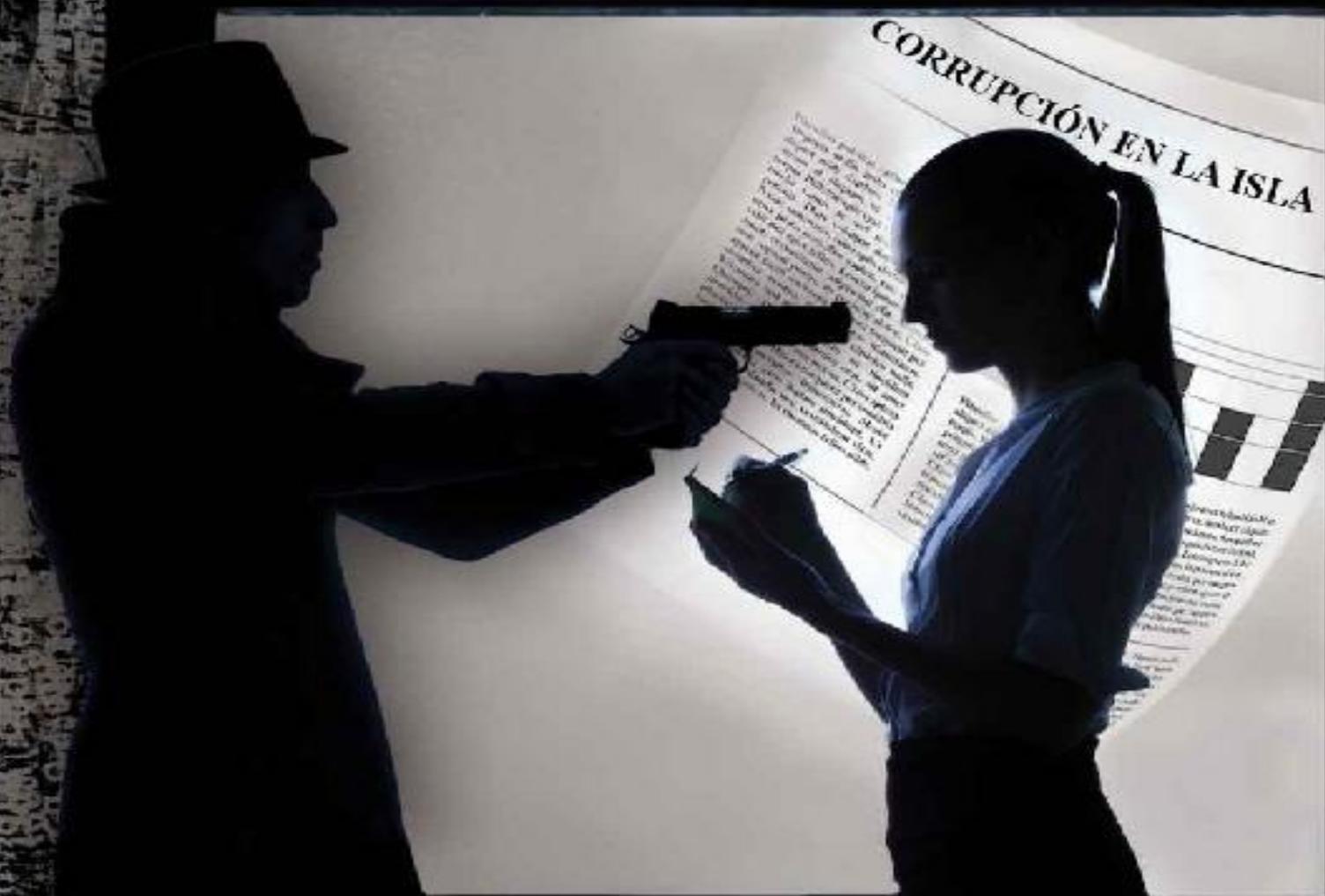


# ILUSTRISIMO CANALLA



BASILIO TRILLES

AK Digital

## Annotation

Novela de ficción que nos adentra en las tramas de corrupción política de nuestros días. Aunque los personajes y el territorio son ficticios, el hilo argumental está sustentado por algunos hechos reales, que hacen válida la definición de que 'la realidad supera a la ficción'.

Carmina Ferré es una veterana periodista que, tras muchos años de ausencia, vuelve a su tierra, una isla de un archipiélago en medio del océano, para dirigir un nuevo periódico. Allí encuentra una sociedad absolutamente cambiada, muy diferente a la que conoció tiempo atrás, en la que imperaba la tolerancia, la libertad y el respeto. Con el hundimiento de los partidos progresistas las siglas de la principal opción conservadora del país gobierna en la última década de la mano de un líder populista, cacique y sin escrúpulos: Jaime Gallardo.

La llegada de Carmina Ferré pone en guardia al movimiento de intereses que dirige Jaime Gallardo. En aquellos dominios los medios de comunicación están domesticados mediante un gran fondo de reptiles. Los periodistas locales hace tiempo que dejaron de buscar la verdad y contarla para convertirse en simples amanuenses al servicio de Gallardo. Carmina es una periodista de raza, indómita, que está dispuesta a realizar su trabajo, cuyos inicios no son nada fáciles. La situación se complica con la denuncia de un amigo y socio de Gallardo, al que acusa de querer apropiarse de su empresa al tiempo que se autoinculpa de colaborar con él en sobornos, tráfico de influencias y financiación ilegal. El socio despedido también acusa a Gallardo de mantener relaciones sexuales con su ex mujer, cuando ambos aún convivían. Sorprendentemente, el denunciante es denunciado, acusado, juzgado y condenado por secuestro y violación. Desde la cárcel su única obsesión será acabar con Gallardo.

El denominado 'Caso Gallardo' tiene un gran impacto mediático, pero es Carmina Ferré la única dispuesta a tirar de la manta y destapar la inmundicia que oculta Jaime Gallardo y el entramado creado en años de poder absoluto, bajo las siglas nacionales de un partido democrático. Carmina va encontrando una gran confabulación política que implica a todas las capas de la sociedad. Enseguida la protagonista es objeto de una implacable persecución en todos los frentes, llegando a atentar contra su vida. Pero ello no impedirá que vaya desmadejando la gran corrupción que significa el 'gallardismo', ayudada por un antiguo amante, el capitán de la Guardia Civil, Santiago Sierra, y de una 'garganta profunda' que es el más estrecho colaborador de Gallardo, un auténtico Bruto dispuesto a asestarle la puñalada definitiva.

Tráfico y consumo de drogas, sexo, venganzas, extorsiones, contactos con la Camorra napolitana por el negocio de las incineradoras de basura, clientelismo, alteración de los censos, compra de voluntades, connivencia con la justicia y las fuerzas de seguridad, asesinatos y hasta casos de pederastia irá encontrando Carmina Ferré en el imposible objetivo de buscar la verdad y contarla. El final a la altura, sorprendente y dramático. Todo ello narrado por la protagonista en primera persona.

---

**BASILIO TRILLES**

*Ilustrísimo canalla*

***AKDigital***

## Sinopsis

Novela de ficción que nos adentra en las tramas de corrupción política de nuestros días. Aunque los personajes y el territorio son ficticios, el hilo argumental está sustentado por algunos hechos reales, que hacen válida la definición de que 'la realidad supera a la ficción'.

Carmina Ferré es una veterana periodista que, tras muchos años de ausencia, vuelve a su tierra, una isla de un archipiélago en medio del océano, para dirigir un nuevo periódico. Allí encuentra una sociedad absolutamente cambiada, muy diferente a la que conoció tiempo atrás, en la que imperaba la tolerancia, la libertad y el respeto. Con el hundimiento de los partidos progresistas las siglas de la principal opción conservadora del país gobierna en la última década de la mano de un líder populista, cacique y sin escrúpulos: Jaime Gallardo.

La llegada de Carmina Ferré pone en guardia al movimiento de intereses que dirige Jaime Gallardo. En aquellos dominios los medios de comunicación están domesticados mediante un gran fondo de reptiles. Los periodistas locales hace tiempo que dejaron de buscar la verdad y contarla para convertirse en simples amanuenses al servicio de Gallardo. Carmina es una periodista de raza, indómita, que está dispuesta a realizar su trabajo, cuyos inicios no son nada fáciles. La situación se complica con la denuncia de un amigo y socio de Gallardo, al que acusa de querer apropiarse de su empresa al tiempo que se autoinculpa de colaborar con él en sobornos, tráfico de influencias y financiación ilegal. El socio despechado también acusa a Gallardo de mantener relaciones sexuales con su ex mujer, cuando ambos aún convivían. Sorprendentemente, el denunciante es denunciado, acusado, juzgado y condenado por secuestro y violación. Desde la cárcel su única obsesión será acabar con Gallardo.

El denominado 'Caso Gallardo' tiene un gran impacto mediático, pero es Carmina Ferré la única dispuesta a tirar de la manta y destapar la inmundicia que oculta Jaime Gallardo y el entramado creado en años de poder absoluto, bajo las siglas nacionales de un partido democrático. Carmina va encontrando una gran confabulación política que implica a todas las capas de la sociedad. Enseguida la protagonista es objeto de una implacable persecución en todos los frentes, llegando a intentar contra su vida. Pero ello no impedirá que vaya desmadejando la gran corrupción que significa el 'gallardismo', ayudada por un antiguo amante, el capitán de la Guardia Civil, Santiago Sierra, y de una 'garganta profunda' que es el más estrecho colaborador de Gallardo, un auténtico Bruto dispuesto a asestarle la puñalada definitiva.

Tráfico y consumo de drogas, sexo, venganzas, extorsiones, contactos con la Camorra napolitana por el negocio de las incineradoras de basura, clientelismo, alteración de los censos, compra de voluntades, connivencia con la justicia y las fuerzas de seguridad, asesinatos y hasta casos de pederastia irá encontrando Carmina Ferré en el imposible objetivo de buscar la verdad y contarla. El final a la altura, sorprendente y dramático. Todo ello narrado por la protagonista en primera persona.

Autor: Trilles, Basilio

©2014, AKDigital

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.72

## PREFACIO

FRENTE al mar, bajo una pérgola arropada por acacias, dos hombres con ropa deportiva disfrutaban de la brisa de verano arrellanados en unas hamacas. Sólo uno hablaba, como recitando un monólogo; el otro, más joven, mantenía la vista perdida en el horizonte.

—Estamos a punto de iniciar un nuevo ciclo, y tú vas a ser la gran alternativa que necesita este país. La gente está harta de palabrería, de clichés cargados de romanticismo y buenas intenciones, pero que son incapaces de sacarle las castañas del fuego. Qué bien has sabido fagocitar a todos aquellos alejados de la izquierda, especialmente a esos declarados centristas, que ni carne ni pescado, y aglutinando una alternativa que, a no demasiado tiempo, tendrá unas dimensiones colosales. Diste en la diana, demostrando genial clarividencia al apostar por la creación de un gran partido, que impregne al conjunto de las capas sociales. El partido, su articulación e inmersión es la gran fórmula...Arrastró la última palabra para tomar aire, y tras un breve silencio, exhibiendo una amplia sonrisa que puso al descubierto la cuidada dentadura blanqueada, remató con énfasis mientras miraba fijamente a su interlocutor:

—Y llegado el momento, por qué no, aplicar al pie de la letra el 'estás conmigo o estás contra mí'. Yo aquí ya aplico el aforismo y, como sabes, vamos viento en popa.

El más joven, fumando con deleite un cigarro puro, hizo un leve gesto de aprobación, apenas imperceptible. Tras otro breve lapso, perfectamente medido, Jaime Gallardo, que así se llamaba el que no dejaba de hablar, siguió con sus tesis.

—Una empresa, una imparable empresa estamos levantando con las siglas de nuestro partido. Las ideologías están muertas, finiquitadas. Nosotros somos la verdadera alternativa, eso que los ciudadanos llaman la sensatez, el sentido común y, sobre todo, la sólida sensación de que representamos un poder formidable, que además de admiración es capaz de inspirar respeto. Y ese modelo, en estas tierras está funcionando como un reloj, inspirado en tu fórmula. Cuando, dentro de poco, estés al frente del Gobierno, no habrá quien nos saque del camino emprendido: un nuevo movimiento nacional con la aquiescencia de la democracia. El futuro es nuestro.

El claroscuro crepuscular teñía al lugar de un sepia añejo, que parecía empequeñecer aún más el físico recortado del hombre del puro. Aquel futuro nuevo Napoleón de la política nacional miró con sus profundos ojos negros a Gallardo, esbozó una sonrisa sardónica y habló con rotundidad inesperada.

—Hay que explicarlo de otra forma: la unión hace la fuerza.

El hombrecillo dio una profunda chupada al habano y cambiando bruscamente el tono, con voz casi susurrante, continuó desbrozando la idea central del proyecto político que debía cambiar el país.

—La amistad, de fidelidad inquebrantable, es el más poderoso de los vínculos, y ahí es donde debemos esforzarnos, cimentando un partido de amigos, unidos como una compacta piña, compartiendo intereses. Con una cabeza de león indiscutible que dirija con mano de hierro una estructura perfectamente jerarquizada. El partido es el todos y debe estar presente en cada escalera vecinal, con el acicate, para los militantes, de que nuestras siglas les darán poder, respeto y oportunidades. Nunca abandonaremos a los nuestros, porque son el aval más colosal. Nos extenderemos como una imparable mancha de aceite, penetrando en cada una de las capas de la sociedad, pues no basta con llegar al poder, después hay que mantenerlo y ampliarlo. Vamos a reinventar la política actual, a base de una receta ya antigua de probados resultados. Te aseguro,

Jaime, que en poco tiempo serán legión los que quieran compartir viaje con nosotros, devolviendo a la nación el esplendor de tiempos pretéritos.

—Amor con amor se paga —interrumpió Gallardo.

—Así es, tan sencillo como efectivo. La fortaleza del partido es garantía de éxito. Con la fuerza colosal de cientos de miles de afiliados, inmersos en todos los estratos, nuestro proyecto será imparable.

—¡Vamos a devolver el orgullo y la fuerza a este país! —dijo Gallardo con repentina exaltación.

Una nueva sonrisa sardónica afloró en el semblante insípido del líder nacional, mientras soltó un chorro de aromatizado humo y con un ademán mandó callar a su correligionario.

—Jaime, estás ejerciendo un magnífico papel, con pocos como tú ya hace tiempo que estaríamos en el poder, representas un espejo en el que la mayoría quiere verse reflejada: el del éxito. El pueblo, siempre, pide decisión, ejercicio del poder, liderazgo, que haya alguien capaz de arreglar los asuntos del día a día o, simplemente, que piense que así es. Y, muy importante, que ese pueblo crea que en algún momento le puede tocar la suerte acercándose a nosotros, porque somos sinónimo de prosperidad. Todo eso es lo que vamos a ofrecer.

EL estruendo del disparo y un gran fognazo es lo único que recuerdo. Ahora, tras varias operaciones y un infernal proceso de rehabilitación, intento poner en orden los hechos que me arrastraron por un despeñadero, víctima de una fabulosa trama de corrupción política. Cada día me esfuerzo por repasar hasta el mínimo detalle, en el intento de dar forma a una historia que debe ser conocida. En contra de la opinión de los médicos, siempre tengo a mano la portada del periódico que dirigí hasta unos días antes del atentado. El titular, a cinco columnas, me refresca la memoria: “Intentan asesinar a la periodista Carmina Ferré, que permanece muy grave en la UCI”.

Escribo este relato sentada en la misma estancia en la que nació, un mirador volcado al Atlántico. Entonces solía ser costumbre dar a luz en casa, con la asistencia de una partera y la familia. Fuera de aquella estancia, el segundo seno materno, lo primero que descubrí fue el mar: brillante, reluciente por los rayos del sol. Durante muchos años tuve el privilegio de iniciar cada nuevo día con la visión del horizonte azul, que me fue abriendo un sentimiento de libertad y aventura al que hoy aún sigo aferrada, pese a los jirones de la vida que fueron lacerándome el cuerpo y el alma. Cuando llegan los momentos de escepticismo, que llegan, últimamente con demasiada asiduidad, aparece el recuerdo de mi padre asido al timón de una pequeña embarcación desafiando las olas, en medio del temporal, el día que logró salir indemne de un tornado en alta mar y pudo ver, eso decía, la luz de San Telmo posada en el palo.

¡Ah, mi padre! ¡Cómo lo he echado de menos en estos años!. Me dejó a medio crecer, una enfermedad se lo llevó una tarde de otoño, cuando yo iniciaba la adolescencia y más lo necesitaba. Mis amigas querían conseguir un novio maravilloso, un príncipe azul, yo deseaba, por encima de todas las cosas, emular a mi padre: navegar por los mares y océanos, ser como él. Su prematura muerte reforzó aquel sentimiento de admiración, que ya, jamás, abandonaría. Inicié el nuevo año con una libreta de hojas cuadriculadas a modo de diario, en el silencio sepulcral de una casa en la que no estábamos para celebraciones. Sobre la mesa del salón, en la que escribía una declaración de intenciones, propia de quien apenas iniciaba la adolescencia, me acompañaban los tres objetos materiales que mi padre había querido que fuesen míos: los prismáticos que durante años utilizó, una grabadora con radio comprada en el puerto de San Francisco y una cámara fotográfica Leica cuya funda de piel marrón llevaba grabado el nombre de Hamburgo. Esos tres objetos definieron el rumbo que iba a seguir en un futuro, nada que ver con las gentes de mar a las que aún hoy profeso admiración. El destino me encarrilaba por la senda de la aventura, pero muy distante de las ensoñaciones inspiradas en las novelas de mar de Alexander Kent y Patrick O’Brian, lecturas poco propias de una señorita, según mamá, que inquietaban a la familia y levantaban sospechas infundadas sobre mi feminidad. Así que, después de aquella noche cargada de tristeza, decidí que sería periodista.

La primera vez que apareció mi nombre, Carmina Ferré, impreso al pie de una columna, fue un auténtico acontecimiento familiar, aunque no sin ciertos celos, pues aquello del periodismo sonaba a algo poco sólido. Seguía creciendo como una chica diferente, a la que los pretendientes de adolescencia le duraban menos que un suspiro, al decir de la abuela Carmina, de cuyo nombre me honro en ser continuadora. Los chicos eran incapaces de rivalizar con la grabadora y la Leica, aunque eso más adelante, en la universidad, tuve tiempo de subsanarlo. Los aires de libertad nos impregnaron a una nueva generación de periodistas, que tarareábamos a Bob Dylan: “¿Cuántas veces aún las balas de cañón deben volar, antes de caer para siempre?”. Aquel fue un periodo

embriagador, hasta que un apacible día de febrero unos guardias civiles y el capitán general de Valencia nos helaron la sangre durante unas horas. Dicen que el Rey salvó la democracia, así que aquella primera hornada de periodistas de la Transición nos prometimos que nuestro mayor compromiso debía de estar en la defensa de las libertades. Y así iniciamos la andadura.

La añoranza me puede, y a esa frase hecha de que “cualquier tiempo pasado fue mejor” le tengo muchas reservas. La sociedad por la que he trabajado y peleado, ha experimentado una evolución que me lleva al cabo de la perplejidad. Y lo digo tras muchos años de entrega, en primera línea, recibiendo embates de las más diversas e inimaginables procedencias. Son gajes del oficio, siempre dije convencida, mientras me lamía las heridas y minimizaba las situaciones. Estaba hecha a la adversidad, hasta que un día tropecé con Jaime Gallardo, al que conocía de años.

Jaime Gallardo siempre fue un personaje popular entre los límites de la pequeña provincia insular. Su padre, del mismo nombre, lo había sido todo en aquellas tierras antes de la llegada de la democracia. La familia Gallardo ejerció, en los dos últimos siglos, el caciquismo político sin ambages, salvo los paréntesis de la República y los primeros años de la Transición, en los que la saga quedó un tanto descolocada. Pero aún en aquellos periodos siguió manteniendo poderosos tentáculos.

Dispuesto a recuperar el terreno perdido y aprovechando el viento bonancible de la democracia, Jaime Gallardo decidió reciclarse y se subió al carro de la política, en busca de poder y dinero. Con los años Gallardo vio colmadas todas sus aspiraciones y pasó de vivir como un multimillonario a serlo de verdad. Elección tras elección, él y su partido ganaban por mayoría absoluta, mientras personalmente dirigía una estructura política que a lo largo del tiempo consiguió introducirse en todas las capas sociales. Logró reverdecer el poder pretérito de sus antepasados, pero amplificado a límites insospechados.

Mientras Gallardo consolidó un imperio político, fundamentado en el clientelismo, las corruptelas y el matonismo, yo iba avanzando en el periodismo, afrontando los altibajos de una profesión que te atrapa y a la que llegas a maldecir en no pocas ocasiones. Después de pasar por diversas etapas, incluida la dirección de un periódico, entré a trabajar en un grupo editorial que quería asentarse en la provincia que gobernaba Jaime Gallardo, en la que yo había nacido. Debía desarrollar el proyecto de la nueva cabecera. Acepté siendo consciente de la alta dificultad de la misión, que algún compañero definió de *suicida*. El reto era más que arriesgado, pero las brasas siempre me han atraído, así que decidí trabajar en la creación de un periódico que fuese una alternativa a la prensa controlada por Gallardo. Y, de paso, volver a mi tierra.

“Estás muy guapa Carmina, qué gusto saludarte”, dijo Gallardo, el día que fui a verle y anunciar la apuesta periodística, desplegando la afabilidad del encantador de serpientes que era. Años atrás me había tirado los tejos y ahora, en cuanto tuviera ocasión, lo volvería hacer, pues es uno de esos tipos que, como dicen los italianos, al igual que el lobo pierden el pelo pero no el vicio. Decidí hacer aquella visita porque creía que guardar las formas era lo correcto y que lo cortés no quita lo valiente. Al recibirme estuvo simpático y próximo, hasta que en el segundo café, trascurrida media hora, sorprendentemente me cogió la mano derecha y con un tono inquietantemente suave hizo la advertencia:

—Espero que respetes al poder establecido, no vayas a equivocarte—. Conocía al tipo, retiré la mano para coger un vaso de agua y ganar tiempo, a la vez traté de dar naturalidad a la sonrisa con la que respondí. Entonces Jaime Gallardo se incorporó sonriendo, abrió un mueble climatizado del que sacó un cigarro puro, de pie y con gran parsimonia procedió a encenderlo sirviéndose de un mechero de oro, mientras hablaba. No volvió a sentarse y estaba logrando que me sintiera

incomoda, objetivo que enseguida consiguió del todo:

—Sabes Carmina, me cuesta entender cómo una mujer como tú, espectacular en todos los aspectos, vaya a meterse en libros de caballerías—. En ese punto cambió el semblante, depositó el puro en un cenicero y acercándose dejó bien claro quién mandaba:

—Tendrías que haber venido antes, a consultarme. Ahora no es momento para nuevas aventuras periodísticas, aquí está todo el pescado vendido y tú lo sabes—. Después de una pausa bien medida, Gallardo prosiguió:

—Las cosas han cambiado mucho en estos últimos años, ya nada es como cuando trabajabas aquí y escribías sobre mi supuesta vehemencia, y... —arrastró la conjunción— otras cosas que ya son historia, pero que yo nunca olvido.

Meter las narices en el feudo de Jaime Gallardo, que es como él interpretaba el ejercicio del periodismo independiente, iba a resultar más difícil de lo que yo creía. Relaté el encuentro a los editores y estos, desconocedores del personaje, prácticamente se mofaron de mí. Encima me anunciaron un cambio importante en la cúpula de la empresa, que afectaba a la persona que logró convencerme para asumir la dirección del nuevo periódico, con la que en un principio debía trabajar, codo con codo, en la puesta en marcha. Fue un jarro de agua fría, tan inesperado que a punto estuve de presentar la dimisión antes de empezar; pero como suele decir mi amiga Yolanda: es más fuerte la sed que el miedo al veneno. Así, con tan prometedora situación, me puse a trabajar en la que debía ser la aventura profesional más fascinante y que resultó el periodo más amargo de mi vida.

EL guión de la pesadilla que casi acaba con mi vida, comenzó a fraguarse en los primeros años de poder triunfal de Jaime Gallardo, en un escenario curioso: una pescadería del mercado central. Un encuentro que de casual no tenía nada dio pie, al cabo del tiempo, a un conflicto que acabaría por desvelar un montaje de corrupción que desató una guerra política, además de un tremendo drama humano. En el origen estaba la inocente mediación de una pescadera, que una mañana presentó a una clienta y a Mar González de Gallardo, con la satisfacción con que aquella simpática joven declaraba sentirse admiradora de la gran señora. Durante semanas la chica realizó notables compras, acaparando la atención de la propietaria del puesto que, animada por el buen dinero, entabló cierta amistad. De esta forma Chelo, así se llamaba la espléndida clienta, supo qué días y a qué horas solía comprar allí doña Mar, la elegante esposa de Gallardo. Aquel primer encuentro acabó frente a una taza de café en una terraza y el intercambio de teléfonos. Chelo, desplegando una centelleante dulzura, le había regalado los oídos con premeditada letra y música. Y a doña Mar, tan fina, aquella chica mucho más joven que ella, le cayó bien.

Los encuentros en el mercado se fueron sucediendo, con la tertulia de café incluida. Al poco tiempo, Chelo invitó a doña Mar a comer en un buen restaurante, y aquel día ya no hablaron tanto de los hijos, de la moda, las joyas y las revistas del corazón. Chelo expuso las muchas virtudes de su marido, un industrial con grandes ideas para la expansión del negocio de productos textiles, al que la provincia se le había quedado pequeña. Él, dijo con convincente énfasis, era fiel admirador de Jaime Gallardo, don Jaime para toda la familia, y entre sus empleados preconizaba el buen hacer del político más importante de la historia, que más y mejor proveía por los intereses de la ciudadanía. Con ellos, aseguró Chelo, podían contar para lo que fuese. Doña Mar tomó buena nota y cuando le contó los detalles a su marido, Jaime Gallardo vio el cielo abierto en la oportunidad. El siguiente paso fue un encuentro entre los dos matrimonios, organizado por los Gallardo. De este modo comenzó una amistad que pronto acabó en alianza de intereses, con la industria de José Vilches en la rampa de despegue. Rápidamente otras sociedades fueron naciendo de la mano de los Gallardo y los Vilches, mientras la ambiciosa Chelo estrechaba más y más el vínculo amistoso, para lo cual no reparaba en detalles en forma de joyas, vestidos de alta costura, viajes e importantes cantidades de dinero negro. Los negocios de la sorprendente nueva alianza transcurrían por la senda de la prosperidad.

La simpatía y atractivo de Chelo enseguida atrajeron la atención de Jaime Gallardo, y ella, que era muy espabilada, correspondió. Así, la feliz unión de amistad y negocios comenzó a tambalearse cuando José Vilches creyó vislumbrar detalles perturbadores. Vilches vivía en la fábrica, entregado a la imparable expansión que estaba propiciando la alianza con don Jaime. Excelente técnico, dirigía personalmente los procesos de producción y pasaba los días entregado a la tarea de colocar la empresa en los puestos más altos, gracias al empuje de su ya socio, don Jaime. Pero había algo que no le gustaba un pelo y tenía que averiguarlo.

El principio del fin de aquella amistad y prósperos negocios llegó cuando José Vilches recibió el informe de una agencia de detectives privados: Chelo, su mujer, tenía relaciones esporádicas con Jaime Gallardo, cuya fama de bragueta suelta venía haciendo historia. El arranque de despecho fue irrefrenable: primero dio el paso de la separación, muy traumática, con hijos pequeños de por medio, y de inmediato quiso desvincularse de los negocios que lo ligaban con el matrimonio Gallardo. La respuesta fue una ofensiva de Gallardo amenazando con destruirlo. Claro

que Vilches era un tipo particular, poco dado al amedrentamiento que, seguramente por cierta inconsciencia, no calibraba las situaciones reales de peligro. Y aquella, a fe que lo era.

José Vilches presentó una denuncia en el juzgado contra el matrimonio Gallardo, por una supuesta conspiración para acabar con él y apoderarse de la industria que había levantado veinte años atrás. Aquel mismo día, un funcionario judicial afecto al régimen instaurado por Jaime Gallardo informó a éste. Tiempo después pude saber por un confidente, testigo presencial, que aquel día la decisión de Vilches sorprendió de tal manera a Gallardo que ninguno de sus colaboradores lo había visto jamás tan enfurecido, incapaz de atender a los racionales argumentos que intentaban exponer los miembros de la camarilla más íntima. Imagino la situación, desbocado con la vehemencia del déspota y sintiéndose observado por los retratos de sus antepasados, que guarnecían las paredes del despacho presidencial. Desde el siglo XIX nadie osaba toser a la saga que gobernaba la isla con mano de hierro.

El confidente describió la situación con detalle, refocilándose. Cuando ya parecía que el visceral desahogo daba paso a una tregua de sosiego que permitiera hacer reflexionar a Jaime Gallardo, solo hubo un lapso de silencio que uno de sus colaboradores quiso aprovechar. Gallardo no replicó. Sus ojos, pequeños pero vivos, parecieron clavarse como saetas sobre el consejero. El cual, conociendo a su jefe, volvió a insistir con medida cautela.

—Deberías meditar, llegar a un acuerdo tampoco pasa nada. Nos evitaríamos problemas.

—¡Déjate de chorradas! —tronó la voz de Gallardo—. Ese tío no es nadie, si tiene arrestos que continúe con la denuncia. A ese lo voy a desintegrar, va a saber lo que es desafiarme.

—Pero yo creo...

Jaime Gallardo volvió a perder la paciencia.

—¡Basta ya! El tema está zanjado.

El fiel colaborador, azorado, se disculpó para ir al lavabo y salió del despacho, dolido por la intransigencia de Gallardo, al que quería como a un amigo. También preocupado, por las funestas consecuencias que el endiablado tema podía reportarles a todos. Detrás de la puerta, entrecerrada, mi confidente observó la escena, que después narró con todo lujo de detalles.

Victorino Huertas, el delfín que, en un futuro, parecía destinado a suceder a Jaime Gallardo, encendió un cigarrillo y con inmutable gesto pero con sinceridad de cómplice decidió hablar.

—En poco más de un año hay elecciones.

—¿Y qué? Ya has visto todas las encuestas, arrasamos.

—Jaime, las cuestiones privadas acaparan mucho la atención.

—Ya te he explicado que no hay nada por lo que preocuparse. Estáis empeñados en que me baje los pantalones ante un don nadie. ¡Ni hablar!

—Hombre...

—¡A ese pelagatos —Gallardo elevó la voz, algo inusual en él —lo voy a poner a cuatro patas¡¡Se va a enterar!

Victorino Huertas, político profesional de la mano de Jaime Gallardo, a quien debía todo, estaba desasosegado. De ademanes pausados y fama de sangre fría, exhaló una bocanada de humo antes de pronunciarse.

—El alcalde anda inquieto, parece que le han filtrado algo.

—Me la trae al paio el alcalde, no pinta nada. No es más que un mirlo blanco, que nos ha venido muy bien, eso sí. Ahora está más solo que la una. Tranquilo que no nos creará problemas.

—Sabes que estoy contigo, a muerte. Pero creo que en estos momentos el pragmatismo podría ser una posición prudente.

—¡No me jodas! —exclamó Gallardo—. Estáis empeñados en que ceda y no lo voy a hacer. ¡Si tienes el puesto que ocupas es por algo!

—Tranquilízate, a mi no necesitas recordarme nada —dijo Huertas.

—Te tengo por un hermano, pero me cabrea que vaciles ante mi determinación.

—Ese Vilches dicen que está loco y muy despechado contigo, Jaime.

—Tenemos el poder, el poder absoluto: mandamos en el gobierno de la nación, en la autonomía y aquí. Esa mosquita muerta no nos dura nada.

—Un hombre despechado es como una botella de nitroglicerina, muy inestable, difícil de controlar —sentenció Huertas, en tono susurrante.

Sonrió Jaime Gallardo, mientras atendía una llamada del móvil, a la que respondió con familiaridad y rapidez.

—Pasa.

Inmediatamente se abrió la puerta del despacho; entonces mi confidente agudizó la vista y el oído. Entró un joven con paso decidido, tenía hechuras de boxeador y vestía un traje de grandes almacenes. Debajo de la chaqueta podía adivinarse el bulto de un arma de fuego. Era uno de los escoltas de Gallardo. Saludó respetuosamente y del bolsillo del pantalón extrajo una bolsita transparente que dejó sobre el escritorio.

—¿Ordena alguna cosa, don Jaime?

—Toma —Gallardo tendió al agente un reluciente billete de quinientos euros—, a compartir con tu colega de turno.

Huertas, que no rebosaba simpatía, hizo un amago de sonrisa.

Jaime Gallardo rió de buena gana mientras, del cajón de un mueble supletorio, sacó un objeto cilíndrico, de oro macizo, y una pieza cuadrada de superficie pulida y del mismo metal precioso, sobre la que extendió parte del contenido de la bolsita. Con el filo de un novísimo billete de quinientos euros dividió el polvo blanco en cuatro finos montoncitos alargados. Agachó la cabeza e introdujo el canutillo de oro en una fosa nasal y esnifó dos veces, enseguida repitió la operación en el otro orificio hasta que no quedó ni rastro de la cocaína, que él, eufemísticamente, denominaba "rapé". Otras veces la llamaba "polvillo de los Andes", como en los tiempos gloriosos del tatarabuelo Gallardo. Aquel ritual, que practicaba a diario, duró segundos. Así, con sumo detalle, me lo contó el confidente, que continuó narrando el episodio con milimétrica precisión.

—¡Con esto y la viagra estoy salvado!

Gallardo experimentó una súbita euforia, la adrenalina empujó con fuerza por el torrente circulatorio del cuerpo, necesitado de estímulo.

El confidente reafirmaba las informaciones que circulaban, en voz baja, sobre el estilo de vida de Gallardo. Era evidente que en los años en los que fue acumulando poder había sufrido una metamorfosis de endiosamiento. Considerado como el intocable, nadie intentaba profundizar en unos evidentes comportamientos indeseables que contaminaban a la clase política, al tiempo que justificaban la opinión generalizada sobre la degradación de quienes representan los intereses de los ciudadanos. El lanzado Gallardo que conocí veinte años atrás se había convertido en lo peor. Y por lo que pude observar al principio de mi regreso a la isla, el endiosamiento, producto de la borrachera de poder, le hacía sentirse el buen rey que da todo por sus súbitos, siendo natural que a cambio le pertenezcan las vidas y haciendas. Descubrir aquella especie de enajenación, que a la hora de actuar lo situaba por encima del bien y del mal, me produjo una seria alarma. La intuición me dijo que toda la destreza del mundo sería insuficiente, para abordar el reto de impulsar un

periódico independiente en las tierras de Gallardo.

Pocos días antes de la salida del periódico, el confidente me contó la reunión que Jaime Gallardo mantuvo con los responsables de los medios de comunicación afines. Dio la orden tajante de que las emisoras de radio y televisión bajo ningún concepto debían ofrecer cobertura al nacimiento del nuevo tabloide. Después tuvo una larga conversación con el director del diario decano, a sueldo de Gallardo, para diseñar un plan que desestabilizara la apuesta que yo encabezaba. El cacique estaba dispuesto a emplearse a fondo para que nadie husmeara en su coto. A la eventualidad de un nuevo medio que escapaba a su control, se sumaba el que Gallardo me conocía y sabía de qué madera estaba hecha, como profesional y persona. Con un periódico ajeno a su influencia, de no ponerse de acuerdo con los editores, siempre le quedaba la posibilidad de comprar al director, en este caso directora. Conmigo sabía que pinchaba en hueso, así que puso en marcha todo su colosal poder para tratar de ahogar una voz que él intuía peligrosa para los intereses que logró consolidar durante años, al abrigo de cualquier elemento distorsionador. De esa manera me convertí en objetivo del punto de mira de una terrible mafia política.

EN la vida, eso que suele denominarse azar, tan intangible, nos pone en situaciones imprevisibles, para las que no tenemos guión previo. Aquella tarde la redacción, siempre en ebullición, en breves instantes pasó al silencio absoluto que duró unos interminables instantes que dieron paso al más escandaloso clima. La noticia era impactante, un juzgado había admitido una denuncia contra Jaime Gallardo, considerado como el intocable

Yo estaba ultimando la columna diaria, abstraída en mi despacho de directora, cuando el vozarrón del redactor jefe me devolvió, de golpe, a la realidad. Mi primera reacción fue mirarlo de arriba a abajo, con los ojos muy abiertos, como quien cree ver la materialización de un espíritu. Sentí una sacudida interna, antes de invitarlo a sentarse, reclamándole tranquilidad, percatada de que tras su figura voluminosa, bajo el dintel de la puerta, estaban arrebujados los jefes de sección. Recuerdo cuando Sadam Husein invadió Kuwait, en aquellos días también dirigía un periódico, y aunque la psicosis internacional era muy fuerte y entre la tribu de periodistas se elucubraba sobre una tercera guerra mundial, aquel acontecimiento no produjo, ni por asomo, la reacción que ahora, muchos años después, desataba un caso de repercusión provincial, como la índole del humilde tabloide que en ese momento intentaba consolidar. La noticia que causaba tanta excitación entre aquel grupo de profesionales del periodismo era doméstica, como así, atolondradamente y con el rostro rojo como un tomate, enfatizó mi segundo.

—La radio acaba de confirmar las querellas contra Gallardo.

—¿Quién y por qué? —pregunté al inquieto colaborador, mientras, con ademanes, invitaba a pasar al resto de colegas.

—Las denuncias las ha presentado un tal Vilches. ¿Sabes quién es? —me inquirió el compañero.

—No, nunca he oído hablar de él.

—Pues en la información de la radio se asegura que son íntimos amigos y socios en negocios.

—Habrá que ver el asunto. Aún no me has dicho el motivo de las denuncias.

—Soborno, falsificación documental, tráfico de influencias, cohecho. Que pone la mano, vamos. Lo que ya sospechábamos y que nunca habíamos podido probar.

—Tranquilo, no te precipites. Cuando tengas más información nos reunimos, y eso va también para los jefes de sección. Hasta que no tengamos suficientes elementos de juicio no podemos hacer un diagnóstico, y mucho menos pronunciarnos. Todo el mundo a ponerse las pilas. Paco, en cuanto confirmes lo que tenemos, hablaré con nuestros editores.

—Espero que estén a la altura —respondió el redactor jefe, con su espontaneidad habitual.

El redactor jefe, Riquelme, logró hablar por teléfono con Vilches, que ratificó lo dicho por la emisora de Madrid en su informativo nacional. El tiempo corría y el horario de cierre nos urgía en la entrega de páginas; ser un periódico satélite sin talleres propios tiene, entre los muchos inconvenientes, uno fundamental: el tiempo tasado para acabar la edición, anulando la capacidad de reacción cuando surge una noticia de última hora. En esos momentos, menuda paradoja, me sentí aliviada por las limitaciones sobre las que protestaba cada día. Ahora, la siempre maldecida restricción daba margen de maniobra, en el intento de realizar una actuación despojada de precipitación. Con esa sensación de bienestar momentáneo transcurrieron unos minutos en los que reflexioné sobre las consecuencias de la noticia.

Frisando las diez de la noche tenía sobre la mesa toda la información, sólo admití la contrastada; me había visto obligada a cortar no pocas iniciativas de aportar datos fundamentados

en descabellados rumores. Ciertamente, la contundente denuncia contra el caudillo político de la isla comenzaba a desatar pasiones que era necesario apaciguar. Con el supervisado caudal informativo sobre la mesa y antes de convocar la reunión de portada, retrasada por la noticia, descolgué el teléfono y hablé con el editor, separado geográficamente por muchos cientos de kilómetros. Realicé un breve resumen de lo acontecido, indicando que para la mañana siguiente el redactor jefe había concertado una entrevista con el, hasta ese momento, desconocido denunciante. Finalmente me dispuse a realizar una valoración personal de la situación, pero el editor no me dejó. Su postura fue tajante.

—Menudo pájaro, don Jaime Gallardo. En este tema tienes todo nuestro respaldo, el periódico debe estar a la altura de las circunstancias, demostrar de verdad la independencia que abanderamos.

—Estoy de acuerdo y tengo muy claro cuál es el papel de la prensa libre, pero tú tienes que ser consciente de los riesgos que corremos como empresa.

—Adelante, he dicho.

—Acabamos de iniciar la andadura y nos vamos a situar enfrente de quien tiene el poder absoluto en estos pagos...

—Carmina, no tengas ninguna duda, adelante. Luz y taquígrafos, la empresa responde.

—Me alegro de trabajar con vosotros, de verdad. Vamos a poner toda la carne en el asador, han acabado los tiempos de los intocables. Pero, seamos realistas, el caso puede alargarse y ya sabes cómo es la política de vengativa. Insisto, económicamente nos pueden hacer mucho daño...

Esta vez el editor tampoco me dejó acabar y con un timbre de voz autoritario, inédito en él, puso las cosas claras.

—Un mafioso de pueblo no nos va a intimidar. Nos dedicamos a hacer periódicos desde hace varias generaciones, sabemos dónde estamos. Adelante y sin ningún tipo de freno.

—Así será. Te iré informando puntualmente de los acontecimientos.

Aquella calurosa mañana de verano en la capital, ciudades, pueblos y aldeas de la isla no se hablaba de otra cosa. El todo poderoso jefe político, el que administraba bienestar a sus huestes con proverbial generosidad, el infalible líder, el más espoleado y temido de los caciques políticos con pedigrí, estaba ahora contra las cuerdas de la opinión pública. Algunos comentarios comenzaban a salir de la intimidad, haciéndose oír públicamente. El ambiente era verdaderamente agitado y volvió a funcionar el sistema: ojos que todo lo ven y oídos que todo lo escuchan. La estructura creada pasaba los primeros informes al jefe, azorado por el impacto de la noticia y aún incrédulo por el atrevimiento de quien recientemente gozaba de su amistad personal y complicidad política. Ése al que, después de graves desavenencias personales, despreció Jaime Gallardo, ahora lo tenía en un brete. “¡Maldito sea, maldito sea, el cornudo don nadie!”, decían que habían oído gritar desde el interior del primer despacho del palacio presidencial, a lo largo del día más movido que se recuerde desde el 23-F.

En las sedes de los partidos adversarios a las siglas que representaba Gallardo los teléfonos quedaron colapsados, los políticos de la oposición hablaron entre ellos pero fueron milagrosamente parcios en declaraciones y evitaron el trato con la prensa. En aquellas primeras veinticuatro horas, el efecto de la bomba informativa causó un paralizante resultado de sorpresa, mezclándose el estupor, la incredulidad y la prudencia a partes iguales. Ciertamente es que algunos adversarios se frotaron las manos y realizaron eufóricas previsiones, pero en privado o en la intimidad de la camarilla política. Tampoco escasearon los que vivían el episodio con absoluto desasosiego. Qué raro fue todo aquello, por primera vez el todopoderoso caudillo se veía en

aprietos y quienes más podían aprovechar la situación mostraron un comportamiento extrañamente silencioso y errático. Era como si el subconsciente traicionara a la casta política y viese que tal convulsión, centrada en presuntas corruptelas de la mano del amigo de turno, afectase de lleno a un código general no escrito pero asumido por todos. Con las cosas de comer nunca hay que jugar, parecían afirmar quienes, en la otra orilla política, también gozaban de sus parcelas de poder.

La prensa ajena al pesebre de Gallardo, una vez más, tuvo que hacer buena la frase de Churchill: “los periodistas son los perros guardianes de la democracia” Y el caso comenzó a salir a la luz, poniendo al desnudo las vergüenzas de un sistema corrupto, sostenido por las prebendas del clientelismo, la connivencia de una clase política pírrica, inhibida, cuando no colaboradora, que comenzaba a pasar factura a aquellos considerados díscolos por mostrar exceso de celo para con el adversario.

El redactor jefe entrevistó a Vilches, mientras compartía con él unos bocadillos en un modesto bar próximo a la empresa de la que era titular. Riquelme, correoso, austero y desconfiado por naturaleza, periodista de raza, había exprimido a Vilches y convinieron que mantendrían el contacto a medida de las exigencias de la evolución del caso. Mi colaborador era una especie a extinguir en la profesión, a la que vivía entregado en cuerpo y alma. Áspero y directo pero de una honestidad absoluta. Un profesional de verdad, a veces enturbiado por un carácter excesivamente cartesiano, sobre el que tipos como Gallardo nada tenían que hacer. Riquelme, para contrariedad del caudillo herido, era insobornable y nadie lo intimidaba. Después de varias horas de conversación estaba convencido de la catadura del siniestro personaje al que acababa de entrevistar, al tiempo que reforzaba la opinión que siempre tuvo sobre Gallardo: un amoral. Casi veinticuatro horas después del estallido del escándalo las piezas iban encajando y así me lo hizo ver Riquelme, al que notaba embebido con la situación, el caso crucial de su vida como periodista.

—Vilches está despechado, por eso tira de la manta. Como siempre sospechamos, hay mucha inmundicia en el montaje de Gallardo. ¡La mafia Carmina, la mafia!

—No me digas que todo este lío que no ha hecho más que comenzar tiene como origen el despecho ¿Asunto de faldas?

—Vilches asegura que es víctima de una conspiración entre su ex mujer y la esposa de Gallardo, para usurparle sus empresas Pero también habla de infidelidades de quien fue su pareja cuando aún estaban casados, infidelidades con el propio Jaime Gallardo. Ya sabes la leyenda que circula, en cuestión de mujeres el dueño político de esta provincia no respeta ni a las parejas ni a las hijas de los amigos.

—Suen a culebrón.

—En este caso, querida jefa, se cumple aquello de que la realidad supera a la ficción. Según Vilches, su ex hacía la calle cuando la conoció, se apiadó de ella, la sacó de aquel infierno y la acomodó a su lado.

—Venga, al grano. ¿Qué hay de mollar en todo este asunto?

—Creo que lo que destapa Vilches es una sabrosa punta del iceberg, en la que hay implicados miembros del Gobierno y empresarios. Un montaje del que siempre hemos sospechado y por el que ahora un tipo, que se siente agredido en lo personal, ha comenzado a tirar del hilo, aunque la madeja es muy gorda. Por el momento el acusador dice que le pagaba cantidades millonarias a Jaime Gallardo, por tráfico de influencias. Visitaba con él a ministros y altos cargos de Madrid que intercedían en sus negocios particulares. También asegura que falsificaban documentación

oficial, que él personalmente, por indicación de Jaime, pagaba con valiosas joyas y viajes en concepto de regalos.

—De momento tenemos las declaraciones de Vilches. ¿Gallardo aún no ha contestado a nuestra solicitud de hablar con él?

—No, y llevamos todo el día llamando a su despacho.

—Pues hay que seguir intentándolo, tenemos que conocer la versión de Gallardo.

EL capitán Sierra leyó con estupor los titulares de la prensa local. Como jefe de la Policía Judicial de la Guardia Civil, el nombre de Vilches le removió el cuerpo, recordándole un episodio que creía olvidado. Mientras apuraba el segundo descafeinado de la mañana, de forma mecánica descolgó el teléfono, tecleó tres números internos y habló con voz pausada.

—Ven, enseguida.

En breves segundos el brigada Santamaría entró en el despacho, con cierta desgana hizo ademán de cuadrarse.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Siéntate Manolo. ¿Ya has visto la prensa?

—Por supuesto.

—Ahí tienes a toda página a un conocido tuyo: José Vilches.

—Aquello fue raro desde el principio.

El oficial, de natural calmado, no pudo evitar cierta incontinencia, elevando súbitamente la voz.

—¡Raro no, más bien vergonzoso!

El brigada miró a su jefe sin sorpresa, y respondió casi arrastrando las palabras.

—Usted estaba fuera, haciendo un curso, y el teniente coronel me sacó de la cama. Sus órdenes fueron taxativas. Tuve que llamar al resto del equipo y salir pitando.

El capitán Sierra volvió a mostrar una inédita inquietud, cortando a su subordinado.

—Como sabes, ya le manifesté mi protesta formal al jefe de la Comandancia. Ni me contestó, sabe que se pasó. La Guardia Civil no está para servir a los intereses personales de nadie, los tiempos de los caciques están muy lejos, a Dios gracias. Aunque en este caso parece que volvemos a hacer verdad el mito maldito que ensombreció al Cuerpo. Me cabrean profundamente este tipo de actuaciones.

—Pues fíjese, mi capitán, ya comienza a tener sentido toda aquella movida en la mansión de Gallardo.

Sierra, guardia civil vocacional cuya vida de servicio estuvo siempre en puestos de vanguardia; primero en los Grupos Antiterroristas Rurales y después en los Servicios de Información dedicados a la lucha contra ETA, tenía el estómago revuelto.

—Mira Santamaría, en veintisiete años que llevo en el Cuerpo nunca había visto una actuación semejante. Esto huele a porquería.

—Cuando llegamos a la mansión de la playa, el Delegado del Gobierno en persona nos esperaba en la puerta. Yo y mis guardias no dábamos crédito. Los municipales que hacen labor de escolta nos llevaron al despacho privado de su jefe. Al momento entraron Gallardo, su mujer y una chica joven con aspecto tembloroso que dijo ser la ex esposa de Vilches. El primero en hablar fue Gallardo, antes nos había dado la mano con exquisita educación, instando a que me sentara en el sillón del escritorio, donde había un ordenador encendido. Gallardo hizo un resumen de lo ocurrido que nos dejó atónitos. De seguida la joven comenzó a narrar los detalles de lo adelantado por Gallardo, confirmando que había sido víctima de secuestro y violación por su ex marido. El delegado me conminó a que le tomáramos declaración allí, utilizando el ordenador personal de Gallardo.

El responsable de la Policía Judicial súbitamente dio un respingo, seguido de una espontánea exclamación.

—¡Increíble!

—Pues sí, mi capitán. Yo tampoco había vivido una situación parecida. En buena lógica manifesté que lo procedente era trasladar a la mujer supuestamente agredida hasta nuestras dependencias, a fin de realizar allí la denuncia y todas las gestiones que requieren un caso de estas características. El Delegado, con tono autoritario, indicó que las diligencias debían hacerse allí, para evitar más molestias a la señora, argumentando que ya estaba suficientemente afectada. Como usted sabe, de inmediato llamé al teniente coronel y éste, cortante, dijo que debía ponerme a las órdenes del Delegado.

Después de mesarse los cabellos y mirar fijamente al brigada, Sierra bajó la vista hacia las portadas de los periódicos y habló despacio

—Me temo que a Vilches se lo van a merendar.

La conversación me la contó Santiago Sierra, con el detalle de un redactor, horas después, mientras comíamos en el reservado de un pequeño restaurante portuario. Con aquel guardia civil inteligente y templado, también de buena planta, mantenía una larga amistad que en algún momento fue algo más. Nos conocíamos bien, así que Sierra no se anduvo por las ramas y soltó lo que yo ya sabía.

—Carmina, ándate con mucho ojo. Jaime Gallardo es el más peligroso de los enemigos, sus tentáculos de poder ni se sabe hasta dónde llegan. Aquí todo el mundo está bajo sus órdenes, de eso ni la Guardia Civil se libra. Sopesa bien lo que haces, estás a tiempo de reconducir el posicionamiento del periódico. No digo que vayas a manipular, conociéndote ni lo pienso y yo tampoco te sugeriría nada parecido. Pero tal vez una estrategia menos rotunda sería más inteligente. Fíjate en los demás periódicos, con qué tibieza están llevando el asunto.

El capitán Sierra sentía por mí verdadero afecto, me quería de verdad, y, ciertamente, le notaba preocupado. Decidí dejarlo hablar; pocas horas antes un amigo y colega ya había intentado convencerme con un discurso parecido, añadiendo que pensara bien en qué lío me estaba metiendo. “Baja la presión, Carmina, algunos de los que se consideran tus amigos dejarán de serlo; hazme caso, y no quieras ser la Juana de Arco de la prensa local”, dijo el compañero, con el que trabajé en los inicios y de cuyo pragmatismo estaba asombrada, pues juntos afrontamos no pocos temas calientes y era él quien tiraba de mí, abanderando siempre el irrenunciable fin del periodismo: buscar la verdad y contarla. Cómo cambian las cosas, los años de poder de Jaime Gallardo habían socavado al conjunto de las estructuras de la sociedad provinciana en la que estábamos inmersos. Por primera vez en aquellos agitados dos días, mirando a Sierra, sentí erizarseme la piel.

—¿Qué pasa Santiago —dije con media sonrisa cargada de sarcasmo—, el feudalismo con derecho a pernada ha vuelto por estos pagos?

—Sabes cómo pienso, Carmina —contestó con voz suave—, pero la realidad es tozuda. Durante estos años en los que has estado fuera, aquí las cosas han cambiado mucho, y pensaba que estabas al corriente. El feudalismo ha vuelto, en efecto, y con una fuerza que asusta.

—No pienso tirar la toalla a las primeras de cambio, esto sólo acaba de empezar. Voy a seguir ejerciendo como periodista y lo que tenga que venir que venga, son gajes del oficio. De momento puedo decirte que tengo algo más que el apoyo de los editores: la orden expresa de llevar el caso Gallardo con rigor e ir a por todas.

El capitán Sierra dio un pequeño sorbo a la copa de vino antes de contestar.

—Llevas muchos años en el periodismo, profesión en la que has tocado todas las teclas. Vamos a ver el aguante que tienen tus editores, que residen en otra comunidad y, seguramente, son

incapaces de calibrar la verdadera dimensión del personaje. A estas horas ya estarán teniendo presiones de las más altas instancias del país. Ve con cuidado Carmina, con mucho cuidado, éste es el reto más decisivo de tu vida profesional, también de la personal. Gallardo es una mala bestia, carente de escrúpulos, con poder ilimitado que ejerce a saco. Cuando consiga neutralizarte como periodista, irá a por ti, por tu familia y por tu entorno más próximo.

—Qué difícil me lo pones, capitán. Cualquiera diría que estamos en la Sicilia más profunda o en el Chicago de los años treinta —repliqué.

—Peor: Gallardo tiene los armarios llenos de cadáveres, gentes a las que ha perseguido con saña. Desde que ocupa el poder, en esta paradisíaca isla no se mueve ni una sola hoja sin que él lo sepa.

Llegado a ese punto, no pude reprimirme y tuve un reproche con desahogo incluido.

—Por lo que veo, para la instauración de un sistema político asentado en principios mafiosos, hasta la Guardia Civil colabora.

—Yo no diría tanto —contestó Santiago, como un resorte—, más bien hay que hablar de miembros que ocupan puestos vitales, muy complacientes con Gallardo, al que llaman don Jaime. Ya sabes que en la Guardia Civil aún quedan vestigios del pasado, sobre todo entre los altos mandos. Sin ir más lejos, el jefe de la Comandancia está encantado con don Jaime; conociendo la amistad entre ambos, y tratándose de un cuerpo tan jerarquizado, van pasando de puntillas sobre la información que llega de sus actividades, digamos, malsanas. Nadie quiere meterse en líos.

—¿Tú tampoco?

Santiago Sierra pareció tocado, conociéndolo como lo conocía, sabía que aquella pregunta tan directa le sería de incómodo encaje. Se puso muy serio y no contestó al instante, movió de forma circular la copa que tenía en la mano y detuvo la mirada en los remolinos del vino al agitarse.

—A veces me miro en el espejo y tengo vergüenza —Santiago dijo aquello con un rictus de amargura, desconocido en él, que me sorprendió.

—No quería...

—Carmina, por favor —interrumpió—, déjame hablar. Hace demasiado tiempo que no me sincero. Como ya te he comentado, en los últimos tiempos aquí las cosas han cambiado demasiado, nada que ver con cómo eran cuando nos conocimos, ¿recuerdas?

—Claro, fui la primera redactora, o sea, la primera mujer que entró en la Comandancia de la Guardia Civil para cubrir los sucesos. Toda una rareza en aquellos apasionantes años ochenta. Y allí estabas tú, el joven y flamante sargento Sierra.

Santiago asintió mientras le vislumbré una contenida mueca de ternura, él no se había olvidado de aquello, ni de lo que vino después. Yo tampoco.

—Un año más tarde te nombraron directora, pasó lo que pasó entre nosotros, y yo pedí el traslado al País Vasco. Después la misión en los Balcanes, con herida incluida; otra vez la lucha contra ETA, el ascenso a oficial y una temporada en las embajadas de París y Buenos Aires. Esos años tú seguías al frente del periódico, tengo que confesarte que aquellos artículos incendiarios que escribías los leí casi todos, me los mandaban recortados. Siempre fuiste una mujer de carácter y principios, pero ahora es diferente. Éste es un territorio en el que sólo medran los que comulgan con el sistema, con el perverso modelo construido por Jaime Gallardo. Y sí, siento vergüenza de colaborar de alguna manera, pues la inacción también es una forma de contribuir a que esta farsa putrefacta tenga atrapados a los ciudadanos de toda una provincia insular. He pedido el traslado a los grupos operativos de la lucha contraterrorista.

—Así que me vuelves a dejar sola —dije con ironía y con similar tono contestó el capitán. Nos

adentramos en el coqueteo y me gustó.

—Te recuerdo que siempre has sido tú la que me ha dejado, dos veces. Y aquí estoy, como dócil cordero, confesándome contigo.

—Venga Santiago, que me has invitado para dar consejo y al final tendré que ser yo la consejera. Ánimo hombre, que una periodista y un guardia civil no deben achantarse ante un mafioso de medio pelo.

—Ve con cuidado, Carmina. Sabes que te quiero —aquello lo dijo con el sentimiento verdadero que yo conocía —y siempre te querré, pero los amores imposibles hay que asumirlos. Yo hago lo posible.

—¡Menudo rollo tienes! —nunca estuve acertada en el papel de quitar hierro—, con la de chicas que llevas en danza. ¡Ja, ja, ja!

—Ése es un golpe bajo, nunca dejarás de ser una mantis religiosa, cariño. Pero ahora tienes que abrir bien los ojos, de par en par. Con Gallardo destierra cualquier juego de mujer fatal, ahí tus probadas armas nada pueden.

—Estoy empezando a cabrearme —le dije con una sonrisa—, hace años que somos amigos, nada más—. Eso lo acabó de descuadrar, hacía un instante le había echado en cara que me dejaba sola.

—Ya veo que, pese a los años, sigues igual...

—Aparquemos ese tema, mejor retomamos el caso Gallardo —solté una de mis risas frescas y le serví un poco de vino, para cambiar de estrategia—. Antes has comentado que en la Guardia Civil recibís mucha información sobre las andanzas del inefable presidente del Cabildo Insular. ¿Alguna cosa sería?

Santiago tensó el rostro, hizo una pausa y soltó la información:

—Es cocainómano, los de antidrogas elaboraron un completo dossier que acabó en la trituradora, por órdenes de arriba. Ahora el teniente coronel los tiene a raya. Es fuerte lo que digo, ¿verdad?

—Ciertamente entra en el perfil del personaje. Creo que a nadie sorprendería confirmar lo que por la calle es un secreto a voces. ¿Algo más?

—Los propios municipales que tiene asignados como escoltas hacen de camellos, compran a importantes proveedores, material de la mejor calidad, y cada día le llevan la mercancía.

—¿Cada día?

—Sí, está muy enganchado.

—Vaya, vaya, y la Guardia Civil haciendo la vista gorda... —dije mirándole a los ojos, sabiendo que tocaba el punto débil de Santiago, que respondió raudo.

—Sí, pero la Policía Nacional tiene la misma actitud. Al fin y al cabo las grandes ciudades son competencia de los nacionales, y también hacen la vista gorda. Ten en cuenta que a los jefes de las comisarías provinciales los nombra el Ministerio del Interior, y ahora mismo Gallardo tiene hilo directo con el ministro, además de con el mismísimo presidente del gobierno. Atado y bien atado, como el Caudillo.

—¿Nadie puede hacer nada, tan intocable es?

—Antes de tu regreso, un inspector jefe de la Policía realizó un detallado informe de las andanzas de don Jaime Gallardo, aportando un material explosivo, desde el consumo de drogas a contactos con la Mafia italiana, pasando por prácticas ilegales de juegos de azar y la creación de una red de sobornos. El colega policía está en la calle, jubilado anticipadamente, y cada mañana mira debajo del coche.

LA semana en la que estalló el escándalo tuve que lidiar con las más variadas presiones, pero lo peor estaba por llegar. Jaime Gallardo continuaba herméticamente callado, protegido por la guardia pretoriana que en aquellos días ponía a prueba una férrea piña, remachada tanto por la devoción al jefe como por el miedo a perder los privilegios. Los líderes populistas suelen rodearse de colaboradores que no puedan hacerles sombra. Eso mismo ocurría en aquella especie de peronismo de campanario, trufado de personajes grises que jamás habrían destacado en ámbito alguno de la sociedad civil. Palmeros, oportunistas, que seguían ciegamente las directrices del jefe al que debían el pan de sus hijos. Tipos carentes de principios, desposeídos de ideología, mucho menos de conocimientos, que ejercían de costaleros de aquel dios que proveía por sus bienes y haciendas. Cómo me recordaba aquello la novela *Boca sellada*, de la siciliana Simonetta Agnello. Durante los primeros días el silencio fue la respuesta del león herido. En el poderoso partido que representaba y del que era reconocido icono, tampoco atendían a las demandas de los medios de comunicación. En Madrid, donde estaba la cúpula, se limitaron a echar balones fuera.

Mientras José Vilches, el ex amigo íntimo de Gallardo, se despachaba cada día con sorprendentes datos, un poderoso equipo de abogados logró convencer a don Jaime para que contuviera su arrebatadora vena vehemente. Callar y que escampe: algo previsible que me fue confirmado por uno de los colaboradores, aún sabiendo el peligro que corría si llegaban a detectar que mantenía frecuentes contactos conmigo. Siempre hablábamos por teléfono, y para ello el confidente utilizaba un móvil particular, nunca el que pagaba la institución o el partido. En aquellos instantes de tanta presión, la garganta profunda se la estaba jugando, por eso jamás utilicé aquella información para tener ventaja periodística. Una tarde, cuando acababa de colgar al hablador hombre de Gallardo, el redactor jefe entró como un ciclón, con el rostro colorado como un tomate, y levantando los brazos, cual ganador que traspasa la meta.

—¡Dispara, Riquelme! —grité sin darle tiempo a que hablara.

—¡Tenemos una bomba! Nuevas declaraciones de Vilches en las que para implicar a Gallardo en posibles delitos de cohecho, él mismo se culpa. Tremendo.

—Así que el amigo despechado está dispuesto a inmolarse, con tal de demostrar que el poderoso Gallardo se lo lleva crudo haciendo valer sus cargos institucionales y su gran poder político... —le comenté al redactor jefe, que respondió enseguida, con un énfasis que parecía crecer cada día.

—La punta del iceberg, lo que está saliendo, de momento, sólo es la punta del iceberg.

Hace tiempo —alenté las palabras de Riquelme —uno de los más insignes personajes de ese montaje que se ha dado en llamar el *gallardismo*, me dijo textualmente: “Jaime no se aprovecha de la política, simplemente se sirve de ella, y al final todos salimos beneficiados”.

—¡Menuda pandilla de sinvergüenzas! —exclamó mi colaborador, y en ese momento entró el gerente del periódico y no traía buena cara.

El denominado ‘Caso Gallardo’ fue cogiendo cuerpo. Detrás de aquella autoinculpación de Vilches, en la que daba datos sobre actuaciones que afectaban gravemente a Jaime Gallardo en su condición de cargo público, vinieron otras. Yo cada día informaba a los editores sobre la marcha del asunto que, día tras día, acaparaba nuestras portadas. Otros medios pronto dejaron de dar relevancia al asunto y, cuando lo hacían, podía intuirse la mano de Gallardo o sus asesores,

orientando la información que, en no pocas ocasiones, aparecía sin firma, por vergüenza profesional del redactor obligado a manufacturar un texto infumable, alejado de la realidad. Mientras tanto, nosotros seguíamos aguantando el tipo, capeando el mar de presiones que no cesaba, y con el apoyo incondicional de los propietarios del periódico, a quienes ya les estaban llegando sugerencias del más alto nivel para que bajáramos el marcaje a Gallardo. Fueron jornadas intensas, ejerciendo el más auténtico periodismo, lanzada en una fiebre de pureza profesional sobre la que no quería detenerme en reflexionar demasiado. Siempre tenía a mano *La vida de un periodista* de Ben Bradlee y cada nueva jornada, a medida que la lucha por sacar el periódico adelante iba recrudeciéndose con mensajes y presiones hasta el momento insospechadas, ojeaba aquellas páginas con un voluntarioso, suicida diría ahora, convencimiento de que mi editor era fiel remedo de Katharine Graham, la mítica propietaria de The Washington Post. Cuán equivocada estaba.

La ensoñación sólo duró unos meses. Tuve que ausentarme varios días para representar al periódico en un foro de comunicación organizado por una gran empresa nacional. Cuando acabó una de las sesiones, a la hora del café, consulté el móvil y observé que había varias llamadas del editor. No me dio tiempo a contestar, cuando iba a marcar el número sonó el teléfono y era él, esta vez con timbre inquietante.

—Carmina, esto hay que reconducirlo, tenemos a todo el mundo en nuestra contra. De momento, el redactor jefe, Riquelme, que no escriba ni una línea. Es intolerable el tono que emplea en sus columnas de la contraportada.

Durante unos segundos quedé paralizada, absolutamente muda, Aquella nueva situación llegó como un ciclón que te sorprende en el océano, mientras navegas con tiempo bonancible y ningún parte meteorológico ha sido capaz de predecirlo. Y afloró un terrible presentimiento que irradió un temblor a las piernas. La sensación en la boca fue de sequedad, la lengua de corcho. Pensé que sería incapaz de articular una sola palabra. De momento no fue necesario, el editor continuó con el balance de la situación en un tono que iba adquiriendo una auténtica dimensión de furia.

—¡El proyecto se va al traste! ¡Así es imposible, nadie quiere saber nada de nosotros, nos cierran todas las puertas! ¡Es preciso buscar un equilibrio, reconducir la información y la línea editorial!

—Estoy fuera, ahora mismo —quise argumentar pero fue imposible, cortó rápido.

—Cuando regreses al periódico el director general del grupo te dará instrucciones precisas, pero desde ahora mismo no quiero leer ni una frase de Riquelme. Adiós.

El editor colgó. Ya nunca volví a hablar con él.

LA situación estaba llegando a un punto crítico. El director general, por orden del editor, decidió mandar a dos empleados de confianza para intentar neutralizarme y dar un giro a la relación del periódico con Jaime Gallardo. Conscientes de que yo en todo momento había seguido sus directrices, los editores tenían que diseñar una maniobra teatral que acabara con mi cabeza servida a Gallardo en bandeja de plata, pero dando la sensación de que era una profesional incompetente. Con la llegada de los fieles lebreles, incapacitados para mayor empresa que la de lamer los zapatos del amo, la familia de centenarios empresarios de la comunicación, que unos días antes esgrimían mis artículos en las tertulias del casino de su provinciana ciudad, pensaban que me vendría abajo, e incapaz de aguantar la presión, presentaría la dimisión. Y Gallardo, hombre de palabra, desbloquearía el asedio económico, tendiendo los puentes que la nueva situación de mutuo entendimiento provocaría. Pues se equivocaban, ahí estaba mi padre, aferrado al timón y capeando el temporal, su ejemplo me seguía dando una fuerza que llegado el momento, sería sobrenatural. Unos y otros pinchaban en hueso.

Los enviados que debían supervisar mi labor crearon una situación difícil de entender por la plantilla. En el periódico el clima pronto tendió a enrarecerse, especialmente en la redacción. El que me asignaron como adjunto a la dirección fue meticulosamente seleccionado por el director del periódico con el que compartíamos cabecera en otro territorio. Un tipo mediocre, estómago agradecido, con ansias de trepar en el grupo editorial, a cualquier precio, que aterrizó como un auténtico salta parapetos. La tarde que llegó dejó muy claro que no venía a hacer amigos y que traía plenos poderes de la empresa.

—Mientras Carmina Ferré sea la directora, la máxima responsabilidad es mía, los poderes también —le advertí con una serenidad de la que yo misma quedé sorprendida. Y el tipo quiso impresionar.

—Ahora mismo llamo a la empresa y que te pongan en tu sitio —me dijo amenazante.

—Te ruego calma, por favor —le dije sin inmutarme—. Vamos a tener que pasar mucho tiempo juntos, yo no soy de las que tiran la toalla tan fácilmente. Puedes transmitirlo a quienes te han mandado aquí.

—He venido con instrucciones precisas... —rugió el colega, un total desconocido para mí. Pero estaba decidida a cortar de raíz aquella absurda situación y me puse imperativa.

—¡Basta ya, en mi despacho no tolero ni una sola amenaza! Si la empresa quiere que tú dirijas el periódico lo tiene fácil con destituirme. Pero mientras eso no ocurra, aquí la última palabra la tengo yo. Como siempre seguiré la política que decida la editorial, pero bajo ningún concepto toleraré que nadie usurpe mi autoridad legal. Ahora, por favor, déjame sola —solté con fuerza, pero sin arrebatos.

El radical cambio de la empresa no fue más que el preludio de una cascada de acontecimientos que comenzaron a caer en picado sobre mis espaldas. Parte de las fuerzas vivas que en un principio acogieron con discreta aprobación la línea del periódico y mis artículos sobre el Caso Gallardo, me dieron la espalda. Pasados los primeros momentos, de lo que ellos intuían un zarandeo letal contra Jaime Gallardo, convencidos de que éste salvaría la situación, amagaron sus verdaderos deseos y apostaron por caballo ganador. Pronto se fueron sumando el conjunto de los agentes sociales que habían ido contemplando el desenlace del escándalo y comencé a sentir cuan duro era aquello del anatema... A medida que los vacíos se fueron agrandando empecé a sufrir un

incesante ataque de anónimos, amenazando con violarme, romperme las piernas, cortarme las manos y la lengua, además de un largo etcétera en el que incluían divulgar supuestas depravaciones sexuales de las que yo era partícipe.

Una mañana al salir de casa, un individuo, con el rostro oculto con un pasamontañas, me empujó violentamente contra un coche y sentí el frío de un cuchillo en el cuello. Después de escupirme y propinarme un puñetazo en el estómago, desapareció con rapidez. Ahí me derrumbé. Como pude llamé al capitán Sierra, mi único apoyo.

En casa, Santiago Sierra preparó una tila bien caliente y me observó mientras iba sorbiendo despacio, con la taza sujeta con las dos manos. Me miraba con ojos enamorados, pero era incapaz de ocultar la indignación que le recorría el cuerpo y mantenía una sonrisa forzada. Él sabía el origen de las desgracias que no dejaban de afectarme en las últimas semanas.

Estábamos en el salón; momentos antes Santiago me había acompañado a la Comisaría donde interpusé la denuncia. “Quieren intimidar de verdad”, dijo un inspector amigo de Santiago, conocedor de la situación que estaba viviendo, pues él ya me atendió en las denuncias de los anónimos. Aquel policía estuvo atento, procurando hacer más cómodo el trance de contar tan difícil situación. Consumida la infusión, intentando relajarme en un canapé azul turquesa, sentí las manos de Santiago sobre las mías y me pareció oír el torrente sanguíneo que circulaba por sus venas a la vez que el corazón, de natural reposado, latía con ímpetu.

—Carmina —dijo intentando parecer tranquilo —te ruego que dejes esta historia. Fíjate en la traición de tus editores, al final te vas a quedar absolutamente sola. Los pocos que aún te aplauden tímidamente ni te conocerán llegado el momento. Ya no tienes que demostrar nada y aquí ya ves lo que pasa cuando vas a contracorriente. Reflexiona, por favor.

Consciente de que las palabras del capitán Sierra eran la expresión natural y sincera de un hombre preocupado, cuyo único pensamiento era protegerme, le contesté con una sonrisa.

—¿Me llevas al periódico, Santiago? —espeté con una fuerza que él no esperaba.

ROSARIO GARCÍA, La Chari, era una cincuentona recauchutada, el *bótox* y la silicona pugnaban por el imposible fin de mantener la tersura de un cuerpo que un día fue glorioso. Nada más verla me pareció una muñeca de esas que venden en los sex-shop, de tamaño natural después de ser hinchada. Eso sí, iba tiesa como un palo y no era silenciosa como el artificio erótico. Al medio minuto de conocernos comenzó a hablar con la familiaridad de una amiga, y me sorprendió la franqueza al decir que desde la adolescencia estuvo consagrada al sexo; lo llevaba en la sangre, según ella. Aseguraba con naturalidad, mientras consumía un rubio americano, que era puta vocacional y por nada del mundo cambiaría de actividad. Como mujer, aquella rotunda declaración me resultó hiriente, y disimulé como pude. Ya puesta en harina, La Chari hablaba con una extraordinaria fluidez; contó cómo siendo casi una niña, en una de las escapadas del domicilio familiar, cayó en manos de un empresario que le dio alas en sus sueños de placer carnal, iniciándola en las más variadas experiencias. Curiosamente, con el tipo seguía manteniendo una estrecha relación y fue él quien le presentó a Jaime Gallardo.

Mientras yo tomaba un té verde y La Chari un cubalibre, decidí ahondar en su relación con Gallardo. Hizo un comentario sarcástico y entró al trapo. El capitán Sierra propició aquel encuentro, ante la reacción que Gallardo estaba teniendo contra mí, deseaba que tuviera información de primera mano sobre la parte más oscura del cacique que ahora, sintiéndose agredido, era más peligroso que nunca.

La Chari encendió otro cigarrillo y no se anduvo por las ramas. El caudal de información que fue narrando de forma minuciosa, en un primer momento llegó a llenarme de congoja pero, curiosamente, a medida que desgranaba sus experiencias, por la naturalidad que empleaba y con un tono absolutamente alejado de lo trágico, consiguió que tras pasar por una rápida perplejidad comenzara a despertarme cierta proximidad que llegó a mezclarse con momentos de hilaridad. Aquella chica con incontables historias de alcobas, me caía bien y llegó a enternecerme al vislumbrar que ella era absolutamente inconsciente de su verdadera situación de víctima. Incluso parecía feliz de traslucir un interminable rosario de lo que para la mayoría de mujeres, entre las que me cuento, serían terribles agresiones, más allá de la humillación. La Chari siguió hablando con desparpajo, en un largo preámbulo, hasta llegar a los capítulos de Jaime Gallardo. Y pidió otro cubalibre.

—A ése le va todo, pocos límites tiene —dijo con la certeza de quien habla con pleno conocimiento de causa.

—¿Qué quieres decir? —le inquirí.

—Lo ha probado todo, ¿me entiendes?, todo lo que se te pueda pasar por la cabeza. Un día me habló de las diferencias entre un morito y una morita, el empleo del diminutivo era por la edad. Aseguraba que según la posición en que los ponía, no había diferencia. El muy cerdo...

—¿También con niños? —interrogué con un nudo en la garganta.

—Sí claro, y no es el único, hay más hijos de puta de los que puedas imaginar. Aunque yo en ese tema nunca he entrado, por ahí no paso.

La Chari demudó el rostro. Aquello ya comenzó a desasosegarme seriamente, el tipo que me perseguía con saña podía ser, entre otras cosas, un pedófilo. Si era así, qué podía parar a alguien desposeído de cualquier escrúpulo. Y me vino a la memoria la frase de un viejo amigo, ya desaparecido, que en los tiempos en los que Gallardo iniciaba una fulgurante carrera política

siempre decía: “cuidado, es un amoral”. Gallardo era un claro ejemplo del síndrome del poderoso endiosado, ajeno a cualquier culpabilidad por carecer de conciencia de la satrapía con la que actúa. Seguramente los antepasados de Gallardo practicaron el derecho de pernada mientras contribuían a levantar templos católicos y ejercer la filantropía. Los genes estaban ahí, don Jaime tenía el convencimiento de pertenecer a una casta superior, libre de cualquier regla. Monstruoso, pensé.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó La Chari al verme ausente, con los ojos casi en blanco.

—Sí, sí, disculpa, estaba pensativa —le contesté con poca voz—, pero, por favor, sigue.

—Bueno, como te decía, en vicio es difícil seguirlo. Pero es muy generoso, educado, atento, aunque a veces parece que se le va la olla. Dice que es la reencarnación de Julio César, incluso en situaciones de alto voltaje se pone a hablar en latín. Está convencido de que es el puto amo y que todo el mundo debe estar agradecido con él.

—¿Pero cómo puede con niños? —respondí con una mueca de estupor.

—Mira Carmina, hay muchas cosas que desconoces. Algunos de esos niños son iniciados y proporcionados por los propios padres, aberrante, ¿verdad? Y en todo caso, Gallardo cree que él no hace daño a nadie, se limita a iniciarlos en la verdad de la existencia y a ayudarlos económicamente. Además, según me cuentan, ese tipo de prácticas rara vez las realiza, pero cuando le organizan alguna fiesta especial suele destacarse. Un día me contó no sé qué teoría sobre las relaciones sexuales con menores, como práctica lógica en minoritarias capas sociales de inteligencia más evolucionada. Pero no me convenció, como te he dicho, jamás pasaré por ahí.

—Ése es el comportamiento de un psicópata, Chari.

—Él piensa que es Dios, y yo añado que seguramente lo es, pero del mal.

—Increíble—. Es lo único que acerté a decir, al tiempo que aceptaba un cigarrillo, mientras La Chari volvió a la carga, lejos de cualquier afectación por el calado de cuanto estaba contando.

—Hace años —comenzó a reír —nos citamos en su casa, donde me llevaron los guardaespaldas, la familia estaba de viaje. Aquello ya me pareció insólito, pero bueno, con Gallardo cualquier cosa es posible. Me hicieron pasar a la alcoba principal y quedé impresionada por la cantidad de espejos, desde cualquier posición podías verte con detalle. Había una nota sobre la cama con las últimas instrucciones, así que me quité el abrigo y revisé los detalles de la indumentaria requerida: corsé, bragas con puntilla años cincuenta, medias y liguero, todo de color negro, rematado con un collar largo de perlas blancas. Del bolso extraje una larga boquilla de marfil a la que coloqué un cigarrillo mentolado y esperé fumando, sentada en un extremo de la cama, de espaldas a la puerta después de ponerme una venda en los ojos, siguiendo las indicaciones al pie de la letra. Al momento oí el sonido de la puerta al abrirse y las notas a alto volumen de una canción muy conocida: *Lili Marleen*. Tenía orden de no cambiar de posición y así lo hice, pero con los cinco sentidos puestos en cuanto podía ocurrir, muy atenta a cualquier sonido, percatándome de que el aparato de música era depositado en un punto fijo, seguramente en un valioso chifonier que me había llamado la atención. Durante unos minutos no pasó nada, cuando cesó la música sonaron unos característicos chasquidos, para mí ya familiares. Entonces liberé los ojos y con la boquilla humeante entre los labios, pintados de un rojo fuerte, giré el cuerpo y me quedé petrificada.

La Chari hizo una pausa, dio un largo trago al vaso de tubo que quedó sólo con el hielo y haciendo un gesto al camarero pidió otra toma, dispuesta a seguir con el relato. Ciertamente, me tenía sobre ascuas.

—Aquello fue lo más —y soltó una carcajada que atrajo numerosas miradas—, disculpa

Carmina —dijo al darse cuenta del exceso—, pero es que fue total —añadió tapándose la boca con una mano para frenar la risa—, nunca pensé que le diera por ahí.

—Apareció vestido de cuero—. Aventuré, presa de una repentina incontinencia.

—No, no, no —dijo La Chari que comenzaba a lagrimear con el esfuerzo de no estallar otra vez en una carcajada—, mucho mejor. El tipo iba vestido con un uniforme pero no de militar: llevaba chaqueta blanca cargada de medallas e insignias, destacando en la solapa el yugo y las flechas, camisa azul rematada con corbata negra. Yo estaba atónita, pero ni se me pasó por la cabeza sonreír.

—Ésa era la indumentaria del Movimiento Nacional —informé, reprimiendo un ataque de hilaridad.

—Sí, después me contó que el uniforme era de su padre, al que adoraba. Pero bueno, vamos a los hechos. Como te decía, yo estaba presa de una gran sorpresa, casi petrificada, pues Gallardo pasó un largo rato sin decir nada, mirándome con unos ojos lascivos que nunca antes le había visto. Estaba segura que acababa de esnifar, seguramente una dosis mayor de la habitual, pues la cara le delataba, que ya es mucha la experiencia que tiene una. De pronto, con un insulto ordenó que me acercara, de un manotazo hizo saltar la boquilla y quitó el carmín, restregándose los labios con una mano enguantada, con la otra mano, desnuda, asió mi cuello con fuerza y susurró unas palabras que todavía me inspiran pánico: “preparate para lo bueno, puta roja, arrodíllate” Se acercó al mueble y volvió a poner *Lili Marleen*; lo que pasó después ya no te lo cuento, algún día tal vez, tal vez.

Imputado por los jueces y acorralado por el fiscal, Jaime Gallardo demostró, una vez más, que no todos somos iguales ante la Justicia, y que bien cierto es aquello de que tanto tienes tanto vales. Con dinero y poder político el camino está allanado, y así lo hizo ver Gallardo a quienes pretendíamos desenmascararlo. Pronto tuvo unas cuantas cabezas, pero la más codiciada era la mía. Aquellos que alentaron la línea del periódico en el “Caso Gallardo” con la frase: “luz y taquígrafos”, al poco tiempo diseñaban una lamentable ópera bufa, en la que lograron aunar las bajas pasiones y los comportamientos más indeseable, para apartarme de la dirección. Los lebreles del editor, desconocidos en la capital y resto de la isla, a mis espaldas efectuaron un acercamiento con Jaime Gallardo y la querida ocasional que tenía como responsable de prensa. Supe después, con estupor, que los representantes de un grupo editorial que se autocalificaba de independiente, nada más aterrizar, tenían la misión de promover un acercamiento con Gallardo. Aunque primero confraternizaron con la nueva adquisición del cacique, a la que todos llamaban “la chica dentífrico”, pues hasta en las circunstancias más adversas obsequiaba con una destellante sonrisa blanca. Ya con el buen rollo de la relación entre colegas, quienes en teoría venían a echarme una mano, labraron una excelente relación con la asesora/amante, que fue la antesala para compartir mesa y mantel con Gallardo, ante cuyas dotes de seducción cayeron embaucados. El enemigo lo tenía en casa, estaba siendo apuñalada por los míos.

Cuando me filtraron las idas y venidas de los dos compañeros al despacho de Gallardo experimenté muchas cosas pero, sentada en mi despacho, con la puerta cerrada, de pronto sentí la soledad del capitán de barco de la que tanto hablaba mi padre en sus muchas horas de charla, para convencerme de que aquella idea infantil tenía serios inconvenientes. La información fue como una lanza que te atraviesa el cuerpo, me estaban haciendo la cama de la forma más indigna.

EL porte distinguido de Mar González de Gallardo continuó impoluto ante la situación que le tocaba afrontar. La gran dama, siempre discreta, hizo las maletas y con ellas arrastró su dignidad hasta el refugio lejano, donde un grupo de amigos de toda la vida estaba dispuesto a arroparla. La separación del poderoso matrimonio causó en la isla comentarios de todo tipo, aunque pocos llegaron a extrañarse y muchos no dejaron de hacer los más variopintos comentarios, eso sí, con la boca pequeña y medida precaución, pues nadie osaba enemistarse con don Jaime, del que aseguraban todo lo veía y oía. Los rumores que circulaban quedaron confirmados por mi confidente gallardista, que mantenía una relación de complicidad con Mar, especialmente desde la irrupción de la joven que había propiciado la ruptura del matrimonio. “El día que Jaime fichó a la *Barbie* —curiosamente nunca pronunciaba el nombre —Mar tuvo una premonición que se ha cumplido puntualmente. Conociendo al jefe, tampoco era difícil acertar”, confesó mi fuente.

Acostumbrada al lujo y al boato, incluso en los tiempos en los que Jaime Gallardo soplabá en caldo helado, Mar González llevaba treinta años luciendo palmito y codeándose con lo mejor de la isla, un territorio que al principio de su llegada la ahogaba. Educada en los mejores colegios, hija de una familia burguesa, acostumbrada a un tren de vida elevado, encontró en Gallardo el ideal de media naranja. Durante años las dificultades económicas formaron parte del matrimonio, que jamás renunció a un más que rutilante protagonismo social. Las deudas abrumaron a la pareja que, con habilidad, lograba sortear las situaciones, en ocasiones especialmente singulares: desde los dispendios de Mar en tiendas de alta costura hasta las pérdidas astronómicas de Jaime en casinos y timbas ilegales. Pero siempre sabían salir airosos de los trances que a otras familias habrían llevado a la ruina.

Mar González creía conocer la indómita personalidad de su marido, sin embargo se le escapaba el lado más oscuro, y eso que ella admitía aspectos realmente negros. A lo largo de tres décadas consolidaron una familia numerosa y en los últimos años gozaron de las mieles de la abundancia, la admiración y la pleitesía que les proporcionaba el poder político logrado por Jaime Gallardo. En la cúspide del éxito, después de sortear un turbulento camino sentimental, de la noche a la mañana, Mar vio como todo lo logrado se esfumaba en un instante. Gallardo decidió divorciarse. La amargura por la traición, la vapuleó y activó el más irrefrenable de los despechos. En ningún momento perdió la compostura, aunque maquinó cómo devolver el golpe, desterrando cualquier precipitación...

El divorcio del matrimonio Gallardo causó desasosiego entre la guardia pretoriana del político. Según dijo mi informante, el reconocimiento oficial de la joven nueva compañera cambiaba los esquemas internos de poder de la corte gallardista, pues don Jaime estaba decidido a catapultar a la exuberante pareja, augurándole un prometedor futuro político. De momento la chica pasaba a ser el apoyo de mayor confianza en el entramado mediante el cual ejercía el control absoluto del territorio. Mar fue durante muchos años la esposa discreta, fina, muy elegante, siempre al margen de la política, por la que sentían veneración los acólitos de Jaime Gallardo, que nunca la vieron entrometida ni rival de sus aspiraciones. La llegada de una joven profesional, rebosante de ambición, trastocó la placidez del sistema y activó las alarmas.

Sobre el episodio de la separación surgían los más diversos comentarios. Según Paco Riquelme, en su dorado retiro en la península Mar González estaba acompañada por un hombre perteneciente a una importante familia dedicada a los negocios, un amigo de Gallardo. Para el redactor jefe

aquél era un primer paso en la venganza de la aún lozana Mar y como siempre sentenció: “estos no dejarán de darnos tardes de gloria, ya verás jefa”.

Aquel mismo día recibí una inesperada llamada telefónica: era Cuca Llansola, ex compañera de las Madres Escolapias. Casada con un acaudalado industrial, vivía en Madrid y desde hacía años mantenía una estrecha amistad con la ex de Gallardo. Simpática y dicharachera, fue al grano: Mar González deseaba conocerme. Cuca me invitaba a pasar el fin de semana en una finca que su marido poseía en la sierra madrileña. Quedé sorprendida, primero por la familiaridad con la que me hablaba, pues hacía veinte años que no nos veíamos y después porque me dijo que tenía los billetes de avión a mi disposición y que ella iría a buscarme al aeropuerto, con el chófer claro. No pude negarme.

Mandé un correo electrónico al director general explicando que debía ir a Madrid por un asunto de familia. Quería mantener en secreto el motivo del viaje, y la versión oficial fue la que di a los colaboradores más allegados. Sólo Santiago Sierra supo a dónde iba, y me lo agradeció. A primera hora de la mañana del viernes aterricé en Barajas y a los pocos minutos me encontré con Cuca, acompañada por una mujer algo más mayor, pero de un porte soberbio y a la que reconocí: era Mar González. La compañera de colegio se deshizo en abrazos y carantoñas. Inmediatamente realizó la presentación y comprobé que estaba ante una señora de las que son consideradas de categoría. Vestía un impecable sastre príncipe de Gales, y como complementos, unos finísimos pendientes de oro blanco; muy guapa con unos leves toques de maquillaje. Nos saludamos con cortesía. Ya en el coche, la anfitriona cedió el asiento trasero y ella se sentó junto al conductor.

Roto el hielo, tarea fácil merced al buen oficio de Cuca, conversamos sobre la actualidad en general pero, al poco, estábamos hablando de cómo transcurrían las cosas en la isla. Ahí Mar mostró el primer vestigio de lo que iba a dar de sí aquel fin de semana. Con un rictus entre jocoso y amargo, la ex de Gallardo se refirió a él con contundencia: “es aún más perverso de lo que pensáis”. Cuca hizo un gesto de asentimiento y con la mirada señaló al chófer, a la vez que cambió la conversación. Tiempo tendríamos de hablar largo y tendido sobre el personaje que tanto daño estaba ocasionando. En ese momento tuve la premonición de que nos estaban siguiendo.

Llegamos a la mansión de Cuca, una magnífica casona del siglo XVIII minuciosamente restaurada, situada en el interior de una finca de incontables hectáreas. El guardés cogió mi maleta después de quitarse la gorra e inclinar la cabeza en señal de respeto. Detrás de él, la que debía ser su mujer, imitaba cada uno de los gestos. Aquel inesperado recibimiento fue como penetrar de lleno en una narración de Miguel Delibes. El caciquismo seguía latente, por lo menos en la ética y la estética, en la España democrática y europea. Cómo me dolía aquello; pero hice de tripas corazón, acepté tan extraña invitación como un acto de servicio en el ejercicio del periodismo. Sabía que entraría en un mundo alejado de la normalidad plural, de la igualdad, donde políticos de todo pelaje nos vendían cada día. Una normalidad que tenía demasiados agujeros negros, pestilentes. Y acababa de entrar en uno de aquellos ecosistemas en los que la supuesta genética, la de los billetes en todo caso, ocupaba una posición prevalente. Amabilidad, deferencias, simpatía... Todo ello en el escaparate social, pero comportamiento clasista a la hora de la verdad.

Aquel lugar de aspecto maravilloso, enclavado en un paraje natural de intenso verde, era un remedo de la forma de ser de Jaime Gallardo, al que ahora los suyos querían degollar, como literalmente comentó Cuca entre risas impostadas. Con tan esperanzador ánimo comenzó la comida, que compartimos las tres solas. El momento para hablar de todo, matizó la anfitriona, pues a últimas horas de la tarde llegaban otros ilustres invitados. También llegaría el marido de Cuca, ocupadísimo cerrando negocios desde su reconocido bufete de abogados, del que era titular

la dinastía desde hacía varias generaciones.

—Tenía ganas de conocerte —terció Mar, mientras degustábamos una ensalada templada—. Debo confesarte que llegué a maldecirte en muchas ocasiones. Ahora veo que la equivocada era yo.

La ex de Gallardo hablaba con seguridad, empleando un tono que denotaba convencimiento de superioridad. Manejaba los cubiertos con envidiable pericia, mientras pronunciaba con una cadencia que pretendía ser suave, pero ahí note a la pantera que esconde los colmillos y contiene las garras.

—Jaime está obsesionado contigo —dijo mirándome a los ojos y percibí en ella el más vivo deseo de venganza—. Al parecer, corrige si voy equivocada, desde siempre te has escurrido entre sus manos como una anguila.

Mar se llevó la copa de vino a los labios y prosiguió mirándome con unos ojos realmente bellos, acostumbrados a impresionar. Adivinó que ponía cara de póker y sin esperar a que yo respondiera, continuó:

—Él, ya sabes cómo es, esperaba que tuvieras otra actitud a la hora de informar de todo este lío que nos tiene sin vivir—. Mar pareció emocionarse pero recobró de inmediato la seguridad.

—Jaime me arrastró en sus componendas y ahora estoy empapelada por la Justicia. Por si fuera poco, el muy cerdo, va y se lía con una ayudante que podría ser su hija. Con tantos años juntos soy perfectamente conocedora de las veleidades del señor Gallardo, pero jamás pensé que llegara al punto de humillarme. Cree estar por encima del bien y del mal. Incluso a nuestros hijos los tiene engañados, sabe hipnotizar a base de una generosidad desbordante, es un mal bicho.

Yo seguía callada, escuchando la confesión de una mujer herida con la que hablaba por primera vez en mi vida. Supuse que aquel desahogo inicial era preludio de algo mucho más sustancioso.

—Mira, Carmina —siguió Mar—, tienes que tener mucho cuidado. Contigo tiene una especie de ataque de cuernos, y ya sé que siempre le diste calabazas. No me preguntes por qué razón, pero a ti no te contempla simplemente como a una directora de periódico insobornable, que haciendo su trabajo lo perjudica. Va más allá, siente que lo has traicionado y ese pensamiento, merodeando la cabeza de Jaime Gallardo, puede ser fatal.

Empezaba a inquietarme. Había accedido a aquel encuentro a espaldas del periódico y de mis colaboradores, dando saltos mortales para no levantar sospechas y justificar un viaje relámpago a la Península. Y hasta el momento, el tema principal era yo. ¿Pero, qué estaba pasando?

—Mar, soy consciente de todo lo que dices —interrumpí a la gran dama—. Llevo mucho tiempo sufriendo la cólera de tu marido. Te agradezco el interés en ponerme sobre aviso, aunque un poco tarde.

Cuca, que había permanecido silente, propuso tomar café en un salón con vistas a las montañas. Aquella maniobra era una tregua, vislumbró en mi semblante signos de cabreo y decidió cambiar el tercio. Mar aprovechó para encender un cigarrillo espectacularmente largo que extrajo de una pitillera.

—Nos enfrentamos a un ser carente de escrúpulos—. El "nos" parecía que ponía a ambas del mismo lado, pero no era así, y se lo hice saber con una mueca.

—Bueno, cada una de nosotras nos enfrentamos de diferente forma, y el enemigo es igual de peligroso para las dos. De ahí que para combatirlo sea necesario contar con la mejor información, que permita atacar los puntos más débiles.

Por fin estábamos entrando en materia, pensé, mientras una de las asistentes servía el café y otra acercaba un carrito con licores. Momento en el que Mar interrumpió la introducción. Cuando

estuvimos solas, volvió a la carga.

—Es un pervertido, especialmente cuando bebe y pierde el mínimo recato que pueda tener por fingimiento social.

Los ojos de Mar González estaban inyectados en sangre, en un instante aquella mujer experimentó una transformación que asustaba. Me vino a la memoria la intensa charla mantenida con Chari, la meretriz vocacional, en la que surgieron las desviaciones de Gallardo, que evidenciaban la talla moral de aquel canalla. Ahora quien había sido su mujer durante treinta años ponía el dedo en la llaga, menuda llaga. Opté por hacerme la sorprendida e hice el gesto de taparme el rostro con las manos, tal vez excesivamente teatral, pero dio resultado.

—No sé de qué te sorprendes, Carmina —espató Mar, al tiempo que encendía un nuevo cigarrillo—. Durante años he aguantado carros y carretas, porque creía que me convenía y procuraba centrarme en la cara amable de Jaime, que es deslumbrante. Él siempre fue un tipo vicioso, aunque yo en todo momento recibí un trato de respeto y, como suele decirse, me llevaba en volandas, incluso en los años en que pasamos por dificultades económicas —dio una calada y soltó el humo con intensidad, como dando un largo suspiro.

—Lamentablemente —continuó Mar —en los últimos tiempos, transformado en ególatra, la evolución ha sido terrorífica y el monstruo ha ido a más, ya no repara ni en las formas. Una locura, complicada con el lío judicial en el que estoy involucrada de forma gratuita.

Cuca volvió a servir café y sugirió tomar un licor, que yo amablemente rechacé. La anfitriona escanció sendas copas de ron Matusalén gran reserva. Mar paladeó el licor antes de continuar.

—Tienes que investigar y desenmascarar de verdad a don Jaime Gallardo, un depravado —los labios de la dama dibujaron un rictus de rabia —al que hay que parar. Te he preparado un resumen de lo que han podido averiguar mis amigos, con gran riesgo para su propia integridad, en el que vienen nombres y lugares.

Hizo un breve paréntesis, acompañado de un elegante ademán de rechazo, y remarcó las palabras.

—Es sorprendente comprobar que las fiestas a las que, de vez en cuando, asiste Jaime como invitado especial, están surtidas por adolescentes de ambos sexos de un centro oficial de acogida. ¡A qué grado de corrupción ha llegado! Es sorprendente: cuando acabas con una persona hay que ver la cantidad de basura que va surgiendo y en este caso un auténtico estercolero.

Mar volvió a llenar su copa de ron y siguió.

—También te he preparado una sabrosa información sobre las relaciones de mi querido ex marido con las islas, Man, Caimán y Jersey, además de Suiza. Es campeón de la evasión de divisas a paraísos fiscales.

Aquella distinguida mujer, que ahora enarcaba las cejas y mostraba repudio por el que durante tres décadas fue su marido, gozó de una vida regalada mientras las cosas no se torcieron. Ella misma, a lo largo de la conversación, confirmó con comentarios y gestos que, durante el largo tiempo de convivencia, prefirió mirar hacia otro lado. Ahora era el despecho la imparable fuerza que podía poner en un brete al todopoderoso Jaime Gallardo, un personaje que tenía abiertos muy complicados frentes. Primero José Vilches y ahora Mar González. Ambos añadían a la información privilegiada el ansia de venganza, fruto de un irrefrenable sentimiento de ultraje que iba más allá de la razón, para situarse en esa reacción tan imprevisible de eso que suele denominarse la tracción de la sangre. Los dos ex, socio y esposa, eran los peores enemigos que podía tener Gallardo. Sin embargo, ebrio de poder, los había ninguneado.

DE regreso a la isla, en el avión, tuve tiempo de ordenar las ideas y establecer un guión de lo acontecido en la finca. En cuanto llegaron el resto de invitados, acompañados por el marido de Cuca, aquello se animó y, ciertamente, pasé algunos momentos divertidos, aunque resultó imposible meterme en la piel de unas gentes tan distintas y distantes. Decidí recurrir al pragmatismo, así que todo fue sobre ruedas. Curiosamente, con Mar González ya no volví a mantener una conversación; ella me fue esquivando y decidí respetar el repentino comportamiento. Cuando acabé de realizar las anotaciones en la pequeña libreta, que siempre llevo en el bolso, me incorporé para ir al lavabo y comencé a ver rostros conocidos. Varios periodistas de los denominados con tirón mediático ocupaban parte de la primera clase: eran los niños mimados de Jaime Gallardo y sus mejores embajadores en la península. Todas las semanas, diariamente, un nutrido grupo de colegas asiduos de las tertulias y con gran predicamento, viajaba hasta las posesiones de Gallardo para participar en la televisión y radio autonómicas.

Aquel pesebre inmenso, en el que también se nutrían informadores y empresas de comunicación locales, había logrado distorsionar la realidad. Desde los medios públicos controlados por Gallardo los periodistas/mercenarios realizaban una labor ciertamente fructífera para los intereses del cacique, el cual no escatimaba en sueldos y atenciones. Una sociedad mal informada, en este caso engañada, es menos libre. Con tal pensamiento maldije la realidad que debía asumir y los rostros complacientes de los periodistas/mercenarios, arrellanados en sus asientos, me produjeron arcadas.

En el periódico todo seguía como lo había dejado tres días antes. Eso sí, Riquelme, el redactor jefe, tenía el humor aún más agrio. Durante el fin de semana surgieron complicaciones en la edición y él ya no estaba para demasiadas sutilezas, sabía que en cualquier momento le podía llegar la carta de despido. Éramos auténticos supervivientes, aferrados al casco de un barco que se hundía lentamente ante la complaciente mirada del armador, al que falsamente habían prometido el reflotamiento, a base de dinero público. El final de aquella apuesta periodística independiente estaba escrito, así me lo dictaba el corazón y la fuerza de los hechos. Pese a tan desoladora situación, estaba dispuesta a resistir, y, hablándole a mi padre, juré que jamás tiraría la toalla. El redactor jefe había logrado recordarme la cruda realidad.

Superado el recibimiento de Riquelme, sonó el móvil, era el informante. Los enviados de la empresa estaban manteniendo una reunión con Gallardo y su más íntima asesora. La noticia me dejó tan helada que apenas pude balbucear las gracias al confidente, antes de colgar. Con la vista nublada y un nudo en la garganta, caí abatida sobre la mesa, con las manos apretando el rostro. Conmocionada, perdí la noción del tiempo, mientras la mente flotaba y el cuerpo no respondía. Aquel era un golpe bajo, difícil de encajar. Aun conociendo las intenciones de la empresa y teniendo claro que nos había vendido a Gallardo, resultaba especialmente duro enterarme de que compañeros de profesión, pese a encomendarles la misión de segar la hierba debajo de los pies, se prestaran a tan repugnante juego. Aquello de que perro no come carne de perro que aprendí en la facultad, y que durante tantos años defendí como norma irrenunciable, quedaba dinamitado por la vergonzosa connivencia de unos tipos que exhibían sin rubor la condición de profesionales del periodismo.

Cuando comencé a recobrar los sentidos noté un tremendo dolor físico, como si numerosas cuchillas me atravesaran la cabeza, el tronco y las extremidades. Estaba sola en aquel despacho

que era un auténtico sepulcro, necesitaba salir a la calle y gritar, gritar hasta que la impotencia quedara ahogada en el infinito. Pero no podía moverme, lágrimas que me quemaban comenzaron a surcar el rostro, la vista quedó nublada y la mente en blanco. Sólo recuerdo que al despertar estaba rodeada de sanitarios. Un desvanecimiento por causas del estrés dijeron mis ángeles de la guarda, diagnóstico que corroboraron en el hospital, al que también acudieron los colegas traidores, derrochando un comportamiento solícito. Cinismo que volvió a convulsionarme.

Santiago Sierra irrumpió en la habitación del hospital y con sólo mirarme supo qué debía hacer. Con palabras amables, pero gesto firme, invitó a desalojar. Respiré aliviada, mientras Santiago me besaba en la frente. Ahora no estaba sola, podía sentirme protegida, aunque fuese por unos instantes y tumbada en una cama hospitalaria, embutida en un extraño pijama con el anagrama de Sanidad y hecha un adefesio. Mi madre estaba de viaje en la Península y optamos por no decirle nada, un nuevo sobresalto en nada la beneficiaría. El diagnóstico descartaba gravedad y sólo estaría unas horas en observación, como mucho un par de días.

Por deferencia de la dirección, ocupaba una habitación individual, algo muy poco habitual en un hospital público, a no ser que tengas influencias. Ser la directora de un periódico tenía sus ventajas, le dije a Santiago. Él respondió con una amplia sonrisa. Yo le cogí la mano.

—Sabes Santiago, duele especialmente que los de tu misma condición, compañeros de profesión, sean unas hienas capaces de traicionar los preceptos más sagrados del periodismo, con tal de medrar. Éste ha sido el episodio que más me ha afectado, saber que se entregaban al pacto con Gallardo, por orden de los editores.

Hice una pausa para beber agua y mirar a los ojos del capitán Sierra, que al oír mis palabras había endurecido el rostro.

—Es la situación más deleznable que he vivido en mi carrera profesional. Pero voy a seguir al pie de cañón, que pasen por la vergüenza de echarme. A ver cómo lo explican.

Santiago me apretó suavemente la mano y acercó su rostro al mío.

—Carmina, el ser humano es una infinita caja de sorpresas. Somos la especie más depredadora y carente de escrúpulos, capaz de las cosas más inimaginables. Por experiencia sé hasta dónde podemos llegar. Y en éste maldito asunto de Gallardo aún nos quedan por ver muchas actitudes en personas, que jamás habríamos podido sospechar. Estamos metidos en un charco tan hondo como pestilente.

Devolví el apretón de mano y me invadió una indescriptible ternura al apreciar, una vez más, la sincera proximidad de Santiago. Aunque medio atontada por los sedantes, me emocionaba contar con el apoyo inquebrantable de aquel guardia civil honesto y decidido, también atractivo.

—Siento causarte tantos problemas...

El capitán Sierra me interrumpió con voz dulce, pero segura.

—Por favor, Carmina, a nadie conozco más valiente. Tú no eres el problema, que quede claro.

Cuánto agradecía aquel apoyo sincero.

—Gracias, en ocasiones llevo a culparme por protagonizar esta situación.

De inmediato salió la vena del policía acostumbrado a tomar decisiones en situaciones límite. Su tono de voz adquirió rotundidad al contestarme.

—Eso sí que no. Para nada debes sentirte culpable. Aquí vivimos en el coto de un individuo que se escuda bajo las siglas de un partido político. Los efectos de ese poder formidable son especialmente dañinos: corrompen todo cuanto tocan. Ya era hora de que alguien como tú hiciera su trabajo, otra cosa es que sirva para algo.

—La política es el verdadero poder —respondí —y cuando está en manos de gentes con la

calaña de Gallardo, la sociedad y la democracia mismas entran en vías de liquidación. Me gusta releer al periodista norteamericano Walter Lippmann, en especial un consejo: “siempre tiene que haber cierta distancia entre los grandes políticos y los periodistas. No un muro ni una barrera, pero sí es necesaria una cámara de aire”.

—Aquí quisiera ver yo al tal Lippmann. Tus colegas directores de los demás medios le bailan el agua a Jaime Gallardo, a cambio reciben opíparas contraprestaciones de las que se benefician tanto ellos como sus empresas. El que va por la senda trazada tiene asegurada la generosidad de don Jaime, que puede ser mucha. Claro, cuando rara vez se produce el caso de una descarriada como tú, la caza es implacable. No sólo molestas al cacique, con la decisión de ejercer el periodismo sin más, has alborotado el gallinero periodístico, que en realidad no es más que una pandilla de estómagos agradecidos, cómplices de este repugnante montaje.

—La Guardia Civil tampoco parece inmutarse —le espeté con espontaneidad.

Santiago quedó sorprendido, agachó la cabeza, se levantó de la silla y fue a la ventana. Permaneció unos instantes con la mirada perdida en el exterior.

LA breve estancia en el hospital y los días de reposo, por prescripción de los médicos, representaron un remanso de tranquilidad gracias a los buenos oficios del capitán Sierra. El regreso al periódico resultó duro. Fui recibida con las sonrisas y atenciones forzadas del director adjunto y el gerente, que durante mi ausencia aprovecharon para crear un clima aún más adverso. Semejante panorama me devolvió, de golpe, a la triste realidad. Tenía que seguir adelante, jamás les pondría fácil deshacerse de mí. Con tal resolución entré en la redacción y enseguida intuí el ambiente de pesimismo. La mirada de Riquelme era definitiva, así que con un gesto lo hice pasar al despacho.

Sin rodeos, como de costumbre, Riquelme soltó la información que ni siquiera hizo que me inmutara. Después de lo ocurrido, era previsible.

—Carmina, en el palacio insular ya dan por seguro que estás muerta, profesionalmente, claro.

El redactor jefe no habló con retranca como otras veces. El tono era duro, pero adiviné que quería ser próximo.

—Ya sabes cómo son estas cosas, la intoxicación es una práctica habitual —le respondí con aparente tranquilidad—. Nos quieren minar la moral. De momento ahí estamos...

Riquelme cortó bruscamente.

—¡Y de qué forma estamos! El cerco cada vez es más estrecho, estos días que has estado convaleciente no te puedes figurar la que han armado nuestros queridos colegas. Prácticamente ya no tengo autoridad, nos están laminando a base de reunirse con los redactores y contarles a saber qué. Bueno, si sé lo que cuentan, que tú y yo somos cadáveres, que en breve seremos destituidos y...

Ahora fui yo quien cortó.

—¿Y qué, Paco, y qué? De momento seguimos en nuestros puestos, y mientras así sea debemos trabajar haciendo honor a esta profesión, tan denostada y maltratada. Es lo único que nos queda, irnos ahora, tirando la toalla, sería darles la razón a los editores y al corrupto Gallardo. La rendición es entrar en su juego, colaborar plenamente en unos planes perversos, y quedaríamos como lo que no somos.

Hice una pausa para mirar fijamente al redactor jefe.

—Quieren que sucumbamos para poder justificar que nos vamos por incapacidad. El objetivo es hacer ver que somos incompetentes, incapaces de dirigir el periódico. Mientras puedan intentarán que desistamos, y para ello emplearán los métodos que consideren oportunos, como ya estás viendo. Es una canallada, pero yo estoy dispuesta a resistir. Si tienen coraje, ¡que me echen con todas las de la ley!

—Tienes razón —dijo Riquelme—, pero todo tiene un límite. Como te he dicho, estos días han resultado especialmente difíciles, el director adjunto ha estado a punto de humillarme varias veces, y la animadversión que ha creado hacia el redactor jefe hace muy difícil mi trabajo.

Riquelme hizo un gesto de abatimiento y prosiguió.

—Jamás viví una situación profesional semejante. Y todo por cumplir mi trabajo con pulcritud, poniendo los cinco sentidos en practicar un periodismo independiente, alejado de manipulaciones. Pensaba que esta vez, contigo, podría ejercer el periodismo en mayúsculas, pero veo que no fue más que un sueño, una utopía. Esto es una mierda, Carmina, una puta mierda.

La secretaria interrumpió la conversación. Un hombre, que decía conocerme, deseaba hablar

conmigo para denunciar el fallecimiento de su esposa en un hospital privado, según él, por negligencia médica. Indiqué que pasara, y rogué a Riquelme que me acompañara en la entrevista. De esta forma la información la valoraríamos los dos.

Cosme Garrido era un antiguo conocido, trabajaba en un banco y hacía mucho tiempo que no nos veíamos. La primera impresión fue impactante, pues encontré a un hombre prematuramente envejecido, con un rictus de amargura en el rostro que me dejó de piedra, no supe como saludarle. Por las ojeras marcadas y amoratadas deduje que llevaba varios días en vela, también percibí que iba vestido con desaliño, sin afeitado y bastante sucio. Nada que ver con la imagen risueña y elegante que recordaba de Cosme, del que siempre destacó su don de gentes. Estaba irreconocible.

Tras manifestarle el más sentido pésame, le presenté al redactor jefe y lo invité a sentarse. Se dejó caer en la silla como un autómatas, mientras Riquelme y yo nos miramos con perplejidad, incluso patentizando pena, por la imagen de aquel hombre hundido.

—Usted dirá, don Cosme —espeté con una voz que apenas me salió de la cuerdas vocales.

—Por favor, Carmina, apéame del tratamiento, ya no soy nadie, nadie, me han quitado lo único que tenía. ¡Dios, dios, dios....!

Un sollozo terrible, desprovisto de lágrimas, cortó en seco las palabras de aquella piltrafa humana, a la que intentamos consolar ofreciéndole una infusión, que rechazó con un movimiento de cabeza. Después de unos segundos que parecieron eternos, cesó la respiración profunda, entrecortada, y comenzó a narrar el motivo que lo traía al periódico.

—Han matado a mi mujer, a mi Rosario. Llevo una semana desesperado, intentando que se esclarezca la verdad, pero todo el mundo está comprado o tiene miedo.

Cosme hizo una pausa y siguió hablando con la mirada perdida.

—Ningún abogado ha querido atenderme, he tenido que recurrir a los servicios de un bufete de Madrid. Ésta es una tierra maldita, dominada por los cuatro de siempre, los intocables que están por encima del bien y del mal.

—Tranquílcese —le dije con suavidad —y cuéntenos con detalle cómo se produjeron los hechos. Es importante que haga un relato cronológico con todos los detalles, y sería conveniente que nos aportara la máxima documentación posible. La muerte de una persona por negligencia médica es un asunto serio, que debemos tratar con el máximo rigor.

Cosme pareció serenarse, sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se secó el sudor del rostro. Cogió una cartera que había depositado en el suelo, la abrió y extrajo una carpeta que me entregó.

—Ésos son los papeles de las denuncias, el contrato del seguro médico, el informe forense y una recopilación de supuestas negligencias del autor —dijo Cosme con inesperada resolución.

Extendido el material sobre la mesa, fui directamente a un sobre tamaño folio con un nombre estampado que me llamó poderosamente la atención porque presentaba una caligrafía que denotaba había sido escrita por una mano temblorosa. Levanté el sobre y mostré el nombre a Riquelme, que realizó un mohín característico en él.

—El doctor Alberto del Pozo, ¿ése es el responsable? —le espeté a Cosme, que contestó afirmativamente con un leve movimiento de cabeza—. Eso son palabras mayores —continué—, no me extraña que esté teniendo tantas dificultades.

—Amiguito del alma de Gallardo —interrumpió el redactor jefe, al que le subían los colores por la rolliza cara.

—¡Es un criminal y lo voy a demostrar! —rugió inesperadamente el abatido Cosme.

La secretaria asomó entreabriendo la puerta, alarmada por las voces. Le hice señas de tranquilidad y, también con mímica, le solicité una infusión, que trajo al momento.

—La tila le sentará bien, don Cosme —le ofrecí la taza y como un autómatas se bebió el contenido a pequeños sorbos.

El paréntesis resultó oportuno, viéndolo más calmado decidí plantear la situación.

—Necesitamos investigar cuanto usted ha dicho. Si realmente es así y su mujer ha fallecido víctima de una negligencia médica, este periódico publicará la historia hasta el más mínimo detalle. Ahora bien, no puedo ocultarle lo difícil del asunto. Ya sabe usted que, en general, los médicos se protegen entre ellos mediante un corporativismo exacerbado. Si las cuestiones de presuntas negligencias son complicadas de demostrar, especialmente lo son aquí y siendo el médico causante Alberto del Pozo, íntimo de Gallardo.

—Soy consciente —de repente Cosme volvió a caer en el abatimiento—, por eso, Carmina, vosotros sois mi única esperanza. Por favor, no me defraudéis.

Llamé a Leticia Almela, una magnífica periodista de investigación. Le presenté a Cosme y le encomendé el tema. Cuando ambos se iban a la sala de entrevistas insistí a la compañera que deseaba tener información puntual, a medida que avanzara en las pesquisas.

Riquelme y yo nos quedamos mirando, pensamos lo mismo: un marrón más. Fue el redactor jefe, imposible de sujetar la vena vehemente, el que habló.

—Esta isla está sobre una ciénaga de podredumbre. Ambos sabemos —sentenció Riquelme — que al pobre Cosme, como siga en sus trece, lo van a triturar. Veremos nosotros hasta dónde podremos llegar.

—Hay que intentarlo, Paco.

Apenas una hora después de la visita de Cosme, se produjo la llamada del doctor Alberto del Pozo. Con voz suave y ese tono de falsa modestia que denota solvente autoridad, el reputado galeno fue al grano.

—Cuanto gusto saludarte, Carmina. Me dicen que ha pasado por tu periódico un hombre que, obcecado por el dolor, pretende perjudicarme. Lamento profundamente la pérdida de cualquier vida humana, pero la medicina tiene riesgos y no todos los organismos responden igual.

Aquella voz varonil, bien templada, perfectamente modelada para infundir confianza a los pacientes, de inmediato me produjo intranquilidad.

—Agradezco su llamada doctor —dije con cortés seriedad—, una de nuestras mejores redactoras tenía que contactar con usted hoy mismo.

—Nada que agradecer, directora, es mi obligación ponerme a disposición para que las dudas queden despejadas y pueda aclararse tan desagradable embrollo. Sería un mal trago para todos que el asunto acabara en los tribunales, y alguien tuviera que salir perjudicado por falta de información.

Las últimas palabras me sonaron a amenaza, pero continué con el tono conciliador.

—Tenemos por obligación contrastar las noticias, máxime en una cuestión tan delicada, en la que una persona ha perdido la vida, además del sufrimiento de la familia afectada. ¿Supongo que habrán abierto una investigación interna?

El doctor del Pozo hizo un silencio y respondió sin aparentar sorpresa.

—Lógicamente, y ha quedado claro que ha sido un desenlace inevitable, fruto de una complicación médica. Por desgracia la medicina aún es incapaz de acertar al cien por cien, y el fallecimiento de la señora de Garrido entra dentro de los fatales supuestos contemplados en la casuística. Para tranquilidad de todos le ha sido practicada la autopsia.

—¿Por el forense asignado por un juez?

—No ha sido necesario, nuestro equipo de anatomía patológica se ha encargado. En estos casos ya sabe usted que la familia agradece la rapidez. El servicio lo hemos prestado gratuitamente, como prueba de plena transparencia y buena fe.

—Eso no es una autopsia con garantías —le dije rotunda —y usted lo sabe.

—Mire señorita Ferré, —de pronto me cambió el tratamiento —estoy teniendo esta conversación por iniciativa propia, para facilitar las cosas y, como le he expresado antes, con el fin de evitar errores indeseados a la hora informar. Nuestro hospital está perfectamente capacitado para realizar las pruebas *post mortem* con absoluto rigor científico. No sé qué le habrá podido contar el señor Garrido, pero es comprensible que el hombre elucubre por el estado de shock que padece. Y si le he de ser sincero, me molesta seriamente que ponga en duda nuestra praxis. Los colegas de usted, directores de los otros medios, con los que acabo de hablar, han entendido a la perfección las explicaciones.

La mención de los compañeros de la competencia estuvo a punto de provocarme una sonora carcajada. ¡Cómo no iban a entender al doctor del Pozo, sin cuestionarle nada! Todos formaban parte del mismo circo, así que no anduve por las ramas.

—Pues nosotros tenemos serias dudas y vamos a investigar. ¿Está dispuesto a colaborar?

—Ya lo estoy haciendo, y las puertas del hospital están abiertas, nada hay que esconder.

—Gracias doctor, buscar la información por otras vías complicaría las cosas y, creo, que al final no sería bueno para nadie. Si le parece, de inmediato, la redactora Leticia Almela se pondrá en contacto con usted.

—Encantado de atenderla, y gracias a usted por prestarme atención.

Con el teléfono en la mano, quedé pensativa. Una premonición me atravesó el cuerpo. Demasiada amabilidad y predisposición a colaborar. Aquel lobo con piel de cordero seguro que había preparado un montaje que, se me antojaba, sería difícil de destapar.

LA premonición de Santiago Sierra hecha a su ayudante, el brigada Santamaría, no tardó en cumplirse. La denuncia de la ex mujer de José Vilches, realizada tiempo atrás, se reactivó de forma sorprendente. En tiempo record, el que fuere íntimo de Jaime Gallardo, ahora su peor enemigo, fue juzgado y condenado a seis años de cárcel por amenazas, secuestro y violación. La sentencia causó conmoción entre periodistas y abogados de la isla, pues las vistas en el Palacio de Justicia estuvieron seguidas con especial expectación y, según comentario general, todo apuntaba a una maquinación para quitar de en medio a Vilches, que desde el primer momento mostró absoluta confianza en la Justicia para demostrar su inocencia. Quienes como observadores vivieron las intensas sesiones del juicio, incluso ironizaban sobre no pocos episodios que tuvieron que ser narrados por las partes. La opinión general era que aquel proceso despedía un tufo particular, con el que relacionaban, en voz baja y con extremada cautela, a Gallardo. Muchos veían la poderosa mano del cacique, muy vinculado con todos los poderes, dispuesta a borrar de la vida civil a quien había osado enfrentarse a él, poniéndolo en un serio aprieto judicial. La envergadura del caso había propiciado la actuación de la Fiscalía Anticorrupción, un eslabón que escapaba al control de Gallardo. Además, el peculiar político ya era conocido en todo el ámbito nacional, y tampoco podía parar el flujo informativo de los más importantes medios de comunicación. Vilches estaba haciendo mucho daño a los intereses de Jaime Gallardo y su entorno, así que no era nada extraño que los comentarios apuntaran a un montaje para mandarlo una larga temporada a la cárcel y, de paso, destruir cualquier atisbo de credibilidad que pudiera ofrecer el empresario.

Cristina Guerra, la redactora de tribunales, dio la noticia una tarde en la que intentaba hilvanar un artículo sobre el preocupante estado del sistema educativo obligatorio, con varios colegios sustituidos por barracones prefabricados. Cristina, siempre risueña, entró en el despacho haciendo aspavientos y gritando.

—¡No te lo vas a creer, no te lo vas a creer, Carmina!

La miré por encima de las gafas, a modo de respuesta, y ella se sentó enfrente de mí, y con una de sus muecas soltó la información.

—¡Seis años, seis años, le han caído a Vilches!

Dejé el ordenador, me quité las gafas y miré a la compañera con una seriedad que ella no esperaba, pero que para nada detuvo su ímpetu.

—¡Increíble, eh, increíble! ¡Menuda jugarreta, Carmina! ¡Esto es tremendo...!

Con un simple gesto, frené la desbordante expresión de la compañera.

—Así que se han quitado de encima a Vilches —dije sin inmutarme.

—Efectivamente, jefa, y ya lo están conduciendo a la cárcel. Seguro que ni la propia acusación particular se lo acaba de creer. ¡Esto es antológico, terriblemente antológico!

Cristina paró en seco, endureció el rostro y, como siempre, habló con franqueza.

—En este instante sí veo lo peligroso que es Gallardo. Cuidado Carmina, mucho cuidado, ese cacique tiene mano con el propio diablo. Ya sabes que el resto de colegas de tribunales opinaba, igual que yo, que el juicio a Vilches quedaría en nada. Pues no ha sido así, todo el rigor de la Justicia le ha caído encima. Y justamente en este momento, en el que Vilches resulta muy molesto al amo de esta isla...

Paco Riquelme apareció de repente. El redactor jefe acababa de conocer la noticia y entró

mostrando sus formas arrolladoras.

—¡Y ahora qué, Carmina! —gritó Riquelme.

—De momento ya tenemos apertura de portada —contesté sin mostrarme afectada.

—¡No me fastidies! —rugió Riquelme.

—¿Qué pasa, Paco? ¿Somos o no somos periodistas? Hoy, y en los próximos días, nos vamos a ocupar de tan sonada sentencia, con la máxima profesionalidad y empleando sólo la información que quede perfectamente contrastada. ¿Me habéis entendido los dos?

Ambos quedaron mudos, a la espera de que continuara.

—Vamos a ocuparnos a fondo del asunto judicial de Vilches, pero quiero que lo hagamos de forma impecable. Si logramos descubrir un nexo de unión probado entre la decisión de la Justicia y los deseos de Gallardo, lo publicaremos. Pero si lo único que obtenemos son rumores, apreciaciones personales e intuiciones, por muy evidentes que nos puedan parecer, no saldrá a luz ni una línea al respecto. ¿Queda claro?

El silencio volvió a ser la respuesta.

—Bien, pues ahora a trabajar, vamos a dedicar cuatro páginas al tema.

Cuando los dos compañeros salían del despacho le pedí a Cristina una copia de la sentencia por la que Vilches era condenado a seis años de prisión. Y a los pocos minutos la tenía sobre la mesa. Pero en ese momento no pude comenzar a leer el fallo judicial, la llamada del hombre próximo a Gallardo, mi confidente, impidió que lo hiciera.

—Imagino por qué llamas —dije en cuanto oí la voz a través del móvil.

—Gallardo está celebrando la victoria. Está muy crecido. Acostumbrado a apostar fuerte, cuando gana es desbordado por la euforia, se vuelve más bravucón y temerario. Estos momentos son de máximo peligro. Ahora debes de ir con sumo cuidado, pues en cuanto se le pase la borrachera emocional provocada por el encarcelamiento de Vilches, redoblará los esfuerzos para ir a por ti. De hecho hoy ya ha hecho referencia tu persona.

—¿Y qué ha dicho?

—No se puede reproducir, Carmina. Hazme caso, incrementa las precauciones, presiento que vienen días complicados, en los que puedes ver redoblada la presión. De momento ya va lanzando mensajes de que con la sentencia de Vilches queda demostrado quién manda aquí. Y no exagera, hace un rato he sido testigo de la conversación mantenida entre Jaime Gallardo y el presidente de la Audiencia Provincial, son muy amigos. Hablaban por teléfono, en clave y entre risas. Hasta yo tengo miedo del poder que derrocha.

—Bueno, éste ha sido un tema que se ha desarrollado en terreno propio y de ámbito localista. Pero los asuntos destapados por las denuncias de Vilches están en manos de la Fiscalía Anticorrupción, ahí lo veo muy difícil...

La garganta profunda no me dejó terminar

—Déjate de teorías lógicas, nunca se sabe hasta dónde puede llegar la larga mano de don Jaime. De momento va ganando por goleada.

Las últimas palabras me sentaron como una auténtica punzada en el bajo vientre, y no tuve ganas ni de contestar.

—Venga Carmina, anda con mucho ojo. Te tendré informada de cualquier movimiento.

No tuve tiempo de pensar en la breve conversación mantenida con la persona en la que más confiaba Gallardo, convertida en mi informante. Volvió a sonar el móvil, esta vez era Santiago.

—Te supongo enterada de la noticia.

—Sí, enterada desde todas las ópticas —le contesté con voz pausada.

—Pues yo tengo al brigada Santamaría de capa caída. Ya sabes que él, por orden del jefe de la Comandancia, realizó las primeras diligencias de la denuncia de la ex mujer de Vilches en la mansión de Gallardo. Todo un despropósito, que siempre tuvo preocupado al bueno de Santamaría, por lo que ahora la sentencia le ha afectado de sobremanera.

—Por qué no me invitas a un café y me lo cuentas con más detalle.

—Hecho, en media hora nos vemos donde siempre.

Donde siempre era un pequeño bar de estilo inglés, tipo pub, próximo al periódico. Era un lugar de ambiente progre, en el que podíamos hablar tranquilamente, sin estar pendientes de la gente que entraba. Con antelación salí del periódico, pues necesitaba estirar las piernas y respirar. El placentero paseo duró poco, al doblar una esquina, en una calle solitaria, me encontré con dos jóvenes fornidos. Me cortaron el paso, miré alrededor y no había nadie más. Quedé paralizada. Los dos se llevaron el dedo índice a la boca, en señal de silencio. Y el más robusto habló como simulando un acento extranjero.

—Tienes que cambiar de aires. Este clima no es bueno para las perras como tú.

El terror me invadió cuando el otro hombre sacó un gran cuchillo con la hoja muy brillante y lo puso a unos pocos centímetros de mi rostro, mientras hablaba.

—De no seguir el consejo de mi amigo, tendremos que volver a verte para decorarte esa bonita cara que tienes.

A punto de derrumbarme, los dos tipos me escupieron y desaparecieron por un callejón próximo. Pensé que no sería capaz de reponerme, y apoyándome en las fachadas de las casas logré salir a una vía transitada. Enfrente había un parque bastante concurrido, como pude, llegué hasta un banco. No tenía fuerzas ni para llorar. Sonó el móvil, era Santiago.

ESTABA saturada, experimentando un estado emocional jamás conocido. Así que aquella mañana decidí desconectar, aunque sólo fuese por unas horas. Llevaba semanas sin librar, absorbida por la dinámica del periódico y los cada vez más serios quebraderos de cabeza, al convertirme en objetivo prioritario de Jaime Gallardo. No podía más, necesitaba respirar, alejarme de la realidad que me atenazaba y dar rienda suelta a la imaginación, abstraída, en una playa apartada de la ciudad. Conocía una cala bellísima, situada a unos pocos kilómetros, de difícil acceso por tierra, en cuyas aguas cristalinas aprendí a nadar de la mano de mi padre. En aquel maravilloso lugar pasé inolvidables momentos de niñez y adolescencia; llegábamos por mar, en una pequeña embarcación patroneada por papá, el hombre que más he admirado. ¡Dios, qué recuerdos maravillosos!, relacionados con los periodos de descanso, después de que él pasara meses navegando, en los que disfrutábamos de su compañía, que siempre venía acompañada de algún regalo. Aquel lobo de mar afable y tierno, mi padre, sentía adoración por mí, y yo le profesaba amor y admiración a partes inmensamente iguales. Con semejante pensamiento fui conduciendo hasta el paraje escarpado, de espectacularidad natural. Recordaba perfectamente el sendero que conducía a la recoleta playa en la que tantas veces había escrito en la arena y disfrutado en sus cristalinas aguas. El día era radiante, apagué el móvil.

Descendiendo por el camino, prácticamente oculto por los arbustos, tuve la placentera sensación de que estaba regresando a los momentos más felices, al reencuentro con un escenario que había sido decisivo en mi proyección como persona. Allí, en lo que considerábamos nuestra parcela particular, sobre todo en las largas jornadas de pesca, fui cimentando los valores fundamentales de un carácter que después me permitiría hacer frente a las dificultades que surgen a lo largo de una vida, que en mi caso siempre estuvo presidida por la acción. Verdad, honestidad, solidaridad, amistad, trabajo, respeto, valentía, fueron los mimbres familiares en los que pude forjar el espíritu de mujer luchadora.

Con algún rasguño en los pies y las piernas, llegué al reducido espacio de arena volcánica. Estaba completamente sola, qué gozada. Tendí la toalla y, despacio, mientras miraba el horizonte de un mar en calma, fui embadurnando el cuerpo con crema de protección solar, dispuesta a absorber toda la energía de aquel espacio marino, que para mí era como un auténtico reconstituyente.

Recuerdo que el placentero momento no duró mucho. De repente pareció activarse un cruce de pensamientos pesimistas, los músculos comenzaron a tensarse mientras crecía la desazón y me incorporé como un resorte. La comezón de la angustia apareció con fuerza y arañé la arena con las dos manos, en un impulso de rabia. Y grité, grité a la nada. Tras el desahogo sentí que desfallecía, dejé caer el cuerpo y no recuerdo si llegué a desvanecerme. Sí sé que durante un buen rato estuve tumbada, con la sensación de estar flotando, hasta que acabé incorporada y encogida como un ovillo, rompiendo a llorar. Así estuve, seguramente, durante horas. Necesitaba el desahogo.

Al fin y al cabo era una persona, y la situación que estaba viviendo seguro que superaba a la más sólida mujer de hierro. ¿Cuál era el crimen que había cometido? Ser fiel a los principios personales y profesionales en los que creía. Trabajar con honestidad, ejerciendo una profesión sin la cual difícilmente se puede entender un estado democrático. Optar por el camino recto suele ser el itinerario más sinuoso, el que provoca rechazos, incomprensiones, cobardías, miedos. En ese gran marasmo de la hipocresía en que se ha convertido la sociedad que nos toca vivir, buscar la

verdad y contarla se había convertido en algo peligroso. El desánimo inicial derivó en un ataque de furia y volví a gritar.

JAIME GALLARDO bailaba acaramelado con su nueva pareja sentimental. Seguían muy lentamente la voz melodiosa de Gino Paoli que interpretaba *Sapore di sale, sapore di mare*, acompañados por una suave brisa de verano, en la selecta terraza del hotel *Le Sirenuse* de Positano. A muchos kilómetros de distancia habían quedado los problemas con la Justicia, ahora sumados a la ruptura matrimonial con la elegante Mar González. Pero esa noche Gallardo estaba pletórico. Según me contó el informante, testigo de aquellos días de vino y rosas por la Costa Amalfitana, un adinerado amigo napolitano que representaba a distintas firmas cerámicas había organizado la fiesta en honor del hermano español, y, para la ocasión, no reparó en gastos: contrató al mítico cantante. Gallardo, dichoso, repetía las estrofas interpretadas por su ídolo, lo hacía suavemente al oído de su joven y despampanante acompañante: “*Sapore di sale, sapore di mare, un gusto un po’ amaro di cose perdute, di cose lasciate lontano da noi...*” Culminó el baile con aplausos del selecto grupo de invitados que rodearon a la pareja de enamorados y Gallardo, genio y figura, pidió champán para todos e invitó al consagrado artista a sentarse en su mesa, junto a los más relevantes próceres de la región, casi todos a sueldo de Berlusconi.

Mediada la velada apareció un personaje entrado en años que vestía con anticuada elegancia, chaqueta cruzada y corbata de seda, pañuelo a conjunto en el bolsillo superior. Todos los italianos mostraron su respeto besando la mano al recién llegado, que iba acompañado de una bellísima romana de distinguido porte y unos treinta años más joven. Gallardo lo abrazó con emoción e intercambiaron palabras de afecto. Brindaron con champán, esta vez Dom Perignon, y hechos los honores, don Carlo, que así se llamaba el caballero revestido de autoridad, asió del brazo a Gallardo y lentamente se fueron separando de la reunión buscando un extremo solitario en la terraza, seguidos por cuatro tipos fornidos que guardaban la distancia cortando el paso a cualquiera que pretendiera trastocar la intimidad del jefe y el amigo español. Allí, contemplando el Golfo de Salerno, iluminado por una espléndida luna llena, cerraron un trato que les debería reportar grandes beneficios a ambos: la institución que presidía Gallardo compraría las incineradoras de basuras de don Carlo para dotar los distintos planes zonales de la isla. Así me lo contó mi topo unas semanas más tarde, pues esa misma noche, en el coche oficial, después de que los guardaespaldas lo ayudaran a subir, Gallardo, con la euforia del alcohol, se vanaglorió del negocio repitiendo una y otra vez “*la munnezza é oro*” (la basura es oro) en un italiano aceptable.

La Campania es el basurero más grande de Italia. Según los expertos, en las entrañas de aquellas tierras hay enterrados residuos con los que podría construirse una montaña con una altura superior a quince kilómetros y una base de varias hectáreas. Don Carlo, con mansión en Marbella, ciudad en la que conoció a Gallardo, era el gran capo del negocio que estaba pudriendo la vida de numerosas ciudades italianas, mientras engrosaba sus cuentas y las de una caterva de colaboradores, que anualmente lograban embolsarse mil millones de euros en un negocio auspiciado por el Gobierno italiano y que se beneficiaba de fondos europeos. Don Carlo compartía con Gallardo la afición al juego y a las mujeres, además de una filosofía de vida en la que todo valía con tal de conseguir el fin. Entre ellos había ósmosis y, ahora, mucho dinero de por medio.

—Cuánto gusto hacer negocios con un caballero español... —dijo satisfecho don Carlo, mientras miraba a Gallardo, directo a los ojos; éste ya estaba acompañado por su hombre de confianza, ocasión que aprovechó el italiano para que no hubiera duda en el mensaje—. Es una tranquilidad y

una gran seguridad —las palabras del capo sonaron melosas, afables, aunque viniendo de él siempre quedaba la sombra de duda de cuánto había de sinceridad plena, según pude saber por mi informante.

El juego de palabras, el doble sentido, era una de las peculiaridades de quienes tras una fachada de honorables hombres de negocios escondían una actividad criminal manejando los hilos de La Camorra. Gallardo se limitó a asentir con gesto complaciente.

—Querido don Jaime —el napolitano siguió hablando casi en un susurro—, en su tierra da gusto trabajar, nada de violencia, todo el mundo colabora y obedece, hay un inteligente entendimiento natural entre el poder que, en este caso, usted representa y el resto del engranaje social. Todo en paz y armonía. Aquí es muy distinto, cada día cuesta más mantener los sagrados principios legados de nuestros antepasados, que con tanto esfuerzo lograron crear un modelo de prosperidad.

Según el confidente, don Carlo hizo una pausa y puso una mano en el hombro de Gallardo.

—Nos toca pelear por conservar lo nuestro, aún a costa de derramar sangre, y sin que tiemble el pulso, porque la razón está con nosotros. Pero, querido amigo, no es agradable impartir justicia y, desgraciadamente, cada vez es más necesario. A veces la inapelable decisión te coge muy de cerca, es cuando más inflexible hay que mostrarse. El ejemplo, don Jaime, el ejemplo es el todo.

Antes de aquella conversación, el considerado rey de la basura de Caserta había muerto, abatido por dieciocho balazos mientras paseaba por Casal di Principe, donde residía. Michele Orsi, así se llamaba la víctima, que tenía que testificar ante la Justicia sobre el entramado de intereses que en aquella zona unía a políticos, empresarios, funcionarios y jefes de La Camorra. A don Carlo, una vez más, no le tembló el pulso.

Al día siguiente del encuentro con don Carlo, la mañana era radiante. Jaime Gallardo conducía un Maserati descapotado por la sinuosa carretera que unía Positano con Amalfi y se sentía feliz. La joven de la que se había enamorado como un pardillo le acariciaba suavemente el muslo de la pierna derecha, por encima del pantalón de lino, mientras, en el equipo de música sonaba la voz de Patty Bravo: “*Tu mi fai girar, tu mi fai girar, come fossi una bambola...*”. Gallardo sonreía lleno de vitalidad, rejuvenecido, mientras tarareaba la letra de *La Bambola* y dedicaba miradas de ternura a su enamorada. Era un romántico y ni eso le perdonaban sus enemigos, según él. Aquel episodio me lo contó la pareja ocasional, tiempo después. Las armas del amor las carga el diablo, sobre todo si hay otros intereses que van más allá y la ambiciosa chica los tenía.

La semana de vacaciones en el sur de Italia era una tradición consolidada con los años, aquellas tierras hermosas de gentes tan hospitalarias como feroces, habituadas a vivir sobre el filo de la navaja, atrajeron desde siempre a Jaime Gallardo. La amistad con don Carlo, el *capo dei capi* desde Sorrento a Nápoles, reforzó aquellos lazos que surgían espontáneos, como potenciados por un metafórico vínculo consanguíneo de casta. Aunque salvando las distancias: los Gallardo ya llevaban muchas décadas sin tirar de pistola.

Nunca olvidaré una noche de hace veinte años, cuando Gallardo iniciaba una imparable escalada política, en la que tras insinuarse me invitó a pasar unos días en la Costa Amalfitana. “Escápate conmigo, Carmina. Será inolvidable, te lo garantizo”. Me dio por reír, él sacó toda su artillería de don Juan que de nada sirvió y, viendo que perdía, hábilmente cambió el rumbo de la conversación, aflorando lo mejor de sus innatas dotes de tahúr. Acabamos, como dos conocidos, tomando copas en un garito con orquesta, donde invitó a todo el mundo a una ronda. Siempre haciéndose notar. En aquel entonces Gallardo me divertía, yo era redactora jefe de un periódico local y él político emergente. Según decía, a su mujer le cabreaban enormemente mis artículos en

los que aparecía el arrollador y vehemente líder de la derecha local como yo solía calificarle. Pero seguro que quien más se cabreaba era el propio Gallardo, que ya apuntaba formas de mandamás, nada dispuesto a encajar las críticas, por muy suaves que fuesen. Aquella noche —ya nunca más volvimos a coincidir —recuerdo que lo dejé sustituyendo al vocalista, intentando cantar, con voz pastosa, el tema *Roberta* de Peppino di Capri, jaleado por el público, al que había vuelto a invitar.

VOLVIENDO a la costa italiana. Me contaron que en Amalfi fueron recibidos por el responsable de la Policía Municipal que, muy solícito, invitó a Jaime Gallardo, al que se dirigía como *Commendatore*, a trasladarse a la comisaría, donde le fue comunicado que la Justicia española requería su presencia en un plazo de cuarenta y ocho horas. A don Jaime la noticia le sorprendió tanto que no pudo evitar un arranque de ira, mientras el policía se expresaba con teatrales aspavientos que querían ser tanto de comprensión como de solidaridad. Una ira que llegó a desbocarse cuando, a los pocos instantes, uno de sus abogados contactó con él para informarle que el fiscal ampliaba la petición de cargos por posible fraude a la hacienda pública y blanqueo de dinero, pues la Agencia Tributaria lo había denunciado por un cúmulo de delitos que llegaban hasta la evasión de divisas con destino a paraísos fiscales. La Fiscalía Anticorrupción se estaba empleando a fondo, le advirtió el asesor, y aquel mismo día había solicitado y obtenido del juzgado que instruíra el caso una orden judicial requiriendo a los bancos toda la información de las numerosas cuentas de Jaime Gallardo y su esposa. “Hasta la última y más nimia de las transferencias”, subrayó el abogado. Gallardo tuvo un último desahogo refiriéndose a la persecución de la que se consideraba objeto y ordenó, ya con sorprendente temple, que aun siendo periodo de vacaciones, el equipo jurídico que lo asesoraba debía reunirse de urgencia y antes de acabado el día transmitirle un diagnóstico ponderado de la situación. Mientras tanto, añadió, él pensaría en desplegar una estrategia para frenar la petición a los bancos, medida que valoró con la mayor seriedad, pues al decir de mi informante, Gallardo temía al fisco por encima de todo, era lo que realmente le llegaba a quitar el sueño

El confidente, que seguía gozando de la más absoluta confianza de Gallardo, exhibía una insospechada vena periodística narrando los detalles de aquel episodio vivido en Italia; y lo hacía con fruición, no exenta de morbo. El tañer de las campanas de la catedral de San Andrés Apóstol, en la Piazza Duomo, acompañaba el sosegado atardecer en Amalfi. Un momento para disfrutar con los cinco sentidos y en la mejor compañía, debió pensar Jaime Gallardo, contrariado por los últimos acontecimientos que estaban empañando lo que en principio prometió ser un romántico viaje con tiempo para los negocios. Endiosado por una fulgurante carrera política, que le había dado un poder infinitamente superior al ostentado por sus antepasados, estaba dispuesto a defenderse como gato panza arriba, desplegando el inmenso potencial de recursos que le permitía su posición aventajada y la inmensa fortuna atesorada en los últimos años. Como cínicamente decía uno de sus más significados pupilos, “don Jaime no se aprovechaba de la política, se servía de ella”. Por mucho que el ánimo estaba agitado y sentía el aliento próximo de quienes estaban empeñados en ponerlo en serio brete, Gallardo mantuvo el carácter: pasó la tarde gozando con la mujer de sus sueños de aquel momento. Y disfrutó del atardecer en la terraza de la suite principal del hotel *Miramalfi*, con unas vistas espectaculares. Mientras, el vasto equipo de asesores y guardaespaldas esperaba las órdenes del jefe, preocupado por las inesperadas decisiones judiciales.

Con la luz crepuscular extinguiéndose, Jaime Gallardo contactó con el responsable del equipo de abogados y, para sorpresa de éste, no le dejó hablar. Con su inconfundible estilo, rodeado de los íntimos que no dejaban de exteriorizar gestos de complacencia, Gallardo fue al grano:

—Ya sabes que tienes barra libre, los recursos que hagan falta para frenar el proceso. El tiempo,

el tiempo debe ser nuestro aliado, pues conoces como yo que, en este país nuestro, tan garantista, los delitos fiscales prescriben a los cinco años. Ahí vamos a poner toda la carne en el asador, los demás asuntos me traen al fresco, pero las cuestiones de Hacienda nos pueden crear serios problemas. Ya he dado instrucciones para que mañana mismo gente de mi confianza se entreviste con los directores de los bancos y les hable con claridad meridiana. Sobre todo se les comunicará que no den ni un solo paso sin nuestro consentimiento, y te aseguro que quedarán convencidos de que más les vale hacernos caso y aguantar las presiones del juzgado, el máximo tiempo posible, dilatando el proceso. Dilación que de hacerse bien puede ser larguísima. Ahí nos lo jugamos todo.

Mi informante sentía bastante desasosiego por la omnipresente amante de Gallardo, a la cual el líder había instalado en la vida política, otorgándole cargos de máxima responsabilidad en el entramado que dirigía, y, que, ahora, después de muchos años de impunidad, podía verse amenazado. La metamorfosis de la joven era comidilla obligada entre los fieles de la vieja guardia que, entre plácemes y cobardes silencios, vieron como "la ambición rubia", así la denominaban, había logrado dinamitar el matrimonio de Gallardo y ocupar un plano de privilegio que jamás alcanzó la educada doña Mar, ahora peleando por lo suyo desde su retiro dorado. La chica que logró arrebatarse el corazón de Jaime Gallardo, mostraba en todo momento una sonrisa de anuncio televisivo, fuera cual fuere la situación o circunstancia. Aquella permanente sonrisa, entre triunfo y forzado deleite, también contribuía a cabrear al personal gallardista de toda la vida. Así que los ojos del topo, según describió con detalle, lograron ponerse vitriólicos cuando acabada la conferencia con el abogado, una reconocida eminencia en el mundo jurídico, Gallardo, ante su camarilla, dedicó caricias y arrumacos a la joven, hablándole con dulzura: "nadie nos va a estropear las vacaciones, pasado mañana comparezco en el juzgado, al día siguiente salimos directos para Montecarlo". Aunque acostumbrados, los más allegados hacían de tripas corazón, ante los devaneos públicos a los que era proclive Gallardo. Era la faceta amable del corrupto cacique: "gracias, gracias, cariño, por hacerme ver la claridad en los momentos más oscuros — dijo mientras la abrazaba con ternura—, de no ser por ti, al principio de este calvario, habría tirado la toalla".

El juez volvió a imputar a Gallardo y estableció una fianza por responsabilidad civil de cinco millones de euros, la mayor cantidad jamás impuesta a un político en ejercicio.

LEÍ la carta y quedé impresionada, aquel era un texto redactado con oficio, una auténtica crónica, minuciosamente estructurada y desarrollada, en la que José Vilches mostraba unos momentos de la vida carcelaria con el realismo descriptivo de la mejor de las piezas literarias. Según Gabriel García Márquez nada hay más literario que una crónica, y a fe que aquellos folios de apretada escritura lo eran, además de aportar una sabrosa información. Y no puedo por menos que transcribirlos, pues más adelante, se verá el peso en la historia que estoy narrando.

José Vilches miró la luna llena de junio, la claridad dorada se filtraba por la ventana enrejada de la celda, no podía dormir, De madrugada irían a buscarlo. Los meses de cárcel habían hecho mella: estaba más flaco, las arrugas surcaban un rostro de mirada inteligente y el pelo, emblanquecido, comenzaba a mermar. Los jueces lo habían condenado a seis años de cárcel, pero Vilches no era un hombre roto. Seguía proclamando su inocencia, mandando sin desmayo recursos que pasaban a acumular montañas de papeleo que desbordaban las oficinas judiciales. Igual que un naufrago perdido en la inmensidad del océano que grita a la nada, insistía en proclamar la verdad y denunciaba una conspiración contra su persona. Él sabía que aquella era tarea tenía altísimas probabilidades de fracaso, pero seguía en el empeño. Mantenía inquebrantable la promesa de no rendirse, hecha a su anciana madre en aquel momento amargo en el que le fue leída la sentencia. El recuerdo de la madre llorando y suspirando de dolor, mientras unos policías le colocaban los grilletes para conducirlo a la cárcel, era una permanente tortura que avivaba el odio y la sed de venganza.

El tiempo transcurrido de prisión en prisión —había sufrido varios traslados—, seguía sin quebrar la personalidad de hierro de José Vilches, reconocida con respeto en el submundo carcelario. Presos y funcionarios lo trataban con deferencia, para todos era don José. Trabajaba en la administración del economato y daba clases de alfabetización a quienes no sabían leer ni escribir.

En las largas noches de encierro, José Vilches escribía un diario en el que recreaba las vivencias agolpadas en los tiempos que transformaron su vida de empresario de éxito en un violador condenado: la más terrible credencial para un preso. Circunstancia que en él no produjo las temibles reacciones de la población reclusa. Su historia tuvo un eco mediático que dejó entrever un acentuado tufó a encerrona. Desde entonces muchos eran los que daban crédito a la versión de Vilches, según la cual un político que fue amigo, socio, confidente, casi un hermano, logró tenderle una trampa para deshacerse de él. El político tenía nombre y apellidos: Jaime Gallardo.

Mientras esperaba el traslado, la luna de junio transportó a José Vilches a las noches de vino y rosas en su tierra, días de bonanza a orillas del mar, destellando en la sociedad pequeño burguesa de la isla en la que su ex amigo del alma, Gallardo, era dueño y señor, como él mismo solía jactarse en tiempos ya lejanos. De qué manera —escribió — todo cambió. Una vez más, en lo que ya era un reproche infinito, reconoció que la seguridad cartesiana que siempre acompañó a su carácter autosuficiente lo llevó al despeñadero. Pasó de consejos, enarboló su convencida inocencia pensando que el mundo era lógico y concreto, como las fórmulas que manejaba en el laboratorio de la fábrica. Tiró por la calle de en medio, descuidando la defensa de las acusaciones urdidas contra él y no llegó a ver la realidad, hasta que se dio de bruces en ella. Todo el peso de la Justicia le cayó encima.

El viaje sería largo, así que José Vilches, mientras cavilaba, decidió apurar el afeitado de apenas unas horas. Por nada del mundo quería dar la impresión de descuido en el regreso, efímero, a los juzgados de su ciudad. Frente al pequeño espejo del neceser, alumbrado con una diminuta linterna de lectura pareció verse en la *suite* del hotel *Príncipe di Savoia* de Milán, años atrás, después de dejarse una fortuna en las mejores tiendas de Montenapoleone, Vía Manzoni y Vía Della Spiga. El negocio funcionaba y él era generoso, arrastrado por el nuevo estatus de los amigos que le abrían un mundo de poder, dinero y *glamour*. Unas amistades que primero labró la mujer que rescató de la calle, y ante las que Vilches quedó deslumbrado. Jaime Gallardo y Mar González formaban el matrimonio más fino, brillante y poderoso de aquella provincia insular. Gente de cuna, que sabía moverse con soltura en las altas instancias de la nación, gracias a la cual Vilches logró compartir mesa y mantel con un presidente del Gobierno y varios ministros. Y pasear con porte por el callejón de la plaza de toros de la capital isleña, en las fiestas mayores, del brazo de Gallardo, como una autoridad más, saboreando un Punch Churchill, habano que compraba por cajas para obsequiar a los atentos políticos con los que se codeaba.

Una mueca surgió espontánea al recordar los carísimos puros que regalaba a manos llenas. Pequeña propina, escribió, en comparación con los regalos que distribuía por indicación de Gallardo: joyas, relojes, coches de alta gama, viajes por los más selectos lugares de Europa, incluso maletines de dinero. Y volvió a acordarse de la escapada a Milán, embriagados por el lujo de las calles más caras de Italia, dilapidando, pensando complacer a sus amigos que tanto proveían por los negocios de la familia Vilches y tan generosamente los habían acogido a él y a su joven mujer. Los putos amos, musitó mientras pasaba la doble hoja por la barbilla. Sintió un escalofrío y vio en el cristal que los ojos estaban inyectados en sangre, las manos le temblaron, dejó caer la maquinilla en el lavabo y apretó los puños con fuerza. El sonido de la cerradura rompió el estado de excitación, el funcionario, en silencio, aguardó en la puerta de la celda. Vilches lavó el rostro con agua y después de secarse pasó el peine por el escaso cabello. Ambos se miraron, Vilches roció colonia en el cuello y con las manos la extendió hasta la cara, enseguida metió el frasco en el neceser, que cogió con la mano derecha; con la izquierda asió un maletín y diciendo que estaba listo anduvo con paso resuelto al encuentro del carcelero.

—Esta vez me tienen que hacer caso —dijo Vilches.

El funcionario se limitó a esbozar una sonrisa.

Pero Vilches aquel día no llegó a salir de la prisión. El juez anuló la comparecencia, hasta nueva orden.

La misiva, en forma de crónica, me tuvo largo tiempo pensativa. Más tarde, a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos, pude comprender la honda intencionalidad de Vilches, al ofrecer ciertos detalles.

LOS hermanos Redondo destacaban en la mesa rectangular con sus cabelleras blancas perfectamente cortadas, como cinceladas; trajes a medida del mejor paño inglés, complementados con camisas y corbatas de seda, además del brillo de las muñecas envueltas por relojes exclusivos y pulseras de oro blanco con diamantes. Los notorios prohombres hablaban con Jaime Gallardo, en un tono que entreveía unos lazos de intimidad que iban más allá de la mera relación de negocios. De forma tan gráfica mi informante describió la escena, antes de darme los succulentos detalles de lo que quería ser el más espectacular pelotazo de Gallardo utilizando los hilos de las administraciones públicas, que decía manejar. Los Redondo pertenecían a una saga de potentados del sur de la Península, sus antepasados habían cimentado un sólido imperio que la nueva generación logró multiplicar, aprovechando los años de bonanza inmobiliaria, que sembraron las playas de enjambres de apartamentos y diseminaron en el territorio campos de golf con urbanizaciones de adosados. Matías, Gerardo y Norberto eran conocidos como los Reyes Magos de la Costa del Sol, con tentáculos de intereses que llegaban hasta las familias de la realeza árabe que controlaban los pozos petrolíferos en Oriente Medio. Últimamente habían iniciado una rutilante línea de negocios con Rusia, aseguraban que de la mano del magnate Roman Abramovich, con la aquiescencia del presidente Putin, al que, según los rumores, tuvieron ocasión de conocer, primero en Moscú y después, de forma más distendida, en la *dacha* de verano del mandatario, en Sochi, a orillas del Mar Negro. Los Redondo eran gentes de mundo, con amigos muy poderosos.

Jaime Gallardo también invitó a la reunión al más importante constructor de la zona: Jacinto Guerra, al que tenía como un hermano. Sólo tres personas más completaban la mesa: Paco Jiménez, testaferro de Gallardo y personaje metido en todas las salsas; Doroteo Rodríguez, un ingeniero listo que representaba a una gran empresa nacional y místico equis, el hombre de toda confianza de Gallardo y la garganta profunda que poco después me narró, con todo lujo de detalles, tan interesante cumbre.

Apagaron las luces de la estancia, mi informante desplegó una pantalla y puso en marcha un proyector conectado al portátil. Con la primera imagen surgió vehemente la voz de Jaime Gallardo.

—¡Ahí está el gran proyecto que estas tierras necesitan! ¡Nadie, jamás, ha sido tan ambicioso! ¡Va a significar una inversión de cinco mil millones de euros!

Fueron pasando las imágenes y durante el primer minuto nadie dijo nada. Gallardo volvió a hablar, esta vez con mayor contención.

—Nuestros amigos malagueños —refiriéndose a los hermanos Redondo— han realizado un trabajo espléndido, consiguiendo prácticamente la inversión necesaria. En unos años competiremos con los Emiratos Árabes y Miami. Seremos conocidos en todo el mundo y las oportunidades de negocio se multiplicarán.

Gallardo cogió un vaso de agua y bebió un pequeño sorbo, la emoción pareció que le secaba la boca. Limpió la comisura de los labios con un pañuelo de seda que llevaba bordadas sus iniciales y reemprendió el discurso con nuevo brío.

—¡Amigos, me acabo de expresar mal, no vamos a competir con nadie, porque estaremos libres de competencia! ¡Vamos a crear Las Vegas del Mar, sobre el mar!

Jacinto Guerra enarcó las cejas en un movimiento casi imperceptible, merced a su carácter frío,

curtido en mil circunstancias del duro mundo del ladrillo. Años atrás, él había sacado a Jaime Gallardo de los aprietos del juego, incluso hubo que ir con un maletín repleto de dinero para que el hoy prócer político pudiese salir del casino en el que perdió hasta lo que no tenía.

—Alguien podrá pensar —continuó Gallardo —que ésta es la idea de un visionario. Para nada, es un proyecto posible, sobre el que os adelanto que tendrá el plácet de Medio Ambiente y Costas, pues ya he hablado con los máximos responsables, gracias a Dios compañeros del partido y gente muy inteligente. En esta actuación el respeto medioambiental será formidable, sin parangón y así lo vamos a vender. Ya puedo avanzar que la isla contará con plataformas fotovoltaicas, un parque eólico y sistemas de captación de la energía solar. El suministro de agua estará integrado por una desaladora y un sistema de extracción de aguas, además de una depuradora submarina.

El silencio del resto de asistentes seguía dando pie a que Gallardo se explayara en sus explicaciones. En el momento en el que iba a dar nuevos datos, la puerta se abrió bruscamente y se oyó una voz, entre respetuosa y alarmada.

—Don Jaime, por favor.

Gallardo reaccionó airado.

—¿Cómo tengo que decir que no nos molesten? ¿Qué cosa tan grave ha ocurrido?

El asesor, uno de las decenas que tenía con nómina pública, se acercó con agilidad y le habló pegado al oído. Gallardo demudó el rostro y se dirigió a sus invitados.

—Tendréis que disculparme, lo siento mucho. El presidente me requiere al teléfono, os servirán un refrigerio mientras tanto.

Gallardo desapareció con premura, seguido por mi confidente, en el que depositaba la mayor confianza y compartía, eso creía él, una complicidad a prueba de cualquier circunstancia.

A grandes zancadas alcanzó el despacho, tomó asiento en un sillón orejero adquirido a un anticuario de Londres, situado junto a una mesilla también de gran valor, aunque de procedencia francesa, en la que estaba depositado un teléfono. El aparato apenas sonó una vez, pues descolgó en un movimiento rápido. Sentado en el escritorio, el considerado hombre de mayor confianza escuchaba por un auricular, dispuesto a echar un capote al jefe, en caso de necesidad. Esa era una de sus tareas, intentar poner equilibrio en la, demasiadas veces, disparada vehemencia de Gallardo, aunque, ahora, no era ese el caso.

—Presidente, a tus órdenes —inquirió Gallardo con tono que quería aparentar relajación.

—Jaime —la voz del jefe parecía desmayada, como siempre—, estoy preocupado por ese lío en el que andas metido.

—Ya te comenté —Gallardo hizo un nuevo esfuerzo por mostrar tranquilidad —que nada tenías que temer. No es más que la patraña de un demente, que está en la cárcel, condenado por violar a su mujer.

El silencio fue la respuesta del presidente del Gobierno. Tras unos segundos, que le parecieron interminables, Gallardo interpretó que debía seguir dando explicaciones.

—Sabes que lo último que haría sería perjudicar al partido. Puedes estar tranquilo, te garantizo que en las próximas elecciones aquí te vamos obsequiar con unos resultados históricos...—. El presidente interrumpió a Gallardo.

—En eso confío Jaime, ten presente que la encuesta verdadera es la de las urnas. En política nunca se sabe, de pronto cambia el viento y en veinticuatro horas ya nada es lo que era. Si estás seguro, yo también; espero que no te equivoques.

—Presidente, aquí la gente nos quiere, nos admira, nos respeta y algunos nos temen. Estamos comprometidos en la construcción y mantenimiento del modelo de sociedad que tú mejor

representas. Además, el adversario político es prácticamente inexistente.

—Bien, pero la grandeza está en saber bajar del pedestal en el momento oportuno, de forma voluntaria, como servicio al partido y a la patria.

A Jaime Gallardo, con las pulsaciones disparadas, le entraron ganas de gritarle al jefe, según le contó después a su hombre de confianza. Gritarle que él lo daba todo por el partido, su vida entera estaba entregada a hacer posible la consolidación de una obra política que, con el tiempo, debía ser digna de los más grandes emperadores que habían hecho del país, en el pasado, una potencia respetada en todo el orbe, en la que nunca se ponía el sol. Pero no lo hizo, frenó con la templanza del curtido tahúr y, aunque con gran esfuerzo, culminó la conversación esgrimiendo la vena florentina que también recorría un organismo adaptable a cualquier situación, siempre en beneficio propio.

—Presidente, estoy a lo que digas, sin vacilar.

—Espero que la próxima noche electoral celebremos una revalidación más.

—Ni una sola de las previsiones establece un escenario contrario...

El clic, al otro lado del hilo telefónico, penetró en el oído de Gallardo como una afilada daga. Miró al colaborador y colgó con rabia.

—¡Me ha colgado, a mí, me ha colgado!—. Gallardo no daba crédito.

Acostumbrado durante muchos años a mantener una estrecha relación con el presidente, facilitándole el lugar de veraneo, gratis total, con las mayores comodidades y boatos. Ejerciendo, incluso, de confesor y alma de amenizadas veladas, don Jaime se sintió ninguneado por quien siempre había considerado su amigo del alma.

El fiel servidor, que en realidad era un Bruto esperando el momento de la estocada, me contó, entre carcajadas, cómo quitó hierro a la situación.

—Ni caso Jaime, ya sabes cómo es. Tú eres un fenómeno y has sabido llevarte bien, pero ahora mismo, tras ocho años de mandato y después de anunciar que se va, porque le ha dado el síndrome de los Estados Unidos, muy poquita gente es capaz de lidiar con el señor presidente.

Aquellas palabras dieron cierto respiro al cacique de la política, que reaccionó pronunciando una blasfemia en un deje de ironía, al tiempo que abría el mueble de los cigarros.

—Un puro, me voy a fumar un puro a la salud de quien se va. Nosotros nos quedamos, y por mucho tiempo.

La presentación de la isla artificial sería la gran sorpresa de la campaña electoral, la guinda con la que Jaime Gallardo acabaría por arrastrar a los pocos que aún dudaban, así lo dijo al final de la reunión en la que los hermanos Redondo hicieron una demostración de poderío, a la altura de su genealogía de viejos señoritos. Allí, en unas dependencias públicas, arropados por la impunidad, repartieron el pastel. Cinco mil millones del ala, repitió al final Jiménez, el hombre de paja de Gallardo.

AQUELLA noche tampoco pude dormir. Seguían las llamadas telefónicas a altas horas de la madrugada, siempre aparecía una voz distorsionada asegurándome que me iban a rajar, violar, o las dos cosas, si no hacía las maletas y dejaba aquellas tierras, un vergel en medio del océano que para mí se había convertido en el mayor de los infiernos. Era el personal de Gallardo, pero no podía demostrarlo. La Policía, mediante orden judicial, tuvo intervenidos mis teléfonos, pero llamaban de cabinas públicas, incluso desde otros lugares del territorio nacional. Pincharme el teléfono no había sido una buena idea, si ya resulta un engorro que puedan escuchar todas tus conversaciones, se convierte en un problema insalvable cuando eres periodista y diriges un periódico. Convencí al juez y retiró la orden, lamentando que se veía impotente en el desarrollo del caso, pues no había forma de encontrar pruebas concluyentes.

A las siete de la mañana, como un zombi, decidí levantarme de la cama y salir a respirar el aire de la calle, para ello estaba decidida a correr unos kilómetros y me puse el chándal. En cuanto pisé la acera me quedé petrificada; encima a esas horas por la calle no se veía ni un alma, olvidé que era domingo. Como pude recobré la calma y muy despacio, con las dos manos en el rostro y a punto de estallar en llanto, me fui acercando lentamente. A un metro de distancia me detuve y grité de rabia. Sí, era mi coche, totalmente destrozado. Un trabajo minucioso: cristales, chapa, pintura, ruedas, faros, todo roto, incluso el motor estaba inundado por un líquido pestilente, que resultó ser corrosivo. Y en el techo una dedicatoria: puta. De pronto, pese a todo aquel horror, tuve una nefasta premonición y corrí desesperada, abrí la puerta del adosado y fui disparada hasta el jardincillo trasero. Efectivamente, allí estaba Linda, colgada por el cuello en la rama de un centenario olivo que unas semanas antes habían trasplantado unos amigos. Ante la imagen caí rendida, carente de fuerzas para expresar el dolor y la rabia que en esos momentos me agitaban el cuerpo. Con el pensamiento vagando y el aturdimiento de la noche en vela, no reparé en la ausencia de mi mascota, siempre dispuesta a recibirme con alegría, a la hora que fuese. La habían matado. Mi perrita Linda no había muerto ahorcada, antes de ponerle la soga al cuello la degollaron.

Santiago Sierra llegó al poco de recibir mi llamada, él desde el coche fue quien llamó a la Policía, las ciudades no son demarcación de la Guardia Civil. Pese a ser domingo y muy temprano llegó acompañado por el brigada Santamaría, un agente veterano, a la antigua, que llevaba como una pesada cruz el episodio que le tocó vivir en la mansión de Gallardo. Santiago supo arroparme y estuvo en todo momento conmigo esperando a que me diera una ducha bien caliente y me vistiera. Mientras tanto Santamaría atendió a los policías: primero les mostró el coche y seguidamente los acompañó hasta el jardincillo. Ante la magnitud del caso los agentes llamaron a la Comisaría y al poco llegaron varios vehículos patrulla y uno camuflado, al mando del inspector de guardia. Un equipo de policía científica entró en la casa y otro se quedó revisando mi coche.

El capitán Sierra no conocía al inspector y cuando le enseñó las credenciales como oficial de la Guardia Civil, el policía sonrió y le dio la espalda para seguir impartiendo órdenes a sus hombres. Aquel funcionario no me gustó nada, pero en ese momento tampoco le presté especial atención. El brigada Santamaría sí conocía al inspector, y enseguida informó a Santiago delante de mí.

—El madero es aficionado al juego, suele frecuentar las timbas de Gallardo en un bar propiedad del titular de la concesión municipal de grúas. Se llama Roncero, y es muy amigo del jefe de la

Policía Local, puesto a dedo por Gallardo, naturalmente. No parece muy disgustado por este estropicio.

—Gracias Manolo, por la información—, zanjó Sierra. Las palabras de su compañero lo pusieron en guardia.

Sin soltarme las manos me miró con ternura y me dio un beso en la frente. Después se dirigió al jardín donde el inspector seguía el trabajo de la científica.

Cuando se fueron la Policía y los servicios encargados de llevarse el cuerpo de Linda, el brigada Santamaría optó por despedirse y nos quedamos Santiago y yo solos en casa. Necesitaba un abrazo, sentir el calor de alguien querido, y el capitán Sierra entendió enseguida mi mirada. En el sofá nos arrullamos, pese al drama que estaba viviendo, la mente hizo que experimentara un goce que creía ya desterrado. El que había sido el hombre de mi vida seguía provocándome un demoledor efecto, muy placentero. Me sentía segura, querida, admirada, qué más podía pedir en aquellos momentos. Y sí, Santiago volvía a producirme esa sensación tan especial en las mujeres de sentir cosquillas en el estómago, deliciosas cosquillas.

Acabamos en la cama, jadeantes, sudorosos, sin noción del tiempo. El lenguaje de las palabras dio paso al de las caricias, los susurros y la pasión más desatada, transportándonos a casi veinte años atrás. Aquel reencuentro por puro azar, aunque en una situación desgraciada, jamás habría pensado que llegara a ser de tal calibre, pues las sombras de la noche nos llevaron a la realidad de las muchas horas pasadas en la cama, haciendo el amor con una intensidad sólo comparable a nuestros días de idilio de juventud. Yo estaba francamente sorprendida, incluso confusa, pero aquello era la gloria, y así lo dije gritando, antes de proponer una tregua para comer algo. Y, ciertamente, la tregua fue breve. Volvimos a la cama con renovada pasión hasta que extenuados nos quedamos dormidos.

Un estruendo nos despertó. Santiago saltó de la cama con agilidad felina, cogió la pistola que había dejado en la mesilla y salió corriendo escaleras abajo. El ruido de un coche al acelerar hizo que me asomara a la ventana, pero ya no pude ver la matrícula, aunque sí el modelo y color. Me puse una bata y las zapatillas para reunirme con Santiago que estaba examinando la salita, donde la ventana había quedado hecha añicos y en el suelo, con el parqué muy dañado, una gran piedra a la que habían pegado un folio blanco con algo escrito en tinta roja. Instintivamente fui a colocar bien la piedra para poder leer, pero Santiago me lo impidió.

—Espera, Carmina, no toques nada—. Dicho lo cual entró en la cocina, que estaba al lado, y cogió una escoba con la que cambió la posición de la piedra. Ya pudimos leer el texto: “Vete, zorra”.

—De esto me encargo yo —dijo Santiago con resolución—. El delito se ha cometido estando un guardia civil presente y, por tanto, el Cuerpo se hará cargo. Por lo menos de este suceso, aunque no será de extrañar que al final vaya todo a la Policía. Pero, de momento, voy a tomar cartas.

Santiago llamó al equipo de huellas de la Policía Judicial de la Guardia Civil, departamento del que era jefe provincial. Los agentes hicieron un trabajo minucioso, siempre bajo la atenta mirada del brigada Santamaría. Cuando terminaron con la salita decidieron peinar el jardincillo donde mataron a Linda y volvieron a revisar el coche, totalmente destrozado ya que, por suerte, el servicio de grúa alegó un problema interno y demoró el traslado al depósito. Detalle que a Santiago le pareció de lo más negligente y que venía a constatar la desidia que observó en la actuación del inspector responsable, extremo que incrementaba su preocupación por todos aquellos sucesos producidos en catarata. Cuando realizaba la reflexión en voz alta apareció su

ayudante.

—Mi capitán, según los datos aportados por la señorita Carmina, el vehículo sospechoso es igual al que utilizan habitualmente los municipales de la escolta de Gallardo.

CUANDO regresé al periódico sólo el redactor jefe y unos pocos compañeros, que podían contarse con los dedos de una mano, se interesaron por mi estado. A Riquelme ya le había dicho que no íbamos a publicar nada de lo ocurrido y, por teléfono, tuve la primera discusión con él. “Hoy ni una línea, mañana veremos”, le dije con resolución, argumentando que para nada quería adquirir el papel de víctima, algo que al colega le costaba entender. En otras etapas profesionales tuve ocasión de vivir episodios parecidos y siempre opté por silenciarlos. Ahora mismo me vienen a la cabeza, dos décadas atrás, las amenazadoras cartas de unas presas de los Grapo o los destrozos que me causó en el coche una mafia policial a la que investigaba y que, años después, fue desmantelada por asuntos internos de la Policía. Así era yo, convencida de que los periodistas nunca debemos ser noticia y de que las cosas que nos ocurren son gajes del oficio. Claro que Riquelme y otros muchos entendían que tanta pureza era contra natura y absolutamente cuestionable desde el punto de vista deontológico, pues el periodista tiene como misión primordial divulgar las noticias, y lo que me estaba ocurriendo era noticia. En esa disquisición pasamos un buen rato en mi despacho, ni el redactor jefe ni los demás lograron convencerme. “Vamos a dejarlo, de momento”, concluí.

Ante la sorpresa de mis colaboradores, haciendo de tripas corazón, pues la procesión iba por dentro, pasé a interesarme por los temas del día y en especial por las últimas novedades del caso Gallardo. Los comisarios políticos de la empresa no estaban, los lunes solían llegar a última hora de la noche, pues ese día mantenían una reunión en la ciudad peninsular sede de la empresa, en la que informaban de cuanto ellos consideraban que ocurría en el periódico y, sobre todo, de cada uno de mis movimientos. Las directrices eran eliminarme, no renunciaban a que tirara la toalla, pues ante el fragor en el que yo había situado la línea editorial e informativa, ahora muy suavizada con el golpe de timón de los editores, era preciso establecer una estrategia taimada encaminada a darle la vuelta a la tortilla, procurando que los lectores no percibieran una rendición del periódico. Difícil papeleta tenía.

En un momento de extraña tranquilidad, en el que trataba de superar la presión almacenada, durante la etapa más azarosa y difícil de mi vida, irrumpió el redactor jefe, cuyo carácter ya era algo más que irascible, pues el director adjunto y el gerente realizaban un marcaje inmisericorde, dispuestos a desprenderse de él lo antes posible. El plan estaba perfectamente diseñado: primero Riquelme y después yo, intentando llevar el proceso como un aséptico reajuste de personal, por razones de competencia profesional. Visto que no estábamos dispuestos a dimitir, la empresa se estaba empleando a fondo. Mientras, Gallardo aguardaba con fruición a cobrarse las piezas de las que había pedido las cabezas.

Riquelme, al que el tiempo de incesante erosión psicológica había hecho honda mella, estaba de vuelta de todo, pero aguantaba por un profundo sentido de dignidad. Más huraño y desconfiado que nunca, el redactor jefe seguía en la brecha, ahondando en el caso Gallardo.

—Mañana tenía que declarar Vilches, pero es la segunda vez que el juez suspende la comparecencia —dijo Riquelme con sequedad.

—El caso Gallardo va camino de eternizarse —comenté.

—¿Alguna cosa más, Carmina?

—Sí, ya que Vilches no viene mañana y el asunto parece que va para largo, deberíamos solicitar una entrevista a través de Instituciones Penitenciarias.

—¿Y trasladarnos a la península para hablar con él? —me interrumpió Riquelme con rudeza.

—Pues claro.

—Eso lo veo difícil. Primero que consigamos la autorización oficial, ya sabes que Gallardo tiene un poder inmenso. Y después que la empresa nos autorice, pues cada día es más evidente que está vendida.

—Nosotros a lo nuestro, Paco. No abramos el paraguas hasta que llueva.

Ciertamente las palabras de Riquelme me hicieron reflexionar. Tal vez la entrevista con Vilches la tuviera que preparar de espaldas a los editores, intentar verme con él en secreto. Que algún familiar le hiciera saber mi deseo de entrevistarle en calidad de conocida, escondiendo la condición de periodista. Decidí que ése era el mejor camino, y estaba dispuesta a asumir los riesgos, así que no volvería a hablar del tema.

Desde el encarcelamiento de José Vilches habían llegado al periódico noticias de todo tipo. Uno de los informantes, muy próximo al empresario, nos aseguró que éste en la cárcel había recibido la visita de enviados de Gallardo con el propósito de que retirara las acusaciones que tenían al cacique de la política en un serio aprieto. Según la fuente, a Vilches le prometieron dinero y gestiones ante ciertos altos cargos para hacerle más cómoda la estancia entre rejas, incluso las expectativas de un recorte de la pena por violación, untando voluntades. Vilches jamás aceptó y advirtió que lo dejaran en paz. Sólo albergaba la esperanza, nos aseguraron, de cumplir la condena y salir libre para saldar cuentas con Jaime Gallardo, al que ahora, tras largo tiempo zafándose de la Justicia, un juez tenía cercado.

Incluso a Riquelme, además de la decisión de ver a Vilches de forma secreta, le ocultaba una valiosa información. Abrí con la llave el cajón superior del escritorio y extraje un sobre a mi nombre, le di la vuelta y leí una vez más el remite: José Vilches. Centro Penitenciario de El Dueso. Avenida de Berria s/n. 39740. Santoña. Cantabria.

ALEJANDRO CASAS era el más prometedor de los redactores, había sido un acierto ficharlo. Con sus informaciones solía abrir cada día la portada. Casas contaba con una agenda proverbial y sus contactos eran inagotables. Una mañana entró en el despacho con el sigilo de costumbre y con su peculiar aire taciturno soltó que un controvertido personaje quería conocerme, para lo cual me invitaba a comer.

—Uy, que misterioso vienes —le dije sonriendo—. Venga hombre, desembucha.

—Paco Jiménez.

—¿El testafarro de Gallardo?

—Efectivamente.

—¿Y qué quiere?

—Conocerte personalmente, no me ha dicho nada más.

—Qué raro. Está bien, dile que sí, pero tú también vienes a la comida, seguro que hará falta un testigo.

Que una de las personas más próximas a Jaime Gallardo quisiera conocerme, organizando para ello una comida, me puso en guardia. Al tal Jiménez lo conocía de oídas, todo el mundo destacaba su estrecha relación con Gallardo y, por tanto, le achacaban una moral afin, es decir: un auténtico sinvergüenza. Con semejante pensamiento dando vueltas por la cabeza apareció el redactor jefe, serio como siempre.

—En mi mesa hay un hombre, cargado con dos maletas, que asegura traer un material vital sobre Jaime Gallardo. Dice que sólo quiere hablar contigo.

La inesperada visita resultó ser un señor mayor, espigado, bien vestido y de modales educados que, efectivamente, llevaba dos voluminosas maletas. Enseguida quedé intrigada, circunstancia que él percibió y dio una explicación.

—El material que le traigo es muy voluminoso.

El hombre se puso en cuclillas y con cierto temblor abrió las maletas, mostrando una gran cantidad de papeles y legajos. Incorporado, cruzamos las miradas y percibí unos ojos atormentados.

—Esto lo hago por mi nieta, y estoy dispuesto a morir en el intento —dijo mientras tomaba asiento frente a mí.

—¿Qué son esos papeles? —le pregunté.

—Copia del sumario que durante años lleva muerto de risa en el juzgado de un pueblo. Algo muy gordo que duerme el sueño de los justos, pero que yo estoy decidido a dar a conocer. Si usted está dispuesta, estupendo, pero si tiene miedo lo entenderé y me iré a otro medio de comunicación, fuera de estas tierras infectas, claro.

El rostro de Mariano Mateo, así dijo llamarse, pareció contraerse en una sola arruga cuando pronunció el nombre de Jaime Gallardo. La desesperación que intuí al principio trocó en rabia, una rabia inmensa que parecía iba a desatarse con furia en cualquier momento. Di muestras de inquietud y Mateo se precipitó a sacarme de dudas.

—Tranquilícese, señorita, jamás le he hecho daño a nadie. Pero esta pandilla de degenerados —dijo levantando la voz mientras señalaba el contenido de las dos maletas —lo va a pagar caro, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Durante largo tiempo, Mariano Mateo narró con todo tipo de detalles un asunto tan monstruoso

como increíble. La existencia de una red de pederastas que para sus prácticas utilizaban a menores captados en un centro de acogida, tutelado por el gobierno autonómico. Aquello me causó una sensación similar a la de quien recibe una descarga de alto voltaje. Como un fogonazo surgió la imagen de Mar González hablando de fiestas sexuales a las que, en ocasiones, acudía su ex marido, Jaime Gallardo. Estaba ante la posible constatación de lo que Mar y La Chari me habían asegurado, y que yo había puesto en cuarentena, incapaz de admitir tamaña depravación. Pero estaba visto que, una vez más, la realidad superaba a la ficción.

La atropellada exposición de Mateo quedaba interrumpida cada vez que se levantaba y buscaba en los papeles judiciales para sustentar algunas de sus afirmaciones. Yo estaba atónita, superada por cuanto oía de Mateo y por los escritos que iba proporcionando, sellados por el juzgado. Aquello era tremendo, un auténtico escándalo que superaba todo lo previsible en el seno de una sociedad adormecida. Llegado un momento, después de examinar unos folios correspondientes a las manifestaciones de unos pequeños de nueve años, salí corriendo al baño. Allí vomité y lloré.

Aquel ser anónimo, Mariano Mateo, logró removerme los más recónditos sentimientos, y eso que procuré no perder la perspectiva profesional, haciendo un sobrehumano esfuerzo por establecer unos criterios de racionalidad. El viejo salió del despacho arrastrando los pies y con la cabeza hundida en el pecho. En el suelo, embutido en dos maletas, estaba el sumario que en los próximos días tendríamos que examinar minuciosamente. Sobre la mesa había dejado varios folios en los que aparecía el nombre de Jaime Gallardo. Y en mi mente resonaban insistentemente las palabras de aquel hombre roto de amargura que cada vez que narraba un episodio denunciado, a cual más inverosímil y extremo, recitaba como una muletilla que todo lo hacía por su nieta. En un momento de aquella confesión, que también era desahogo, había sacado una fotografía tamaño carné que me mostró sujeta con los dedos de una mano temblorosa. Era una niña preciosa, de ojos claros inmensos y una sonrisa que me robó el corazón. Según narró el señor Mateo, con gran esfuerzo, su nieta estaba interna en la casa de acogida, los servicios sociales le quitaron la custodia a los padres que eran toxicómanos, y él comenzó a notar un comportamiento extraño en las visitas de los domingos. “Abuelito, me obligan a hacer cosas feas con unos maestros que vienen algunas noches”, llegó a decirle la niña en la última visita que pudo estar con ella. Él rompió en un llanto y volvió a declararse culpable del destino de la pequeña. Dijo que no obró bien, que ese mismo día tendría que haber denunciado, pero prefirió hablar con la tutora del centro y a la semana siguiente ya no pudo ver a su nieta. Alegaron que estaba enferma y que los médicos habían dado orden de que le fueran anuladas las visitas. De nada sirvieron las protestas de Mariano, dos celadores lo echaron a la calle con cajas destempladas. A partir de ese momento inició un infructuoso vía crucis por cuarteles de la Guardia Civil, comisarías y juzgados. Dos semanas después le comunicaban el fallecimiento de la niña, víctima de una neumonía, según el parte médico.

Mariano Mateo solicitó que a la niña le realizaran la autopsia, y le fue denegada. A cuantos contaba sus sospechas lo tomaban por un lunático, incluso desde la dirección del centro de acogida lo amenazaron con llevarlo a los tribunales. Pero él no se arredró y siguió con el convencimiento de encontrar la verdad. Así que un buen día recibió una visita inesperada en su casa. Un hombre de mediana edad se presentó como el padre de dos niñas que durante unos años tuvieron que vivir en la misma institución en la que falleció la nieta de Mariano, ahora eran mayores de edad y vivían marcadas por las experiencias de aquella época, que confesaron en la intimidad familiar. El desconocido enseñó una colección de fotografías de personas, entre ellas la de Jaime Gallardo, asegurando con rotundidad que: “estos son los degenerados que abusan de los

niños”.

Desde ese momento ambos iniciaron una cruzada cuyo resultado quedaba reflejado en el abultado sumario que tenía ante mí y que estaba paralizado y olvidado en unos anaqueles judiciales.

ABRÍ de nuevo el sobre con el membrete de José Vilches, saqué la cuartilla escrita con una caligrafía inusualmente bien trazada y la volví a leer. El enemigo número uno de Gallardo deseaba mantener una entrevista conmigo y aseguraba estar enterado del infierno que yo vivía. Volví a quedar prendada por la redacción del texto. Un hombre cultivado, musité.

Vilches aprobaba mi petición de visita, algo que oculté incluso a Santiago Sierra. Ahora sólo faltaba el visto bueno de Instituciones Penitenciarias. La solicitud la había realizado ocultando la condición de periodista, a fin de no levantar la liebre, pues los tentáculos de Jaime Gallardo nunca era posible saber a dónde podían llegar. Vilches estaba advertido por un familiar y aguardaba impaciente la visita.

Antes de lo previsto me encontré ante el penal de El Dueso, por suerte tenía unos días libres acumulados y no tuve que dar ninguna explicación para viajar a la península. Le dije al taxista, mientras nos aproximábamos, que deseaba ver el conjunto de la cárcel con toda su perspectiva y nos dirigimos al monte Buceiro. El día era típico del norte, nublado y lluvioso. Aún así, hice parar el taxi y salí al exterior. Me subí las solapas de la gabardina y pasé unos instantes contemplando aquel complejo penitenciario, construido a principios del siglo XX en lo que era una fortaleza militar levantada por el ejército napoleónico. Sentí un estremecimiento; por aquellos patios y celdas pasaron gentes tan diversas como Buero Vallejo, Ramón Rubial, El Lute, Rafi Escobedo o el general Sanjurjo. Las moles de ladrillo rojizo y altos muros grises se desparramaban por el espacio privilegiado de la reserva natural de Santoña, Noja y Joyel, con el Mar Cantábrico de fondo. El infierno enclavado en un paraíso, pensé mientras volvía al coche.

José Vilches había envejecido de forma prematura, ya no era el de las fotografías de sociedad, aquel hombre henchido de vanidad que durante años tuvo el privilegio de recorrer un rutilante camino de éxito y ganancias de la mano de Jaime Gallardo. El cautiverio, con varios traslados, pasaba factura a Vilches, al que veía en persona por primera vez. Muy educado y cortés, forzó una sonrisa a la que no acompañaban sus ojos cansados, en los que podía leerse el odio que alimentaba.

—Supieron tenderme una trampa, pequé de confiado y aquí estoy, en la más dura y alejada de las cárceles. Ya tendrían que atender las peticiones de mis abogados para trasladarme cerca de casa, pero nada. La larga mano del diablo sigue moviendo los hilos para perjudicarme —ahí la sonrisa forzada de Vilches desapareció por completo—, me quiere lejos y a buen recaudo. Cada día temo por mi vida, porque, fíjese usted, el delito por el que estoy condenado es credencial segura para acabar desangrado en las duchas, pero los internos me respetan. Ellos saben que soy inocente, y velan por mi integridad, por si algún comprado intenta algo.

Vilches hizo una pausa, hurgó en el bolsillo superior de la camisa, sacó un paquete de chicles y me ofreció. Yo continué callada, dejando que hablara.

—Están desesperados, saben que en cuanto tenga ocasión demostraré la conspiración de la que soy víctima. Tengo infinidad de pruebas escondidas en lugar seguro, que verán la luz, pero para eso tengo que salir de aquí.

—¿Por qué no las ha sacado ya? — pregunté intrigada—, sus abogados podrían ocuparse.

—No, no, eso sólo lo puedo hacer yo, a mis abogados no les he dicho nada. Cuando el material que tengo vea la luz yo también saldré perjudicado, por lo tanto debo medir muy bien cuándo y cómo.

Resultaba difícil entender lo que estaba diciendo, pero dejé que se expresara, ya habría tiempo para preguntas. Por experiencia sé que cuando una persona está deseosa de pronunciarse, máxime en una situación como la de Vilches, es bueno no interrumpirla, pues, en esa primera fase de soltar libremente lo que tiene dentro, suele obtenerse muy valiosa información.

—Enviados de Jaime Gallardo estuvieron aquí —dijo, de pronto, Vilches —y se marcharon con el rabo entre las piernas. Jamás aceptaré un acuerdo, estoy pagando por algo que no hice. Al fiscal Anticorrupción ya le he hecho llegar un adelanto: la disposición a inmolarme, pero abrazado a Gallardo. ¡Para que la reencarnación del mal arda como una tea!

José Vilches comenzó a recitar pasajes de la Biblia relativos al demonio, a medida que aumentaba su excitación. Debajo de la camisa, sobre la que llevaba una bata blanca de sanitario, podía verse un crucifijo similar al pectoral de los obispos, tallado en madera. El súbito cambio emocional me intranquilizó. Aquel hombre era muy posible que se estuviera trastornando, por tanto tenía que poner en cuarentena cuanto contase.

—¿Qué le ofrecieron, señor Vilches?

—Trasladarme a una prisión próxima a mi familia, recorte de la pena, mejor trato penitenciario y dinero, mucho dinero. ¡Pero nunca tragaré, nunca!—. Volvió a excitarse, al punto que un funcionario asomó en el módulo de visitas preguntando si todo iba bien. Yo dije que sí, y pudimos continuar.

—Disculpe Carmina, pero cuando recuerdo estas cosas me es difícil contenerme. Este trance es muy duro de sobrellevar siendo inocente—. Efectuó una pausa y continuó con tono más sosegado.

—Gallardo, un embaucador carente de escrúpulos, supo planificar una trama para quitarme de la circulación y robarme el fruto de veinte años de trabajo. Todo ello con la complicidad de mi ex mujer, una pájara deslumbrada por el poder.

—Usted era muy amigo de Jaime Gallardo, juntos culminaron pingües negocios. ¿Estoy en lo cierto?

Volvió a asomar un rictus de amargura en el castigado rostro de Vilches.

—Cuando la amistad está únicamente construida sobre intereses económicos, mala cosa. Si, además, el dinero está embadurnado por la política, existen muchas posibilidades de que la relación derive en un proceso de putrefacción.

—¿Es cierto que llegaron a sobornar a miembros del Gobierno?

—Digamos que teníamos detalles, siempre pagados por mí. Recuerdo que a un director general le llevamos un equipo de golf que me costó una fortuna. Aún estoy viendo la cara del hombre mientras palpaba los palos y realizaba exclamaciones. "¡Esto es demasiado!", decía, pero en ningún momento hizo ademán de rechazo. Y estuvo a punto de desmayarse cuando Gallardo le entregó un sobre con invitaciones para el *Masters* de Augusta, con avión y hotel para toda la familia, también subvencionado por Vilches S.L. Detalles de esa índole fueron muy frecuentes y nadie hizo ascos.

—¿También ministros?

—Sí, y tendría que ver con la familiaridad que los trataba Gallardo. Yo estaba convencido de que mi amigo era el hombre más poderoso del país, pues nos abrían todas las puertas. Aquello era como un sueño..., un maldito sueño.

Mientras hablaba, Vilches dibujaba monigotes en un folio doblado utilizando un bolígrafo de tinta verde, también intercalaba la palabra Justicia. Aquello me sorprendió, aunque no hice comentarios. En cambio sí le pregunté por la indumentaria, una bata blanca que en la parte superior izquierda llevaba cosida una cruz de color azul.

—Llevo las cuentas del economato, presto servicio en la enfermería y estoy aprendiendo mucho. Siempre he tenido mucha afición a la medicina, en especial a la cirugía. Fíjese si voy cogiendo oficio que cuando hay un herido que necesita sutura pide que lo atienda yo y no el médico.

Aquel paréntesis que nos alejaba del motivo de la entrevista, Vilches lo acogió con fruición, estuvo un buen rato contándome situaciones de urgencia quirúrgica en las que había intervenido. Incluso se recreó en la narración de cómo, en alguna ocasión, ante la ausencia del médico, utilizaba el bisturí, según él con destreza. Ciertamente, aquel era un tipo tan sorprendente como inquietante.

—Tal vez erró la carrera —le dije para volver al asunto central.

—Pues probablemente —sonrió—, y a buen seguro que ahora no estaría aquí. Pero bueno, ya no hay vuelta atrás. Así que prosigamos.

—¿Además de su industria textil, hubo algún otro negocio compartido por Gallardo?

—Varios, entre ellos una red de gasolineras y la compra de terrenos para ser recalificados. Este tipo de cosas dan mucha ganancia, especialmente la especulación, pero para conseguirlas tienes que tener hilo directo con el poder. Cuando llegó a la política, Gallardo no tenía ni un euro, ahora apila los millones. Es inmensa su riqueza, inmensa.

Vilches estaba cada vez más excitado, la mano le temblaba mientras escribía la palabra Justicia.

—El más importante de los delincuentes de todos los tiempos y ahí está, adorado por el pueblo como el general Perón en sus mejores tiempos. ¡Maldita farsa de democracia!

La exclamación de Vilches provocó, otra vez, la presencia del funcionario, al que le volví a hacer un gesto de tranquilidad.

—Pensaba que tendría más cosas que contarme, ya que me ha hecho venir a El Dueso —le dije con cara de poca satisfacción.

—Paciencia, señorita, antes de decidirme a dar el paso definitivo tenía que conocerla. En su momento recibirá una sorpresa, lo que ustedes llaman una bomba periodística. Mientras tanto puede indagar en cuanto le he dicho, que quedará reforzado con una lista con nombres y apellidos de los altos cargos implicados en los asuntos que le acabo de comentar, así como la situación geográfica de tan jugosos negocios. Esa información la tendrá en cuanto regrese a la isla.

El vigilante volvió a entrar, esta vez para anunciar que la visita debía finalizar. José Vilches me besó la mano mientras hizo una leve reverencia, al mirarlo, vestido de sanitario, con el escaso pelo emblanquecido, perfectamente afeitado y oliendo a colonia, me recordó a Anthony Hopkins en el papel de Hannibal Lecter.

En el viaje de regreso tuve que hacer transbordo en Barajas y en el avión volví a coincidir con la fauna mediática que copaba los espacios de opinión de la televisión autonómica que controlaba Gallardo. Estómagos agradecidos que a buen precio regalaban los oídos del cacique, aquello sí que era canallesca.

En cuanto aterrizamos y fui a recoger la maleta, ¡sorpresa! Allí estaba el capitán Santiago Sierra que, sonriente, venía hacia mí, mientras dos guardias civiles se cuadraban.

—Pensabas que me ibas a despistar —dijo ampliando la sonrisa antes de besarme—, pues te has equivocado, cariño. ¿Qué tal Vilches?

—Siempre tan eficaz, ¿eh? —le espeté, al tiempo que le devolvía el beso.

—Mujer, tampoco es para tanto. Sería grave que la Guardia Civil desconociera que la directora de un periódico y amiga del jefe de la Policía Judicial va de incógnito a la cárcel de El Dueso para entrevistarse con José Vilches.

El brigada Santamaría esperaba al volante de un coche camuflado. En cuanto nos acercamos le hizo una indicación a Santiago que giró la cabeza con rapidez, yo hice lo mismo. Así pudimos ver como dos individuos entraban apresuradamente dentro de un vehículo igual al que pude ver el día que mataron a la perrita Linda. Eran escoltas de Gallardo. Miré al capitán Sierra y él asintió.

—Sí Carmina, sí, estos también sabían dónde estabas y ahora van corriendo a contarle a su jefe los detalles de tu regreso. Igual si ahora llegas a estar sola te dan un susto, o algo peor.

—Qué vergüenza, matones al servicio personal de Gallardo con placa y sueldo pagado por los contribuyentes —comenté mientras me arrebujaba al lado de Santiago, en el asiento trasero.

LA vuelta al periódico no supuso novedad alguna, la tensión entre la plantilla continuaba aumentando. El grupo de profesionales que pocos meses atrás afrontó el nuevo proyecto con ilusión, dispuesto a cumplir la función social que siempre debe inspirar al periodismo, estaba deshecho. La situación contribuía decididamente a cuestionarme la determinación de continuar al pie del cañón, pero, una vez más, decidí que lo prioritario era sacar el periódico cada día, concentrar el esfuerzo en el reto que eso suponía, pese a tener en contra a la propia empresa editorial y a Jaime Gallardo utilizando todos sus hilos para acabar conmigo. A cualquier espectador ajeno a todo aquello, seguro que mi empeñamiento le podría parecer un sinsentido. Así que abrí el cajón del escritorio y saqué la foto de mi padre. La apreté contra el pecho, y estuve segura de oír su voz alentándome a seguir. En ese instante sonó el teléfono interior, el inspector Roncero estaba en el periódico y quería verme. Le dije a la recepcionista que hiciera pasar al policía.

Roncero era un tipo de mediana edad, bigotillo fino y escaso pelo peinado hacia atrás con gomina. Parecía un policía surgido de los años setenta, pues vestía un anticuado blazer azul marino cruzado con botones dorados, camisa celeste con gemelos, corbata también azul, surcada con rayas de los colores de la bandera nacional y un anagrama de la Expo de Sevilla 92, sujeta con un alfiler del Real Madrid. Pantalón crema y mocasines castellanos constituían el uniforme del funcionario. Unas gafas Ray-Ban de pera, remataban la trasnochada figura.

—Permiso —dijo Roncero mientras daba unos golpecitos en la puerta semiabierta del despacho.

—Pase, por favor —le respondí sin levantarme.

El policía entró y situándose frente al escritorio me tendió la mano, le correspondí y el saludo fue tan breve que apenas nos tocamos la piel.

—Tome asiento, si es tan amable —le dije señalando una de las dos sillas que tenía delante de mí.

Dibujó una sonrisa, que me pareció la mueca de una hiena, se quitó las gafas y pude sentir cómo sus ojos oscuros, pequeños y vidriosos, se clavaban en mi cuerpo, recorriéndolo de forma milimétrica, logrando perturbarme. Tuve un acto reflejo para disimular la sensación de miedo y le ofrecí un café.

—Sí, gracias. Muy corto y sin azúcar —respondió Roncero con tono que pretendía ser amable.

Mientras pedí los cafés traté de serenarme. No sabía por qué pero aquel tipo transmitía algo más que desasosiego. El brigada Santamaría me había proporcionado alguna información sobre Roncero: muy aficionado la vida nocturna, la Guardia Civil tenía fundadas sospechas de que era copropietario del club La Casita, en cuyos reservados era habitual Jaime Gallardo, y tenía muy buenas relaciones con conocidos personajes relacionados con el narcotráfico. Al igual que Gallardo, el inspector Roncero era muy aficionado al juego. Incluso en una ocasión fue detenido por la Guardia Civil en una timba ilegal. Por lo demás, tenía fama de violento y de alardear de ideas ultraderechistas. Una joya.

—¿A qué se debe su visita, inspector? —le pregunté mientras yo removía el café.

—Pura cortesía. He preferido venir a verla. De momento, le ahorramos la molestia de ir a la Comisaría para informarle de cómo va su asunto.

—¿Alguna pista o indicio? —le inquirí

—Nada de nada; ha sido cosa de profesionales. Gente bien preparada, pagada por alguien que

pretende asustarla. Si realmente hubieran querido hacerle daño, la cosa no habría quedado en la mascota.

Roncero paró en seco y clavó los ojos con un descaro que me puso la piel de gallina... Enseguida continuó, pero con una voz más modulada, de interrogador.

—Como digo —aseguró Roncero—, esto ha sido un aviso. ¿Tiene usted asuntos pendientes con gente peligrosa?

Me estaba provocando. Aquel esbirro de Gallardo había venido a verme para algo nada bueno, estaba segura. No dudé en contestar.

—Mire inspector, usted sabe perfectamente quién en esta isla puede considerarse gente peligrosa. En la denuncia expresé claramente mis sospechas.

—Consideramos que es usted víctima de la situación de presión que sufre —respondió Roncero, con una expresión de teatralizada comprensión —y por tanto, para su tranquilidad, le diré que las personas que menciona en su denuncia no se dan por aludidas y la Policía para nada va a molestarlas...

Estuve a punto de saltar del sillón. En mi propio despacho me estaba diciendo a la cara un policía corrupto que yo era una desequilibrada a la que nadie hace caso y mi denuncia carecía de credibilidad. Maldita sea, me dije mientras pensé con rapidez, y en milésimas de segundo contesté, cortándole la palabra.

—Estoy en mis cabales y pronto tendrá constatación de ello —le dije con una contundencia de la que hasta yo misma me sorprendí—. ¿Eso es todo lo que venía a decirme?

El inspector pareció sorprendido y tardó en dar réplica a mis palabras, y esta vez su tono cambió radicalmente. Me sentí amenazada.

—Usted verá el camino que toma—. Roncero me mantuvo la mirada y se levantó de la silla dirigiéndose a la puerta, y, ya con el pomo en la mano, giró sobre sus talones y avanzó unos pasos hacia mí. Con un movimiento dejó a la vista una enorme pistola que llevaba oculta debajo de la chaqueta. Me pareció ver fuego en sus diminutos ojos negros. Habló despacio, sin levantar la voz, muy claro.

—Mire Carmina, sería muy lamentable que los enemigos suyos que la visitaron el otro día, volvieran. Acuérdesse de lo que le hicieron a su mascota, y la Policía no puede estar pendiente de usted permanentemente. Hágame caso, una retirada a tiempo es una victoria. Cambie de aires, le sentará bien y todos viviremos más tranquilos.

La rabia y el miedo, a partes iguales, me bloquearon. Roncero me obsequió con una nueva mirada que era un “vamos a por ti” y con la congoja prendida en el cuerpo observé cómo se abrochó el blazer y salió tranquilamente del despacho.

Tarde unos minutos en recobrar la serenidad y salí a la calle, sentía que me ahogaba, necesitaba aire puro. Me senté en el banco de madera de un pequeño jardín situado frente al periódico y rompí a llorar. Necesitaba desahogarme y aclarar las ideas, la soledad del lugar y la brisa del Atlántico, que a esas horas soplaban con intensidad, obraron el milagro.

Regresé al periódico y llamé a Riquelme, que estaba con el ánimo hundido. Al entrar al despacho mostró el peor de los semblantes, pero le hablé sin contemplaciones.

—Déjate de historias Pepe, hay que arremangarse y recobrar la investigación sobre Jaime Gallardo. ¿Qué tenemos de nuevo?

El redactor jefe estaba furioso conmigo y se notaba.

—Tengo una bomba, si te atreves a publicarla —rugió Riquelme, con los mofletes al rojo vivo.

—¡Basta ya de tonterías y a la faena! ¿De qué se trata? —respondí molesta.

El compañero zaherido quería su momento de satisfacción, así que volvió a provocarme.

—Dudo que nos lo dejen publicar...

Corté contundente, incluso golpeé la mesa con la palma de la mano. Un matón con placa me acababa de amenazar y ahora el periodista más honrado que conocía no cejaba en ponerme el dedo en el ojo.

—¡Desembucha, que hoy no estoy para historias!

Con evidente satisfacción por haberme contrariado, Riquelme dijo que lo disculpara y en un instante regresó con una carpeta que dejó sobre mi mesa.

—Ahí está la información que llevo guardando durante días, pensando que no verá la luz. La primera fruto de la documentación que te hizo llegar tu nueva amiga, doña Mar. La ex de Gallardo. A ver si la publicamos...

Decidí no contestar al redactor jefe y abrí la carpeta. En el interior encontré documentos y una información redactada por el propio Riquelme cuyo titular principal rezaba: “Jaime Gallardo es cliente asiduo de los bancos de la isla de Jersey”. Un subtítulo no era menos sugestivo: “en los últimos dos años ha viajado al menos seis veces al paraíso fiscal, vía Londres”.

Sonreí, por primera vez en muchos días y fui directa a Riquelme.

—¿Está contrastada la información?

—¿A ti qué te parece? —respondió mi segundo, ya más animado.

—Venga, a currar, abrimos portada con esto. Vamos a dedicar cuatro páginas, dile a Alejandro Casas que te eche una mano. Él que prepare un resumen con los hechos destacados desde que comenzó el caso. Diles a los de diseño que espero una maquetación a la altura y que cuando la tengan lista me avisen, quiero supervisarla.

—Por lo que veo, nos volvemos a poner las pilas —dijo Riquelme ya más distendido.

—Alcalinas Pepe, alcalinas —le solté con una repentina subida de ánimo—. Venga, a currar, mi artículo de mañana irá dedicado al viajero de Jersey.

La garganta profunda me despertó, eran las nueve de la mañana y la noticia de los viajes de Gallardo a Jersey estaba ocasionando un auténtico terremoto. El confidente quedó en llamarme en otro momento, pero ya adelantó que Jaime Gallardo había vuelto a jurar que ahora sí iba a acabar conmigo. Antes de despedirse repitió con énfasis: “Por ahí vas bien, vas muy bien. Al delito fiscal es a lo que más teme”. Salté de la cama y corrí a la ducha. El agua a presión logró despejarme, pues a las cinco de la madrugada aún no había logrado conciliar el sueño, y así llevaba muchos días. Mientras me secaba envuelta en un albornoz preparé café con leche bien caliente y puse pan a tostar. En ese momento recibí la llamada de Santiago diciéndome que estaba a pocos metros de casa y deseaba hablar conmigo. Él ya debía tener el desayuno en los pies, pero en un momento exprimí unas naranjas, el zumo le encantaba. Así, en pocos instantes pude desayunar acompañada por el apuesto capitán Sierra, que ese día no mostraba un semblante demasiado radiante. Yo volvía a ser el motivo de su preocupación.

—Menudo lío has vuelto a montar con don Jaime Gallardo. Tú y el redactor jefe, el simpático Riquelme —comentó Santiago después del primer sorbo del zumo de naranja.

—Cumplimos con nuestra obligación —respondí.

—Ojalá todo el mundo hiciera lo mismo, las cosas aquí irían de otra forma —dijo Santiago mientras me acariciaba la mejilla—. La evasión de capitales, el fraude fiscal y blanqueo de dinero sí que le pueden hacer mucho daño a don Jaime. Mis contactos en la Fiscalía me acaban de decir que van a investigar a fondo la información que hoy aparece en tu periódico.

—A ver si es verdad que alguien se ocupa de tanta basura. Suelo recordar que al gánster Al Capone sólo lograron meterlo en la cárcel por un delito fiscal, con todas las tropelías que hizo el tipo.

El confidente volvió a llamar mediada la tarde. Puse el pestillo a la puerta del despacho y ordené que no me pasaran llamadas, ni siquiera del editor.

—Menuda estás armando Carmina.

PACO JIMÉNEZ era un tipo atildado en el vestir, que sabía desplegar un halo de sofisticación. En cuanto lo tuve enfrente adiviné a esa clase de hombre contento de sí mismo, que pisa con fuerza. Pronto descubrí que en la distancia corta esgrimía una arrolladora simpatía mundana, en sintonía con su queridísimo amigo Jaime Gallardo. Con la cordialidad propia del manual del encantador de serpientes, Jiménez nos recibió en el reservado del restaurante como si lleváramos toda la vida ocupando parte importante de su círculo más íntimo. Con el redactor que me acompañaba tenía una relación puramente profesional y conmigo jamás había cruzado una palabra. La comida prometía, pensé, y no anduve errada. Decidido el vino, cuya elección el anfitrión me ofreció caballerosamente, durante unos minutos hablamos de generalidades, pero en cuanto el camarero sirvió los entrantes, llenó las copas y desapareció, Jiménez dio rápida muestra de una sorprendente locuacidad. Pero más sorprendente fue cómo entró en unos temas que, al principio, me dejaron atónita, celebrando la decisión de acudir a la cita acompañada por Alejandro Casas, con el que crucé miradas de asombro. Ya con la segunda botella de vino surgió lo impensable.

—Ha sido un gusto conocerte, Carmina. Debo decirte que te admiro, por tu profesionalidad y valentía —aseguró Paco Jiménez.

—Gracias, me limito a cumplir con mi trabajo —contesté mientras cortaba un trozo de rodaballo.

—No, no, déjate de modestia, estás haciendo la labor que nadie se atreve...

—¿Cómo dices? —Jiménez me sorprendió tanto que no lo dejé acabar.

—Si mujer, estás plantando cara al más poderoso de los poderosos.

El rodaballo pareció encajarse en el esófago, contraído como el resto de mi cuerpo. El testafarro de Gallardo dispuesto a apuñalarlo, ¿pero qué estaba pasando? Me era difícil encajar aquello, así que una expresiva mirada fue toda respuesta, Jiménez esbozó una sonrisa y siguió.

—La mayoría de la prensa local está domesticada, pasan por caja. Hay un código de no agresión, empleando eso de amor con amor se paga, y así al que manda le va estupendamente. Pero contigo no puede, y eso lo tiene loco, loco. Que quien lo tenga contra la pared sea una mujer con la que, encima, dice haber mantenido una relación de amistad durante años, eso lo desespera. Te tiene ganas, muchas ganas.

El tipo traspasó todos los rubicones posibles de imaginar, así que intentando aparentar la mayor naturalidad, le respondí como quien no acaba de entender.

—¿Cuando dices él, a quién te refieres?

La pregunta desató en Jiménez una carcajada.

—Pero mujer, quién va a ser, nuestro querido amigo, el amo, el dueño y señor de esta isla.

Aquella era una situación insólita, y yo estaba empeñada en jugar el papel del despiste, pero se me veía el plumero, como más tarde recordó el compañero Casas, que durante toda la comida permaneció mudo.

—A ver si la sociedad civil espabila —dijo Jiménez, dando por hecho que mi silencio era en clave de pregunta—, no puede ser que un único tipo maneje todo a su antojo. En estos pagos hemos retrocedido a la época feudal, o pasas por el tubo del gran señor o estás muerto.

El sujeto estaba teniendo un ataque de sinceridad o tendiendo una trampa, tal vez las dos cosas. Curiosamente, seguía sin citar el nombre de Gallardo. Yo, intentando ordenar las ideas, decidí que Jiménez siguiera hablando, para lo cual puse cara de póker y cerré los labios.

—El señor feudal cada día quiere más y más, tiene una codicia insaciable—. El íntimo de Gallardo puso el rostro tenso—. Ya nada le es suficiente. Está enfermo de egolatría, se cree un ser superior al que todos le debemos hasta el aire que respiramos. El poder económico ya empieza a estar preocupado, y eso que, para qué llevarse a engaño, ha favorecido mucho los intereses de quienes podemos generar riqueza. Pero el precio ya es demasiado elevado, y muchos pensamos que hemos contribuido a crear un monstruo que va a ser difícil de parar y que puede acabar haciendo un daño irreparable.

El gallinero está alborotado, pensé mientras estudiaba los gestos y el tono que empleaba Paco Jiménez. Un embaucador como Gallardo que, seguro, pensaba que nos tenía en el bote, pues Alejandro y yo atendíamos sus razonamientos con los ojos como platos y absolutamente silenciosos. ¿Qué pretendía, quien hasta ahora mismo era pieza clave en el tablero creado y dirigido por Jaime Gallardo? Tal vez Jiménez, estómago agradecido, era el encargado por los poderes fácticos de segar la hierba bajo los pies del cacique. De cualquier manera, aquella puesta en escena traspasaba las fronteras del surrealismo. Yo seguía dispuesta a hablar poco, así que me limité a asentir, dejando que el nuevo Bruto siguiera explayándose. Éste, de pronto, personalizó en mí el discurso.

—No hay derecho a todo lo que te está pasando, Carmina. Y te digo esto en nombre de mucha gente.

Ahí no pude evitar contestar.

—¿Y qué me pasa?

—Mujer —Jiménez volvió a sonreír—, aquí todo se sabe, todo. Y que sepas que tienes el apoyo de mucha gente, el mío también, por supuesto.

—De poco me sirve —dije con cierto hastío.

Paco Jiménez bebió con deleite un sorbo de vino y por su expresión supe que había llegado el momento clave.

—Estamos dispuestos a ayudarte —dijo quien era la mano derecha de Gallardo en el mundo de los negocios.

—¿Cómo y quiénes, Paco, me vais a ayudar?

Jiménez apuró la copa y con cara de satisfacción hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó un sobre y me lo entregó. Yo lo abrí con rapidez, sin demasiado cuidado, y extraje una cuartilla en la que en mayúsculas destacaban dos enunciados: isla artificial e incineradoras de basura, también aparecían nombres de personas y números de teléfonos.

—¿Qué significa esta información? —pregunté.

—Los dos grandes y definitivos pelotazos del amo y señor.

—Jaime Gallardo, querrás decir —solté con cierta impaciencia.

—El mismo que viste y calza.

CERCADA por el trabajo y el acoso de los enviados de la empresa para defenestrarme, pensaba que ya no podían pasar más cosas en tan escaso lapso de tiempo. Pues estaba equivocada. Al día siguiente de la comida con Paco Jiménez convoqué una reunión con Riquelme y Casas. En el momento en que estábamos distribuyendo la tarea de investigación con los contactos facilitados por Jiménez se abrió la puerta del despacho y apareció Santiago Sierra. Sorprendida por la intromisión no supe que decir, pero él habló antes.

—Siento molestar, pero vengo a título oficial. Tenemos que hablar.

Di por concluida la reunión e invité a Santiago a que se sentara y después de ofrecerle un café que rechazó, me dispuse a escucharlo.

—Tú dirás, con tanta prisa.

—¿Conoces a este hombre? —Santiago me entregó el documento de identidad de Mariano Mateo.

—Sí, estuvo aquí hace unos días. ¿Qué le ha pasado?

—Ha aparecido muerto en un huerto del pueblo en el que vivía. En su bolsillo hemos encontrado una tarjeta tuya, por eso estoy aquí.

Por un momento creí que me faltaba la respiración, quedé atenazada súbitamente por un ahogo insoportable.

—¿Cómo ha sido? —acerté a preguntar, en un tono que denotaba desconcierto.

—Aún desconocemos los detalles, pero el primer reconocimiento médico apunta al fallecimiento por causas naturales; un infarto, un ictus, ya era mayor y llevaba años medicándose.

Saqué fuerzas para salir de la conmoción y rebatir a Santiago.

—No, no, seguro que alguien ha tenido que ver con esto. Supongo que solicitaréis una autopsia —. La voz quería salir con fuerza, pero por momentos se quebraba.

—¿Pero qué te pasa Carmina, qué insinúas?

—Ese hombre —respiré hondo intentando recobrar la palabra —vino a verme para denunciar una supuesta red de pederastia con la que se relaciona a Gallardo.

—Calma, mucha calma.

Santiago estaba en lo cierto, era necesario tranquilizarse y centrar el asunto. Después de una infusión y de explicarle detalladamente la larga conversación mantenida con Mariano Mateo, le mostré el sumario distribuido en las dos maletas.

—Mi consejo es que andes con pies de plomo, cuando todo ese material ha permanecido tanto tiempo oculto y el proceso está paralizado en un juzgado de pueblo, es que alguien muy poderoso está implicado. Pero también puede ocurrir que todos esos cientos de folios y testimonios no sean más que humo de pajas, que con estos asuntos no siempre las cosas son lo que parecen. Recuerda casos de gente condenada de la que después quedó demostrada su inocencia, a veces la imaginación de niños y adolescentes es hiperbólica.

Tenía el ánimo para pocas reflexiones de aquel calibre y me sujeté, consciente de que la voluntad de Santiago era la de hacerme reflexionar. Estaba verdaderamente preocupado por todo cuanto estaba aconteciendo alrededor de mí.

—Te agradezco el esfuerzo por ayudarme, pero no puedo olvidarme de Mariano Mateo. Él me aseguró que estaba amenazado de muerte, pero como no creía en nada, ni se molestó en presentar denuncia. Tienes que hacer lo posible para que el forense que se encargue del caso sea de

absoluta confianza, tengo la corazonada de que alguien colaboró en el trágico final del pobre Mariano. Es más, creo que deberías acompañar al forense con alguno de tus guardias especializado en necropsias.

—Tienes mi palabra, esta noche está prevista la autopsia, allí estaremos.

Con un día de lo más agitado, estaba llegando la hora del cierre de la edición y aún tenía pendiente de entrega la columna que escribía cada día. Me resultaba difícil concentrarme, pero al final eché mano del oficio y salí bastante airosa de la obligación. Después anduve por la redacción para ver cómo transcurría el último apretón de la jornada y aproveché para tomarme un refresco mientras revisaba los detalles de la portada con la responsable de diseño. En ese momento alcé la cabeza y mis ojos tropezaron con los de Santiago, instintivamente consulté el reloj y me dio un vuelco el corazón. La alarma quedó confirmada con la mirada del capitán Sierra, al que llevé del brazo, casi arrastrado, hasta el despacho.

—¿Pero no tenías que estar en la autopsia de Mariano Mateo?

Santiago se sentó, en un gesto en el que noté abatimiento, y tardó unos instantes en responder.

—Tal vez tengas razón, Carmina. Alguien ha adelantado la autopsia y le ha tocado al turno que dirige un forense de la camarilla de Gallardo. ¡Qué casualidad!

—¡De casualidad, nada! —grité presa de un ataque de rabia—. Estaba todo preparado, esto es muy serio. ¿Y ahora qué?

—No podemos hacer nada, el cadáver será incinerado a primera hora de la mañana.

—¡Hay que impedirlo, como sea!

—Ya lo he intentado, vengo del juzgado de guardia. El juez se ha mostrado correcto, pero después de solicitar el informe forense ha recitado un rosario de leyes para acabar diciendo que está todo en regla.

—¿Y el fiscal, podrías...?

Santiago no me dejó acabar.

—El fiscal quiere pruebas y no las tenemos.

—¡Maldita sea!

—Carmina, este asunto no me gusta nada. ¿Qué piensas hacer?

—Investigar, desde luego. Mariano Mateo dejó abundante material y pienso llegar hasta el final.

—Tienes muchos frentes abiertos, y en todos aparece Gallardo. ¿Crees que merece la pena?

Me dolió la pregunta del capitán Sierra y así lo entendió él, que se anticipó a mi respuesta.

—Seguramente me he expresado mal, disculpa. Pero creo que la situación en la que te ves envuelta merece una sosegada reflexión. Yo soy el primer interesado en buscar la verdad cuando intuyo que hay un delito, pero también sé hasta dónde puedo llegar. Tú estás sola, Carmina, completamente sola. Defiendes la dirección de este periódico contra viento y marea pero, ¿hasta cuándo resistirás?

Santiago guardó silencio durante unos segundos y volvió a insistir.

—Ahora mismo tienes a la empresa intentando deshacerse de ti, mediando un pacto con Gallardo. ¿Eres tan ilusa como para pensar que, por mucho que investigues, te dejarán publicar las cosas que vienen en esos miles de folios judiciales que trajo Mariano Mateo? Yo sólo he podido leer el poco material que me has enseñado, y los nombres que acompañan al de Gallardo son pura dinamita. No podrás hacer nada y, al final, te dejarán a los pies de los caballos.

Cuan profundamente me dolían sus palabras, pero sabía que tenía razón. Abatida, le acerqué las manos y él las cobijó entre las suyas. El calor de Santiago fue como un vigoroso reconstituyente, que dejé germinar durante unos interminables instantes. Al final hablé.

—Pues aún no te he contado la comida con Paco Jiménez.

—¿El testafarro de Gallardo?

—Sí. Y nos ha filtrado una información que puede ser letal para don Jaime.

Santiago apretó las manos, se incorporó y me besó en la frente.

—Tiro la toalla —susurró mientras me besaba —pero aunque no logre convencerte, siempre estaré ahí. Quienes desean hacerte daño, que vayan con cuidado. Un guardia civil cabreado puede ser muy peligroso.

DECIDÍ poner en el congelador el caso de la muerte de Mariano Mateo y de la presunta red de pederastia que él mismo me sirvió en bandeja, proporcionándome copia de un amplio sumario encallado en el ostracismo judicial. Santiago estaba en lo cierto, yo tenía muchos frentes abiertos y, como ya he dicho, al enemigo en casa. La isla artificial y las incineradoras serían nuestro objetivo inmediato; sobre las dos iniciativas de Gallardo ya tenía información de la garganta profunda que puntualmente hablaba conmigo. Pero ahora disponía de los contactos que podían contar las operaciones con pelos y señales. Una auténtica *vendetta* preparada para acabar con el cacique convertido en un Polifemo que pudiera terminar devorando a quienes lo habían aupado. Y allí estaba Paco Jiménez, el que aparecía en actos y fotos a la diestra del jefe supremo, siempre dispuesto a colaborar en la fructífera tarea de la larga mano que mecía la gran cuna en que habían convertido aquella isla. Jiménez no actuaba solo, eso era evidente, y hasta el momento Jaime Gallardo le seguía otorgando la confianza más absoluta, a decir de mi confidente, al que sondeé prudentemente, sin hacerle mención de la comida mantenida con el traidor.

Los movimientos telúricos eran evidentes en el hasta ahora tranquilo coto de Jaime Gallardo. El déspota estaba embebido por el poder y ya no reparaba ni en las formas, proceso que comenzó irritando al grupo fáctico que lo estuvo arrojando desde los primeros momentos y que ahora ya había perdido toda la paciencia. Las dagas estaban desenvainadas y yo parecía oír el silbido de los filos rasgando la penumbra, en la trastienda de esa fórmula perversa denominada gallardismo.

Decía mi abuela que cuando piensas en alguien, éste suele aparecer. Sonó el teléfono y era Paco Jiménez, con una afabilidad desbordante me invitó a visitar su nuevo despacho. Yo seguía atónita por la actitud de aquel tipo embaucador que estaba mordiendo la mano que le daba de comer. Acepté la invitación.

Las instalaciones de la empresa de Jiménez eran inmensas, decoradas a la última, ubicadas en una de las avenidas principales de la capital. Con ademanes versallescos ejerció encantado de *cicerone*, mostrándome hasta el último rincón de su nuevo cuartel general. Y una circunstancia me llamó poderosamente la atención: sólo tenía un empleado, su secretaria. En aquel decorado amplio y ostentoso no trabajaba nadie.

Ya en su enorme despacho, repleto de trofeos de caza, Paco Jiménez me ofreció un vasto abanico de posibilidades a la altura del más exigente bar de copas. Opté por un café, él pidió a la secretaria un güisqui de esos que sólo conocen los más sibaritas y que se venden a precio de oro. Sonriendo, como siempre, fue al grano.

—Instantes antes de que llegaras he recibido una llamada asegurándome que te han cesado. A ver si ahora no me vas a poder ayudar.

Procuré encajar el golpe. La espada de Damocles llevaba demasiado tiempo pendiendo sobre mí, esperaba el desenlace en cualquier momento. Pero resultaba fuerte que fuese Jiménez, mamporrero traidor de Jaime Gallardo, quien me anunciara la noticia. Intenté salir de la situación lo más airosa posible.

—Cuando estás en el ojo del huracán, los rumores se disparan —contesté con poca convicción.

—Tus editores se han bajado los pantalones ante el todopoderoso —dijo Jiménez manteniendo el semblante risueño, en clara alusión a Gallardo—. Muévete, mi fuente informativa, como decís los periodistas, es de toda solvencia.

—Te agradezco el interés, a día de hoy sigo siendo la directora del periódico y nadie me ha

comunicado nada. Puedo garantizarte que hasta el último momento ejerceré plenamente el cargo.

Paco Jiménez saboreó el güisqui sin dejar de mirarme con unos ojos grises, fríos como témpanos. Era la mirada de un depredador.

—Mira Carmina, yo estaba dispuesto a colaborar contigo poniendo encima de la mesa un sabroso material, pero ya es tarde. Nuestro querido Jaime ha vuelto a llevarse el gato al agua. Tus jefes no han dudado en venderte, pero que se vayan preparando porque el objetivo es cerrar el periódico.

Con esfuerzo sobrehumano disimulé el estado interior que me sobrevino de golpe. Miré a Jiménez y él entendió que debía continuar hablando.

—Pensábamos que podrías seguir realizando un valioso trabajo, pero el amo ha sido más efectivo de lo esperado. Amarra bien tus cosas, nuestro amigo es de los que no deja heridos, se los carga.

El aire fresco de la calle fue todo un bálsamo. Paco Jiménez me despidió galante, pero ya no había en él aquel énfasis de cuando creía que yo podía contribuir a sus fines. Al decirnos adiós y verme reflejada en los cristales opacos de las gafas de Jiménez sentí el hondo escalofrío de la soledad. Sí, estaba sola y a punto de ser despedida. Pero decidida a aprovechar el poco tiempo que me podía quedar al frente del periódico.

En cuanto abrí la puerta del despacho aparecieron el gerente y el director adjunto, ambos con semblante serio. Mala cosa pensé y con sorprendente serenidad estuve dispuesta para recibir la noticia del cese. Esta vez estaba equivocada, la afectada no era yo. Venían a comunicarme el despido de Riquelme. Tenían un plan para descabezar el periódico y lo estaban poniendo en práctica al pie de la letra. Y aunque aquella era la crónica de una muerte anunciada, un nudo me atenazó la garganta. Primero liquidaban al más honrado de los profesionales, el recto e insobornable azote de Jaime Gallardo, alegando la pérdida de confianza de la empresa y la mala relación con parte de la redacción.

Los dos lacayos estaban haciendo el trabajo encomendado, el más sucio que puede encargarse a quienes tendrían que estar consagrados a buscar la verdad y contarla. Pero ya se sabe que perrillos falderos y gentes con estómagos a prueba de bomba existen en todos los colectivos, aunque en el periodístico huele y se note más. Riquelme sería la primera víctima de aquella caza de brujas, digna del más infame *macartismo*. Mientras pensaba cómo afrontar la situación, con los dos tipos sentados frente a mí con cara de circunstancias, sonó el móvil. Era un mensaje de la garganta profunda, escrito en mayúsculas: “los de la empresa acaban de entrevistarse con Gallardo, ya tiene una de las cabezas: Riquelme”. Las entrañas se removieron y la cabeza creía que me estallaba y dije que tenía que ir al baño. Me encerré y sentada en el inodoro, hecha un ovillo, lloré con rabia. Después refresqué el rostro con agua fría y volví a convencerme de que necesitaba ganar tiempo, además de no facilitar las cosas a los carroñeros que decían ser compañeros. Respiré hondo varias veces, logré tranquilizarme y me retoqué el rímel.

La mirada de Riquelme aún la llevo clavada en el corazón, era desoladora, pero exenta de rencor. El gerente comunicó de forma escueta la decisión de la empresa y tras un paripé revestido de formalismo, en el que se anunciaban las condiciones del cese, dieron por zanjado el asunto y nos dejaron solos. El fiero Riquelme era un hombre abatido, con los ojos húmedos y un perceptible temblor en el labio inferior. Y llegó el desahogo.

—Carmina, me habéis hecho mucho daño, mucho. Tú especialmente.

Yo estaba petrificada, siempre defendí la profesionalidad de Riquelme, un hombre de difícil relación personal pero inmaculadamente íntegro y un auténtico animal de redacción para quien el

periodismo era toda su vida. Miraba como un niño defraudado, roto por la adversidad de unos códigos que no alcanzaba a entender. Creí que de un momento a otro rompería a llorar, pero no fue así. Apoyó la cabeza en las dos manos y tras unos segundos que fueron interminables volvió a recriminarme.

—Esperaba de ti algo más, que estuvieras a la altura de las circunstancias—. Aquellas palabras, pronunciadas con voz rota, me hirieron profundamente, pero lo dejé continuar.

—Tendrías que haber hablado más conmigo, informarme... —hizo una pausa forzada por el estado emocional—. En fin, me has dejado tirado.

Entendía el estado de ánimo del compañero y aunque sus palabras eran injustas intenté ponerme en su lugar. Tras un breve silencio, decidí responder adoptando un tono suave.

—Esto sabíamos que estaba a punto de ocurrir y siempre has tenido mi apoyo. Comprendo que estés decepcionado, pero sabes que la segunda cabeza en rodar será la mía y si no ha sucedido hoy es porque esperan que tire la toalla y les facilite la faena.

—No sé porqué acepté este trabajo —dijo Riquelme muy afectado.

—Yo sí, eres un periodista de raza, una especie a extinguir.

El redactor jefe me miró con tristeza, se levantó de la silla lentamente y salió del despacho en silencio. Una colosal embestida interna de desazón estuvo al borde de derrumbarme.

AUNQUE había decidido aparcar el tema de la presunta red de pederastia, no podía olvidarlo ni por un instante. Todos los días hojeaba el abultado sumario y siempre acababa estremecida, por las declaraciones recogidas a las víctimas, niños de corta edad y adolescentes. Versiones que quedaban desvirtuadas por las pruebas forenses y los informes de psicólogos oficiales. Aquello era un inmenso estercolero, que poderosos tentáculos lograban tapar, de momento. Yo le daba vueltas y cada vez estaba más segura de que con la decisión adoptada tiraba por la borda todo el compromiso adquirido en mis años de periodista. Estaba traicionando el espíritu mismo de la profesión, porque tenía miedo. Y me avergonzaba profundamente. ¿Hasta cuándo seguir dando la espalda a unas convicciones que habían sido el norte inequívoco por el que guiarme? No dejaba de hacerme preguntas. ¿Qué quedaba de la sagrada práctica de un código deontológico que siempre fue mi baluarte inexpugnable?

Una atormentada tarde en la que estaba entregada a las cábalas, tras repasar algunos legajos del caso, llegó la definitiva respuesta a las dudas. Un inesperado suceso que me obligó a investigar. Y puedo decir que aquella decisión, pese al riesgo personal que entrañaba, supuso un gran alivio

La noticia llegó por boca de Santiago Sierra. Recuerdo perfectamente la escena. Él entrando por la puerta del despacho vistiendo, de forma inusual, el uniforme, y con ademán que apuntaba furia contenida. En el pueblo costero donde estaba situado el centro de acogida de menores denunciado por el desaparecido Mateo, se había producido un extraño suceso. La familia de una joven denunció, días atrás, su desaparición. Para encontrar el cuerpo, la información, de forma casual, facilitada por un indigente que dormía en el tinglado del puerto fue determinante. El pobre diablo aseguró a la Guardia Civil que, el mismo día del suceso, les contó a unos pescadores cuanto había visto, y, estos reaccionaron burlándose de él. Los pescadores declararon que el relato les pareció fantástico, producto de la afición del hombre al vino, asegurando que muchas veces, ebrio, les narraba hechos imposibles, jurando que los veía en las largas noches de borrachera, tumbado en su refugio. El relato del vagabundo comenzó a circular por el puerto y llegó a oídos del jefe de puesto, un joven sargento muy minucioso, que tras hablar con el testigo decidió que aquella versión podía ser verosímil e informó a la Comandancia. Los buceadores de la Guardia Civil encontraron a la chica desaparecida en el interior de un coche, que yacía en el fondo de la dársena. Según el testigo, cuyo estado era penoso, tres personas empujaron el vehículo al mar, amparadas por la oscuridad de una noche sin luna. El capitán Sierra se hizo cargo de la investigación y lo primero que le llamó poderosamente la atención fue que la víctima era enfermera del centro de acogida implicado en las denuncias que figuraban en el amplio sumario sobre una hipotética red de pederastia, en la que podría estar involucrado Jaime Gallardo.

El hallazgo se produjo apenas unas horas antes de la visita de Santiago, pero el equipo de Policía Judicial ya tenía un diagnóstico que avalaba la tesis del mendigo: no se trataba de un accidente, era un asesinato. Recuerdo perfectamente la conversación que mantuvimos, mientras yo contenía la carga de pasmo y rabia que, a partes iguales, me invadía el cuerpo.

—El asunto tiene mala pinta, Carmina —dijo Santiago mientras tomaba asiento frente a mí—. Primero el pobre Mateo, ahora la enfermera. Y ambos relacionados con el tristemente famoso centro de menores.

El capitán guardó silencio durante unos segundos, y habló con convicción.

—Recuerdas que te comenté mi decisión de pedir el traslado, pues he rectificado. Me quedo,

alguien tiene que encargarse de tirar del hilo del nauseabundo ovillo en el que se ha convertido esta isla.

Las palabras de Santiago me produjeron una sensación placentera, también de emoción. No pude evitar que unas lágrimas estropearan el rímel y la fina capa de maquillaje. Intuitivamente cogí suavemente sus manos y le di las gracias. Y él respondió con voz segura, pero con el cálido tono que tanto me gustaba.

—Es a ti, Carmina, a quien tengo que agradecer. Tu valentía, honestidad y resolución me han devuelto la capacidad de reflexión, incluso de vergüenza. En los últimos años he llegado a sentirme un guarda del coto de Gallardo, más que un guardia civil, y era incapaz de reaccionar, arrastrado por un sistema que todo lo adultera.

Santiago calló unos instantes, irguió el busto y las estrellas de las hombreras parecieron brillar como nunca, bajo la lámpara de mi despacho.

—Se acabó la pantomima, Carmina, si es preciso voy a levantar, una a una, las piedras de esta isla y del resto del archipiélago, para esclarecer un asunto que, temo, es la punta del iceberg de la podredumbre que, al igual que un virus, ha sido inoculada en una sociedad entregada y sometida.

Sonreí encantada

SANTIAGO cumplió la promesa y se puso a tirar de la manta. Nunca dudé que lo haría. Él también se jugaba mucho: en una institución tan jerarquizada como la Guardia Civil, iniciar una investigación a espaldas del jefe tenía una alta dosis de riesgo, y, si además, en dicha investigación estaba directamente afectado el máximo responsable de la Comandancia, la cosa podía adquirir un cariz bastante serio. La primera gestión la hizo desde mi casa, y ni su fiel ayudante, el brigada Santamaría, era conocedor de la decisión. “Toda precaución es poca, Carmina”, me dijo antes de descolgar el teléfono y llamar a la sede central en Madrid de la Unidad Central Operativa (UCO), para hablar con un viejo amigo, el teniente coronel Del Moral, al que conocía bien. Después de unos minutos de amigable charla, Santiago parecía que iba a despedirse sin decirle nada del asunto y así fue, aunque noté que el adiós afable entre dos compañeros era una especie de clave. Y acerté, en cuanto colgó el teléfono Santiago me miró, esbozó una sonrisa y, ante la mueca de interrogación que adiviné, dijo que esperara un momento.

En menos de un minuto volvió a sonar el teléfono. Era del Valle, esta vez desde una línea segura.

Santiago hizo un relato abreviado de cuanto estaba aconteciendo en la isla y a mí me dedicó una buena parte de la conversación. Cuando llegó la hora de referirse a su jefe directo, lo hizo con cautela, aunque hablaba con un amigo, no podía olvidar que era un superior jerárquico, ni tampoco podía pasar por alto que las cuestiones internas en la Guardia Civil seguían siendo asunto especialmente delicado, máxime cuando afectaban a un alto mando.

Finalizada la conversación telefónica, Santiago fue a la cocina y volvió al salón con dos copas de vino. “Vamos a brindar, por nosotros”. Cumplido el ritual se acercó y me besó suavemente en los labios para, seguidamente, abrazarme con una intensidad que me gustaba, sintiendo su cuerpo en contacto con el mío. Casi en un susurro dijo: “vamos a salir de ésta, cariño”. Me cogió en brazos y al momento estábamos en la alcoba, aún en volandas me besó con una intensidad que deseé que nunca acabara. Poseída por un fuego interior, volcánico, le mordí el cuello saltando al suelo con la agilidad de una gacela. Le quité la chaqueta y quedó al descubierto la pistola que llevaba en una funda sobaquera. Visión que, en lugar de amedrentarme, aún aceleró la libido; por lo que fui directamente a la hebilla del cinturón que abrí en un santiamén. En una acción rápida, Santiago se desprendió del arma y la depositó en la mesilla de noche. Mientras, yo seguía voraz, quitándole la ropa, hasta que quedó desnudo. Entonces él tuvo un arranque de virilidad atrapándome con las manos, que hicieron saltar los botones de la blusa. De un tirón colosal desapareció el sostén, eclosionando los pechos, coronados por unos pezones endurecidos que evidenciaban el grado de excitación. El capitán Sierra me volvía loca, ningún otro hombre había logrado hacerme sentir de aquella manera, con tanta intensidad y verdad.

Hicimos el amor como dos posesos, arrastrados por un interminable torrente de placer, en una perfecta combinación de sentimientos y buen sexo. Fórmula que no siempre encuentra una mujer, y que yo, sin embargo, estaba teniendo la gran suerte de saborear; aunque en medio de la situación más azarosa de mi vida. La desgracia que se cernía sobre mí, contradicciones de la vida, estaba haciendo posible un reencuentro tantas veces soñado y temido al mismo tiempo. Dicen que segundas parte nunca fueron buenas, pero doy fe de que, en mi caso, no se cumplía la máxima. Aquel hombre viril y experimentado me tenía rendida, como una adolescente que sucumbe ante los encantos de la pasión, también la fuerza, de un auténtico torbellino de goce físico y plenitud interior, que te arrastra con una entrega absoluta. Exhaustos, ajenos al tiempo, nos quedamos

dormidos.

El sonido del móvil de Santiago nos despertó, cuando los rayos del sol traspasaban el ventanal del dormitorio. Al ver que era un nuevo día soltamos una carcajada y Santiago cogió el teléfono: era el teniente coronel Del Moral.

—Está todo preparado —dijo Santiago tras colgar, después de una larga conversación—. Un equipo de la UCO se trasladará de incógnito a la isla con la orden de investigar a Jaime Gallardo. Mi amigo Del Moral ha conseguido carta blanca del propio director general, lo cual me indica que Gallardo está perdiendo poder. Los compañeros de Madrid investigarán las posibles implicaciones de mandos de la Guardia Civil y la Policía en toda la trama.

—Esperemos que no sucumban a los encantos de don Jaime, igual que el jefe de la Comandancia —respondí irónica.

—No hay peligro —aseguró Santiago—. Mandan a los mejores, en la Dirección General de la Guardia Civil son conocidos como los irreductibles. Al frente está una mujer, la teniente Sara Grande, a la que llaman Nes, por Eliot Ness el de "Los Intocables".

—¡Por fin Gallardo y sus colaboradores van a ser acorralados de verdad! —dije en un arrebato de euforia, que pronto fue aplacado por el capitán Sierra.

—Cautela, Carmina, cautela, aún no hemos empezado y la misión es harto difícil. En cuanto se enteren los afectados de que la UCO va detrás de ellos, la reacción no será de colaboración. Habrá que estar preparados y, desde este momento, hay que aumentar las precauciones.

Santiago frunció el ceño e hizo una pausa.

—Los colaboradores uniformados de Gallardo se revolverán violentamente, y todos van armados. Sólo cabe la esperanza, difícil por otra parte, de que las pesquisas se lleven con absoluto secreto y cuando se enteren no puedan maniobrar, porque ya les haya caído todo el peso de la Justicia. Pero si hay una filtración a destiempo, la cosa se pondrá difícil.

Miré a Santiago con ternura, estaba arriesgando por mí.

EL trabajo de la Justicia es lento de puro garantista, más garantista cuanto mayor solvencia tiene el afectado. En el proceso que tenía empapelado a Jaime Gallardo la lentitud había dado paso a la paralización más absoluta, consiguiendo su objetivo principal: ganar tiempo y buscar la prescripción de los delitos económicos. La gran mentira de que todos somos iguales ante la Ley quedaba evidenciada en el Caso Gallardo, en el que la chequera infinita obraba milagros en manos de un ejército de abogados diestros en enmarañar. Gracias a un sistema que da ventaja a quienes disponen de dinero suficiente para alargar los procesos, mientras que actúa de forma implacable con aquellos que tienen escasos recursos, que son la mayoría.

Pensaba tal obvedad mientras oía con indignación, el asombro hace tiempo que quedó en el camino, la intervención de Jaime Gallardo en un mitin en el que exhibió una encuesta que le garantizaba una mayoría absoluta más holgada que la conseguida antes de que estallara el escándalo, por el que ya era conocido en todo el territorio nacional. Rebobiné y escuché varias veces una frase, dicha con la altanería pastosa que lo caracterizaba en momentos de euforia, en este caso seguramente reforzada por una buena ración de güisqui: "Cuanta más estiércol me echan, más crezco" Tan épica frase quedaba ahogada por un estruendo de aplausos y gritos enfervorizados de unos acólitos con el estómago a prueba de bomba. Antes pronunció otra frase, ciertamente con más envidia, que resumía perfectamente el origen de aquella situación perversa que, desde la mascarada en forma de engañosa democracia, había transformado la isla en un feudo: "Somos una familia, y os digo que prefiero partido sin gobierno que gobierno sin partido".

"Carmina te estás metiendo en un berenjenal, ¿crees que vale la pena?", oía la voz de mi madre, como un repique molesto pero certero. Y lo que más me fastidiaba era la convicción con la que aseguraba que Jaime Gallardo saldría indemne, apostillando que tenía un pacto con el diablo. "Tú eres la parte más débil, hija", solía rematar en las conversaciones imposibles que manteníamos desde hacía demasiado tiempo, en las cada vez más contadas ocasiones en que iba a visitarla. Ella era de una generación que creció en los difíciles años de la postguerra, la etapa más dura de la dictadura franquista y siempre soñó para su hija una buena boda o un puesto de funcionaria. Una vida cómoda, tranquila, llena de seguridades, y, resulta que la niña de sus ojos, desde que tuvo uso de razón, emprendió el camino equivocado y por él seguía. Después de escuchar el discurso de Jaime Gallardo y la respuesta de miles de isleños que abarrotaban la plaza de toros de la capital sumidos en el paroxismo, casi estaba dispuesta a darle la razón a mi madre.

Experimenté un bajón, estaba exhausta. Creí sentirme como Gary Cooper en "Solo ante el peligro", afrontando la responsabilidad de unos principios que a punto estaban de llevarme al abismo. Difícil salida, si es que la había, pensé al tiempo que recordaba las palabras de Jaime Gallardo el día que le presenté el proyecto del periódico: "No te enfrentes al poder establecido". El poder era él, y a fe que lo ejercía. Y en ese estado de caída libre tuve una punzada de pánico. Estaba sola, completamente sola. Pese al apoyo del capitán Sierra, ni yo era Gary Cooper, ni aquello una película. La sensación no podía ser peor, me sentía absolutamente impotente, abandonada ante una fuerza del mal cuya poderosa acción era inimaginable. Personas a las que consideraba amigas llegaron a retirarme el saludo, otras procuraban eludirme por miedo a que las relacionaran conmigo. Además, pronto, los más ilustres representantes sociales y económicos me dieron la espalda. ¿Era aquella una sociedad enferma? ¿Qué estaba pasando? Las preguntas parecían asaetarme el cerebro, y estaba sin respuestas. La situación a la que me veía abocada

superaba en mucho a los más inquietantes *thrillers* negros de fuste psicológico. Así, cuando entraba en semejante estado de decaimiento optaba por restregarme los ojos y pellizcarme el rostro para confirmar que no soñaba. Estaba viviendo la cruda realidad, la implacable acción de un poder omnímodo, tiránico, terriblemente amoral, que bajo la tupida red de la democracia había logrado anidar con la fuerza silenciosa y venenosa de las serpientes. Mi padre salió indemne de desatados temporales, pero la furia de los elementos tal vez fuera más fácil de capear que el delictivo entramado de intereses políticos que iba a por mí. Bueno, más que de política, habría que hablar de mafia, pues la fórmula creada por Gallardo era un remedo del modelo alumbrado por la *Cosa Nostra*. Aquí el capo era Jaime Gallardo y la familia dominante, el partido.

LA cabeza bullía, oyendo una y otra vez el mitin de Gallardo, uno de los periódicos actos de desagravio y homenaje que organizaba la corte de incondicionales, y que a él, cada día más endiosado, tanto le satisfacía. De pronto me di cuenta de que llevaba horas encerrada en el despacho, y con una reacción de sobresalto apagué la grabadora y la guardé en un cajón del escritorio. Me recriminé por la actitud y decidí que debía salir a la calle. Con el bolso en la mano, dispuesta a perderme durante un rato, desde recepción me anunciaron una visita. Pensé en escabullirme, pero en cuanto escuché el nombre de la persona que quería verme, quedé gratamente sorprendida, y dije que pasara.

Fernando Varea era un hombre al que siempre admiré, profesor de ética, con él fragüé una sólida amistad en los tiempos de la universidad. Ya entrado en años, conservaba una imagen glamurosa, presidida por un rostro bien esculpido, ojos de intenso azul y una abundante cabellera plateada. Y tenía algo que siempre me entusiasmó: unas manos bellísimas, que a su porte de sabio le conferían un sobresaliente poderío masculino.

Abrí la puerta con ímpetu y me encontré de bruces con él. Nos fundimos en un interminable abrazo.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido venir aquí?

—Estoy jubilado, Carmina. Enviudé hace unos años, ya sabes que no tuvimos hijos, y ahora me dedico a viajar. Un grupo de amigos preparó una estancia en esta bonita isla y pensé darte una sorpresa.

—Pues sí me la has dado, ya lo creo. ¿Te apetece un café?

—Si puede ser, descafeinado.

—Por supuesto —me levanté y fui a la máquina expendedora, hacía tiempo que me habían quitado la secretaria.

Tomamos los cafés mientras intercambiamos información personal, pues la última vez que nos vimos yo acababa de dejar la dirección del otro periódico y habían pasado más de diez años. Enseguida intuí que Fernando estaba al tanto de mi situación.

—Sigues metida en berenjenales —dijo sin titubear —como en los tiempos de la universidad, pero ahora el enemigo es serio.

El viejo profesor miró sus manos, cinceladas por el mismísimo Miguel Ángel, en un gesto característico que le servía de breve tregua cuando abordaba temas delicados. Pero aquel paréntesis quiso que fuese más largo, pues buscó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un pastillero de plata, lo abrió y me ofreció un caramelo sin azúcar.

—Desiste, Carmina, no vale la pena —noté como sus ojos de azul infinito se clavaban en mi rostro. Aquel hombre era otro, pensé mientras comenzaban a dispararse las alarmas internas. De momento, me quedé muda, mientras él continuó hablando.

—Aún puede haber una salida airosa. La empresa reconsideraría la opinión que hay sobre ti y no perderías tanto. Nadie te va a prometer que Gallardo olvide el tema, pero de momento podrías salvar los muebles.

¿Qué estaba pasando? Fernando Varea era la última persona que jamás hubiese pensado ver en aquella isla anclada en el océano. Y allí estaba, frente a mí, enviado por alguien para convencerme de que debía rendirme, como la dócil oveja que camina resignada hacia el matadero. A punto estuve de estallar en llanto, y el viejo zorro se dio cuenta.

—¿De qué te extrañas? —me dijo Fernando —¿De qué después de tantos años aparezca para decirte cosas que te resistes oír?

La situación estaba cerca de superarme y reaccioné con inesperada virulencia.

—¡Efectivamente profesor! Ciertamente, no te conozco.

La respuesta fue el silencio, acompañado por un rictus de frialdad desconocida.

—¡Sí, profesor de ética! ¡Sí, me estoy haciendo numerosas preguntas! —mostrarme alterada podía denotar vulnerabilidad, así que en un supremo esfuerzo rebajé el tono—. Preguntas para las que me da miedo tener respuestas.

—Tranquilízate, entiendo tu confusión. He venido a verte porque me considero amigo de verdad.

En breves instantes se estaba viniendo abajo la imagen que durante años me había formado de Fernando Varea, aquel hombre admirable al que siempre consideré un ejemplo, yo que nunca he creído en los mitos.

—¿Quién te envía?

—Siempre fuiste rápida de reflejos, digamos que pasaba por aquí y unos buenos amigos me han hecho el encargo.

—Entenderás que me sienta defraudada. Siempre tuve muy presentes tus enseñanzas.

No me dejó terminar.

—Pero Carmina, qué cosas más absurdas dices, mujer —ahora volvía a dulcificar el rostro, emanando aquel magnetismo del aula—. Estoy aquí porque te quiero y me preocupan profundamente las situaciones en las que estás inmersa. Demasiado susceptible, tanto tiempo metida en este despacho, soportando tensiones de todo tipo, es comprensible.

Por un momento estuve a punto de caer en la trampa del embaucador. Nunca acabamos de conocer a las personas, y en ocasiones como aquella la sorpresa puede resultar mayúscula. Pero debía centrarme, evitando cualquier confusión emocional que emborronara la realidad. Y, al tiempo, averiguar en qué parte estaba Fernando de aquella compleja situación que me envolvía cada vez más. Decidí reponerme y seguir el juego proponiendo continuar la conversación fuera del periódico. Al instante, él mostró una amplia sonrisa y propuso ir a comer, dada la hora. Yo acepté y mientras cogía mis cosas le hablé con voz pausada con la intención de complacerle.

—Tal vez tengas razón, Fernando. Estoy muy estresada, tu inesperada visita, las cosas que sabes y me has dicho... Entiéndelo, estoy a la defensiva, disculpa.

El restaurante Balandro tenía unas impresionantes vistas al océano y gozaba de justa fama por el atún rojo, soberbio, pescado pocas horas antes de ser servido en las mesas de diferentes formas. Aún recordaba los gustos gastronómicos del viejo profesor y sabía que la elección le complacería. De refinado paladar y muy viajado, Fernando Varea seguía conservando un don de gentes que con la edad le confería una personalidad arrolladora, que llegaba a intimidar. Sabía que tenía que ir con sumo cuidado, el depredador estaba plenamente activado, dispuesto a cobrarse la presa, que era yo. Así que hice de tripas corazón y sonreí con la más ingenua de las poses cuando comenzó a narrar sus experiencias culinarias con el atún, recreándose en sus viajes a Japón. Resultó que el sorprendente amigo era ferviente admirador de la cultura nipona, según él, el más modélico ejemplo de lo que debía ser el conjunto de la civilización: orden, trabajo, disciplina y respeto absoluto a la jerarquía. Esto último lo dijo con un rictus que quería expresar contundencia, pero a mí me dio miedo. El camarero, con los aperitivos, modificó el ambiente que ya me estaba asfixiando. Fue un respiro que aproveché para cambiar el rumbo de la conversación. Y ahí llegó otra inesperada sorpresa. Por un momento creí que había tenido una alucinación, que la transformación de Fernando era cosa de la imaginación, y ahora estaba allí el mismo personaje

noble, ejemplarizante, que conocí veinticinco años atrás. Me cogió la mano y sentí una energía poderosa, sus ojos, aún bellos, miraban con ternura. Pensé que iba a hablar de su esposa, pero no. Ahí llegó el mazazo.

—Carmina, estoy vivo gracias a Jaime Gallardo—. Aquello fue como un destello, un estallido inesperado que te ciega.

—¿Cómo? —respondí aturdida.

—Gracias a Gallardo conseguí que me realizaran un trasplante. Es el hombre más generoso que conozco, y su poder no tiene límite.

De pronto sentí la viva sensación de estar desarmada, la capacidad de sorpresa estaba absolutamente superada. Fernando apretaba suavemente mi mano y sus ojos parecían francos. Yo le correspondí con una mirada de interrogación y él prosiguió.

—Los médicos dijeron que me quedaban meses de vida, sólo un trasplante de corazón podía salvarme, pero con mi edad era imposible incluirme en la lista de espera. El protocolo, aseguraron, en este país es de un rigor inquebrantable. Lo sentimos, dijeron una y otra vez, jamás logrará un órgano pues hay mucha gente joven esperando en una larga relación oficial. Durante unos días estuve como alma en pena, incluso llegué a resignarme, aceptando que ya había vivido lo suficiente. Pero no, no, —Fernando levantó el tono visiblemente alterado—, no quería morir, y decidí actuar.

Hizo una pausa para beber un sorbo de agua y apretando su magnífica mano sobre la mía, continuó el relato.

—La vida es bella Carmina, ningún ser medianamente inteligente está dispuesto a rendirse. Vivir es lo único, después viene la nada, la oscuridad eterna. Es terrible, pero es la única verdad que nos acompaña desde que nacemos. Si pensáramos seriamente en la muerte, nos volveríamos locos, y te lo garantizo yo, que he pensado intensamente en

el irremediable proceso que comienza en el mismo instante en que somos concebidos.

Yo no contesté, y él prosiguió con su argumentación

—Soy un superviviente, un afortunado, y no tengo ningún remordimiento porque creo tener el mismo derecho que cualquier otro, pues la edad como factor determinante para decidir sobre la vida es una gran injusticia.

—Nadie me comentó tu gravedad —le dije con escasas fuerzas.

—Fue todo muy rápido, comencé a encontrarme mal, muy cansado, y pensaba que eran efectos normales de la edad, cada día estaba peor. Nunca he sido amigo de visitar a los médicos, pero el deterioro fue tal que un sobrino me arrastró literalmente al hospital, y allí se descubrió el pastel: el corazón funcionaba de milagro. Y como te he contado, el desahucio.

—Bueno, me alegro de que al final pudieras salir de tan difícil trance, pero, ¿qué pinta Gallardo en todo esto?

—A Jaime lo conozco de hace años, a través de unos amigos empresarios con los que colaboro. Cuando el 'boom inmobiliario' me convencieron para participar en unos terrenos, primero en Barcelona, después en varios puntos de España. La verdad es que aquello fue muy bien, por primera vez en mi vida pude ganar dinero. Y en esa empresa de inversión inmobiliaria —especulación, pensé, pero lo dejé hablar —conocí a Gallardo, es el socio principal, el que lleva la batuta, magníficamente.

Volvió a hacer una pausa para beber, esta vez todo el vaso de agua.

—Cuando me sentí perdido llamé a Jaime y él obró el milagro. En pocas semanas ingresaba en el hospital privado de la isla, dirigido por el doctor del Valle, esperando el corazón de un

donante, que llegó antes de lo esperado, y de cuya identidad no he querido saber nada. En aquel momento tú seguías fuera, pero de estar en la isla no te habrías enterado, pues todo el proceso se llevó con la mayor reserva.

Es evidente que la realidad supera la ficción, pensé, con escasas fuerzas para rebatir a Fernando. Él, en una reacción humana de supervivencia, había vendido el alma al diablo para seguir viviendo, con suerte unos pocos años más, a costa de otra vida más joven y con preferencia en el protocolo de trasplantes. Sentía indignación y comprensión al mismo tiempo, en un vendaval de contradicción que en ese momento me golpeó todos los recovecos del interior del cuerpo.

La ética queda pulverizada cuando el ser humano se ve entre la espada y la pared. Las enseñanzas más sólidas se vienen abajo en la mayoría de las personas que deben decidir entre la dignidad o seguir viviendo. Qué difícil es mantener hasta el momento supremo los valores sobre los que se ha edificado toda una vida de ejemplo. Seguramente, pensé, obrar con todas las consecuencias, dejando la vida en el empeño, no vaya con la condición humana, a excepción de gentes integristas o desequilibradas. Y el ejemplo evidente lo tenía delante de mí. Estaba ante un viejo amigo que durante años fue modelo de ética y comportamiento, un hombre ejemplar que había sucumbido ante la posibilidad de retrasar un tiempo la muerte.

Supongo que en el mundo, cada día se producirán numerosos casos que hacen posible el tráfico de órganos. Un mercado negro dirigido por bandas criminales que actúan sin escrúpulos ante las demandas de gentes que pueden pagar millonarias sumas para salvar sus vidas, a costa de las de otros. El poder de Gallardo era ilimitado, así me lo decía constantemente Santiago Sierra, y a fe que estaba comprobando cuan certero era el capitán.

—Me alegro por ti —le dije a Fernando con un soplo de voz—, aunque no comparto este tipo de componendas. Mucha gente joven muere en las listas de espera, sin posibilidad de que la ayuden. Triste realidad la de que tanto tienes tanto vales.

Fernando mantenía la cabeza gacha, y unos finos hilillos de lágrimas surcaron el rostro, los ojos claros se habían vuelto acuosos. El viejo gallo de pelea que había irrumpido en mi despacho apenas dos horas antes, ahora, parecía otro. Aunque no debía fiarme, pues su inesperada visita estaba dirigida por Jaime Gallardo. Pero tampoco podía obviar que estaba siendo sincero conmigo. Decidí ir al grano.

—Está claro que le debes la vida a Gallardo, ¿pero, qué tiene eso que ver conmigo?

—Él sabe la relación que hemos mantenido —dijo, ya repuesto—, bueno él sabe todo de todos. Es un cacique, de acuerdo, no voy a negar la evidencia, pero también es generoso y tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Conmigo se ha mojado, arriesgando hasta lo indecible. Ese tipo de lealtades con los amigos, te digo de verdad que son muy poco frecuentes. Estoy en deuda con Jaime, siempre lo estaré...

—Te comprendo —le corté con contundencia, pues estaba reaccionando—, se lo debes todo. Pero, ¿qué pretendes conmigo?

—Que entres en razón Carmina, reconduce la situación, llega a un acuerdo con tus editores y reemprende tu carrera profesional en otro lugar. Aquí has perdido la guerra...

—¿Qué guerra? —volví a interrumpir, esta vez con más vehemencia—. Me indigna que hables de guerra, aquí hay una agresión brutal contra la libertad de expresión y contra mí como persona. ¡No, esto no es una guerra, es una canallada orquestada por un delincuente carente de escrúpulos!

Me sorprendí por la fuerza del tono empleado, que provocó que fuese el foco de las miradas de los numerosos comensales que llenaban el salón principal de aquel restaurante con vistas al mar. Tuve que hacer un supremo esfuerzo para frenar la cólera, antes de proseguir.

—Mira Fernando, yo no estoy en guerra con nadie. Soy periodista, y procuro hacer mi trabajo, nada más. Aquí tu amigo Gallardo ha logrado amordazar a la prensa, a base de enjuagues económicos o sembrando el miedo con sus matones.

El viejo profesor dejó que siguiera hablando.

—No voy a tirar la toalla, si los editores de mi periódico han llegado a un acuerdo para sellar la paz con el cacique, que me manden la carta de despido y cumplan con la indemnización pactada en el contrato. Es de vergüenza cómo están actuando, mientras Gallardo me hace la vida imposible.

Sorbí un poco de vino y moderé el tono de voz.

—Quieren que renuncie, en un reconocimiento tácito de que profesionalmente soy una nulidad. En el periódico tengo dos lebreles de la empresa, que se pasan el día escribiendo informes sobre mí, a ver si logran justificar la gran mentira que están montando.

Mientras yo hablaba, Fernando saboreaba despacio una infusión, y cuando terminó dejó la taza sobre la mesa y habló con un deje de derrota.

—Vas a necesitar mucha suerte, Carmina, mucha.

Despedí a Fernando Varea en la puerta del restaurante, el cogió un taxi, yo decidí dar un largo paseo antes de regresar al periódico. El encuentro con el cambiado profesor había supuesto una sacudida importante en mi fuero interno. Estaba tocada y comenzaron a surgir innumerables dudas. Mientras caminaba como una autómatas, comencé a sumergirme en un estado de negatividad, en el que llegué a cuestionarme cuantas decisiones había tomado en los últimos meses, que estaban siendo un auténtico infierno. No recuerdo el tiempo que pasó ni cómo llegue, pero el paseo culminó sentada en un acantilado, observando el océano, ese día quieto, inmensamente azul. Deseaba ver en el horizonte un pequeño punto que, por momentos, se fuese agrandando, avanzando a hacia mí. Pero, no, ese barco de la esperanza gobernado por mi padre nunca llegaría. Y rompí a llorar.

Cerré los ojos, respiré hondo y recibí como un bálsamo la mezcla de yodo y sal. En un lugar como aquel hermoso acantilado había pasado innumerables horas de ensoñación, en los años felices de niñez y juventud.

Me sentía a gusto en aquella roca, privilegiado balcón sobre el mar, envuelta por un sorprendente silencio. Pero no podía quitarme de la cabeza las conversaciones mantenidas con Fernando Varea, primero en mi despacho y después en el restaurante. ¿Estaré realmente equivocada o, lo que es peor, loca? ¿Quizás llegue a arruinar mi vida, por nada? Con semejantes dudas taladrándome, no sé porqué, la mente quiso que me viera encarnando el papel del coronel Kurtz, en *Apocalypse Now*, la genial película de Coppola. ¿Acaso soy una desertora de las reglas establecidas?, dije al viento, mientras recordaba la magistral interpretación de Marlon Brandon, dando vida a un rotundo símbolo contra la mentira. En la adolescencia había leído *El corazón de las tinieblas* la breve novela de Josep Conrad que inspiró el guión del film de Coppola que, años después, me causó un hondo impacto. El relato del escritor inglés de origen polaco, una alegoría sobre el bien y el mal, para mí fue cautivador; alimentando, a temprana edad, el instinto reivindicativo.

En el inicio de *Apocalypse Now*, el joven capitán Willard, Martin Sheen, cuya misión es eliminar al renegado coronel Kurtz, advierte que “no debes dejar el bote”, para más adelante afirmar que “sólo debes abandonar el bote si estás dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias”. Allí estaba yo, fuera del bote, al margen del sistema, de la cultura imperante, dando la espalda a ideas preconcebidas, reglas y prejuicios. Recordé una escena de la película en la que claramente

se ve que abandonar el bote permitió a Kurtz “mirar de frente a ese circo de payasos”. El personaje interpretado por Brando tal vez estuviera loco, pero es el único que lucha contra los ideales pervertidos. Claro que, yo no quería acabar como él.

LLOVÍA torrencialmente, consecuencia de una de esas borrascas tropicales que penetran en el Atlántico, dejando una cortina de agua y viento que, de tarde en tarde, nos recuerda que la naturaleza es imprevisible y hasta la climatología más bondadosa dejan de serlo cuando se entromete el capricho de la meteorología. La lluvia vino a refrescar el ambiente, y con mi estado de ánimo, aquella tregua al tiempo bonancible no me fue mal. Tanto sol y calor, es curioso, acabaron por transportarme mentalmente a las playas de Argel, y sentía escalofríos, al ponerme en la piel del protagonista de *El Extranjero*. El libro magistral de Albert Camus que leí absorta a los dieciséis años, había calado de forma decisiva. Ahora, en un escenario muy parecido a la colonia francesa, empezaba a entender cómo el escepticismo y la pasividad frente a todo, pueden llevar a un hombre normal a convertirse en asesino, de forma absurda. El recuerdo del texto de Camus, ahondando en el análisis sobre los efectos de una sociedad moralmente deslegitimada, provocó que sintiera un intenso escalofrío, que me devolvió a la realidad.

El prácticamente perpetuo sol de la isla para mí no era un bálsamo, así que agradecía aquel lapso de mal tiempo, que estaba saboreando desde hacía unas horas. Con una taza de chocolate, enfundada en un pijama de lino, me deleitaba con las gruesas gotas de lluvia golpeando el ventanal del salón, desde el que se veía un huerto de palmeras, zarandeado por el viento, y al fondo el mar, muy revuelto. Estaba sola, en casa, aunque cerca de la puerta los ocupantes de un vehículo camuflado de la Guardia Civil vigilaban la puerta de acceso. Me sentía segura y tranquila, dos sensaciones que creía olvidadas. La contemplación del frente borrascoso estaba siendo una auténtica gozada.

Despacio fui lamiendo los bordes de la taza, empapados de chocolate y con los dedos apuré el fondo. Después de limpiarme con la servilleta, utilicé unas toallitas húmedas que tenía a mano, pues no me apetecía levantarme del sofá para ir al lavabo. Abrí una carpeta verde con el anagrama de Greenpeace, extraje unos folios y comencé a leer. La organización internacional había elaborado un exhaustivo informe sobre la incineración de basuras y yo estaba especialmente interesada en el asunto. Una de las líneas de investigación del caso Gallardo era la de las incineradoras que el cacique pretendía endosar aquí y en otros lugares de la Península. Instalaciones de dudosa tecnología, procedentes vía Italia de alguna ex república de la desaparecida URSS, fruto del pacto comercial con el capo don Carlo. La opinión de Greenpeace, basada en estudios técnicos y científicos, era reveladora: el sistema de gestión de residuos que Gallardo defendía a capa y espada, endeuda a los municipios, destruye empleo y contamina. Los ecologistas defendían que la apuesta masiva de las administraciones por la incineración de basuras sólo puede deberse a intereses espurios, denunciando elevados costes económicos, laborales y ambientales. Así quedaba expresado por Greenpeace que, encima, sostenía la tesis de que los modelos basados en la recuperación y reciclaje suponen la creación de mucho más empleo, en algunos casos, hasta cuarenta veces más. Sosteniendo que las incineradoras son elementos contaminantes que repercuten negativamente en la agricultura, la ganadería y el turismo.

Junto al informe, Leticia, la redactora de investigación, había preparado una declaración del responsable de campaña de Greenpeace, al que preguntaba, con las cifras aportadas, cuáles eran los motivos para apostar por incineradoras, por parte de los responsables de ayuntamientos,

diputaciones y gobiernos autonómicos. El portavoz era contundente: “muchos millones de euros en la construcción, más un contrato, también importante, para operar y mantener la planta. Estas obras son propicias al desvío presupuestario, sin olvidar las comisiones bajo mano para el político de turno”. Esas declaraciones se ajustaban como anillo al dedo a la forma de actuar de Gallardo, siempre pendiente de sacar tajada económica, aún a costa de los intereses de los ciudadanos a los que decía representar. El cacique era el ejemplo vivo de la cultura de corrupción que durante años anidaba en aquel territorio insular y en el resto del país.

En manos de Jaime Gallardo, la solución de las incineradoras era una fórmula ideal para conseguir un negocio particular y fructífero, con el agravante de utilizar una tecnología barata, por obsoleta, que le permitiría llevarse un mayor beneficio, de la mano del capo napolitano, don Carlo. En el caso de Gallardo la razón estaba de parte de Greenpeace, pero no por las incineradoras en sí, que tan mala prensa tenían por la acción contumaz de movimientos ecologistas, sino por la gestión del proyecto.

El mundo del ecologismo, apoyado por los activistas antisistema, cargaba las tintas contra el método de las incineradoras. Yo intuía que había mucho de ideología en los criterios expresados y no poco de posicionamiento interesado. Las leyes de la Unión Europea avalaban la valorización energética, es decir, las incineradoras, como solución racional al problema de las basuras, mayoritariamente enterradas en vertederos diseminados por el territorio, constituyendo una amenaza latente para la salud humana y el equilibrio del ecosistema. Era necesario poner en cuarenta la opinión de Greenpeace y rastrear a fondo tan complejo tema.

Decidí que, pese a que yo sabía perfectamente las intenciones de Gallardo de llevárselo crudo, nuestra obligación era ofrecer una información con los necesarios elementos que permitieran a los ciudadanos forjarse un estado de opinión. Estaba decidida a no dejarme llevar por cuanto sabía sobre las intenciones de Gallardo, deseaba profundizar en la realidad, evitando demonizar a las incineradoras. El informe de Leticia necesitaba el equilibrio de otras fuentes, así que llamé a la redactora. Convenimos que era necesario hablar con técnicos y gestores de reconocidas instalaciones, cuyo funcionamiento tuviese avalado por la Unión Europea.

La lluvia seguía arreciando sobre el ventanal. Fuera, a escasos metros, adiviné el coche camuflado de la Guardia Civil. Eran los hombres de Santiago que, voluntariamente, compaginaban el servicio, incluso las horas libres, para estar cerca de mí. Cerré el informe de Leticia y puse el equipo de música. El *Boss* sonaba a gloria, mientras en la calle arreciaba el temporal. Estiré el cuerpo en el sofá, dispuesta a gozar de una breve siesta, o larga, pues ninguna urgencia tenía, ni pensaba salir de casa. Estiré el brazo y de la mesa de centro cogí el último libro de Arantxa Esteban, una amiga de los tiempos de la facultad, que escribía buena poesía. Comencé a leer unos versos que parecían compuestos para mí:

“Una columna de piedra

invade mis vías respiratorias

desde el centro hasta la boca,

mientras soy hostigada,

para no hacer sombra

para no hacer crítica

para no hacer”.

SONÓ el timbre de la puerta, yo hice una mueca de fastidio, coloqué el separador en la página que estaba leyendo y miré por el ventanal. El que llamaba era un mensajero, que volvía a insistir, empujado por el diluvio que en ese momento seguía cayendo. Alcancé una bata colgada en un perchero y me la fui colocando mientras iba a abrir. De la editorial Montes, dijo el chico al entregarme un paquete. Los guardias civiles habían salido del coche con la intención de ir al encuentro del mensajero, yo les hice un gesto para que volvieran a su puesto.

Ya que estaba cerca de la cocina decidí preparar café. Pero antes quise abrir el misterioso paquete de una desconocida editorial. Busqué unas tijeras y corté el precinto y varias capas de papel, “mucho envoltorio para tan poco peso” pensé mientras seguía luchando en desvelar el inesperado presente. Cuando conseguí abrir aquella caja de cartón quedé petrificada, paralizada. La primera reacción fue llevarme las manos a los ojos para inmediatamente levantarme y dirigirme de espaldas a la puerta de la cocina, donde me apoyé en un lateral del marco dejándome caer al suelo. Grité y lloré, primero afectada, después con rabia. Tras unos interminables instantes logré levantarme y fui hasta el salón, apoyándome en la pared del pasillo. Cogí el móvil y con manos temblorosas pulsé la tecla de llamada.

—Santiago, ven, ven...—. Y rompí a llorar en medio de un ataque que ansiedad.

Habrían pasado unos segundos de la llamada cuando entraron precipitadamente los dos guardias civiles que vigilaban la casa, Santiago había proporcionado la llave por si se producía un caso de emergencia. Uno se quedó conmigo y el otro desenfundó el arma y comenzó a registrar la casa. Yo seguía llorando, incapaz de articular palabra alguna.

—Tranquila señorita —dijo el guardia—, el capitán estará aquí en un momento.

Al instante regresó el compañero asegurando que no había peligro. Ambos agentes estaban perplejos, incapaces de adivinar qué me estaba sucediendo.

Santiago entró acompañado por el brigada Santamaría, ambos vestían de uniforme.

—Desconocemos qué ha sucedido, mi capitán —informó uno de los guardias.

Me abracé a Santiago, y el efecto fue balsámico. Él hizo un gesto con la cabeza y los guardias salieron del salón, esperando en el pasillo. Pude ir recobrando la calma, pero seguía afectada y cuando intentaba hablar, volvía al llanto. Finalmente puede hilvanar alguna palabra.

—La cocina, la cocina, mira en la cocina —acerté a decir.

El brigada Santamaría asomó al oírme y Santiago, para no dejarme sola, le dijo que fuera él a inspeccionar. Al momento regresaba con el paquete que había dejado sobre la mesa de cocina.

—¡Mire qué han hecho esos canallas, mi capitán! —rugió el suboficial, levantando la caja de cartón.

Yo me tapé la cara, en un acto reflejo.

Santiago anduvo hasta Santamaría, evitándome así la proximidad de aquel maldito paquete. Miró el interior, hizo una mueca de desagrado, metió la mano en el interior y con dos dedos, haciendo la operación con sumo cuidado, extrajo un sobre a la atención de “Carmina, la puta”. Dejó el sobre encima de un mueble colocado junto a la puerta del salón y con la ayuda de Santamaría que, sujetaba el papel contra la superficie pulida sirviéndose de dos bolígrafos, logró extraer una nota, utilizando sendos bolígrafos a modo de pinzas. Tan minucioso trabajo tenía como objetivo facilitar la labor al laboratorio de dactiloscopia, a la hora de buscar huellas. Leyó la nota, que era muy escueta; “Zorra, vete de esta tierra o acabarás como tu amiga”. Aquella notaba

iba acompañada por la cabeza embalsamada de un perro de la misma raza que Linda, a la que habían colocado un collar con ese nombre. La pesadilla continuaba.

EL viaje en avión desde Londres a la Isla de Man resultó movido, el mal tiempo azotaba a las Islas Británicas y a Irlanda. El aterrizaje en el Ronaldsway Airport fue de infarto, debido al fuerte viento. Cuando el Airbus frenó en tierra firme le narré a Santiago, entre risas, un vuelo infernal en medio de una tormenta cerca de los Pirineos, en territorio francés. Él me contó un más que azaroso aterrizaje en una pista militar, completamente helada, en Kósovo, con el agravante de una ensalada de tiros provocada por los serbios. Aún comentando aquellas experiencias descendimos del avión y, tras pasar por las dependencias aeroportuarias, logramos coger un taxi que nos llevó a Douglas, la capital. Digo logramos, porque nos sorprendió la escasez de este tipo de servicio público. La mayoría de quienes desembarcaban en Ronaldsway se veían obligados coger un pequeño autobús, atestado de gente y equipajes.

Un antiguo amigo de Santiago, ex oficial de los *carabinieri* italianos, compañero en los cascos azules durante la guerra de los Balcanes, se había casado con la responsable médico de una ONG británica, nacida en Man, y allí se habían instalado. Francesco Eco, así se llamaba el amigo, poseía una empresa de importación de vinos y un pequeño hotel, de los denominados con encanto, famoso por el restaurante, cuya carta tenía una clara orientación italiana. Aquel viaje fue inesperado, pues esos días habíamos decidido perdernos en Londres durante una semana, para olvidar el macabro envío de los sicarios de Jaime Gallardo, pero la casualidad hizo que a las pocas horas nos encontráramos en un territorio muy conocido por Jaime Gallardo. El primer día de visita en la capital del Támesis, Santiago tuvo la ocurrencia de llamar a Francesco, con el que solía hablar periódicamente. El italiano, con gran énfasis, le dijo que ahora era el momento de cumplir la tantas veces realizada promesa de visitar su casa de Man. Y de esta manera, al día siguiente de la conversación, dejábamos el apretado programa para conocer la City y pasar algo más de un día con aquel camarada de milicia, ansioso por presentarnos a su familia. No sé por qué, intuí que aquella visita relámpago, improvisada, podía depararnos alguna sorpresa.

Pese a la premonición que no dejaba de rondarme por la cabeza, mi otro yo realista y lógico desechaba cualquier esperanza de encontrar algún elemento que aportara a la investigación sobre las actividades de Gallardo, pues en un micropais dedicado al negocio de las finanzas, el hermetismo es sagrada premisa. Pero en cuanto salimos del aeropuerto no pude evitar una punzada en el estómago.

Francesco y su mujer, Helen, resultaron ser unos magníficos anfitriones. En el día y medio que teníamos para visitar Man, ellos estaban dispuestos a volcarse desde el primer momento. Llegamos a su casa muy temprano y ya nos tenían preparado el desayuno, dispuesto en una terraza acristalada con vistas al puerto; ese día el Mar de Irlanda sufría un típico temporal de otoño. Estampa frecuente en aquellas latitudes, según comentó Francesco en inglés, aunque enseguida pasaba al italiano, lengua con la que Santiago se defendía. Yo hice acopio del inglés de viajera, que provocó no pocas risas. Pero el encuentro transcurrió en un clima cálido, en el que todos nos sentimos cómodos de inmediato.

Aunque el tiempo estaba inclemente, decidimos salir a recorrer la ciudad, de apenas veinticinco mil habitantes, que en verano se convertía en un exclusivo punto de atracción turística, según dijo Helen, que hacía las explicaciones del recorrido, mientras Francesco conducía el Range Rover en el que íbamos los cuatro. La fría llovizna y el intenso viento nos recibieron en la primera parada obligatoria, con las fotografías de rigor, en la Torre del Refugio. La construcción fue levantada a

mediados del siglo XIX para albergar a los náufragos que perdían sus barcos al colisionar con la peligrosa roca Conister, en la entrada del puerto natural de Dhoo. Mientras bromeábamos sobre las historias de naufragios que contaba Helen, Santiago se acercó a Francesco y le susurró algo al oído, enseguida éste empezó a hacer fotos desde diversos ángulos. El olfato de periodista me dijo que estaba enfocando un vehículo, estacionado a unos cien metros.

Durante las horas que duró el itinerario matutino volví a ver en varias ocasiones aquel vehículo. Era evidente que nos seguían. ¿Pero, cómo podían saber los amigos de Gallardo que estábamos en la Isla de Man? Pregunta vana, pensé rápidamente. En la primera ocasión que pudiera estar a solas con Santiago lo interrogaría. Mientras, procuré hacer ver que disfrutaba de los paisajes y las explicaciones de Helen, que estaba empeñada en enseñarnos algunas palabras del dialecto local, procedentes del legado celta. En Castletown, antigua capital de la isla, entramos en un centenario restaurante especializado en carne de la zona.

Cuando nos disponíamos a degustar una sabrosa selección de buey y del cordero autóctono *loaghtan*, Francesco pidió vino tinto para sustituir a las pintas de cerveza que consumimos con los entrantes: arenques ahumados y ostras. El propietario del local, que era conocido y cliente de Francesco, puso cara de póker, así que nuestro amigo soltó una carcajada, se levantó de la mesa y salió a la calle. Abrió el maletero del coche y sacó una botella *magnum* de vino italiano: Carpazo Brunello di Montalcino del 2006. El restaurador, con una sonrisa de oreja a oreja, dispuso unas copas y Francesco, que llevaba un sencillito pero eficaz sacacorchos que, según dijo, había adquirido en una de las tiendas del centro Georges Pompidou de París, lo cual me pareció muy *snob*, escanció con maneras de entendido y todos brindamos, incluido John, así se llamaba el restaurador, que acabó sentado en la mesa. El vino estaba muy bueno, perfecto para el asado.

La atenta Helen seguía con sus explicaciones sobre diversos aspectos de la antiquísima historia de Man, cuando sonó el móvil de Francesco. Éste hizo un gesto a Santiago y ambos se retiraron de la mesa. Cuando regresaron no me pude aguantar.

—¿Ya sabéis quién nos sigue?

—Un detective privado de Londres, acompañado por un colaborador local —dijo Santiago sin inmutarse—. Se lo acaba de comunicar a Francesco la policía de Douglas, a la que llamó esta mañana cuando detectamos que nos estaban siguiendo. Y continuarán realizando su labor, pues están desempeñando un trabajo legal.

Francesco, durante años agente de la autoridad, hizo un gesto con las manos mientras abría los brazos.

Alucinada, respondí con desgana

—O sea, que conocían nuestro viaje secreto y desde la llegada a Heathrow, anteayer, los tenemos detrás. Esto es mucho más que una pesadilla—, dije afectada y a punto estuve de echarme a llorar.

—Así es —dijo Santiago—, pero lo que no saben es que nuestra presencia en Man es pura casualidad. Ahora mismo Gallardo debe de estar especialmente alarmado. Igual nos conviene prolongar la visita.

—Por nuestra parte encantados —dijo rápidamente Francesco, en un italiano salpicado de palabras en español—, y podéis contar con nuestra colaboración y de los muchos amigos que tenemos aquí. Pero debo advertiros que la principal industria del país es la financiera, de ahí la fama como paraíso fiscal, por ello los asuntos relacionados con el dinero son tabú.

El italiano bebió un sorbo de la copa y prosiguió.

—Aunque, tratándose del hombre que me salvó la vida —Francesco pasó su fuerte brazo por el

cuello de Santiago apretujándolo contra él—, tal vez encontremos algún resquicio por el que obtener información. De momento, amigos, acabemos el estupendo vino de Toscana.

De regreso a casa de los Eco, Helen preparó té y una espectacular selección de repostería. En la intimidad de una estancia caldeada por una chimenea de hierro forjado, hablamos del asunto que estaba trastocando aquel encuentro entre amigos. Santiago, en un italiano más que aceptable, hizo un resumen de la situación. Francesco se refirió a sus tiempos en los *carabinieri*, con experiencias en Regio di Calabria y Palermo, esbozando un paralelismo entre las fórmulas de actuación de las mafias calabresa y siciliana, con el sistema de corrupción, clientelismo y expoliación creado por Jaime Gallardo, desde la política. En Italia las organizaciones criminales compraban a los políticos, que ejercían de meras marionetas, siendo los *capos* quienes detentaban el verdadero poder, convino el capitán Eco, como aún le llamaba Santiago. Mientras que en el caso de Gallardo, subrayó el italiano, quien pervertía, creando su propia red criminal, era el político.

—Un fenómeno realmente curioso en el seno de la Unión Europea —convino nuestro anfitrión— con el permiso de Berlusconi. Fenómeno a estudiar por jueces, fiscales y policías.

—Tenemos información contrastada —apunté— de que uno de los paraísos fiscales en los que opera Gallardo es aquí.

—Bueno, nada extraño —espetó Francesco—, los más honorables hombres de negocios operan en Man para beneficiarse. Seguro que el señor Gallardo mantiene relaciones con otros paraísos, por todo lo que contáis.

—Así es —dije—, recientemente desvelamos varios viajes de Gallardo a la Isla de Jersey, vamos tras la pista de otros lugares. Aquí tiene una Sociedad Internacional de Responsabilidad Limitada, pero no nos constan sus visitas personales.

—Es lo más común —informó Francesco—, para constituir ese tipo de sociedades sólo es necesario un administrador que no tiene la obligación de residir en el país. Es suficiente con dos accionistas y no existe un mínimo de capital social. El titular y los socios aparecen en el Registro General, si conocéis el nombre de la empresa podemos saber si la preside Gallardo y quiénes lo acompañan.

—Esa información la desconocemos —apunté con tono apagado.

—Entonces será más difícil, pero vamos a ver qué podemos hacer —contestó Francesco, mientras consultaba la lista de contactos de su móvil.

Poco pudo hacer Francesco, simplemente corroborar que Gallardo era cliente de uno de los más importantes bancos de Man. Pero en aquel paraíso fiscal el hermetismo y la confidencialidad seguían siendo preceptos sagrados que nadie estaba dispuesto a vulnerar. Fue imposible seguir el rastro del tipo que, sarcásticamente, nos había puesto a unos detectives privados pisándonos los talones. Claro que Jaime Gallardo nunca podría tener la plena certeza de que nuestras indagaciones resultaron infructuosas.

LAS experiencias en Londres y Man habían mostrado cuan alargada era la sombra de Jaime Gallardo. En el paraíso fiscal corroboramos el imponente caudal económico que era capaz de mover el cacique político, y aquello no significaba más que una muestra, pues operaba en otros lugares como Suiza, Caimán, Jersey, Uruguay, Costa Rica y alguno más. Los tentáculos de Gallardo eran apabullantes. Mientras pensaba en semejante realidad, Santiago Sierra hizo un gesto y mostró el móvil, en cuya pantalla pude leer un SMS que parecía escrito en clave, de procedencia desconocida.

—Son los compañeros de Madrid, me quieren ver hoy mismo —me espetó Santiago.

La cita hubo que prepararla con sumo cuidado, y decidí organizar una comida en casa de mi madre. Ese día Santiago diseñó un sólido sistema de contra vigilancia para detectar a los sicarios de Gallardo, al acecho día y noche. El método funcionó, el equipo del brigada Santamaría retuvo a un vehículo que me seguía, mientras yo simulaba dirigirme a un centro comercial, y resultó estar ocupado por dos individuos que trabajaban en una empresa de seguridad. Dijeron estar fuera de servicio, pero los guardias civiles detectaron que iban armados y que habían escondido una emisora de frecuencia corta debajo del asiento delantero del acompañante. Con la excusa de las armas, aunque ambos tipos tenían licencia, los tuvieron retenidos largo tiempo, sin atender a sus nerviosas peticiones de que llegaban tarde a una cita, alegando que, al fin y al cabo, eran compañeros. Ya podían estar nerviosos, perderme de vista les supondría, seguramente, una buena reprimenda, o tal vez el despido.

Cuando llegué a casa de mi madre, ya estaban allí Santiago y los compañeros de la UCO. Después de las presentaciones bromeamos sobre la maniobra de distracción dirigida por el brigada Santamaría. Enseguida puse a disposición de los agentes especiales el dossier proporcionado por Mar, la ex de Gallardo. En correspondencia al gesto y en vista de mi implicación en el asunto, la teniente Grande informó de que la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil llevaba mucho tiempo tras los pasos de Jaime Gallardo.

—Dirijo un grupo —señaló la oficial —adscrito a la Fiscalía Anticorrupción. Estamos reforzados con la colaboración de las secciones de delincuencia común y delitos económicos de la UCO.

Mientras la teniente hablaba ofrecí unas copas de vino blanco. Mi madre había dejado la mesa puesta, impecable, y preparada la comida a base de mariscos y un guiso de pescado que le salía bordado. En cuanto llegué, ella se despidió educadamente y, como habíamos convenido, se dirigió a casa de una amiga donde tenía previsto comer y pasar la tarde. No regresaría hasta recibir mi llamada.

El ayudante de la teniente era un jovencísimo sargento de aspecto distraído. Ciertamente, ninguno de los dos '*superagentes*' daba la impresión de serlo. Carmona, así se llamaba el suboficial, estaba absorto revisando la información obtenida de la ex esposa de Gallardo; no probaba bocado del aperitivo que servía para cortar el hielo antes de sentarnos a la mesa. Mientras, la teniente Grande mostraba dotes de buena conversadora. Cuando me disponía a descorchar una nueva botella de Albariño, Carmona levantó la cabeza de los papeles y se dirigió a su jefa.

—Sara, mira esto —y le pasó un folio encabezado con las iniciales de un banco suizo.

La teniente leyó la información y, por cuestiones de formación militar, se dirigió a Santiago.

—Mi capitán, ésta es la cuenta del Dresdner Bank que te comenté antes de llegar Carmina. En estos momentos está prácticamente vacía, gracias a los buenos oficios de Francisco Jiménez, testaferro de Gallardo, que en los últimos meses ha viajado varias veces a Ginebra. Desde ahí se han movido muchos millones de euros, tenemos las grabaciones de seguridad del banco con las instrucciones telefónicas de Gallardo, dando potestad a Jiménez para actuar en su nombre.

—¿Tanto maneja Gallardo? —pregunté a la teniente.

—Sí, estamos sorprendidos. Tiene ramificaciones de negocios por todo el mundo, con contactos en la *crème de la crème* económica internacional. Ese tío es un fenómeno, delincuente con mayúsculas, pero un superclase. Por cierto, Carmina, estupenda la información que publicaste sobre los viajes a la Isla de Jersey, ese tipo de cosas siempre nos van bien para respaldar las investigaciones y que la Justicia nos avale aún más, si cabe.

La compañera de Santiago hablaba mientras picaba en los platitos de entrantes. Una rodaja de calamar a la romana sirvió para una breve tregua.

—El capitán me ha contado la experiencia en Man. Increíble el esfuerzo que Gallardo emplea contigo, increíble.

—Pues imagínate a partir de nuestra improvisada visita a ese paraíso fiscal —espeté

—Sí, debe de estar pensando que vamos personalmente por medio mundo para levantarle los chiringuitos —dijo Santiago.

—Aquí, en la isla, no creemos que pase de la intimidación —añadió la teniente—, que en el caso de Carmina ha llegado a niveles realmente preocupantes. Aconsejo que cuando salgas de viaje —continuó Sara —no lo hagas de espaldas al capitán, como el viaje a El Dueso. En esa ocasión estábamos al tanto de todos tus pasos, por el dispositivo que tenemos en torno a Vilches.

Santiago y yo nos cruzamos la mirada, él hizo una leve mueca de satisfacción, queriendo corroborar que la Guardia Civil siempre está donde debe. Pasé por alto la connivencia de Gallardo con altos mandos de la isla y sonreí.

La teniente Grande me caía bien, habría pasado por una inofensiva bibliotecaria, pero el currículo que avalaba su carrera profesional era impresionante. Detrás de aquella mujer de aspecto corriente, modales correctos, y carácter extrovertido, se escondía una policía altamente cualificada en la lucha contra la delincuencia organizada. Sabía que no podía confundir la proximidad que destilaba, pero envuelta por el ambiente distendido, y con el instinto de periodista activado, quise ahondar en las pesquisas que estaban realizando en el caso Gallardo.

—Supongo, Sara, que habréis detectado ramificaciones de corrupción a nivel nacional, y, seguramente, con nombres conocidos. ¿Me equivoco?

La agente degustó con placer la cabeza de una gamba roja, se limpió los dedos, y dio un buen trago de Albariño. La pregunta ni le sorprendió, ni le incomodó, pero fue clara.

—Comprenderás que no pueda excederme en la información. Personalmente le tengo ganas a Gallardo, puedo asegurar que nunca hemos tenido un caso protagonizado por un tipo que acumulara tanta basura. Pero la misión es lo primero, vamos avanzando y no podemos arriesgar contando detalles.

—Es natural —contesté —y agradezco la franqueza.

—Bien es cierto —continuó la teniente —que la obsesión de Gallardo contigo ha provocado que se abra una brecha. Él no contaba con el papel del capitán Sierra en este asunto, eso lo ha descolocado. De hecho sabemos que está presionando al teniente coronel de la Comandancia. Pero, pese a que son muy amigos, nuestro compañero ahora parece que tiene miedo de actuar, y no se atreve con el capitán Sierra, que es una institución en el Cuerpo, muy respetado, con una hoja

de servicios más que brillante.

Hizo una pausa para paladear un poco de vino y continuó hablando.

—El jefe de Santiago está a punto de ascender y será destinado lejos de aquí. Si como pensamos, a partir de ahora se mantiene al margen, la Dirección General pasará por alto estos últimos años de connivencia con Gallardo. En fin, son cosas de las políticas de las instituciones, con las que no estoy de acuerdo, pero acato.

La oficial volvió a hacer una pausa para degustar una vieira y volvió a llevar la voz cantante.

—Carmina, nos gustaría conocer los detalles de la entrevista que mantuviste con Vilches, en la cárcel. Y, algo muy importante, la documentación que te ha hecho llegar.

Instintivamente miré a Santiago, pero antes de que él hablara, lo hizo la teniente.

—La información no es del capitán. Tenemos controladas a las personas clave del denominado Caso Gallardo, y Vilches es el más vigilado, por obvias razones.

Ciertamente, estaba esperando aquella petición, así que ni me molesté en aparentar sorpresa.

—Bien, a la altura de los acontecimientos, estoy dispuesta a colaborar en todo cuanto pueda.

—Haces bien, periodista y guardia civil unidas en busca de la verdad. No está mal, ¿eh? —ironizó la teniente—. Siendo así —continuó— te diré que Vilches ha llegado a un acuerdo con el Fiscal Anticorrupción, y está colaborando en la investigación. A cambio pronto le darán el tercer grado y podrá gozar de permisos. Antes de que eso ocurra, será trasladado al centro penitenciario de esta isla, por ser donde está domiciliado.

Santiago y el sargento Carmona asistían silentes al diálogo entre nosotras, mientras daban buena cuenta del marisco.

—¡Vilches aquí, y con permiso para salir a la calle! —exclamé en una mezcla de sorpresa y euforia.

—Así es, Carmina.

—En cuanto se entere Gallardo —dije— le da algo. Teme más a Vilches que al fiscal y a la Agencia Tributaria juntos. Sabe que su ex amigo se la tiene jurada, y ahora mismo, ésa es mi opinión: Vilches es un hombre desesperado, que lo ha perdido todo, capaz de cualquier cosa.

—Bueno, qué le vamos a hacer —argumentó sonriendo la teniente—. El expediente penitenciario de Vilches es impecable, nada parece indicar, en teoría, que sea peligroso; y, ni mucho menos, que esté desequilibrado. ¿Tú qué opinas, Carmina?

—Cuando estuve con él en el penal de Santoña, salí de allí bastante conmocionada. Tengo la impresión de que el tipo está muy tocado, y yo sí creo que puede ser peligroso, para la integridad de Gallardo.

—Esto se pone interesante —por fin habló Santiago

LA teniente Grande estaba en lo cierto. José Vilches fue trasladado al centro penitenciario de la isla. Ese mismo día recibí la llamada de la garganta profunda para comunicarme que la noticia había provocado alarma en Jaime Gallardo, que ordenó una reunión urgente con sus abogados. El cacique sabía que aquel acercamiento era sinónimo de algún tipo de gracia a cambio de colaboración con la Justicia. De nada sirvieron los intentos de llegar a un pacto, comentó el confidente, desconocedor de que yo me había entrevistado con Vilches. De lo que sí tenía noticia era de los intentos de Gallardo, buscando comprar el silencio de quien lo denunció. Ahora ya no maneja la situación, y su peor enemigo está cerca, confesó mi interlocutor, en el que adiviné una contenida emoción, cercana al goce.

Instituciones Penitenciarias confirmó que, en breve, José Vilches gozaría de beneficios por la conducta ejemplar mantenida en la cárcel, omitiendo cualquier relación con la Fiscalía Anticorrupción. La nueva situación de Vilches implicaba la aplicación del denominado tercer grado, con lo cual pronto podría gozar de permisos. Imaginaba cómo debía bullir la cabeza de Jaime Gallardo ante semejante situación. Según la garganta profunda, era auténtico pavor el que infundía Vilches a Gallardo, asegurando que ese sentimiento iba más allá de lo judicial, para situarse en el temor por su integridad física. Gallardo reforzó su seguridad personal.

La llegada de José Vilches a la isla no supuso ventaja alguna en el terreno periodístico. De forma sorprendente ya no volvió a aceptar visitas y cortó la relación mantenida mediante cartas. Era como si hubiera estado esperando volver para encerrarse en un hermético caparazón. La nueva actitud me daba mala espina, pues distaba mucho de la actitud colaboradora mantenida conmigo. La estrategia de Vilches podía deberse a diversos motivos, tal vez en ese momento quería volcar la información en el Fiscal Anticorrupción y a ninguna de las dos partes le convenía seguir suministrando datos clave que pudieran entorpecer la investigación. Yo guardaba información privilegiada de Vilches, a la esperar de poderla contrastar, para llegado el momento intentar publicarla.

Los representantes de la empresa propietaria el periódico iban estrechando las relaciones con Jaime Gallardo, así que mi trabajo se iba complicando por momentos.

Una tarde, enfrascada en la elaboración de la columna diaria, cometido que aún conservaba, recibí una sorprendente llamada. Era Vilches, que deseaba excusarse por su silencio y la decisión de prescindir de las visitas.

—Ya no quiero recibir a nadie en la prisión, pronto me concederán permiso de fin de semana y, tal vez, la invite a un café —dijo Vilches en tono correcto, pero que adiviné sarcástico.

—Me alegro de que haya conseguido el traslado.

—Gracias, ya he visto que mucha de mi información la tiene en el cajón —señaló con otro tono, ahora más seco.

—Vera, señor Vilches...

No me dejó terminar

—Ya sé, ya sé, el maldito don Jaime Gallardo la tiene acorralada. ¿Me equivoco?

—Digamos que me lo pone difícil —respondí con la contundencia que pude.

—Ánimo, el enemigo es descomunal. Pero, recuerde, quien resiste, vence.

—Eso dicen, señor Vilches.

Tardó en contestar, por el auricular percibí una respiración forzada por la excitación.

—Ya le vaticiné en el penal de El Dueso sorprendentes sucesos en torno al caso Gallardo, y yo no suelo faltar a mi palabra. Resista y luche, Carmina, que enfrente tiene al diablo, el anticristo, la semilla del mal....

Al final el tono de voz de Vilches era un grito ensordecedor y, de pronto, cortó la comunicación.

LAS elecciones estaban a la vuelta de la esquina y Jaime Gallardo pasaba los días recorriendo los pueblos y ciudades. Era evidente su disposición a echar el resto en la preparación de la nueva cita con las urnas, que para él suponía el más arriesgado reto político desde que logró llegar al poder. La cúpula nacional del partido que el cacique representaba en la isla observaba con especial atención la evolución del caso Gallardo. El presidente en persona le había transmitido su preocupación. Y la oposición miraba con lupa cada movimiento del líder, dedicado a la tarea de captar votos.

En una antesala electoral muy bronca, especialmente enrarecida por la situación judicial de Jaime Gallardo, la oposición política denunció la presunta alteración de censos en varias poblaciones, claves para el resultado de los partidos judiciales que propiciarían el reparto de la asamblea insular, con la pretensión de asegurar, de esa manera, la renovación de la mayoría absoluta. Según la denuncia, podían observarse movimientos sospechosos, poniendo como ejemplo el empadronamiento masivo de extranjeros con derecho a voto, por pertenecer a países de la Unión Europea, en un buen número de pueblos. Ciertamente la maniobra era burda, pues pudo comprobarse que censos de trescientos habitantes, en solo un mes, pasaban a más de cuatrocientos. Curiosamente, en todos los casos, los nuevos empadronamientos se producían en los domicilios de alcaldes y concejales del partido de Gallardo, incluso de familiares de estos. En teoría acogían a los recién llegados, produciéndose situaciones tan inverosímiles como las de albergar a quince personas en casas de dos habitaciones. Incluso la osadía iba más allá, familias enteras fueron domiciliadas en edificios derruidos y solares, donde era imposible que pudiera residir persona alguna.

En cuanto nos llegó la información llamé a Santiago, pues deduje que la Guardia Civil sería la encargada de informar al juez, al tratarse de pequeños municipios rurales.

Efectivamente, al cuerpo le fue encargada la investigación, que el teniente coronel de la Comandancia dirigió personalmente, utilizando a los efectivos de los puestos y patrullas que se encargaban de la seguridad ciudadana. Tal extremo fue confirmado por Santiago, sorprendido por la decisión de su jefe, pues él era el capitán responsable de la policía judicial. “Quiere gente de su confianza, manejable”, me aseguró, al tiempo de que pronosticaba un nuevo complot, conjuntamente con el responsable del Instituto Nacional de Estadística, para avalar los intereses fraudulentos de Gallardo.

Encargué el tema a Leticia Almela, y en pocas horas consiguió hablar con el máximo responsable de la Guardia Civil en el archipiélago que, según la compañera, la atendió muy amablemente, ofreciendo una versión que más tarde sería refutada con detalle por Santiago. El teniente coronel esgrimía el texto de la ley que permitía el libre empadronamiento de ciudadanos europeos, asegurando que para detectar los puntos de residencia denominados 'fantasmas', el procedimiento obligaba a que un empleado municipal acompañara a los agentes de la autoridad para localizarlos. Ningún funcionario era capaz de encontrar las casas derruidas o los solares sin edificaciones. Una situación digna de Kafka, en la que también participó activamente el Instituto Nacional de Estadística, cuyo responsable argumentaba que ante cualquier duda en la legalidad de los empadronamientos, se requería el oportuno informe del ayuntamiento afectado, y que en esos documentos oficiales es en lo único que podía basarse la representación ministerial, aseverando que los organismos oficiales nunca mienten. Todos los ayuntamientos afectados por el inflado del

censo estaban presididos por alcaldes de Jaime Gallardo.

El día de las elecciones los vecinos de numerosos pueblos asistieron estupefactos a la llegada de autobuses con votantes desconocidos, todos ellos de nacionalidad rumana. Las siglas que abanderaba Gallardo lograron, una vez más, la mayoría absoluta necesaria para revalidar la presidencia al frente del Cabildo.

GALLARDO acogió con júbilo el resultado electoral, organizó una fiesta para miles de afiliados y simpatizantes. Alentado por el güisqui y los "polvillos de Los Andes", el triunfador no dejó indiferente a nadie, mucho menos a los medios de comunicación que cubrían aquel acto, más megalómano que político. Desde una tribuna magníficamente levantada sobre un inmenso escenario, que guardaba un cierto paralelismo con las puestas en escena populistas de Benito Mussolini o Juan Domingo Perón, Gallardo soltó un discurso que desató la euforia de sus incondicionales y el estupor de los periodistas. Cargó contra todos aquellos que, de una manera u otra, estaban interviniendo en lo que él definió como "una despiadada persecución en la que está incluida mi familia". "Una persecución —dijo encolerizado— que hoy ha fracasado. Las urnas han hablado, son la voz del pueblo, y el pueblo ha dicho con su voto de apoyo: adelante Jaime, eres ¡inocente, inocente, inocente!". Aquellos gritos de auto exculpación fueron coreados por un multitudinario e interminable: "¡Sí, sí, sí!". Y Gallardo, estimulado por el griterío, fue más allá: "Vosotros, el pueblo, sabio y soberano, habéis sentenciado mi inocencia. ¡Una sentencia clara que nadie, nadie, os puede arrebatarse!". Semejantes palabras no sólo eran fruto de la elucubración que suele acompañar al poderoso que desprecia las reglas de la Justicia, creyendo que la política está por encima de todo. El disparatado discurso pretendía un inequívoco efecto de intimidación hacia cuantos estábamos involucrados, de alguna forma, en el denominado caso Gallardo. El cacique político volvía a ganar en las urnas con arrolladora fuerza, mientras los procesos judiciales en los que estaba inmerso quedaban estancados gracias a los buenos oficios de un ejército de abogados. Menuda milonga eso de que la Justicia es igual para todos, musité mientras repasaba la edición especial de las elecciones. En ese momento sonó el móvil, era el confidente.

—Carmina, te sorprenderás. Voy de camino al periódico, acabo de atender a uno de tus redactores y he aceptado una entrevista para hablar de los temas culturales que llevo en el Cabildo. A Gallardo le ha parecido bien, pues ya sabes lo amiguito que es de tus dos compañeros, sobre todo del director adjunto. Y después de esta rotunda victoria electoral, está convencido de que te quedan horas como directora.

—En horas aún se puede hacer mucho —le contesté con cierto desafío.

—Efectivamente, por eso te voy a llevar unos documentos muy sabrosos.

—¿No te vas a arriesgar demasiado? —contesté un tanto sorprendida.

—Hasta ahora no he hecho otra cosa que arriesgarme, ¿no te parece?

—Sí, pero atreverte a darme información en el periódico, me parece que...

No me dejó terminarla frase.

—Atiende Carmina, Gallardo sabe que voy ahí para ser entrevistado. Es lógico que una vez conozcas que estoy en la redacción me invites a tomar un café en tu despacho, por cortesía y para intentar sonsacarme. Yo así se lo contaré a nuestro querido amigo, don Jaime.

—Está claro que te gusta jugar con fuego. Bien, lo haremos como dices.

La garganta profunda era uno de los colaboradores de máxima confianza y de los que más se beneficiaban de la generosidad de Jaime Gallardo, gracias al entramado económico que había logrado crear, sustentado en una red de aportaciones económicas ilegales de colosales dimensiones. Así lo confesaba el delator que tenía sentado ante mí, con una naturalidad pasmosa. Yo, una vez más, intentaba comprender aquella actitud, que no era la de un arrepentido, y no pude evitar recordar a Shakespeare, cuando cuenta la tragedia política protagonizada por el duque de

Buckingham, principal colaborador y, a la vez, traidor de Ricardo III. Al duque inglés le cortaron la cabeza de un hachazo, y, curiosamente, Shakespeare no cuenta por qué el noble ajusticiado traiciona al rey, al que había ayudado a encaramarse al poder. La historia nos muestra que frente a las ambiciones del poder político, el ser humano es imprevisible.

Frente a una taza de café humeante y con la precaución de pasar el pestillo de la puerta del despacho, el confidente puso sobre la mesa una amplia cartera de piel, extrajo un abultado sobre tamaño folio y me lo entregó.

Antes de que sacara el contenido del sobre, el confidente habló, recreándose en las palabras, expresando un halo de satisfacción.

—Te he traído la contabilidad del partido, la no oficial, por supuesto —aclaró.

Imposible evitar una expresión de sorpresa, ante tan inesperado regalo. Al punto que, durante unos instantes, no supe qué decir.

—Gallardo es el perceptor único, cajero y administrador —informó mi interlocutor.

Yo estaba petrificada, jamás habría esperado aquella filtración, y menos al día siguiente de una arrolladora victoria electoral. Debía de estar satisfecha, pero la decisión del confidente, al que ahora entendía menos que nunca, había disparado tal inquietud. Bebí un sorbo de café, al tiempo que comencé a mirar los papeles. Desde luego, las informaciones que obtenía gracias a aquella permanente delación estaban causando serios problemas a Gallardo. Si en política cualquiera puede ser un emboscado, dispuesto a traicionar para escalar poder, en aquel insólito episodio el riesgo era extremo, pues filtrar las interioridades económicas del partido que gobernaba la isla durante los últimos veinte años podía causar serios contratiempos, más allá de los intereses de Gallardo. Seguramente el filtrador podía salir seriamente afectado, pensé, y me volví a la cabeza el decapitado duque de Buckingham.

Mientras miraba las hojas de contabilidad manuscritas, la garganta profunda siguió informando.

—Son de puño y letra de Gallardo. Sólo Huertas y yo —añadió —sabemos que existen.

Tenía ante mí la contabilidad B del todopoderoso partido. En un primer golpe de vista pude ver los nombres de empresarios locales cuya estrecha relación con Gallardo era un secreto a voces. Pero lo más sorprendente es que aparecían personajes de postín en el ámbito de los negocios, que sonaban con fuerza dentro y fuera del país. Algunas cantidades anotadas como "aportaciones" eran muy importantes, y la cifra final, astronómica. Levanté la cabeza de los papeles con semblante de interrogación y la garganta profunda pareció entender lo que quería preguntar.

—Puede dar la impresión de mucho dinero, y así es. Ya has visto que en la campaña electoral no hemos escatimado en gastos. Además, está el día a día y mantener una estructura de partido, que conlleva las gratificaciones de los empleados de la sede de la presidencia.

El confidente hizo una breve pausa para apurar el café, dando la impresión de que se estaba deleitando aportando la más codiciada y peligrosa de las informaciones. Tras el breve paréntesis, continuó.

—Como decía, parecerá que la financiación extraoficial es desorbitada. Calculo que lo reflejado en esas cuentas es el veinte por ciento de lo que recauda directamente Jaime Gallardo. Impresionante, ¿eh? —enfaticó el hombre que estaba poniendo a los pies de los caballos a una poderosa organización política.

La documentación contable, en fotocopias, que me acababa de facilitar el confidente, era una contundente arma letal en manos de una periodista. Adecuadamente gestionada, podía suponer la estocada definitiva a un capo de la política que, hasta el momento, había logrado dilatar la acción de la Justicia. El juez encargado de la instrucción del caso encontraba grandes dificultades en la

investigación de las cuentas personales de Gallardo y yo tenía la guinda: las entradas y salidas de dinero negro de la organización política que presidía, anotadas por el mismísimo don Jaime. Creo que, en ese momento, sentí estremecer hasta el último poro del cuerpo. El interlocutor, con disposición extrañamente jovial, adivinó el estado que me producía la situación y esbozó una amplia sonrisa, que, pensé, sólo podía ser reflejo de un carácter inconsciente. Antes de que yo pudiera decir algo, el tipo volvió a abrir la cartera y exhibió unos nuevos papeles.

—Es la relación de las gratificaciones —anunció—. Ya verás la gente del partido que se lleva sobres en negro...

—¿Tú también? —pregunté perpleja.

—No, yo juego en otra división.

Pasé interminables horas desgranando las cuentas opacas que, según el confidente, estaban realizadas por la propia mano de Gallardo. El instinto profesional me empujaba a querer publicar de inmediato aquella tremenda información, pero sabía que el objetivo no iba a ser fácil, con los enviados de la empresa manteniendo con Gallardo una amigable relación de pactos. Estaba segura de que tratarían de impedir que la información fuera publicada. Además, tanto la contabilidad B como la lista de sobres del personal del partido eran fotocopias, sobre las que era preciso obtener pruebas de autenticidad. Por tanto, era obligado obrar con suma cautela. De momento decidí preparar un par de copias de toda la documentación y ponerlas a buen recaudo. Tenía claro que si las cosas se ponían realmente difíciles, debería hacer llegar aquellos papeles a cierto medio de comunicación de Madrid que, seguro, los publicarían.

"Menuda paradoja", dije hablando en voz alta, poseía la más decisiva información para acabar con el sistema de corrupción que atenazaba a aquellas tierras insulares y lo tenía que ocultar a los editores y compañeros del periódico. "Menuda mierda", musité en la soledad del despacho.

"La cabeza fría Carmina", volví a decirme, aunque tenía motivos para cabrearme conmigo misma, pues en el ejercicio de supervivencia que llevaba imponiéndome, aquello de la cabeza fría, además de convertirse en una muletilla, estaba siendo de muy difícil aplicación.

Esos días Santiago estaba fuera, realizando un curso, y era la única persona a la que podía confiar el secreto de las cuentas y los sobres de Gallardo. Así que decidí que lo mejor sería coger unos días libres y reunirme con el capitán Sierra en Barcelona.

LA información facilitada por la garganta profunda confirmaba que para nada era un hecho excepcional la conspiración para acabar con el periódico, llevándome a mí por delante. El sistema ideado por Jaime Gallardo había transformado aquella tierra y la había convertido en un remedo de Sicilia, la isla de la *Cosa Nostra*. Volví a recordar las apasionantes lecturas de la obra de Simonetta Agnello, en ese caso la novela *La Mennulara*, una radiografía de la sociedad siciliana en la que la mafia tiene una presencia como fantasmal, pero determinante. *Ci sta ma non si vede*. Decide todo. Igual que aquí.

El caso de Fernando Varea, que consiguió un trasplante por amistad con Gallardo, resultaba un ejemplo palmario de cómo una sociedad era rehén de un despotismo devenido en delincuencia organizada, que estaba siendo respaldado por las urnas. En aquella isla, mi tierra, nadie podía encontrar un trabajo sin contactos, directamente con Gallardo o con su entorno. Terrible pero cierto. Cualquier deseo legítimo de prosperidad, bienestar o crecimiento personal, obligaba a pasar por el aro. Y cuanto más próximo se estaba del jefe, mayores prebendas.

Con semejantes pensamientos encaminé los pasos hacia una librería próxima al periódico. Y fue sorprendente. Detenida en el escaparate, viendo las últimas novedades editoriales, una voz femenina me susurró al oído: “Muy bien, Carmina. No cambies”. Era una señora entrada en años, de elegante porte.

—¿Nos conocemos? —espeté un tanto extrañada.

—Soy una de tus fieles seguidoras. Estás haciendo una gran labor.

—Me limito a hacer mi trabajo.

—No seas modesta, Carmina, vas más allá.

—Soy periodista.

—Y también una heroína —contestó rotunda aquella desconocida.

—Por favor, no me ruborice. Admito —añadí —que el trabajo es difícil, pero son gajes del oficio.

—¿Permites que te invite a un café?

Tenía previsto evadirme un rato entre libros, pero la señora me causó buena impresión y decidí aceptar.

Entramos en una cafetería, justo al lado de la librería, y observé que sobre la mesa no estaba mi periódico, pero sí varios ejemplares de los otros dos que se editaban en la isla. Estaba informada por el gerente de que apenas teníamos suscripciones. La mayoría de comercios se habían dado de baja, a medida que avanzaba el caso Gallardo. Aun conociendo la situación, tuve un momento de desazón.

La mujer se dio cuenta y mientras nos sentábamos me apretó suavemente la mano/el hombro mientras habló en susurro.

—Órdenes de Gallardo, no quiere ver tu periódico en ningún establecimiento.

La mujer tenía una mirada clara, de confianza. Me tendió la mano.

—Genoveva Cifuentes, a tu disposición.

Correspondí con un cálido apretón.

Muy cuidada, era difícil adivinar la edad, pero calculé unos setenta años. Tenía una voz suave, de un tono casi susurrante, y se expresaba con exquisita corrección. Adiviné que estaba ante una señora culta, de gran experiencia.

—Soy viuda —informó—. Mi esposo trabajó con el padre de Jaime Gallardo, en el Gobierno Civil. Conozco bien a la familia, Jaime ha superado a todos con creces. Y eso que todos pensábamos que era un calavera... Pues ahí lo tienes.

Aquella desconocida continuaba con un tono meloso, pausado, que irradiaba tranquilidad. Pero percibí un leve temblor al hurgar en el bolso, del que sacó una fotografía de grupo. Mujeres con batas blancas. La instantánea la puso delante de mí.

—Mira, Carmina, ésta es Sole —dijo señalando con el dedo índice de la mano derecha a una joven sonriente, la foto era antigua—. La del centro en la primera fila soy yo, hace veinte años.

La interrogué con la mirada. No sabía quién era Sole. Entendí.

—Esta chica es Soledad Fernández, que fue encontrada muerta en el interior del coche que cayó en la dársena del puerto.

No esperaba aquello. Estaba claro que el encuentro en la librería tenía poco de casual. Tardé en responder. Genoveva siguió informando.

—Fui profesora de Sole en la Escuela de Enfermería. Con los años seguimos manteniendo una relación de amistad, incluso de afinidad política.

Hablé, un tanto aturdida.

—¿Usted me ha estado siguiendo?

—Sí, disculpa. Llevaba varios días rondando la sede del periódico, no me atrevía a entrar.

—¿Y...?

—Hoy he visto que salías y ..., por favor apéame el tratamiento de usted.

—Como quieras.

—Bien, te lo agradezco. Así que he decidido seguirte, pensando que podría hacerme la encontradiza...

Parecía sincera y la relación con la enfermera hallada muerta me motivó interés, contrarrestando el mosqueo inicial por la forma de proceder de la señora que, por otra parte, empezaba a caerme bien.

—Agradezco la sinceridad, Genoveva. Supongo que desea contar algo respecto a Soledad Fernández.

—Efectivamente. Desde que apareció la noticia de la trágica muerte de Sole, estoy sin vivir. Adoraba a esa chica —la congoja comenzó a prender—. Ha sido un golpe demasiado duro. Y tengo una corazonada —calló por unos instantes y volvió a hablar con más fuerza—. No corazonada, no. Certeza, sí certeza.

—Calma —dije al ver que estaba muy afectada.

—Disculpa, me es difícil controlarme cuando hablo de esto. Sí, tengo la certeza de que la muerte de Sole tiene que ver con su trabajo.

Encajé aquella primera declaración obviando cualquier reacción.

—Pocos días antes de morir, Sole me dijo que un señor mayor, Mateo, había estado hablando con ella y le contó que tuvo una entrevista contigo.

Me quedé helada.

—Y ahora los dos están muertos —respondí un tanto atolondrada.

—Así es. Estoy sorprendida por el tratamiento informativo de su muerte, pensaba que tu periódico iría más allá de la versión oficial.

—¿Y eso?

—Sole me contó las denuncias del señor Mateo por el fallecimiento de su nieta en el centro de acogida, motivo por el que, supongo, te visitó. ¿Me equivoco?

—Así es.

—Siendo Sole enfermera del centro, ¿por qué no estáis investigando? Ante la evidente conexión de las dos muertes.

No podía hablar demasiado, pero tampoco callar.

—Mira Genoveva, este es un tema muy delicado, de gran complejidad. Estamos en ello, pero necesitamos pruebas.

—¿Conoces el contenido de la autopsia?

—El informe señala que en el momento de la muerte tenía un alto grado de alcohol en sangre y otras sustancias...

Genoveva interrumpió en un arranque imprevisible, en pocos minutos estaba teniendo una acusada transformación. Había dejado de ser la mujer pausada y discreta de los primeros momentos.

—¡Dios mío! ¡Nunca, nunca, Sole nunca probó el alcohol, su organismo no lo admitía! ¡Jamás se drogó, eso lo puedo garantizar!

No debía desvelar que nuestras sospechas eran la de una muerte provocada, pero el informe forense dificultaba el caso, tanto a la Guardia Civil como a nosotros. La declaración del mendigo, en permanente estado etílico, estaba siendo puesta en tela de juicio por el juez y el fiscal. Pero el pobre hombre juraba y perjuraba que vio a varios individuos empujar el coche a las aguas del puerto. Yo pensaba que estaba en lo cierto, pero quienes cometieron aquel asesinato eran auténticos profesionales. De momento no existían pruebas.

—La chica —comenté—, no mostraba signos de violencia.

—La mataron, estoy segura que la sedaron y le metieron alcohol y drogas en el cuerpo, para después meterla en el coche y arrojarla al mar.

—Estás muy convencida de que Sole ha sido asesinada. ¿En qué te basas?

Genoveva apoyó los codos sobre la mesa y acercándose, comenzó a hablar en voz muy baja.

—Como ya te he dicho, días antes de desaparecer estuvimos juntas y no sólo me contó la entrevista con el señor Mateo.

A la mujer se le nublaron los ojos y unas lágrimas arrastraron el rímel y el maquillaje. Estaba muy emocionada.

—Perdona Carmina—. La disculpa apenas fue perceptible mientras sacaba un pañuelo impoluto, perfectamente planchado.

—Tranquila, por favor, tómate el tiempo necesario.

—Sí, gracias. Es que es muy fuerte que lo que voy a contar.

Volvió a utilizar el pañuelo para frenar las lágrimas y acabó sonándose.

—Sole estaba muy asustada, presentía que tras el encuentro con el señor Mateo algo malo le podía pasar. La dirección estaba informada y la interrogaron. A mí nunca me hablaba de las interioridades de su trabajo, en eso era muy hermética. La última vez que estuvimos juntas comprendí el porqué de tanta discreción, ella trabajaba en un auténtico infierno del que era rehén.

—¿Infierno un centro oficial de acogida de menores? —inquirí.

—Sí, un lugar abominable, siniestro, perverso. Un auténtico infierno en el que Sole estuvo obligada a hacer cosas inconfesables, según me dijo. Aunque, la verdad, estaba tan abrumada que no me dio excesivos detalles. Pero sí me contó una cosa puntual, tremenda.

Genoveva utilizó otra vez el pañuelo.

—En ese centro pasan cosas inconfesables. La pobre Sole confesó entre sollozos que en dos ocasiones fue obligada a dar puntos de sutura a dos adolescentes de unos dieciséis años, por

desgarros..., sí por desgarros...

—Tranquila —tercié—, sé de qué me habla, conozco los rumores sobre semejantes monstruosidades, que ahora me confirmas —a medida que pronunciaba aquellas palabras un golpe de rabia fue creciendo en mi interior.

—Habladurías siempre ha habido —convino Genoveva —y parecía imposible que fueran verdad. Pues de imposible nada —añadió, en un supremo esfuerzo por no levantar la voz.

—¿Qué más te contó?

—Ella tenía un trabajo seguro, bien pagado, gracias a sus buenas relaciones y militancia en el partido de Jaime Gallardo, del que yo también formo parte. Aquí ya sabes que si no buscas la sombra del buen árbol, te quedas a la intemperie y nada puedes hacer. Esa es la realidad.

No quedé sorprendida al descubrir la filiación política de Sole y Genoveva, en los dominios de Gallardo seguía latente aquello de 'estás conmigo o estás contra mí'. La enfermera sabía demasiado, molestaba y la quitaron de en medio. Daba igual que fuera una de los suyos.

—Intuía la militancia de ambas, aquí es normal —dije sin dar importancia al dato—. Pero dime, ¿desveló alguna cosa más de la que nos podamos servir en la investigación periodística?.

—Sí, aseguraba que en el centro se celebraban extrañas reuniones a puerta cerrada, a horas intempestivas, y que ella sabía que algunos adolescentes participaban. Al punto participaban que ella tuvo que atender a dos de ellos, de diferente sexo. Un horror, un horror...

—¿Dio algún nombre en concreto?.

—No se atrevió, yo le pregunté, pero nada. Sí que insistió en que las perversiones que en el centro podían realizarse afectaban a chicos y chicas entre los quince y los diecisiete años. Además, aseguró que ella estaba convencida que la nieta del señor Mateo no había sido víctima de tamaña depravación. Pero ya no sé qué creer, Carmina.

—Yo tampoco.

Pedí la cuenta al camarero y éste dijo que ya la habían pagado, señalando a un hombre que estaba apoyado en la barra de la cafetería, dándonos la espalda. Me quedé mirando y creí adivinar aquella figura que, de pronto, se giró, hizo un saludo con la cabeza y desapareció por la puerta. Era el inspector Roncero.

SENTÍ un intenso cosquilleo en cuanto pisé el aeropuerto de El Prat, volvía a Barcelona. En el trayecto al hotel, situado en el centro, rememoré los años pasados en aquella ciudad tres décadas atrás. Memorizaba unas imágenes en blanco y negro, participando en la Diada, gritando libertad, en los años de la Transición democrática. Aún hoy debía luchar con riesgo para hacer valer aquella palabra, que resumía el bien máspreciado del ser humano: libertad. El recuerdo del viejo profesor, Fernando Varea, que había logrado sobrevivir gracias a Gallardo, distorsionó por un instante el placer de la evocación de los fascinantes tiempos de estudiante. Barcelona significaba mucho, y hacía demasiado que no visitaba la cosmopolita urbe mediterránea. La carrera del taxi resultó una gozada, visualizando la transformación urbanística operada, moderna, racional, acercando aún más la población al mar.

Esperé a Santiago en la cafetería del hotel. Apareció a la hora convenida, pero no venía solo. Una mujer de unos cuarenta años, alta y esbelta, sonreía mientras Santiago indicaba dónde estaba yo sentada. La acompañante resultó ser Nuria Ruscadella, intendente de los Mossos d'Esquadra, la policía autonómica de Cataluña, y enlace con Europol. Forcé el gesto de amabilidad al saludarnos. Esperaba un encuentro diferente con el desconcertante capitán Sierra.

—Quería que conocieras a Nuria —dijo Santiago, que adivinó el cabreo contenido—. Mañana vuela a La Haya, a una reunión de Europol —puntualizó.

Hice una ligera mueca de complacencia, y pensé que tal vez valiera la pena sacrificar el romanticismo de un encuentro de alto voltaje en la habitación del hotel Majestic. La presencia de aquella policía catalana podía estar justificada.

—Conozco a la intendente Ruscadella de cuando era jefa de la Policía Local de un turístico pueblo de la costa. Ahora hemos coincidido en el curso para mandos policiales, y he podido comentarle las conexiones que Jaime Gallardo tiene con la delincuencia organizada en el sur de Italia.

Santiago hizo un paréntesis para atender al camarero.

—Nuria es especialista en las organizaciones mafiosas que operan en Cataluña, y le ha sorprendido el nombre del gran amigo de Gallardo: don Carlo. Ese individuo mueve muchos hilos en esta comunidad y en el resto del país.

Nuria era mujer atractiva, tal vez el detalle hizo que, en un primer momento, mi cabreo por la forma del reencuentro fuera especialmente sentido. Ella miraba atenta, esperando a intervenir.

—¿Así que te ha sorprendido la relación de Gallardo con el capo napolitano? —pregunté esbozando una sonrisa, intentando romper el hielo.

—La verdad es que sí —Nuria también sonrió— Don Carlo es un delincuente muy poderoso, de hecho jamás ha sido procesado por la Justicia italiana y aquí seguimos sin poder contar con pruebas concluyentes que lo incriminen. Pero te puedo asegurar que es un criminal de altos vuelos.

La intendente empezaba a causarme buena impresión. Dejé que continuara con el relato.

—Como ha dicho Santiago, estoy vinculada a Europol, pero en calidad de observadora, pues las relaciones oficiales son competencia de la Policía Nacional. Aún así, en la policía europea suelen contar con mi opinión a la hora de valorar cuestiones relacionadas con las mafias organizadas en el sur de Europa.

Nuria saboreó el Dry Martini que le acababan de servir, llevándose la copa a los labios, casi de forma imperceptible. Y siguió hablando.

—La llegada a España de la Camorra napolitana, de la que el tal don Carlo es capo destacado, tiene su origen en el conflicto a sangre y fuego que estallara entre el clan de los Casalesi y los seguidores de Antonio Bardellino, ambos de la provincia de Caserta, a tiro de piedra de la zona en la que Gallardo pasa las vacaciones, según me ha comentado Santiago. Por ello, Carmina, te recomiendo la lectura del libro *La Gomorra Catalana* de Joan Queralt, periodista y escritor que sabe tanto o más que yo sobre el tema de las mafias italianas.

No pude evitar interrumpir.

—¿Y los policías no hacéis nada?

Antes de contestar, la intendente Ruscadella cruzó una mirada de complicidad con Santiago.

—Mira Carmina, el tema es complejo. Estoy de acuerdo con el texto de Queralt cuando asegura que magistrados, periodistas y toda clase de expertos denuncian que nuestro país es un destino para las operaciones de las organizaciones criminales, ante el desinterés de las autoridades. En definitiva, existe escasa voluntad política para, de verdad, atajar el problema.

Nuria volvió a sorber el combinado, y regresó a la tesis de la poca decisión de los responsables políticos.

—La falta de ganas de los políticos la encontramos en todos los escalones de las administraciones. No resulta raro que cada día surjan casos de corrupción en ayuntamientos, gobiernos autonómicos, partidos políticos. En fin, un despropósito cuyo culmen lo encontramos en casos como el del tal Gallardo que, por la información de Santiago, ha sobrepasado todos los rubicones de la corrupción institucional, al ser él quien crea y dirige una red delictiva. No el mero político que se deja corromper, no, da un paso cualitativo erigiéndose en corruptor.

—¿Fuerte, eh? —dije.

La mujer policía volvió a beber, esta vez un sorbo más prolongado.

—¿Fuerte, Carmina? Si lo que me ha contado Santiago, que supongo sólo será una parte, logra ser desentrañado con las adecuadas pruebas, estaremos ante el mayor escándalo de la historia democrática de este país. Jaime Gallardo pasará a los anales de la delincuencia organizada, sustentada por el erario público. Increíble, realmente increíble.

—Seguramente más increíble de lo que piensas, Nuria —terció Santiago—. Y puedes imaginar los grandes escollos que estamos encontrando para desenmascarar al ilustrísimo canalla.

—Ya imagino —cortó la intendente—. Y si quieres que sea sincera, no me gustaría estar en vuestra piel.

—Estamos investigando a fondo —anuncié —y la información que vamos obteniendo es de gran importancia, determinante para lograr el objetivo de desenmascarar a Gallardo y el sólido tinglado que ha logrado montar.

—De ahí que haya recabado tu colaboración, Nuria —manifestó Santiago.

—Estoy a vuestra disposición, pero no esperéis milagros.

—Gracias —dije.

—Como ya te comenté, Nuria —intervino Santiago—, estamos especialmente interesados en conocer las conexiones de don Carlo con los fabricantes de tecnología aplicada a las incineradoras. Sabemos que Gallardo está a punto de culminar un negocio multimillonario con el capo napolitano.

El capitán Sierra saboreó un zumo natural de naranja, que aún estaba intacto, y prosiguió con la exposición.

—Don Carlo le proporcionará a nuestro hombre plantas completas de incineración de basuras que, mucho nos tememos, procedan de alguna antigua república de la ex Unión Soviética, para

después falsificar la documentación y principios tecnológicos, y así cumplir con la normativa europea. Gallardo logrará sabrosas comisiones, aún a costa de provocar una contaminación, de efectos impredecibles, en su propia tierra.

—Podéis contar con ello —dijo rotunda la policía—. Aprovecharé los días en La Haya para investigar. En cuanto tenga información, ya vemos la manera de que os llegue de forma segura.

Esta vez acabó el *Dry Martini* de un trago.

—Por cierto Carmina, mientras estéis en Barcelona dos de mis chicos no os perderán de vista. De hecho, a ti ya te han esperado en El Prat.

—¡Por Dios, aquí también! —exclamé.

Despedimos a Nuria, que entre risas de complicidad rehusó la invitación de comer con nosotros.

Por fin, solos, pensé, aunque no era así del todo. Dos policías autonómicos serían nuestra sombra. Santiago con un leve gesto indicó quiénes eran: estaban conversado en el bar del hotel, sin perdernos de vista.

Decidí que comeríamos en El merendero de La Mari', un restaurante especializado en pescados y arroces del Palau de Mar, en el Port Vell. El día era luminoso, la suerte acompañó y pudimos coger mesa en la terraza, a escasos metros del muelle en el que estaban atracadas numerosas embarcaciones de recreo. ¡Ah, Barcelona y su puerto! ¡Qué bien me sentía! Acerqué el rostro al de Santiago y lo besé tiernamente.

Ojeamos la carta y al final decidimos que, dada mi antigua experiencia barcelonesa, pediría yo, tanto la comida como la bebida. La camarera, muy atenta, no pareció sorprenderse de que leyera la carta en catalán, pese a mi acento de otras latitudes. La chica era de algún país sudamericano. Pedí como entrantes 'espardeñas', denominados pepinos de mar, un producto muy poco conocido en otras costas, de carne blanca muy apreciada por su sabor y la escasez de capturas, de gran predilección en la alta cocina. En esta ocasión las 'espardeñas' las prepararon fritas, pero en el sur del litoral catalán suelen cocinarse con arroz. Esta especie marina también tiene predicamento gastronómico entre los pescadores valencianos y mallorquines. Todo eso, con más detalle, se lo expliqué a Santiago que, igual que yo, se deleitó con tan peculiar plato. Coca de anchoas y exquisito salteado de gambitas y cigalitas de la playa coronaron los entrantes. Como plato principal me incliné por el arroz con pescado y marisco. Y ya que estábamos en Barcelona, qué mejor acompañamiento que un cava: pedí el Gramona Imperial Gran Reserva. El postre parecerá una obviedad comentarlo, pero después de tanto tiempo ausente de aquella ciudad abierta al Mediterráneo, la crema catalana nos supo a gloria, a mí especialmente.

Estaba a gusto, mucho. Casi había olvidado el motivo principal de aquel viaje relámpago a Barcelona. Era jueves y el domingo regresaba al que era mi infierno en medio del océano. Así que consideré que ya llegaría la oportunidad de comentar la información recibida de la garganta profunda y de Genoveva. En aquellos instantes deseaba disfrutar plenamente del momento. Respiré con placidez, saboreando la tregua que yo misma me daba. Tenía infinitas ganas de estar a solas con Santiago.

Llegamos al hotel y se produjo la primera sorpresa. Por deseo de Santiago teníamos una *suite* con vistas al Paseo de Gracia, con la monumentalidad de la Barcelona modernista de Gaudí. Un ramo de rosas rojas destellaba en el centro de mesa de la antesala. ¡Ah, las rosas rojas eran mi debilidad! Flores embriagadoras, símbolo de vida y pasión. Buen prelude me dije, al tiempo que sentía estremecer el cuerpo, en un hálito volcánico que comenzó a provocar un imparable oleaje de libido. Y noté las manos de Santiago acariciándome la espalda, mientras sus labios rastreaban cada milímetro de mi cuello. Cerré los ojos y emití un jadeo.

El capitán Sierra lograba proporcionarme una sensación única, dulce y ruda al mismo tiempo; tierna pero muy varonil. La fuerza medida, bien empleada, con la entrega que una mujer espera, pero no siempre recibe. Estaba en la gloria. Y así pasaron las horas, hasta la mañana siguiente.

Después de desayunar salimos a la calle, allí esperaban nuestros ángeles de la guarda de los Mossos d'Esquadra. Una deferencia de la intendente Ruscadella, que en esos instantes estaría volando rumbo a La Haya. Aquella prevención en Barcelona no me acabó de cuadrar desde el primer momento.

Mientras caminábamos en dirección al Barrio Gótico, a tiro de piedra del hotel, interrogué a Santiago.

—Dime la verdad. ¿A santo de qué nos ponen escolta aquí, donde nadie nos conoce?

Contestó como quien no da importancia, pero sin mirarme a los ojos.

—Ya oíste a la compañera Nuria, aquí opera el socio y amigo de Gallardo, don Carlo. La posibilidad de que intenten algo es muy remota, pero nunca se sabe.

La respuesta no me convenció.

—Algo más hay, y me lo ocultas.

Santiago rió y me dio una palmadita en la espalda.

—Venga chica, olvídате ya. No le voy a hacer un feo a la intendente, la vigilancia es de agentes dedicados a la seguridad ciudadana que estos días procuran estar cerca de nosotros.

—No estoy tranquila.

—Olvida el asunto. Vayamos a disfrutar de la monumentalidad de la Ciudad Condal. Y también de la gastronomía, he conseguido una interesante relación de restaurantes.

Ya no insistí, pero semejante despliegue de la policía autonómica resultaba inquietante.

EL barrio Gótico evocaba entrañables recuerdos de juventud. Pasamos por debajo del puente de la calle del Bisbe y no pude evitar un comentario que provocó la risa de Santiago. Allí mismo, treinta años atrás, me declaró amor eterno el primer novio de la universidad. Yo hice lo propio. Ahora, en una plena madurez, estaba en el mismo lugar con el hombre que me estaba devolviendo un sentimiento olvidado: amar. Sí, yo amaba al capitán Sierra. En la madurez reencontraba al hombre de mi vida y a esas alturas no estaba dispuesta a perderlo de nuevo. Eso lo tenía claro.

Después de más de una hora de paseo por el corazón histórico de Barcelona, decidimos entrar en un pequeño café y nos sentamos en el velador situado en un rincón, desde el que se veía la puerta de entrada. Ese tipo de cosas las cuidaba mucho Santiago, por deformación profesional. Y más ahora, que conmigo ejercía de protector.

Pedimos unas infusiones de menta-poleo y el camarero nos obsequió con unas galletitas características de la ciudad, que hacía años no probaba.

El local estaba poco concurrido y la iluminación ofrecía un clima de penumbra y paz que invitaba a la conversación íntima. Creí que era un buen momento para realizar un avance de la información por la que había decidido viajar a Barcelona.

—Tengo la contabilidad B del partido de Gallardo, de su puño y letra —solté con naturalidad, antes de llevarme la taza a los labios.

Santiago abrió los ojos como platos. Yo no dejaba de sorprenderle.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó, tras emitir un pequeño silbido.

—La garganta profunda, el hombre de confianza de Gallardo que me cuenta los movimientos internos.

—Y dices que son cuentas manuscritas.

—Efectivamente, fotocopias de las cuentas en negro del partido que, según mi fuente, lleva personalmente Gallardo.

—Cuidado con las fotocopias. ¿Tú has visto los papeles originales?

—No, pero la letra es de Jaime Gallardo.

—¿Estás segura?

—La he cotejado con una carta manuscrita que me mandó cuando, en la isla, trabajaba en el ahora periódico de la competencia. Ya sabes que en cuestión de papeles soy un auténtico desastre pero, por suerte, guardaba aquella misiva.

—¿Qué vas a hacer, Carmina?

—Intentar publicar esas cuentas. En parte por eso estoy aquí, aunque la verdad, sin esos documentos igual habría venido a verte.

Acerqué el rostro al de Santiago y le besé suavemente los labios.

—Las cantidades que aparecen como ingresos y los nombres que las acompañan constituyen una auténtica bomba nuclear.

—Te vas a poner en situación límite frente a tus editores. Pero, si se niegan a sacar la información, los tienes cogidos.

—Ya he pensado en eso. De momento los papeles los tengo a buen recaudo, por duplicado y con una copia lista para que, de darse la circunstancia, llegue a un periódico de tirada nacional.

—Veo que lo tienes todo calculado.

—Hay que hacerlo así. He traído unas copias para que las examines. Las tengo guardadas en el neceser que he dejado en la caja fuerte de la *suite* del hotel.

—¿Cómo no me las has enseñado?

—Quería que las primeras horas en Barcelona fueran inolvidables.

Santiago me besó, y lo hizo con la fuerza varonil que me tenía derretida. Y yo seguí hablando.

—Tengo que comentarte otra cosa importante, que puede servir en la investigación de la Guardia Civil, sobre la enfermera hallada muerta en el coche encontrado debajo de las aguas del puerto.

—Vaya, Carmina, veo que te han dado mucho de sí las dos semanas que llevo fuera de nuestra tierra.

—He mantenido una interesante conversación con cierta señora que fue profesora de Soledad en la Escuela de Enfermería, y después siguieron manteniendo una estrecha amistad.

Hice una breve pausa para apurar el poleo.

—Como detalle nada baladí resulta que Soledad pertenecía al partido de Gallardo, igual que la amiga. Gracias a su militancia logró trabajo en el centro de acogida.

Santiago interrumpió.

—Estoy enterado, a mi equipo no se le ha escapado el detalle del carné político. ¿Alguna referencia sobre Gallardo?

—No, la amiga de Soledad, Sole la llama ella, es muy crítica con Gallardo, pero en ningún momento mencionó su nombre con relación al caso.

—Estamos en ello, las pesquisas indican que Jaime Gallardo estuvo pocas veces en aquel...

No lo dejé terminar.

—¡Aunque hubiera estado sólo una! —respondí en un grito.

—Por supuesto, Carmina, pero te estoy informando sobre las investigaciones, nada más.

—Disculpa Santiago, el tema me saca de quicio, por sucio y desalmado.

—A mí también, y a todos los guardias civiles que están intentando desenmarañar semejante porquería. No podía renunciar al curso de formación, me pesa como una losa tener que ausentarme de la isla en momentos tan vitales. Cada día hablo con mis hombres y están haciendo un trabajo minucioso. Y las noticias que tengo de la UCO no son menos positivas.

—Genoveva, así se llama la mujer, asegura que su amiga Sole estaba sufriendo una profunda depresión...

Tuve que detenerme, al recordar los detalles comentados días atrás, la congoja comenzó a apoderarse de mí.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Santiago.

—Cuesta hablar de semejante historia, es muy fuerte. Soledad, según la amiga, se había visto obligada a dar sutura a dos adolescentes. ¿Entiendes?

Volví a frenar en seco.

—Fueron sodomizados, eran un chico y una chica. Horrible, Santiago, horrible...

—La vida misma, por desgracia.

—¿Quién piensa que ese tipo de cosas puedan pasar en unas dependencias oficiales dedicadas a la protección de menores?

—Carmina, ya llevas muchos años en este mundo.

—Sí, pero hay ciertas cosas que jamás quieres admitir.

—¿Y los terribles capítulos de pederastia en colegios religiosos, incluso en parroquias? Puedes estar segura de que nada más llegamos a conocer una mínima parte de esas depravadas historias, que ocurren entre unos muros de la más noble apariencia.

—Vamos a continuar con el paseo —dije mientras me levantaba cogiendo por el brazo a Santiago.

LOS aledaños de la catedral estaban abarrotados por grupos de turistas, mayoritariamente extranjeros. Esa era una zona caliente, en la que diariamente se producían muchos robos, perpetrados por una amplia fauna de delincuentes: desde finos carteristas con largo oficio a violentos tironeros. Comenté a Santiago que en los años de estudiante, el casco antiguo de Barcelona era uno de mis sitios predilectos para pasear, perdiéndome por sus calles. En aquellos tiempos aún no se había producido la invasión turística, por lo menos no de forma tan masiva. Estaba en un lugar conocido, aunque un poco agobiada por el río de gente que caminaba en ambas direcciones, y no dejaba de llamarme la atención la numerosa presencia de grupos encabezados por guías con un brazo en alto y llevando en la mano un periódico enrollado, a modo de referencia para orientar a los integrantes de aquellas expediciones que marchaban como minúsculos ejércitos. Hoy los ladrones se pondrán las botas, pensé.

Nos detuvimos delante de la fachada principal de la catedral. La magnífica construcción del gótico tenía para mí un significado especial, volvía a admirarla después de muchos años. Allí estaba, majestuosa, destacando el cimborrio que se alzaba al cielo, rematado con la estatua de Santa Elena. Deseaba entrar, volver a admirar el interior, formado por tres naves que albergan veintinueve capillas y acceder a la cripta de Santa Eulalia, patrona de la ciudad, por una escalinata que se abre desde el altar mayor. El día que me despedí de Barcelona y de la universidad, estuve allí. Por tanto, esperábamos a que acabaran las explicaciones de los guías, realizadas en diversos idiomas, para seguir avanzando hasta la puerta de la catedral.

En pocos minutos los grupos comenzaron a moverse. Y ocurrió lo inesperado. Sentí un fuerte tirón en el bolso que a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio. Entonces vi el destello de un metal y el puño cerrado de Santiago golpeando una mano que asía una navaja. Todo fue muy rápido. El tipo soltó el arma y logró escurrirse con proverbial agilidad. Los dos policías que estaban siendo nuestra sombra iniciaron la persecución y el capitán Sierra, protegiéndome con su cuerpo, me arrastró literalmente hasta el interior de la catedral. Abrazada a Santiago comencé a temblar, la obsesión de Gallardo conmigo iba en serio.

—Van a por mí —dije con voz temblorosa.

—Tranquila, tranquila... —susurró Santiago.

—No pararán hasta que lo consigan —aseguré aterrorizada.

Sentí la fuerza de los brazos de Santiago y el calor de su cuerpo.

Cuatro miembros de la Policía Urbana de uniforme nos esperaban en el exterior del templo, junto a los dos policías de paisano que no habían logrado capturar al agresor. La alerta estaba dada, pero la descripción del sicario era demasiado común, por lo que no albergaban demasiadas esperanzas de una eminente detención. En un coche patrulla nos dejaron en el hotel.

El inspector Jordi Fábrega nos esperaba en la recepción del Majestic. Vestía de paisano, con la pulcritud de un ejecutivo. Me llamaron la atención sus cejas perfectamente perfiladas y la manicura de unas manos cortas, pero anchas y fuertes. De mediana estatura y unos treinta años, Fábrega era fornido. Debajo del traje, de impecable corte, podía adivinarse una voluminosa musculatura. Un tipo que se cuida, con muchas horas de gimnasio, deduje cuando nos saludamos. Era el segundo de la intendente Ruscadella. Los escoltas, de inmediato, informaron al inspector sobre el incidente de la catedral. Y allí estaba Fábrega, todo amabilidad, nada envarado por la situación, pero pidiendo disculpas por lo que él denominó "un fallo de seguridad".

Aquel policía atildado pretendía transmitir tranquilidad, quitando hierro al intento de agresión, y prometiendo que no habría más sustos. Yo aún estaba afectada. No podía dejar de pensar en el individuo que, apenas unos instantes antes, estuvo a punto de apuñalarme.

—Acabo de hablar con la intendente Ruscadella, que se ha enfadado por el descuido de nuestros agentes. Claro que, en sitios de aglomeración, es muy difícil tener la situación controlada — comentó el inspector.

—Sus hombres poco podían hacer en el lugar donde nos encontrábamos —terció Santiago.

—Gracias capitán, usted sabe perfectamente cómo son estas cosas. Procuraremos que no se repitan y en eso estamos. Nuria y yo hemos coincidido a la hora de barajar el origen de la agresión.

—¿Don Carlo? —preguntó Santiago.

—Sí, pero él aquí sólo viene de tanto en tanto y pisa poco la ciudad. Tiene una magnífica villa en un pueblo de la costa, a escasa distancia de Barcelona, donde pasa cortos periodos. Ya nos estamos ocupando de los amigos de don Carlo, seguro que desistirán—. El mando de los Mossos calló durante unos segundos, dirigió la mira hacia mí y prosiguió.

—Bueno, a no ser que en el empeño les vaya la vida o algo importante del negocio.

—No es el caso —respondió seguro Santiago.

—Siendo así, seguro que nuestras gestiones darán fruto inmediato. Sería muy extraño un nuevo intento. Pero ya sabe, capitán, no hay que bajar la guardia. En ningún momento van a estar solos.

Antes de despedirse, el inspector Fábrega nos dijo que la intendente Ruscadella regresaba al día siguiente.

—En cuanto esté aquí, Nuria hará por verles de inmediato, pues tiene noticias de sus contactos en Europol. Mis hombres estarán cerca día y noche, pero ante cualquier cosa, por insignificante que parezca, no duden en llamarme.

Fábrega nos dio la mano con cordialidad y nos entregó sendas tarjetas corporativas. Incluyó levemente la cabeza, en un gesto innato de *gentleman*, y salió por la puerta principal del hotel.

Mientras intentaba serenar el ánimo tomamos un *Dry Martini* en el bar del Majestic. Santiago estaba azorado pero no lo demostraba, en la voluntad de devolverme la tranquilidad. Era experto en afrontar situaciones difíciles y me conocía muy bien. Por lo menos estábamos en terreno seguro, el hotel era nuestro castillo. Después del segundo combinado, ya más relajada, decidimos que comeríamos en la terraza, junto a la piscina, situada en la última planta.

La comida fue deliciosa, un menú largo y estrecho confeccionado con sugestivas creaciones del mar, la montaña y la huerta catalanas, que acompañamos con cava Recaredo, reserva particular. Llegué a olvidar que momentos antes intentaron apuñalarme en la plaza de la catedral. Santiago era hombre de una pieza, con el me encontraba segura, incluso balanceándome en el borde del precipicio, como cabía definir la situación que en aquellos momentos vivía. Curiosamente, tras una situación de alto riesgo, me sucedía que, estando con la compañía adecuada, llegaba un subidón de la libido. Y eso mismo estaba experimentando, con las vistas de Barcelona de telón de fondo. Llegué a alegrarme del precipitado regreso al hotel, deseaba permanecer el mayor tiempo a solas con Santiago.

Apuramos la última copa de cava, le guiñé el ojo y cogiendo por el brazo al capitán lo invité a ir a la *suite*. Ya en el ascensor, con voracidad sexual, le hice un prolegómeno de lo que de inmediato vendría. Aquella tarde estaba muy excitada, necesitaba sexo. Anhelaba sentirme poseída por la fuerza del hombre al que amaba, desechando cualquier tapujo, abriendo todas las puertas del disfrute.

Santiago estaba sorprendido, era la primera vez que yo tomaba la iniciativa de forma tan contundente. Los instantes del ascensor fueron eléctricos, con el morbo añadido de que se abriera la puerta, de repente, y nos pillaran en situación: yo de rodillas y Santiago arqueando el cuerpo. Nadie nos vio. La planta de la *suite* a esas horas estaba desierta, así que en el pasillo devoré a mi hombre hasta llevarlo contra la puerta de la estancia. Como una felina le besé el cuello, le abrí la camisa y mordisqueé los pezones de sus pechos, duros como rocas. Con dificultad, mientras respondía enardecido, Santiago introdujo la llave magnética y entramos catapultados en la estancia. Y comenzó la relación más tórrida que jamás haya vivido.

Él había comprendido lo que yo quería. Con un movimiento rápido y preciso me colocó la chaqueta por debajo de los hombros y quedé aprisionada, sin poder mover los brazos. Puso mi cuerpo con la espalda pegada a la pared del amplio recibidor de la *suite* y me besó con pasión. Yo le mordí el labio inferior, presa de un incontenible fuego interior, y comenzó a brotar un pequeño hilillo de sangre, que lamí con fruición. Santiago reaccionó con un ataque de testosterona. Deslizó hacia arriba la camiseta que yo llevaba debajo de la cazadora y con dos precisos movimientos puso al descubierto mis senos, deseosos de ser liberados, erectos por la excitación. Entonces Santiago se volcó, besando, lamiendo, mordisqueando, mientras yo gritaba de placer. Así perdí la noción del tiempo, hasta que en un determinado momento, sin liberarme de la cazadora, hizo girar mi cuerpo colocándome la frente en la pared. Levantó la falda y guió la espalda hasta que encontré el ángulo adecuado. Apartó el tanga a un lado, asiéndolo con una mano, para conseguir presión en la zona erógena. Entonces recibí un glorioso envite, plácidamente estremecedor.

La amplia cama de la *suite*, el *jacuzzi*, la ducha, el sofá, también el suelo, fueron lugares en los que continuamos la pasión desatada. Sólo nos dimos un atregua para cenar en la *suite*: ostras, salmón ahumado, jamón ibérico, una fuente de fruta, y volvimos a repetir con el cava, esta vez un Jaume Codorniu gran reserva. De madrugada, extenuados, nos quedamos profundamente dormidos, con los cuerpos entrelazados. Despertamos al mediodía. En el móvil de Santiago, puesto en silencio para que nadie nos molestara, había varias llamadas de la intendente Ruscadella. Contactó con ella, quedaron para vernos antes de cenar en el bar del hotel.

EL tiempo seguía siendo bueno en Barcelona, invitaba a salir a la calle. Santiago abrió la caja fuerte de la *suite* y cogió su revólver de cañón corto, comprobó el tambor, cerciorándose de que los seis cartuchos estaban en perfecto uso. Seguidamente, metió el arma en una funda riñonera que sujetó en el cinturón del pantalón. En los dos bolsillos inferiores de la americana distribuyó otros seis cartuchos. Decidimos salir a disfrutar de los encantos de la ciudad, y él ya tenía pensado un itinerario en el que fuesen difíciles las sorpresas. La policía de Cataluña había reforzado el servicio de protección. Además, Santiago tenía un as en la manga: un amigo de la Guardia Civil nos esperaba con su coche particular. Debíamos olvidar el susto del día anterior, pero manteniendo todas las precauciones.

El chófer ocasional era el capitán Antonio Almansa, más veterano que Santiago, y gran conocedor de la Ciudad Condal. Pese a ser de Extremadura, aquel guardia civil presumía de hablar y escribir en catalán, además de haber formado una familia en Cataluña. “Mi mujer, la Quimeta, es de Esplugues de Llobregat, al igual que toda su familia. Yo vine destinado muy joven a esta tierra y aquí, si Dios quiere, me enterrarán. Hay un gran desconocimiento de los catalanes, por culpa de los políticos”, dijo Almansa dirigiéndose a mí, a modo de presentación. Era un tipo grandote, risueño, con el bigote típico de guardia civil, que no paraba de hablar. “Yo voy de chófer ¿eh?, nada más”, advirtió Almansa mientras palmeaba el hombro de Santiago, subrayando “cuando bajéis del coche, a la vuestra, olvidaos de mí, aunque yo estaré cerca, igual que los compañeros de la Policía”.

El rompeolas presentaba una estampa diferente a la que recordaba. La transformación operada en Barcelona con las olimpiadas del 92 y en los años posteriores era espectacular. El nuevo acceso hasta el faro partía desde la plaza Carbonera, para continuar por el muelle de Sant Bertran y el puente levadizo de la Puerta de Europa. Estaba fascinada, la reordenación de la zona había logrado ganar un espacio privilegiado para el disfrute de los barcelonenses, construyendo un gran paseo con mobiliario urbano, árboles y carril bici.

Frente al mar, esta vez el Mediterráneo, comenté a Santiago las horas que había pasado en ese lugar tan cambiado, durante los años de la carrera. En aquellos tiempos maravillosos no dejaba de buscar el mar, y siempre que podía allí, en el rompeolas, soñaba con múltiples proyectos periodísticos, o, simplemente, meditaba durante largas horas, logrando una paz interior que servía como energía regeneradora. Sentada en la antigua terraza del rompeolas incluso llegué a escribir poemas, pero pronto fui consciente que nunca tendría el talento suficiente. Al contrario que mi amiga Arantxa, cuyos libros de poesía siempre tengo a mano. De regreso, en la Barceloneta, hicimos una parada para el aperitivo y el capitán Almansa rehusó acompañarnos. Él se perdió los calamares de potera a la plancha, con una fina salsita de ajo y perejil, acompañados con *blanc de blancs* del Penedés.

Aún era pronto para comer y propuse ir al Parque Güell. A Santiago no le hizo mucha gracia, por el riesgo que podía entrañar un espacio de ese tipo. Pero yo insistí, siempre tuve la percepción de que aquel lugar único, de jardines y elementos arquitectónicos, creado por Antonio Gaudí, era mágico. En la fachada frente al mar del monte Carmelo, formando parte de las estribaciones de la Sierra de Collserola, emergía la obra del genial arquitecto, que tanto me atraía, y, que, sin embargo, resultó un fracaso como urbanización residencial, frustrando el sueño del empresario catalán Eusebi Güell, al que el inicio de la I Guerra Mundial, en 1914, acabó por

frenar definitivamente. Años después, en 1926 fue inaugurado como parque público.

—En 1984 la Unesco incluyó al Parque Güell dentro del Lugar Patrimonio de la Humanidad "Obras de Antonio Gaudí" —informé a Santiago, con indisimulada satisfacción, al apearnos del coche conducido por el capitán Almansa, el cual expresó un rictus de admiración.

—Sinceramente —dijo Santiago—, tenía referencia de este sitio por la novela *El juego del Ángel* de Ruiz Zafón, y ahora que lo veo, la impresión visual no desmerece a la espléndida prosa del novelista.

—Fue concebido como una urbanización residencial, en la que Gaudí y el conde Güell quisieron plasmar una alegoría que representara lo más elevado del mundo terrenal y espiritual. En la filosofía que alumbra el proyecto pueden encontrarse claras referencias sobre el avance de la industria, el desarrollo de la burguesía, así como a la cultura de tradición clásica grecorromana.

—¿No era Gaudí un hombre místico, muy creyente?

—Sí, de ahí que ante todo, en el Parque Güell, esté presente la religión. El acceso representa la entrada al Paraíso, el lugar utópico donde reina la calma y el bienestar.

Entramos por el acceso principal, en la calle Olot, con la imponente puerta de hierro forjado representando hojas de palmito y tuve el pálpito de que iba a tropezarme con Fernando Varea. ¿También sería amigo de don Carlo?, pensé. Fernando, el viejo profesor, fue quién, tres décadas atrás, me enseñó por primera vez este lugar. También él me contagió el interés por la figura de Antonio Gaudí, un ser especial que, para mí, trasciende más allá de las virtudes personales, artísticas y técnicas. El Parque Güell, en cada uno de los detalles —muchos no están a la vista de cualquier ojo —proyecta la esencia del maestro Gaudí. Es como penetrar en una dimensión espiritual imposible de definir, pero que trastoca los sentidos y agudiza las percepciones. En cuanto entramos en el vestíbulo principal, cogí la mano de Santiago y lo guié hacia uno de los lados, el que alberga un refugio para carruajes. En ese lugar existe una sala circular sostenida por una columna central de forma cónica, cuya estructura recuerda a la pata de un elefante. Indiqué a Santiago que avanzara hasta el fondo de la estancia y se colocara de espaldas a mí, junto a la pared. Yo hice lo mismo. Comencé a hablarle, y, al instante estábamos muertos de risa. Él, además, sorprendido. El sonido viajaba por las paredes.

Observaba cómo Santiago miraba embebido a su alrededor, mientras subíamos la escalinata que conducía a la plaza central, dispuesta simétricamente alrededor de una escultura en forma de salamandra.

—Esta escultura —informé complacida —se ha convertido en el emblema del parque y de la propia ciudad. Puede representar la salamandra alquimia, que simboliza el elemento fuego; aunque existen estudiosos de Gaudí que se inclinan por un dragón, el mitológico Pitón del templo de Delfos.

Santiago soltó un largo silbido.

—Vaya, Carmina, veo que eres una experta en la materia.

—Este es uno de los muchos tesoros culturales que he obtenido en Barcelona. Estuve a punto de cambiar de carrera, para estudiar arquitectura. Gaudí, su misteriosa personalidad y la ingente obra en la que confluyen tantas claves, aún hoy por desvelar, consiguieron atraparme.

—Nunca habías comentado tal extremo.

—Pues así es. Fue Fernando Varea quien me hizo descubrir al maestro universal.

—Menudo personaje, el profesor.

—Entonces era otra persona, todas estábamos enamoradas de él. Platónicamente, claro—. Solté una carcajada que surgió espontánea, con cierto resabio al recordar la figura venerada durante

tanto tiempo.

—Ya ves, tanto enamoramiento, tanta admiración, y al final un fiasco.

—No, Carmina, simplemente un ser humano.

En el último tramo de la escalinata nos detuvimos ante un banco en forma de odeón, situado en un punto geográfico estratégico, permitiendo que dé el sol en invierno y la sombra en verano. "Uno de los innumerables detalles de Gaudí en ese complejo universo del Parque Güell", comenté. Enseguida estuvimos en el centro de la plaza, epicentro del conjunto ajardinado y arquitectónico.

—Según el plano original, esta plaza central debía ser un teatro griego, destinado a todo tipo de actividades, culturales y ciudadanas. Si te fijas —indiqué a Santiago—, el banco ondulante que forma el borde del contorno interior tiene un diseño ergonómico adaptado al cuerpo humano.

Con sumo gusto estaba ejerciendo de guía del hombre de mi vida. Ante el interés de Santiago, llamé la atención sobre los viaductos.

—Fíjate, Santiago, el maestro Gaudí construyó una serie de viaductos para transitar por el parque, con la suficiente anchura para la circulación de carruajes. Y con unos caminos porticados, por debajo de los viaductos, para el paso de peatones.

Santiago estaba fascinado, pero yo había elegido una hora un tanto intempestiva para realizar una visita que requería mucho tiempo. Tenía que abreviar, y así lo hice, prometiendo que en la próxima visita a Barcelona, deseaba que con menos riesgos, dedicaríamos el tiempo necesario a recorrer aquel fabuloso micromundo. Comentando la espectacularidad de la obra de Gaudí, enfilamos la escalinata central.

—Aunque no tuvo el éxito esperado por él y el conde Güell, que diseñaron la más espectacular y diferente zona residencial, la riqueza patrimonial que tiene para Barcelona es incontestable —comenté admirada.

En el momento en que nos deteníamos ante una de las fuentes de la escalinata, la que contiene el escudo de Cataluña y una serpiente que unos atribuyen al símbolo de la medicina y otros al reptil Nejustán que llevaba Moisés en su cayado, sentí la mano de Santiago cogiéndome de un brazo con la fuerza de una garra de acero, obligándome a agacharme tras la construcción artística e interponiendo su cuerpo al mío. Desenfundó el revólver, levantó el percutor y apuntó hacia el fondo de la escalinata. Yo estaba paralizada.

Tres policías de paisano, la escolta puesta por la intendente Ruscadella, estaban sobre un hombre, al que conminaban a no moverse. El capitán Almansa, pistola en mano, corrió hasta la fuente y se colocó detrás de Santiago, apuntando en todas direcciones, en un acto reflejo de defensa. La escena apenas duró unos segundos, que me parecieron interminables. Los policías y el hombre se incorporaron, y el agente que parecía responsable del servicio hizo señas con las manos, indicando que no había peligro. Santiago y Almansa enfundaron las armas, mientras dijeron, los dos a la vez, que era una falsa alarma. A mí me dio por reír, después del tremendo susto.

El tipo detenido resultó ser un delincuente de poca monta, fichado por la policía de Barcelona por hurtos en el metro y espacios públicos. A uno de los escoltas le pareció detectar un bulto sospecho debajo de la cazadora del individuo, cuyo aspecto invitaba a toda precaución. Después del susto de la plaza de la catedral, esta vez los mossos decidieron actuar. No era ningún sicario, pero al cachearlo le ocuparon una pistola de fogueo que, seguramente, pensaba utilizar para perpetrar algún atraco. Inmediatamente acudieron dos coches patrulla a la entrada de la calle Olot y se llevaron al tipo a la comisaría. Los policías no sabían cómo disculparse, pero yo les agradecí la decidida intervención, que acabó en anécdota. Y todos reímos, ya distendidos.

SANTIAGO indicó al compañero que nos llevara al restaurante Peixerot, donde, según él, guisaban los mejores *fideus rossejats*, comentando, para mi sorpresa, que teníamos mesa reservada. “Detalle de la intendente Ruscadella, por el incidente de ayer”, informó, provocando que yo soltara un taco en tono exclamativo. Y, efectivamente, a los pocos minutos, pudimos comprobar que los fideos elaborados con caldo de pescado y mariscos eran una delicia. Comentamos el incidente del Parque Güell, entre risas, pero yo aún sentía el temblor en las piernas. Ciertamente la situación que estaba viviendo, desde hacía ya demasiado tiempo, era realmente límite, con el estado de ánimo muy minado, siempre con un permanente nudo en el estómago. Era, en todos los aspectos, una auténtica superviviente. Vivía en el filo de la navaja, con la amenaza constante de un poderoso carente de escrúpulos, que en cualquier momento podía acabar con mi existencia. Estaba abandonada por los editores que prometieron arroparme, ahora empeñados en deshacerse de la periodista cuyo único delito, que no es pequeño, era el de la ingenuidad de creerse una grandeza personal inexistente en quienes me contrataron para llevar a cabo un proyecto de un periódico independiente. Estaban pactando con Gallardo, los mismos que dos años atrás aseguraban estar comprometidos con la esencia de la profesión periodística, buscar la verdad y contarla, animándome a abordar el caso Gallardo con tanta independencia como profesionalidad. “Menuda mierda”, le dije a Santiago, mientras movía lentamente la cucharilla que removía un carajillo de ron Pujol, en el que la canela en rama chocaba con la corteza de limón.

—Una retirada a tiempo es una victoria, Carmina.

Di un pequeño sorbo al carajillo, que estaba en su punto, antes de contestar.

—Me temo ya no hay tiempo para la retirada. Yo pienso seguir...

Santiago respondió con celeridad, dejándome la palabra en la boca.

—Estaré contigo, pase lo que pase.

La plaza de Cataluña presentaba una imagen espectacular. Decidimos tomar un refresco en la terraza del Café Zurich, abarrotado de turistas, establecimiento emblemático por su privilegiada situación. Aquel espacio urbano enorme, punto de unión del casco viejo y el ensanche, era como el núcleo de la esencia de Barcelona; ramificándose, desde allí, Las Ramblas, el paseo de Gracia, las rondas de la Universidad y de Sant Pere, la calle Pelayo y la avenida de Portal del Ángel, la genuina vía comercial y antigua puerta de las murallas.

El día anterior un sicario quiso atentar contra mi vida. En la isla sufrí diversos ataques, y el permanente acoso que vivía desde que surgió el caso Gallardo estaba llegando a un punto difícil de soportar para cualquier persona. La situación que estaba experimentando en Barcelona podía considerarse límite, decisiva para arrojar definitivamente la toalla. Y yo seguía pensando en cómo dosificar, mejor dicho, cómo publicar, todo el arsenal informativo sobre Jaime Gallardo. Tenía la información para acabar con el cacique político que deseaba destruirme y, de momento, no podía arriesgarme a ponerla encima de la mesa del consejo de redacción, pues al enemigo lo tenía en casa.

—Si yo no puedo, otros lo harán —dije tras secarme la comisura de los labios con una fina servilleta de papel, tras dar un sorbo de granizado de limón.

—¿Qué dices? —preguntó Santiago, un tanto sorprendido por mis palabras, que surgieron como si hablara sola, con la mirada ausente.

—Perdona, estaba abstraída, pensando en el lío de vida que tengo. Parece que esté condenada a estar permanentemente en las brasas, pero ahora es demasiado.

Santiago me pellizcó cariñosamente la mejilla.

—Cada vez estoy más convencida de que no seré yo quien publique las informaciones que acaben con Gallardo. Ya sólo pido salvar el pellejo para verlas reproducidas en otros medios. ¡Qué decepción, qué decepción!

Santiago pasó un brazo por mi hombro, con la otra mano me acarició el rostro y acercándose sentí sus labios en los míos.

EL capitán Almansa nos dejó en la puerta del hotel, y tampoco quiso entrar para tomar una copa en el bar. “La Quimeta me espera”, dijo riendo, mientras quedó en venir a por nosotros, al día siguiente para llevarnos al aeropuerto: por la tarde tenía que coger el avión de regreso a la isla. La jornada había transcurrido tranquila, con la falsa alarma del Parque Güell. El particular inspector Fábrega estaba haciendo bien su trabajo, aunque a él ya no lo volvimos a ver. Faltaba poco más de una hora para el encuentro con la intendente Ruscadella, así que subimos a la *suite*, donde yo me obsequié con un prolongado baño de sales en la amplia bañera. Santiago prefirió la ducha.

Nuria Ruscadella, intendente de los Mossos d’Esquadra, apareció deslumbrante, con un traje chaqueta de Chanel. De no estar tan segura de Santiago, aquella mujer policía me habría puesto en guardia. No era especialmente guapa, pero el conjunto era soberbio, con un cuerpo escultural. Más adelante confesaría que se machacaba en el gimnasio practicando *spinning*. Pero, ante todo, destilaba una elegancia innata. Ese don del que pocas personas están dotadas, y que tanto interés despierta.

El bar del Majestic era un lugar más que recomendable, distinguido en su justa medida, atención exquisita y una impagable música de piano. Saludamos a la intendente Ruscadella y agradecemos el detalle de la comida, que ella soslayó con exquisitas maneras. Pedimos unos combinados, Santiago un *gin-tonic* y nosotras un *Bloody Mary*. Nuria volvió a disculparse por el suceso de la plaza de la catedral y nos informó detalladamente de las pesquisas, reconociendo que, al final, poco o nada se iba a aclarar.

Respecto a don Carlo destacó que estaban confirmadas las sospechas de la policía autonómica. Argumentó que resultaba muy extraño que utilizara a uno de sus sicarios de Barcelona para intentar atentar contra una persona como yo.

—Aquí siempre se ha comportado de forma inteligente, nunca nos ha creado problemas en cuestiones que afectaran directamente al servicio —dijo la intendente.

—Pese a ello —añadió —con la información obtenida en Europol, sí que estoy convencida de que don Carlo en persona está detrás del gran susto que te dieron ayer.

—¿Has cotejado la estrecha relación con Gallardo? —preguntó Santiago.

—Efectivamente, el grupo de Europol desplegado en la zona de Nápoles, integrado por agentes del cuerpo de *carabinieri*, tiene información, fotos incluidas, de un encuentro comercial celebrado entre don Carlo y Gallardo en Sorrento. Mediando la actuación de una celebridad de la canción italiana, de la que, al parecer, vuestro amigo es gran admirador.

—Las incineradoras —afirmé.

—Así es, Carmina, las incineradoras o algo parecido —contestó la intendente—, pues la tecnología que vende el amigo don Carlo no pasaría ni las normas del más bananero país del tercer mundo. Europa está por la construcción de incineradoras, porque los vertederos se han convertido en un grave problema de salud pública, que contamina el subsuelo y las aguas, convirtiéndose en auténticas bombas de relojería. La valorización energética es el camino trazado por la Unión Europea, pero con la aplicación de una tecnología testada y homologada por los organismos oficiales europeos, que garantice el mayor respeto con el medio ambiente y propicie la sostenibilidad.

—Sí, pero Gallardo quiere ganar mucho dinero, y trata con don Carlo —convine.

—Por eso don Carlo ha ido a por ti, aunque de forma leve —comentó Nuria mirándome a los ojos—, y lo de leve lo digo con rigor, pues de haber querido, ante el descuido de la escolta, el atentado habría sido mucho más contundente. Aún así, don Carlo sabe que con esta acción ha arriesgado. Su amigo Gallardo le debe de haber insistido con empeño, recordándole que si él cae por la publicación de informaciones periodísticas que investigan sus escándalos, los negocios se irían al garete. Y el de las incineradoras es muy sabroso.

—Concretamente, ¿de qué se trata? —dije.

—El tipo lo tiene bien montado: en teoría la tecnología responde a todos los requisitos de la UE, está diseñada por una compañía radicada en Lausana. Pero la construcción de las plantas, pieza a pieza, se realiza en el cinturón industrial de la antigua capital de Kazajistán, una ex república soviética. Allí se fabrica todo en plan mecano, y es transportado a un complejo en las proximidades de Bucarest, Rumanía, donde lo único que hacen es colocarle los sellos de fabricación, que es lo mismo que poner *made in UE*. Un fraude como la copa de un pino.

La intendente Ruscadella sorbió un poco de combinado y continuó con el relato.

—La cosa no acaba ahí. Para dar imagen de seriedad y solvencia, don Carlo tiene un socio alemán que se encarga de gestionar la comercialización de una patente que, en teoría, es de la UE, pero cuyos elementos están fabricados en Kazajistán, maquillados en Rumania y distribuidos desde Hamburgo, República Federal de Alemania. Al final un producto tan barato como peligroso llega a manos de Gallardo y personajes como él.

—¿Por qué no interviene Europol? —preguté.

—Están en ello, pero carecen de los recursos necesarios. Ahí las policías territoriales son las que tienen que actuar en base a la información aportada por Europol. En Kazajistán no hay caso, el jefe de la policía gubernativa y la mafia local que controla la construcción de las plantas parece que tienen muy buena sintonía. Y si lo miras bien, en aquel país no están sujetos a la normativa europea y lo único que hacen es un trabajo industrial por encargo. Respecto a Rumania, allí la situación es compleja, y, por decirlo suave, las cosas transcurren con otros tiempos, con la sombra permanente de la corrupción policial.

—Por lo que dices, si al final las incineradoras de don Carlo llegan a los dominios de Gallardo, en principio nadie pondrá obstáculos pues, en teoría, cumplen la normativa —respondí, mientras Santiago permanecía en silencio.

—Sí, aunque lo que vayan a montar sean instalaciones de cartón piedra, realmente peligrosas. Seguro que Gallardo está dispuesto a pagar con dinero público, a precio de oro, lo que en realidad es muy barato. Él y don Carlo se repartirán el pastel, aunque sea a costa de poner en peligro las vidas de miles de personas y provocar la contaminación irreversible de todo un territorio.

Las notas de piano envolvían en un clima agradable el bar del Majestic. Conocida la información de la intendente Nuria Ruscadella, y después de un par de combinados, la convencimos para que viniera a cenar con nosotros. Y nos fuimos a la terraza 'Alaire' del hotel Condes de Barcelona, cuyas vistas me recordaban las de otro establecimiento: el Concorde Lafayette, en la *Porte Maillot* de París. Curiosamente, como si se tratara de un pacto no hablado, dejamos de mencionar a Gallardo, don Carlo y el negocio de la basura, tan apropiado para semejantes personajes.

La noche transcurrió muy agradable, Nuria era una mujer estupenda y hubo buena sintonía. De regreso al hotel, la *suite* volvió a convertirse en un lugar de alto voltaje. En la calle acechaban contra mi vida, pero la compañía del capitán Sierra lograba que olvidara la seria amenaza,

entregándome a un deleite tantos años esperado.

Despertamos tarde, pasado el mediodía. Pedimos un *brunch*. Santiago revisó las copias de la contabilidad B del partido de Gallardo, proporcionadas por la garganta profunda. Estuvo un buen rato examinando los papeles con minuciosidad policial, callado. En un momento determinado, levantó la cabeza, dejó las gafas en el canapé sobre el que estaba sentado, se mesó los cabellos y, finalmente, habló.

—Esto sí le puede hacer daño al señorito Gallardo.

REGRESÉ al periódico con la información proporcionada por la intendente Ruscadella y la opinión de Santiago respecto al contenido de la contabilidad B del partido de Jaime Gallardo, manuscrita por éste. Tenía lo que cualquier periodista denominaría "tesoros informativos" y no sabía qué hacer con ellos. Ni siquiera comenté a los más allegados que aún me quedaban en la redacción el incidente del barrio gótico de Barcelona. El ánimo comenzaba a flaquear, más si cabe. De pronto, llegué a sentir una impotencia galopante que, parecía, iba a lograr acabar definitivamente con mi ya quebrado ánimo. Pero ahí volvía a estar mi padre, aferrado al timón, desafiando la tempestad. Yo tenía que seguir, como él decía, contra viento y marea.

Los breves días de ausencia ayudaron a corroborar que la situación en la redacción se hacía insostenible por momentos. Los enviados de la empresa iban desarrollando una incansable labor de desestabilización, creando animadversión hacia mí. Estaban empleados a fondo, estimulados por la promesa del editor de que su trabajo sería adecuadamente recompensado. En la redacción, lógicamente, era el director adjunto quien más se esmeraba. Con comidas y reuniones fuera del periódico había conseguido reclutar a un grupo de advenedizos para que contribuyera a hacer todavía más difícil la situación de inmisericorde *mobbing* que estaba sufriendo. Y a fe que pronto supieron transmitirme una hostilidad que estuvo al borde de provocar que desistiera.

Fue especialmente doloroso comprobar el comportamiento de personas que había fichado personalmente, apostando por ellas. Los principios profesionales que caracterizaban a aquellos periodistas fueron diluidos en el magma de la cobardía y decidieron agarrarse a la ficticia tabla de salvación que les ofrecía el poderoso representante empresarial.

Y es curioso, en toda aquella lamentable vorágine de bajezas llegué a compadecerme por el tipo que tanto daño estaba haciendo. Era la primera vez que me enfrentaba a un caso de tal singularidad. Un periodista era el que, con la excusa de eliminar a la incompetente directora, estaba dinamitando el periódico. Un profesional de la información al que habían prometido ascensos, realizaba con precisión y empeño el más sucio de los trabajos. Ahí se rompía uno de los sagrados preceptos de la profesión periodística, esta vez perro comía perro. Un despropósito que ponía al descubierto las desnudeces de un sector editorial abocado al servilismo, en el que quedaba desterrado el fin social sobre el que se sustenta la actividad periodística. Una actividad que debe estar volcada en el compromiso con la sociedad a la que sirve.

El día de mi regreso, tras la primera reunión para marcar los temas del día, el director adjunto se quedó en el despacho, y con gran amabilidad dijo que le gustaría hablar conmigo de cuestiones profesionales. Accedí. Aunque yo no pensaba contarle nada de la vasta información que guardaba sobre diversos aspectos del caso Gallardo.

El tipo realizó una perorata sobre su trayectoria, primero narró cómo se hizo periodista, una vocación que despertó en él a temprana edad. Me habló de su condición humilde, de los esfuerzos que realizó para costearse la carrera. El tono y lo que decía no consiguieron enternecerme. Odio a las personas que emplean tiempo en contar sus logros, sobre todo a aquellas que desvelan con fruición cuánto sacrificio les ha costado todo y se pasan la vida abanderando el modo de ser que protagonizan como modelo a seguir. No me fío de tales personas, suelen ser egoístas y dañinamente ambiciosas. Además de falsos humildes.

Eduardo Morán era un individuo satisfecho de sí mismo, pretendía exhibir el marchamo de la

humildad, pero se le veía el plumero. Tuvo palabras de agradecimiento para el editor que, siendo él un don nadie y sin recomendación alguna —así lo expresó—, le dio una oportunidad en cuanto terminó los estudios. En años de duro trabajo y entrega, ésas fueron sus palabras, había logrado ganarse un nombre, además de la confianza de los dueños del periódico. De aquellas manifestaciones quedó claro que Morán estaba dispuesto a matar por sus amos, máxime después de prometerle que lo ascenderían a redactor jefe, una vez concluida la misión encomendada, en la que yo era objetivo principal. Esa información no me la dio, pero yo la conocía.

Morán habló largo y tendido, hasta que llegó al punto esperado. Tanto circunloquio para referirse a Jaime Gallardo, su nuevo amigo. Al nombrar a Gallardo no me inmuté y dejé que siguiera con el discurso. Y para mi sorpresa entró en una diatriba sobre la gran responsabilidad de los periodistas a la hora de informar sobre las personas. Los devastadores efectos que produce la falta de rigor. Llegado a ese punto, ya no pude aguantar.

—¿Estás defendiendo a Gallardo? Él proclama que es una víctima.

El director adjunto pareció sorprenderse por mi pregunta, tan directa. Incluso hizo un gesto de disgusto.

—¿Pero cómo puedes pensar eso? Estaba hablando de lo que creo debe ser el comportamiento deontológico del periodista, y a Gallardo lo ponía como ejemplo, siempre en sentido metafórico... No lo dejé terminar.

—Ya somos mayorcitos, Eduardo. Todos sabemos a qué has venido y cuál es tu juego.

—Estoy aquí por decisión de la empresa —contestó con seguridad—, no hay nada personal. Pero sabes que discrepo de cómo llevas el periódico. Estamos enfrentados con todo el mundo.

—¡Ja, la falaz canción! —estaba empezando a dispararme—. Deja los eufemismos, aquí "todo el mundo" significa Jaime Gallardo.

—Bueno, Gallardo es quien manda, gracias a las urnas. Mira Carmina, no hay que olvidar que es un cargo elegido democráticamente.

Morán pronunció aquellas palabras con un tono que yo percibí de desafío. Pero decidí que rebatirle era darle un gusto que no merecía. Así que callé, él continuó con su profesional exposición.

—Jaime Gallardo tiene un poder inmenso, y todo el mundo sabe que sus métodos son particulares. Sin embargo, la gente le vota mayoritariamente. Por el hecho de ser un personaje controvertido, aunque siempre bajo el paraguas de la democracia, creo que no hay que crucificarlo. ¿No te parece?

—Estoy de acuerdo, siempre he sido especialmente puntillosa a la hora de contrastar las informaciones, y en este caso, mucho más. Hemos publicado una cuarta parte de la información que nos llega. Desde que estalló el caso Gallardo, el todopoderoso caballero se ha negado a hablar con nosotros. ¿Qué hay que hacer? ¿Plegarse a los deseos del cacique? ¿Bajarnos los pantalones?

Morán percibió que estaba logrando ponerme nerviosa, sacó la daga dialéctica y golpeó.

—Carmina, volviendo a lo metafórico. Te voy a recordar un pasaje literario que debes conocer. En el cuadro final de *Alicia en el país de las maravillas*, aparece la reina de corazones apresurando: “Venga, venga, vamos con la sentencia, ya habrá tiempo después para analizar las pruebas”.

Respondí con rotundidad, pero intentando dar muestras de absoluta tranquilidad.

—Las sentencias y las pruebas son cosas de los jueces, los periodistas informamos y opinamos. Buscamos la verdad, y los caminos no siempre son rectos ni fáciles. Parece mentira que tú digas

lo que dices, como si hablaras por boca de Gallardo.

—Estás confundida, mi relación con Gallardo es puramente profesional. Hay una frase del maestro de periodistas Jean Daniel, que creo que debemos tener siempre presente: “La capacidad de hacer el mal que tiene el periodista es devastadora”.

El director adjunto había preparado bien aquella charla. Me sorprendió que citara al francés Daniel, por el que yo sentía gran respeto. El tipo quedó sorprendido cuando mi reacción fue una amplia sonrisa mientras abría uno de los cajones del escritorio. Guardaba el recorte de una entrevista que Juan Cruz le hiciera al aventajado alumno de Albert Camus. Con el papel impreso en la mano, y percibiendo la sorpresa de Morán, le contesté con aplomo.

—Daniel también es concluyente cuando dice que cuidado, el poder fascina, y fascina a los periodistas. "Los periodistas —dije leyendo— están entre el poder y la historia y han de saber cómo funciona el poder, con la condición de que la fascinación no caiga en la complacencia, la indulgencia y la corrupción...". Hice un pequeño paréntesis antes de continuar leyendo las declaraciones de Jean Daniel: “Con esas condiciones es muy interesante ver cómo funciona un hombre que detenta todos los poderes”. Y en eso estamos, querido Eduardo.

TENÍA que intentarlo. Llevaba días trabajando el asunto, en casa. Decidí que en el amago debía centrarme en la contabilidad B del partido de Jaime Gallardo. Las cuestiones económicas eran lo que más temía el ilustrísimo canalla. En los papeles fotocopiados, de puño y letra de Gallardo, quedaba delatada una manifiesta financiación ilícita, así como un sabroso cúmulo de delitos fiscales. Con esa documentación era consciente de que había una seria brecha en la, hasta entonces, bien blindada línea de flotación del movimiento gallardista. Los ingresos de dinero negro, con nombres y apellidos de los donantes, estaban reforzados con las investigaciones que conducían a paraísos fiscales, así como las relaciones de negocios con empresarios locales, nacionales, e incluso internacionales.

Por una de esas situaciones, fruto de un cúmulo de circunstancias, que, de vez en vez, se producen en el periodismo, pude lograr que la información saliera a la luz. Ciertamente, busqué el momento guiado por un sexto sentido adquirido a lo largo de muchos años de ejercer una profesión que siempre resulta impredecible. Unos días después de mi regreso de Barcelona intuí que la ocasión podía estar cerca. El siguiente fin de semana Eduardo Morán, director adjunto y celoso lebrel de la empresa, tenía un compromiso familiar que lo mantendría lejos de la isla. Esos mismos días, el director del periódico con el que compartíamos cabecera estaría en el extranjero. Por mi parte, de forma premeditada, comuniqué que estaba enferma, aportando la oportuna baja médica. En casa elaboré la información más trascendente de mi vida, en unas agotadoras jornadas frente al ordenador, en las que no tuve tiempo ni para Santiago.

Ese sábado, a media tarde, aparecí en el periódico, asegurando que me encontraba mejor. Un jefe de sección, incondicional de Morán, estaba al cargo de la edición del fin de semana. Era poco profesional cuando tenía turno de guardia los sábados y domingos siempre estaba mirando el reloj, deseando acabar. Esa actitud tenía sus ventajas, aunque casi siempre afectaban negativamente al contenido del periódico, sobre todo a la hora de acabar pronto. De hecho aquella tarde, cuando llegué la entrega de páginas estaba muy adelantada. Aunque, como imaginé, casi todo era material de relleno, manufacturado a lo largo de la semana. La noticia del día era la buena calidad del agua potable de la isla, gracias a las inversiones de la institución que presidía Jaime Gallardo. Al ver aquello, estuve a punto de sufrir un ataque de risa, pero supe contenerme.

Puse todo el empeño en aparentar la mayor normalidad en mi inesperada aparición, aunque la procesión iba por dentro, sabía cuánto estaba en juego. Incluso estuve agradable y próxima con aquel traidor, que nunca perdonaría no haber sido nombrado redactor jefe tras el cese de Riquelme. En la reunión de cierre de edición, a una hora muy temprana, Soria, así se llamaba el colega, no dejaba de consultar el reloj. Aproveché el momento para celebrar la celeridad del proceso —el horario es el caballo de batalla de todo diario impreso—, y le dije a Soria que podía marcharse, que ya me quedaba yo, por si surgía alguna novedad en el proceso final de confección, antes de entrar en la rotativa. Dándome las gracias, el tipo corrió a su mesa, hizo una llamada con el semblante risueño y salió por la puerta como una exhalación.

Inmediatamente paré la edición de la portada y las cuatro primeras páginas. Coloqué un *pen drive* en el ordenador y descargué la información, que ya estaba maquetada. Después levanté la portada, de la que Gallardo seguía siendo protagonista, aunque de forma muy distinta. Titulé a cinco columnas: "JAIME GALLARDO MANEJA DECENAS DE MILLONES EN UNA

CONTABILIDAD B DEL PARTIDO” Coloqué sendas fotos del presidente del Cabildo y de los papeles proporcionados por la garganta profunda. Volví a repasar los detalles de una noticia que, seguro, iba a tener proyección nacional. Antes de mandar las páginas a talleres las estuve contemplando en la pantalla del ordenador, saboreando la satisfacción del deber cumplido. En ningún momento aquel episodio de placer personal fue truncado por pensamiento sombrío alguno. Pronto tendría ocasión de experimentar las consecuencias de tamaña decisión, tomada a espaldas de la empresa editorial, con el convencimiento de que era el único proceder que permitía albergar una esperanza de que semejante trabajo periodístico viera la luz en mi periódico. Estaba haciendo lo que debía, pensé convencida. Así que una vez cerrada la edición y cerciorada de que había sido supervisada por el jefe de talleres, crucé los dedos. Una filtración podía producirse en cualquier momento, incluso a pie de la rotativa, pues los tentáculos de Gallardo llegaban a puntos insospechados.

Recibí la llamada de Santiago, anunciando que pasaba a recogerme. Él estaba al corriente de mis intenciones, pero no imaginaba que acababa de materializarlas. A los pocos minutos entró en el despacho. Me besó y yo lo abracé con fuerza, mientras dije “ya está, ya está”. Santiago miró con cara de póquer, mi respuesta fue señalar la pantalla del ordenador, donde aparecía la portada del día siguiente, domingo. No dijo nada, ocupó el sillón del escritorio, yo me senté entre sus piernas, él me asió por la cintura, mientras fui mostrando las páginas que darían a conocer la financiación irregular del partido de Gallardo y los tejemanejes económicos, fruto de la corrupción del cacique. Al final recosté mi cabeza sobre su hombro y permanecimos un indeterminado lapso de tiempo en silencio. Hasta que Santiago, después de un suave beso en la comisura de los labios, dijo: “vamos a casa, cariño”.

Los domingos los horarios cambian, hasta entrada la mañana no comenzaron a sonar los teléfonos. El primero en llamar fue la garganta profunda, con un inhabitual tono de excitación, diciéndome que su cometido había terminado y que, desde ese momento, no habría más llamadas. Comentó que Gallardo estaba fuera de sí, y que comería con él, junto con el ejército de asesores que lograba frenar la acción de la Justicia. El gallardismo estaba en estado de máxima emergencia.

—Nunca lo he visto tan afectado, Carmina, ahora sí da miedo —subrayó el confidente.

—Es de esperar que Jaime se revuelva. Estando yo en el punto de mira, ahora mismo me preocupa tu situación, pues las fotocopias de la contabilidad B sólo han podido ser filtradas por contadas personas, entre ellas tú.

—Tengo la coartada perfecta, es un as en la manga. Espero poder mantenerlo hasta que la Justicia actúe de forma contundente y meta en la cárcel a nuestro amigo.

—De todas maneras —dije — guárdate las espaldas, desde hoy el caso Gallardo entra en una dimensión insospechada.

—Tú también debes ir con cuidado, ya no podrás contar con mi información.

—Suerte.

—Lo mismo te digo, Carmina.

La llamada del confidente fue el preludio de un día extremadamente agitado. Televisiones, radios, agencias y periódicos nacionales deseaban hablar conmigo. De inmediato por Internet se reproducía la información sobre el dinero negro contabilizado por Jaime Gallardo. Los telediarios de todas las cadenas abrieron con el Caso Gallardo. La bola comenzaba a rodar con la fuerza de un alud. Antes había tenido el encuentro con Soria, el jefe de sección en el que el subdirector

Morán depositó toda la confianza para que, en su ausencia, supervisara el periódico. Blanco como una tiza, con las manos temblorosas, el tipo estuvo a punto de echarse a llorar mientras decía sentirse engañado, traicionado. Al punto que tuve que cortar aquella verborrea fofa, emanada desde la necesidad.

—¿Tú hablas de traición? Mírate en el espejo.

—¡Estoy a las órdenes de la empresa! —gritó en un tono que apuntaba histeria.

—Te ruego que no levantes la voz. ¿Qué habrías hecho de conocer la información que hoy publicamos?

—Informar inmediatamente a Morán y si no lo encontraba, a los editores. Son las directrices que tengo.

—Te he librado de asumir una situación indeseable para todo periodista que se precie. ¿No te parece?

—Tengo cuatro hijos, Carmina, una hipoteca que pagar y el único que trabaja en casa soy yo. Después de lo de hoy, veremos.

Soria agachó la cabeza y salió del despacho arrastrando los pies.

Las reacciones en la isla comenzaron a desatarse con desigualdad. Desde la exigencia de la dimisión de Jaime Gallardo hasta la defensa a ultranza por parte de los suyos, pasando por la tibieza o el silencio. Pero sobre todo surgió la poderosa maquinaria política diseñada por Gallardo. Esa misma tarde del domingo, un comunicado oficial aseguraba que la contabilidad atribuida al presidente del Cabildo y del partido era falsa. La nota anunciaba que, de inmediato, se presentarían querellas ante los juzgados, contra el medio que publicaba la información y la autora. Por increíble que parezca, ninguna llamada de la empresa editorial para la que trabajaba.

Jaime Gallardo rechazó las insistentes solicitudes de Leticia Almela, redactora a la que encomendé la misión de recabar la versión del presidente insular. Al día siguiente, lunes, los dos periódicos de la competencia, salieron en tromba, defendiendo al gentilhomme que proveía por el bienestar de los amigos, en ambos casos mediante un sabroso pesebre alimentado con dinero público de empresas afines y con sobres repletos de cantidades en negro para directores y periodistas vendidos. Editoriales, artículos de opinión e informaciones salían al paso de lo que era considerado una manipulación. La maquinación, aseguraban, para acabar con la carrera política del hombre que más y mejores cosas había conseguido para la isla. Varios selectos personajes de la guardia de corps de Gallardo salieron a la palestra, ocupando páginas, redes sociales, espacios de radio y televisión, esgrimiendo la teoría de la conspiración y aireando una supuesta falsedad de los documentos publicados.

Todos, con el argumentario aprendido, destacaban la circunstancia, para ellos nuclear, de que se trataba de fotocopias manipuladas. Al día siguiente, martes, aún sin señales de vida de los responsables de la empresa editora, me desayuné con los titulares de portada de la competencia que anunciaban, en grandes caracteres, que Gallardo y su formación política habían formalizado demandas por vulneración del derecho al honor. Los demandantes solicitaban un millón de euros en concepto de indemnización por daños y perjuicios, incluyendo el daño moral, asegurando que las cantidades reclamadas serían destinadas a fines sociales. Negaban nuevamente la existencia de una doble contabilidad en el seno del partido, recordando que esa formación se sometía periódicamente a la supervisión y control del Tribunal de Cuentas. Por mi parte, seguía intentando conseguir declaraciones de Gallardo, y atendiendo el maremoto de reacciones que continuaba produciéndose. Era tal la convulsión que entré en un estado de abstracción, olvidando por

momentos las consecuencias inmediatas que aquello me acarrearía.

AQUEL martes, al filo del mediodía, las dudas comenzaron a disiparse. Una comisión de la empresa, con el director general al frente, irrumpió en el despacho. Entre los integrantes, todos de impecable traje y corbata, destacaba el director adjunto que presentaba un rostro especialmente demacrado. Tuve la sensación de ver a un grupo de la *Gestapo* entrando en el despacho del director de *Libération*, dirigido por León Blum, en el París ocupado por los nazis. Esperaba una reacción inminente de la empresa, pero nunca de aquella manera, sin avisar, presentándose por sorpresa, de forma intimidatoria. Yo estaba cumpliendo con el deber de informar, publicar aquello que algunos poderosos querían impedir que llegara a conocimiento de los ciudadanos. Con el firme sentimiento del deber cumplido, un golpe de tranquilidad me invadió el cuerpo. Ese fue mi mejor ardid.

El director general tendió la mano, tras un escueto “buenos días”. Yo correspondí educadamente. El resto no hizo ningún gesto. Observé que Eduardo Morán estaba especialmente envarado. Publicar las cuentas opacas de Gallardo seguramente ponía en peligro el anhelado ascenso prometido al fiel servidor, para el que el periodismo era un ejercicio de supervivencia, en el que sólo contaba el beneficio personal mientras se salvaba el propio pellejo. Qué tristeza, pensé. Y antes de que el director general volviera a abrir la boca, invite a la camarilla a sentarse en la mesa de reuniones.

—Vosotros diréis —dije exteriorizando gran tranquilidad, omitiendo cualquier atisbo de sorpresa por la visita.

El comité intercambió miradas, y tuve la sensación de que Morán estaba a punto de subirse por las paredes. Intervino el director general, que hizo un gesto al asesor jurídico, que abrió un portafolios del que extrajo una carpeta.

—La empresa ha decidido que es necesario un relevo en la dirección. Hace tiempo que vienes desarrollando una actitud individualista, que ha ido alejándose del espíritu de nuestro grupo editorial...

Interrumpí al alto ejecutivo, para sorpresa de éste.

—Vaya, pensaba que veníais a felicitar me, a arroparme, después de dar una exclusiva que ya está traspasando las fronteras nacionales. Aquí, que yo sepa, hacemos un periódico, que se nutre de noticias —añadí con mirada desafiante.

—Déjate de historias, Carmina, que el horno no está para bollos —terció el director general, mientras Morán, podía sentirlo, hacía titánicos esfuerzos para no abalanzarse sobre mí.

—¿De qué horno me hablas? —contesté—, soy periodista y dirijo un periódico. En todo momento he cumplido con el irrenunciable compromiso de buscar la verdad y contarla. Eso estoy haciendo. A ver cómo explicáis la decapitación de una profesional cuyo único delito es cumplir pulcramente con el trabajo encomendado.

—Es una cuestión de confianza, tan simple como eso. Los editores ya no confían en ti, es una situación que ocurre cada día en cualquier actividad. Ya sabes que los directivos somos como los entrenadores de fútbol: hoy estamos al frente del equipo, pero mañana nadie sabe qué pasará.

—Magistral el ejemplo elegido —terció airada —para intentar dar visos de normalidad a este atropello a la libertad de expresión, que hace demasiado tiempo estáis perpetrando, intentando ponerme la mordaza y pactando a mis espaldas con Jaime Gallardo.

—Seamos profesionales —contestó el representante empresarial.

—¡Ja! —no pude evitar la exclamación en tono sarcástico—. Impecable está siendo mi comportamiento profesional... Pero, vamos a dejarlo, sería predicar en el desierto, y aunque tengo la conciencia muy tranquila, toda esta mierda ya me cansa demasiado.

El director general hizo ademán de hablar, pero se quedó callado. Yo insistí.

—Venga, al grano.

El representante de los editores pareció reflexionar. Relajó el gesto y cambió el discurso.

—Reconocemos la labor realizada, pero hay intereses empresariales que nos obligan a prescindir de tus servicios. Estamos dispuestos a mejorar las condiciones pactadas en el contrato que firmaste con nosotros. Deseamos un cambio tranquilo, y, de momento, queremos que te vayas de vacaciones.

—Ya veo —contesté —me echáis a la calle, pero os veis obligados a guardar las apariencias. Sería muy fuerte despedirme cuarenta y ocho horas después de haber publicado una noticia que está teniendo una imparable repercusión.

Miré a Morán, que asistía silente pero muy tenso, y seguí poniendo el dedo en la llaga.

—Buscar la verdad y contarla, esa es la premisa de todo periodista. Un principio básico, ¡tan difícil de intentar!—. No quería perder el autocontrol, pero aquello era demasiado.

Se hizo el silencio. Los hombres de la empresa miraban la mesa, menos Morán, que quedó fijo penetrándome con los ojos. Supuse que pensaba en su fracaso, pese a tantas medidas abyectas. No había logrado neutralizarme, pese a poner celo y trabajo creando un ambiente de confidentes en el periódico, siempre pendiente de mis movimientos, dispuestos a desbaratar cualquier actuación que complicara más la relación con Jaime Gallardo, según Morán, en vías de ser reconducida.

En unos instantes el director general volvió a hablar. A diferencia de Morán lo noté forzado, teniendo que representar un papel indeseable.

—Entiendo tu estado de ánimo, Carmina. Pero la decisión está tomada. Desde ahora mismo Eduardo Morán ocupará la dirección de forma interina. Tú oficialmente estás de vacaciones—. Hizo un gesto al asesor jurídico, y éste le entregó un folio mecanografiado.

—Para tu tranquilidad —continuó el director—, he traído por escrito la decisión del consejo de administración de concederte un periodo de vacaciones de un mes, prorrogable en función de la marcha de las negociaciones. Como verás —recalcó —hay firme voluntad de que el asunto pueda resolverse de forma civilizada.

Cogí el papel sin decir nada, ni siquiera lo miré.

—La empresa ha decidido ser generosa contigo —prosiguió el director general—. Pese a las circunstancias que han llevado a ésta difícil decisión, desea llegar a un acuerdo económico ventajoso para ti, respetando lo pactado en su día.

—¡Faltaría más! —solté elevando la voz.

El tipo pareció no inmutarse y continuó con aire conciliador.

—Por supuesto que puedes disponer de unos días para recoger tus cosas y mientras sigas en la empresa este despacho no lo ocupará nadie. Morán permanecerá en su mesa de la redacción.

Estaba claro que, tras tantos intentos infructuosos de que abandonara, ahora, tomada la decisión de despedirme, pretendían que el proceso fuese lo más discreto posible. Aquello era vomitivo, pero yo debía obrar con suma cautela, velando por mis intereses. Si creían que con tan avieso planteamiento yo iba a saltar, estaban equivocados. Ahora debía obrar con suma cautela.

—Hoy mismo tendréis noticias de mi abogado —anuncié

Antes de hablar, el asesor jurídico de la editorial deslizó hacia mis manos una de sus tarjetas de visita.

—Por favor —señaló—, que se ponga en contacto conmigo. De todos modos —continuó mientras hurgaba en el portafolios —te dejo la propuesta de rescisión de contrato, y la vais estudiando.

Cogí los papeles, me levanté de la silla y dándoles la espalda fui hasta mi mesa de trabajo. Cerré los cajones con llave, así el bolso con fuerza dirigiéndome a la puerta. Con el pomo en la mano y acompañada por el silencio de los enviados de los editores, giré sobre los talones para mirarlos por última vez.

—¡El caso Gallardo ya no hay quien lo pare!

En la calle recibí como una bendición la brisa salobre del Atlántico y tuve la sensación de estar flotando, transportada a otra dimensión. Me sentía liberada.

Allí estaba Santiago. Un breve mensaje a través del móvil había movilizao al hombre de mi vida. En las últimas cuarenta y ocho horas, esperando las reacciones, tanto de Gallardo como de la empresa editorial para la que aún trabajaba, Santiago aún estuvo más pendiente de mí de lo habitual.

—¿No tenías acumulados unos días de permiso? —le espeté sonriendo.

—Eres la bomba, cariño —contestó abrazándome.

Fue un abrazo prolongado, después de besarle el lóbulo de la oreja, le hablé en un susurro:

—Arregla esas vacaciones que te deben, nos vamos a La Provenza, veremos los flamencos y los campos de lavanda.

DESEABA salir de viaje, y el sur de Francia era un destino soñado durante largo tiempo. Años atrás realicé un reportaje para una revista internacional sobre el desembarco de María Magdalena en Saintes-Maries-de-la-Mer, en la Camarga. Las marismas, los toros bravos y la monumentalidad de los anfiteatros romanos de Nimes y Arles, donde se celebraban corridas con los más afamados toreros, dejaron gratos recuerdos. Al igual que los campos de lavanda y los pueblecitos del interior de La Provenza. Aquellos lugares eran perfectos para perderme con Santiago. Llevaba días enfrascada en preparar el viaje, aislada de cuanto acontecía, después de haber atendido a los compañeros de la prensa nacional e internacional, que deseaban mi opinión sobre el caso Gallardo. Y en todo ese tiempo el informante había cumplido su palabra de no contactar conmigo. Por otros conductos supe que Gallardo se estaba empleando a fondo en la búsqueda del filtrador, aprovechando para hacer reajustes en el entorno. Tenía fácil y rápido encontrar al culpable, de ser cierta la información de la garganta profunda sobre el reducido número de personas que tenía acceso a la contabilidad B. Pero Gallardo seguía siendo punto y aparte, incluso en momentos tan delicados parecía disfrutar con el sadismo que guardaba en el interior. De cara a la galería, como buen embaucador, exhibía un carácter extrovertido; generoso hacia quienes él consideraba, pero implacable para aquellos que defraudaban su confianza. Al igual que para el capo don Carlo, para Jaime Gallardo la fidelidad era el precepto más sagrado; cuando eso fallaba... Antes de llegar al traidor aprovecharía para sacudirse a algunos serviles que, por alguna razón, dejaron de contar con su plena confianza. De paso mantendría en vilo, aterrorizado, al autor de la delación, viendo éste que el círculo se cerraba hasta que, de forma irremisible, caía en manos del cacique. Sabiendo cómo estaba procediendo Jaime Gallardo llego a extrañarme la estricta observancia de silencio de quién para mí había sido decisivo confidente y al que, por otra parte, no consideraba un kamikaze. Seguía pensando qué quiso decir al asegurar que tenía un as en la manga.

La publicación de los movimientos de dinero negro anotados de su puño y letra suponía para Jaime Gallardo la más inesperada de las situaciones. Seguramente estaba poniendo en práctica los consejos de don Carlo, en aquella veraniega noche en Sorrento, en la que el capo italiano le habló de la necesidad de ser inflexibles con aquellos que incumplían la *omertá*, de forma expresa con los de mayor confianza, incluso unidos por vínculos de sangre. Yo no podía dejar de pensar en lo sorprendente que puede resultar la vida. La garganta profunda asistió a aquella declaración de intenciones de quién bañaba en sangre cualquier infidelidad que pudiera poner en peligro a la organización o traicionara su confianza. Don Carlo ofreció su brazo armado a Gallardo, “cuando la situación lo requiera”, dijo, según me contó la garganta profunda. Entonces seguía con la intriga de los motivos verdaderos que desataron la temeraria decisión de actuar como delator.

Esperaba, algún día, llegar a conocer las razones que empujaron por el camino de la traición a quién era considerado como la mano derecha de Gallardo, ahora convertido en letal enemigo. Ése era un pensamiento que no lograba quitarme de la cabeza, mientras continuaba el silencio de aquel particular mister X.

En esos días de retiro en casa, preparando el viaje a La Provenza, resultó aleccionador que, una vez pasada la efervescencia que causó el impacto de la publicación de las cuentas irregulares de Gallardo, los teléfonos enmudecieron. En menos de una semana ya nadie parecía acordarse de la autora de una exclusiva que sacudía los cimientos del principal partido político del país. En la isla pronto corrió la voz de que estaba apartada definitivamente del periódico. Morán y sus

colaboradores se encargaron de extender que mis vacaciones eran definitivas. Carecía de sentido continuar con tamaña pantomima, por lo que decidí actuar. Di expresas órdenes a mi abogado para que instara a la empresa al cumplimiento inmediato de las condiciones del contrato. Fue calando la falacia, propiciada por los nuevos responsables del periódico, de que yo estaba superada por la situación, cansada física y anímicamente. Mi madre, cuyo carácter era tan diferente al mío, llegó a llamarme, alarmada por los comentarios que estaban llegando a sus oídos. Con entereza desmentí las habladurías, pero sí le dije que iba a dejar el periódico. La mujer, aparte de la reunión con los responsables de la UCO que celebramos en su casa, nada sabía de lo que allí se trató, no estaba al corriente de la verdadera situación por la que yo estaba pasando en los dos últimos años. Del asalto en casa, en el que mataron a Linda y de los destrozos del coche sí se enteró, no hubo más remedio. Pero en todo momento procuré mantenerla al margen.

Los abogados llegaron a un acuerdo, a regañadientes de la editorial, que deseaba aplazar mi salida oficial para sustentar sus tesis, que avalaban la versión oficial de que el despido de la directora tenía motivaciones meramente profesionales. Al final cedieron, si bien antes tuve que emplearme a fondo, amenazando con acudir a los medios de comunicación nacionales y a los tribunales. Durante aquellas jornadas el caso Gallardo adquirió notoriedad fuera de las fronteras de la isla. Mientras, en la sede central del partido de cuyas siglas se servía Jaime Gallardo, el mutismo seguía siendo la respuesta. Aunque pude saber, por una compañera de Madrid, que los jefes políticos del cacique isleño mostraban gran preocupación, al tiempo que diseñaban una estrategia para salir al paso de un delicado tema que podía complicarse por momentos. La compañera aseguraba que el presidente nacional había estallado en cólera, asegurando a sus colaboradores que él en persona manifestó a Gallardo los temores que ahora se veían cumplidos. Los propios empezaban a abandonar a don Jaime.

LAS dos primeras semanas fuera del periódico resultaron un bálsamo, nadie me molestó, ni siquiera detectamos, tanto yo como Santiago y sus guardias, seguimientos. Tampoco nos tropezamos con ningún esbirro de Gallardo. Semejante reflexión la realizábamos admirando la belleza arquitectónica de Las Arenas de Arles, en una mañana con el cielo azul brillante y limpio, pero con la fría brisa húmeda de las marismas próximas. Tuvimos suerte de que no soplara el Mistral...

—El anfiteatro romano es nuestro mejor escenario —bromeó Santiago.

—Sí —respondí—, estamos acostumbrados a luchar como gladiadores—. Solté una carcajada.

Santiago pasó el brazo por mi cintura y recorrimos el albero circular de la impresionante construcción, declarada Monumento de la Humanidad. El silencio era sepulcral, sólo interrumpido por el sonido de diversas especies de pájaros. Enfilamos la salida y, de pronto, Santiago estrechó su cuerpo contra el mío. Permanecemos abrazados, callados, sintiendo el calor corporal y los latidos de los corazones.

—La verdadera lucha comienza ahora —dijo, al fin, Santiago, mostrando la claridad de sus ojos, que se fundía con el cielo de Arles.

Vimos a los flamencos de plumaje rosa en La Camarga, uno de los pocos hábitats naturales en Europa para este tipo de aves, de porte elegante. Recorrimos las marismas y visitamos Saintes-Maries-de-la-Mer, situada en una isla formada por la desembocadura del Ródano en el Mediterráneo. Durante el recorrido expliqué a Santiago que en aquel lugar desembarcó María Magdalena, procedente de Tierra Santa, de donde había huido, con otras personas próximas a Jesucristo. Con aquellos primeros cristianos exiliados viajaba la esclava Sara, patrona del pueblo gitano. Aquel pequeño pueblo francés, a finales de mayo recibe en peregrinación a gitanos de todas las nacionalidades.

Mientras hablaba, intercalando anécdotas de mi experiencia profesional en aquellos parajes, Santiago atendía embebecido. Deseábamos aprovechar el paréntesis de las vacaciones, en el que evitábamos referirnos a los serios peligros que nos atenazaban. Ese día teníamos habitación reservada en un hotel de Aix-en-Provence, que encontré en la Guía *Relais & Châteaux*.

Comimos en un bar-restaurant del casco antiguo de Saintes-Maries: sopa bullabesa y salmonetes. El propietario hablaba un español aceptable y se sentó con nosotros en el momento del café. Resultó ser un gran aficionado a los toros y criador de los famosos caballos blancos de La Camarga. El señor estuvo muy amable, pero yo estaba deseando que nos dejara, pues necesitaba decirle a Santiago una decisión que había estado madurando durante aquellos días. Llegó la tregua, gracias a una oportuna voz que, desde la cocina, reclamó la atención del dueño que, al levantarse, dijo al camarero que nos sirviera unos aguardientes elaborados por él, obsequio de la casa. El licor no vino mal.

—Voy a seguir investigando el caso Gallardo, y los asuntos pestilentes que tengo guardados en los cajones.

Santiago no mostró sorpresa.

—Descansa, Carmina, descansa. Hazme caso, que para esclarecer esos asuntos ya está la Guardia Civil.

—Mientras no esclarezca, o por lo menos intente esclarecer, ese montón de porquería, será imposible que pueda vivir tranquila.

—Ya te he dicho en Arlés que la verdadera lucha comienza ahora. No quieras, encima, meterte en la boca del lobo.

—Estoy dispuesta a llegar hasta el final y ya tengo contactos solventes con medios de comunicación de proyección nacional, muy interesados en desenmascarar a Jaime Gallardo.

—Con la información que has lanzado sobre la financiación irregular del partido, el caso Gallardo entra en una dimensión que afecta a lo más alto de la política. Ahora el peligro es realmente serio.

—Soy periodista, renunciar a lo que ello conlleva sería como enterrarme en vida.

Al atardecer llegamos a Aix-en-Provence, dejamos el equipaje en el hotel, un *château* del siglo XVIII, al que accedimos a través de un frondoso jardín. Aunque el lugar invitaba a quedarse, decidimos callejear por el caso antiguo de la ciudad, deteniéndonos en las tiendas de artesanía, en las que compramos aceites y productos de baño elaborados con lavanda. A la mañana siguiente pensábamos dirigirnos a la oficina de turismo para realizar una visita guiada siguiendo los pasos de Cézanne. En Arles ya tuvimos ocasión de empaparnos de la obra y vida de Van Gogh. Verdaderamente, aquellas estaban siendo unas jornadas inolvidables.

Llegó la hora de cenar y pudimos coger mesa en un lugar emblemático de Aix, situado en el centro histórico. El Café *Les Deux Garçons* estaba animado; por suerte el *maître* consiguió un excelente sitio en la terraza cubierta. Comenté a Santiago que Cézanne fue cliente habitual del establecimiento y allí se reunió en no pocas ocasiones con Emilio Zola.

—Los dos genios eran íntimos amigos desde el colegio, pero Cézanne decidió poner fin a tan estrecha relación tras la publicación de la novela *La Obra*—. Añadí después de paladear un vino blanco de la región.

—La escritura tal vez sea la rama más peligrosa del arte —bromeó Santiago.

—Estoy de acuerdo, cariño. Zola escribió el referido libro pensando en su amigo, el protagonista es un joven pintor que llega a París dispuesto a triunfar. A Cézanne aquello no le gustó.

Nos dejamos aconsejar por el *maître* y acertamos. Los platos nos gustaron, con las raciones justas, y elaborados con ingredientes ligeros. Mientras disfrutamos de la gastronomía de Aix, hablamos del caso de Cézanne y Zola. Yo saqué a colación la amistad entre Vicente Blasco Ibáñez y Joaquín Sorolla, buscando una relación de efecto contrario, que sorprendió al capitán Sierra.

—Blasco Ibáñez, que era un gran admirador de Zola, escribió *La maja desnuda*, novela cuyo protagonista es un pintor enamorado de una bella dama. Aquel texto levantó las sospechas de la mujer de Sorolla, creyendo ver que Blasco retrataba la posible infidelidad de su marido con una joven modelo. Blasco tuvo que intervenir, explicando que aquello era un guiño autobiográfico y que en el trasfondo estaba su amor por Elena Ortúzar, con la que llegó a casarse al final de su vida. No hubo ruptura con Sorolla y continuó la relación.

—Eso sí que es amistad —bromeó Santiago.

—En una ocasión —apunté —Alfonso XIII preguntó a Sorolla, de forma distendida, por su amistad con el republicano Blasco Ibáñez, y el pintor contestó al Rey: “Somos como hermanos”.

Apuré un café muy corto, el segundo de la sobremesa, y acaricié la mano derecha de Santiago.

—Sabes, en ocasiones pienso qué haría Blasco Ibáñez en mi piel. Tal vez yo no haya estado a la altura —dije, presa de un momentáneo bajón.

Sonó el móvil de Santiago, era el brigada Santamaría. Yo realicé una mueca de sorpresa, por lo avanzada de la hora. En cuanto inició la conversación telefónica me percaté de que algo grave

había ocurrido.

—Gustavo Gutiérrez-Díez ha muerto en un accidente de buceo.

Me costó reaccionar. Gustavo era la garganta profunda.

UN corte de digestión fue la versión oficial de la muerte del colaborador de Gallardo. Gustavo Gutiérrez-Díez llevaba toda la vida practicando el buceo, a pulmón y con botella, por lo que resultaba difícil entender cómo a un experto con su experiencia le pudo haber sucedido un accidente de esas características, típico de principiante excesivamente confiado. "Era metódico y riguroso cuando practicaba su pasión: la pesca submarina, o se sumergía en la búsqueda de pecios", aseguró la hermana de Gustavo, con la que hablé por teléfono dos días después del fallecimiento. La garganta profunda era un hombre solitario, entregado durante largos años al servicio de Jaime Gallardo. Esa dedicación absoluta fue la causa de que fracasara el matrimonio con una finlandesa que decidió regresar a su país cuando las dos hijas de la pareja eran pequeñas. Así lo contó Karina Gutiérrez-Díez, único familiar directo de quién fue pieza decisiva en el caso Gallardo.

La llamada de la hermana del confidente me dejó de piedra. ¿Por qué deseaba verme? Descartaba que Gustavo hubiera contado a Karina la relación que manteníamos, a no ser que él estuviera convencido de que estaba atrapado y sin escapatoria.

—Cuando ocurrió el accidente, Gustavo llevaba unos días bastante raro, pero pensé que podía deberse a la presión por la información que usted publicó, poniendo contra las cuerdas a Jaime Gallardo —dijo Karina muy afectada.

Estábamos en el salón de mi casa, tomando unas infusiones de té verde. La mujer abrió el bolso y sacó un sobre.

—Ayer tuve una gran sorpresa al abrir la caja fuerte de Gustavo. Encontré esto.

Karina alargó la mano y me entregó un sobre a mi nombre. No supe qué decir.

—El sobre llevaba un pósito pegado en el que decía que debía de entregárselo a usted, a la mayor brevedad. Y aquí estoy, cumpliendo el deseo de mi hermano.

La mujer pareció quedar en blanco, agachó la cabeza sujetándola con las dos manos, que quedaron escondidas por el pelo de una soberbia melena de color negro azabache, que osciló con uniformidad al inclinar el cuerpo hacia delante. De esa guisa permaneció un lapso indeterminado, y cuando alzó el rostro pude ver que lloraba. La muerte de su único hermano en un accidente era motivo suficiente, aunque intuí que en Karina había un deje de amargura que iba más allá de la natural tristeza por el ser querido. Le tendí un pañuelo y la observé queriendo transmitirle comprensión. Ella no tardó en reaccionar.

—Disculpe Carmina, estoy destrozada. Creo que a mi hermano lo han matado.

Yo no respondí.

—Gustavo tenía pasión por el buceo —continuó, mientras secaba las lágrimas—, era muy metódico. Hace unos años tuvo un problema de descompresión y estuvo al borde de la muerte. Aquello le sirvió de lección.

Karina paladeó el té verde.

—Puedo asegurar —dijo elevando el tono de la voz —que Gustavo jamás salía a bucear solo, jamás.

—Pues el cuerpo fue encontrado —argumenté —gracias a que llevaba puesta la cuerda de seguridad unida a su bote, y a la baliza que señalaba el punto de la inmersión.

—Es del todo imposible que saliera al mar sin algún compañero de buceo, además de Roque, un marinero jubilado que se encargaba de tener la embarcación siempre a punto.

—¿Ha hablado usted con el tal Roque?

—Sí, y con los miembros del club de buceo al que pertenecía Gustavo, y nadie encuentra explicación. Uno de los buceadores que solía compartir las inmersiones con él, me ha dicho que lo llamó un día antes del accidente y le extrañó que rechazara la propuesta de ir a ver un pecio. Es más, el amigo asegura que lo notó muy raro.

—¿A usted le comentó algún temor?

—Nada en especial dentro de la preocupación que lo atenazaba. Aunque teníamos una relación de complicidad, Gustavo era hermético para sus cosas. A veces pasaban semanas sin tener noticias el uno del otro, pero con la tranquilidad de saber que en el momento necesario estaríamos los dos a una.

Karina volvió a llorar, esta vez con desconsuelo.

—Le ruego que vuelva a disculparme, Carmina, pero me es difícil sujetar los sentimientos. Tengo la corazonada de que los autores de la muerte de Gustavo lo hicieron sufrir. Esto ha sido una venganza.

—¿Que le mueve a pensar eso? —pregunté con escasa voz, pues temía la respuesta.

—No la culpo a usted—. Karina fijó en mí los ojos grises, bellos, ahora apagados, y yo no tuve fuerzas para disimular sorpresa.

—Cuando salió publicada la información de la contabilidad B —continuó —supe que detrás de aquella filtración estaba Gustavo. De verdad, lo supe a ciencia cierta. Él odiaba a Gallardo hasta extremos insospechados.

Entonces sí que expresé sorpresa. Aquella revelación era algo totalmente inesperado.

—Pero él era el colaborador más próximo a Jaime Gallardo. ¿Cómo puede ser cierto lo que usted dice? —pregunté con contenido rubor, pues quién mejor que yo podía saber que Gustavo Gutiérrez-Díaz era enemigo letal del cacique.

—Mi hermano estaba asqueado. Durante mucho tiempo fue abducido por la arrolladora personalidad de Gallardo, un gran embaucador. Creyó ciegamente en el proyecto político que prometía dar un vuelco a la vida y desarrollo de estas tierras. Y durante los primeros años vimos cómo se cumplían notables iniciativas que comenzaron a situar a nuestra isla en un ámbito desconocido.

Karina preguntó si podía fumar, yo asentí. Encendió un cigarrillo y prosiguió con el relato.

—Gallardo demostró una gran valía como político, en eso Gustavo tuvo mucho que ver. Pero llegó un día en el que el señor presidente comenzó a dar muestras de endiosamiento, aflorando la parte que algunos conocíamos pero que, erróneamente, llegamos a pensar que estaba superada.

—¿Surgió el cacique? —tercié.

—Sí, en mayúsculas. La isla y su archipiélago fueron lugares convertidos en un coto privado. Usted necesita poca explicación, nació aquí y está sufriendo en sus carnes la forma de proceder de Jaime Gallardo, que ha logrado consolidar un sistema de poder difícil de calificar. Creo que la palabra mafia lo resume perfectamente.

Karina dio una profunda calada al cigarrillo, apurándolo hasta quemar el filtro de la boquilla. Después, con parsimonia, aplastó los restos de tabaco en el cenicero. Y retomó la palabra para sorprenderme.

—La contabilidad de Gallardo sólo se la pudo proporcionar Gustavo, ¿me equivoco?

—Está en lo cierto. Pero nunca llegó a decirme qué le motivaba a traicionar a Gallardo, gracias al cual gozaba de una posición privilegiada.

—Vivía en un callejón personal al que no veía salida, apenas dormía. Parecerá extraño, pero

Gustavo experimentó un proceso de transformación, sacudido por remordimientos de conciencia. Él estaba en el fango, formaba parte de la pestilencia que nos ahoga, era consciente y quería hacer algo al respecto. Ahora está muerto.

—Disculpe, Karina, pero el argumento que usted esgrime suena un tanto ingenuo, ¿no le parece?

—Pues no lo es. Gustavo fue un intelectual, que durante demasiado tiempo estuvo inmerso en una burbuja irreal. Era un joven profesor de Ciencias Políticas cuando cayó rendido ante los encantos de Jaime Gallardo y decidió seguirlo, pensando que podría ayudar a crear la forma de gestión política con la que siempre había soñado. ¡Qué gran error!

La mujer, que seguía afectada, encendió otro pitillo y dio una larga calada. Por un momento pareció que estaba ausente pero, tras una breve pausa, prosiguió con el relato.

—Comprendo que sea difícil entender el cambio de Gustavo sin conocerlo de verdad. Él era un idealista, que concebía la política como un servicio público, en el que debía primar la generosidad, el esfuerzo, la entrega por los demás. Y creyó ver en Gallardo la persona capaz de materializar ese idealismo. Al cabo de los años el desengaño resultó mayúsculo. Tardó en darse cuenta, pero en los últimos tiempos estaba asqueado.

—En todo ese proceso de cambio, ¿hubo algún detonante, tal vez un desencuentro con Gallardo?

—En absoluto, Jaime consideraba a Gustavo como a uno más de la familia. Incluso lo acogió en su casa cuando mi cuñada se largó a Finlandia con las dos niñas. El gran cacique estaba encantado con mi hermano, por eso la respuesta a la deslealtad ha sido matarlo.

Las lágrimas volvieron a nublar los ojos de Karina, que subrayó con fuerza sus palabras.

—¡Gallardo ha matado a Gustavo, él lo ha matado...!

—Tranquícese, la Guardia Civil está investigando —le dije, mientras me acerqué a ella—, de momento nada parece indicar que la muerte de su hermano no haya sido un accidente —aseveré con escaso convencimiento.

—Gracias Carmina, pero usted sabe tan bien como yo que Gustavo no murió en el mar.

—Confieso que el momento y las circunstancias del accidente me llevan a sospechar de la larga sombra de Gallardo, un tipo sin escrúpulos, al que creo capaz de cualquier cosa. Pero le aseguro que, si hay un resquicio en el que puedan apoyarse los investigadores, sabremos la verdad. Conozco muy bien al responsable del caso.

—Confíemos en ello, yo voy a poner de mi parte; de hecho mañana tengo una reunión con el fiscal Anticorrupción. Como usted bien dice, Gallardo es capaz de todo. Esa falta de moralidad, aunque tarde, es lo que impulsó a Gustavo a tomar la decisión que le ha costado la vida. Semejante evidencia y un libro.

—¿Un libro? —pregunté sorprendida.

—Compartíamos el gusto por la lectura. Soy titular de una cátedra de filosofía y ética, los libros son mis armas de trabajo. Cada vez que Gustavo venía a casa se llevaba varios títulos. Un día le llamó la atención cierto ejemplar que tenía sobre el escritorio del estudio y no se lo pude dejar, en ese momento lo estaba utilizando para un trabajo docente. Curiosamente, cada vez que nos veíamos preguntaba por el texto, hasta que, por fin, pudo llevárselo. Su lectura lo marcó definitivamente.

—¿Cuál es el título?

—*Eichmann en Jerusalén*, de Hannah Arendt, pensadora judía de nacionalidad alemana, que huyó de los nazis después de haber sido amante de Heidegger, el gran filósofo que cayó rendido en brazos de Hitler. A finales de los años cuarenta del siglo pasado, Arendt recaló en los Estados Unidos, iniciando una brillante carrera como periodista y escritora. En 1961, *The New Yorker* la

envió a cubrir el juicio contra Adolf Eichmann, organizador de la 'Solución Final', procedimiento legal avalado por el *Führer*, mediante el cual fueron exterminados más de seis millones de seres humanos, la mayoría judíos. ¿Supongo, Carmina, que usted conoce la historia de Eichmann, el celoso colaborador de Hitler?

Estaba absorta escuchando a Karina; por circunstancias profesionales conocía detalles aún no escritos de la atroz historia de Eichmann. La pregunta hizo que la mente regresara a noviembre de 1995, antes de contestar.

—Conozco al hombre que realizó el seguimiento de Eichmann en Argentina, los días previos a su secuestro por un comando israelí del Mossad. Entonces tenía diecinueve años, se llama Dan Laor; hoy es poeta y reputado hispanista en Haifa, además de capitán del servicio secreto de Israel. El día que asesinaron a Isaac Rabin en Tel Aviv yo estaba con Dan y un grupo de periodistas en un kibutz de los Altos del Golán. Él me contó la historia.

—Vaya, usted es una caja de sorpresas.

—Una tiene su vida, que ya va siendo dilatada. Pero, por favor, continúe, estoy intrigada con el libro —dije.

—El libro *Eichmann en Jerusalén* estuvo precedido por una sonora polémica que todavía perdura entre sectores extremistas del sionismo. Hannah Arendt al hablar del criminal nazi establece un nuevo concepto para calificar el comportamiento de quién fue decisivo colaborador de Hitler: la banalización del mal. El convencimiento de un burócrata del régimen de que estaba obrando dentro de la Ley y realizando un servicio a su país. Abnegación que lleva a Eichmann a diseñar el mayor genocidio de la historia. Ese concepto caló en lo más íntimo de Gustavo.

—¿Quiere decir que se vio reflejado en el papel de Eichmann?

—Sí, aunque, lógicamente, salvando las grandes distancias entre Gallardo y Hitler. Pero, sí, el fondo de cuanto escribe la pensadora judía lo ve reflejado en su papel al lado de don Jaime. Queda sobrecogido cuando lee que el criminal no tenía conciencia de tal, simplemente pensaba que estaba ejerciendo una labor decisiva para el bien de su líder y de Alemania. Es decir, Eichmann no perseguía a los judíos por un impulso de maldad, simplemente lo hacía por voluntad de servicio. De esa manera, Gustavo refuerza su conciencia frente al mal que encarna el jefe y amigo. La lectura del libro le abre definitivamente los ojos. ¿Parece increíble, verdad?

—Desde luego, todo cuanto envuelve a su hermano parece ciertamente increíble. Dígame, ¿Gustavo tenía estrecha relación con Jiménez, el testaferro de los negocios de Jaime Gallardo?

—Sí, últimamente siempre estaban juntos.

Pensé en el acercamiento de Jiménez conmigo. Ya tenía claro el motivo, Gustavo no estaba solo, así se lo dije a Karina. Ella contestó con escepticismo.

—¿Jiménez era el aliado? Francamente, me resulta imposible creerlo, pero de ser cierto le garantizo que después de la muerte de mi hermano, ni Jiménez ni nadie moverá un dedo contra Gallardo.

Karina cogió el bolso, en ademán de dar por terminada la visita. Adiviné que el encuentro conmigo le había permitido descargar tensión. Seguramente ya no podía hablar con nadie más de cuestiones tan delicadas que afectaban a su hermano. Le tendí la mano, pero ella me ofreció un abrazo. Yo estaba envarada, durante largo tiempo Gustavo Gutiérrez-Díez había sido la más importante fuente de información para desenmascarar a Jaime Gallardo. Ahora Gustavo llevaba dos días muerto. Muy probablemente asesinado por sicarios de la trama de corrupción que tenía en mí otro objetivo a batir. El prolongado abrazo culminó con un “Cúidese, Carmina”.

Los pensamientos golpeaban la mente como martillos. Necesitaba la compañía del capitán Sierra, el hombre que velaba por mi vida. Busqué el número de Santiago en el móvil, pero en el último momento desistí de hacer la llamada. Encima de la mesa de centro del salón estaba el sobre que Gustavo Gutiérrez-Díez había querido que llegara a mis manos. Era prioritario ver la última información del traidor pero, de forma extraña, quedé contemplando, como embobada, el sobre escrito de puño y letra de la garganta profunda. Ansia y miedo formaron una conjunción paralizante. Quedé arrebujada en el canapé turquesa, mirando de soslayo aquel objeto de papel cuyo contenido, estaba segura, era el as en la manga que Gustavo no pudo utilizar para salvar la vida. El golpe definitivo para acabar con Jaime Gallardo. Tenía que decidirme a dar el paso, levantarme y abrir lo que podía ser un tesoro periodístico. En el momento que alargaba la mano para coger el sobre, sonó el timbre de la puerta.

PUSE el ojo en la mirilla y pude ver a un tipo que mostraba una placa. Pregunté quién era y dijo ser policía, detrás de él adiviné el cuerpo de otro hombre. Dudé un instante, pero enseguida pensé que los guardias civiles que vigilaban la casa habrían comprobado que mis inesperados visitantes eran verdaderos agentes de la autoridad. Abrí y recibí un fuerte empujón que me hizo retroceder unos metros; después sólo recuerdo un fogonazo acompañado de estruendo. Más tarde supe que el falso policía disparó tres veces sobre mi cuerpo.

Desperté en la unidad de cuidados intensivos y oí un aplauso: eran los sanitarios que durante siete días estuvieron luchando para hacer posible que siguiera viviendo. Me contaron que había llegado al hospital con parada cardiaca y fue el capitán Sierra, otra vez él, quién consiguió convencer a los médicos de urgencias de que intentaran recuperarme. Pude saber que Santiago estuvo en todo momento conmigo, incluso en el quirófano, antes de que fuera trasladada a la UCI, inconsciente pero con el corazón latiendo. Quienes intentaron matarme eran criminales de oficio, que planificaron la operación hasta el mínimo detalle. Primero parte del equipo de sicarios realizó una maniobra de distracción al equipo de vigilancia de la Guardia Civil apostado a pocos metros de mi casa. En menos de dos minutos el ejecutor y su acompañante cumplieron con el encargo, dándome por muerta. Los hombres de Santiago nada pudieron hacer; dicen que, desesperados, lloraron como niños. Pero aquellos guardias civiles que llevaban largos meses velando por mi seguridad actuaron de forma decisiva para salvarme la vida. De no ser por ellos me habría desangrado.

La primera sensación al despertar fue un intenso dolor de cabeza. El tiro de gracia no llegó a serlo. Recibí un rasguño que por su aparatosidad y el caudal de sangre debió confundir al ejecutor. Eso dijeron los expertos. Los otros dos disparos pudieron haber sido letales, dañaron órganos de importancia, provocándome secuelas con las que tendré que convivir de por vida. Durante la larga estancia en el hospital, con permanente protección policial por orden del juez, los acontecimientos en la calle parecieron desatarse.

La misma noche que ingresaba en la UCI, Santiago organizó una redada en el bar del adjudicatario del servicio municipal de grúas, lugar en el que organizaban timbas ilegales de póker, en las que el inspector Roncero era asiduo. Incluso, en ocasiones participaba Jaime Gallardo, que solía hacer un derroche de dinero, siempre en billetes de quinientos euros, según los rumores que corrían por la isla. Santiago quería pillar al sospechoso policía en situación irregular y lo consiguió. Roncero estaba jugando fuerte cuando irrumpió la Guardia Civil. El capitán Sierra, según contó, fue directo a él, ante el estupor de Roncero, después de desarmarlo le colocó las esposas, para enseguida introducirlo en el coche ocupado por el brigada Santamaría y uno de los guardias de confianza, que iba al volante. En el interior del vehículo fue sometido a un minucioso registro, en el bolsillo interior de la chaqueta llevaba varias papelinas de cocaína. En ese momento el gallo de pelea pasó a ser gallina clueca. Aquel matón de discoteca con placa manchó la tapicería del asiento en cuanto le dijeron que antes de llevarlo a los calabozos de la Comandancia darían una vuelta por la carretera de los acantilados, para ver si el viento salobre le refrescaba la memoria, le advirtió Santiago. Definitivamente el policía no sabía nada, estaba al margen del fallido asesinato.

Cuarenta y ocho horas después del atentado, mientras me debatía en la UCI por seguir viviendo, Santiago, con la desesperación de quien se siente impotente ante la incapacidad de actuar, aún

sabiendo el origen de mi atentado, por falta de pruebas, tuvo una tensa reunión con el teniente fiscal de la Audiencia Provincial, instándole a reforzar las investigaciones de Anticorrupción sobre las actividades de Jaime Gallardo. Nada consiguió de la Justicia y el teniente coronel jefe de la Guardia Civil intervino ordenándole que cambiara de actitud o de lo contrario se vería obligado a relevarle del mando de la Policía Judicial. La teniente de la UCO, descolocada por la dimensión que estaban adquiriendo los acontecimientos, logró convencer a Santiago para que la cabeza dominara al corazón.

Las fuerzas de seguridad, según pude saber después, trabajaron de forma coordinada y procedieron a activar la denominada Operación Cerrojo, procedimiento mediante el cual quedaban cerrados los puertos y aeropuertos de la isla. El comisario de Policía expresó la protesta por la formas en que se produjo la detención del inspector Roncero, pero sin demasiada contundencia, pues eran conocidas las aficiones del policía. Y a nadie se le escapaba el tren de vida de Roncero, muy superior a las posibilidades del sueldo de funcionario. El colaborador del cacique se encontraba en un serio aprieto.

LA isla estaba convulsionada, y el presidente del Cabildo Insular, don Jaime Gallardo, emitió un comunicado oficial lamentando el “vil atentado terrorista contra la periodista Carmina Ferré, execrable acto que supone un ataque contra la vida y la libertad de expresión, los dos preceptos fundamentales del Estado de Derecho”. El texto oficial reclamaba la detención de los autores y el esclarecimiento de los hechos, manifestando el deseo de mi pronto restablecimiento. Al día siguiente, aprovechando una rueda de prensa, Gallardo hizo un llamamiento a la colaboración ciudadana para capturar a los que él definió como "pistoleros". Incluso fue más allá, libre de empacho moral realizó una semblanza sobre mi trayectoria personal y profesional que desató el estupor de los periodistas presentes, conocedores de la animadversión de Gallardo. La guinda a tanto cinismo la coronó el cacique con un ramo de flores enviado a la habitación del hospital, a las pocas horas de salir de la unidad de cuidados intensivos. Las flores iban acompañadas de una tarjeta manuscrita en la que me deseaba un pronto restablecimiento.

Durante las semanas que pasé ingresada mi madre no se separó de mí ni un instante. Destrozada emocionalmente, supo mostrar una fortaleza que aún hoy conserva, decisiva para el estado de ánimo de alguien que, como yo, ha estado al borde de la muerte después de haber sido víctima de un atentado contra su vida. Y Santiago, ¡ah Santiago!, allí estaba, siempre, y sigue estando. Infundiendo la fuerza necesaria para superar un trance que ha dañado el cuerpo y bloqueado la mente. Es terrible todo cuanto me ha tocado vivir. Sin embargo tengo la inmensa suerte de contar con personas de verdad, de las que valen la pena, que me alientan a salir adelante. Y en ese reto estoy, animada cada día a seguir contando esta historia. Aunque, por las mañanas, al despertar, me gustaría descubrir que no es más que una pesadilla. Y lo único que descubro es cuán cruda sigue siendo la realidad. Una realidad que fue descubriendo insospechados acontecimientos a lo largo de los primeros meses de convalecencia en casa de mi madre, donde nació a escasos metros del mar. Animada a seguir escribiendo, pues quedan por desvelar sorprendentes capítulos de una historia terrible en la que el azar me hizo protagonista, puse todo mi esfuerzo en recuperarme.

A los pocos días de salir del hospital, una trágica noticia acaparó los titulares de los medios de comunicación de la isla. El cuerpo de José Vilches apareció calcinado en el interior de un coche, encontrado en el descampado de una zona marginal de la capital. El informe de la Policía apuntaba a un suicidio. Los restos del cráneo del cadáver calcinado presentaban un orificio de bala y entre las cenizas fue hallada el arma utilizada. El informe policial se inclinaba por la hipótesis del suicidio, argumentando que primero prendieron las llamas y enseguida se produjo el disparo, haciendo hincapié en que a pocos metros del vehículo fue encontrada una cartera con la documentación de Vilches y una nota en su interior: “Hasta nunca, perros”. Debido a las altas temperaturas originadas, ninguna muestra del cuerpo pudo avalar a ciencia cierta que se trataba de Vilches. El enemigo número uno de Gallardo oficialmente estaba muerto.

La noticia nos causó gran estupor a Santiago y a mí, que no tardamos en poner en duda la verosimilitud del suceso por el que se atribuía la muerte de José Vilches a un suicidio. La investigación era cosa de la Policía, así que el capitán Sierra poco podría hacer, pero a medida que pasaban los días, él y su equipo de guardias civiles estaban más convencidos de que todo cuanto envolvía aquello era realmente extraño.

Pasadas unas semanas de la desaparición de José Vilches, estalló la noticia. El cuerpo de Jaime

Gallardo fue encontrado por sus guardaespaldas sobre la cama de la *suite* principal de La Casita, un prostíbulo de lujo cuya *madame* gozaba de reputada fama. Ella apareció en el interior del *jacuzzi* vacío, estaba amordazada e inmovilizada con cinta adhesiva de uso industrial. Gallardo tenía el abdomen abierto en canal, habían extraído el paquete intestinal y lo habían colocado frente al sexo, que aparecía amputado con limpieza cirujana. Estaba atado de pies y manos, las extremidades abiertas formando una equis, la boca abierta, sin lengua, y el rostro era una mueca aterradora. Hasta el último aliento de vida sufrió una tortura atroz, según certificó el equipo forense.

La prensa se limitó a informar que la muerte le sobrevino en extrañas circunstancias. Al día siguiente del sepelio, el capitán Sierra recibió un sobre con el remite: "El cirujano". En el interior iba un CD con la filmación de los últimos minutos de vida de Jaime Gallardo. Santiago, curtido en mil sucesos, jamás pensó que el ser humano fuese capaz de tamañas atrocidades. Un monstruo andaba suelto. Dicen que los psicópatas son como los tiburones, cuando prueban la sangre ya no pueden parar.

Resultó imposible encontrar pruebas o indicios sobre la autoría de tan brutal asesinato. A mí aún se me hiela la sangre cuando recuerdo que el día del asesinato de Gallardo recibí un espléndido ramo de rosas rojas acompañado con un soneto sobre la vida y la muerte, anónimo y escrito desde un ordenador e impreso en tinta verde. Recordé la imagen del doctor Hannibal Lecter en la prisión de El Dueso, encarnada por Vilches.